



**IGNACIO
AGUSTÍ**

*La
ceniza
fue
árbol*

**EL VIUDO
RIUS** x x

Lectulandia

El viudo Rius, es el segundo título de una pentalogía titulada *La ceniza fue árbol*, compuesta, además de esta, por las novelas *Mariona Rebull*, *Desiderio*, *19 de Julio* y *Guerra Civil*. Los personajes de estas novelas son seres típicos —o mejor prototípicos— de esa sociedad barcelonesa que se tomó en serio el juego del trabajo y levantó de la nada una urbe industrial de primer rango. Sin embargo, no mana de ahí el secreto de la obra agustiniana, ni de la reconstrucción fiel de una época, el 1900. El manantial de su encanto, de su poesía y a la vez de su descarnado realismo, brotan de una vena subterránea: como en todos los grandes escritores realistas, la narrativa y la descripción excluyen la presencia del autor con su respiración y su ritmo entrecortado, pasando a ser los mismos personajes, los mismos objetos, el mismo sol y la misma naturaleza quienes hablan. Estas célebres novelas de Ignacio Agustí constituyen, además de un serio y penetrante estudio de la idiosincrasia catalana, en sus virtudes y humanas limitaciones, un entronque con la tradición novelística de Galdós o Alarcón. Pero en nuestro autor palpita una preocupación que lo vincula como hombre de su época: es un pulso sensible a la inquietud y a la marea de tipo social, reseñada no como parte interesada o neutral ni, menos aún, con la fría actitud del historiador, sino con humana vibración que no puede ocultar una raíz cristiana.

El viudo Rius, publicada en 1944, continúa el relato de la saga, seis años después de la muerte de Mariona, con un Joaquín solitario, plenamente dedicado a sus negocios y a la tutela de su hijo Desiderio. La narración contiene una crónica que abarca desde 1899 hasta 1909 con las primeras crisis organizadas de la empresa textil, las luchas laborales, el triunfo político de la «Solidaritat catalana», acabando poco después de la Semana Trágica de 1909.

Lectulandia

Ignacio Agustí

El viudo Rius

La ceniza fue árbol - 2

ePub r1.0

Titivillus 08.03.15

Título original: *El viudo Rius*
Ignacio Agustí, 1944

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

I

—AYER, RIUS ENTRONIZÓ en la finca de su mujer al dios de los Consejos de Administración.

El joyero Ribas pontificaba en su tertulia, sucesora, desde la muerte de Mariona, de la que en su día presidiera don Desiderio Rebull. Ribas estaba leyendo la reseña que de la fiesta daba *La Vanguardia*, un diario en el que, como era sabido, no podía ser insertado nada que no fuera pagado a precio de anuncio.

—Tal vez tenga negocio entre manos con los jesuitas...

—No... Sencillamente, publicidad por bandas...

Esas ligeras bromas sobre Rius se hacían, sin embargo, ya sin encono. Eran más bien efecto de una rutina. Porque agonizaba irremisiblemente la época de las tertulias; las reuniones en la vieja calle de la Platería se extinguían por derribo; Rebull había iniciado una reforma en su establecimiento, reforma que no terminó. El veterano joyero no acudía ya a su taller. Era como un muerto vivo. Raramente se le veía por la calle; caminaba curvado, apoyado en la empuñadura de plata de su bastón, regalo de su yerno Federico Costa. Esa empuñadura fue el primer trabajo que Federico quiso realizar personalmente al hacerse cargo de la joyería de su suegro; una trenza de hojas de laurel en la media curva de los bastones de puño; declinante enramada, pulida sobre materia imperecedera. Luego, ya, desapareció una inscripción señera en la calle de la Platería: «Joyería de don Pablo Costa», el que fue padre de Federico. Quedó, limpiamente, sobre las cuatro vitrinas, la inscripción: *Rebull, orfebre*.

El Ayuntamiento había aprobado un vasto plan de reforma, que abriría una ancha avenida hasta el centro, sacrificando la poesía, la antigüedad, la solera del hormiguero urbano —Vigatans, Basea, Girití, Gruñí, Brossolí, Manresa...—, sobre el cual quedaba como acolchada, al atardecer, la sombra del campanario de la catedral.

¡Adiós, pues, silencio agosto! ¡Adiós, dialéctica pausada, ademán señorial sobre los mostradores de terciopelo!

Las tertulias tenían lugar en los círculos y casinos: la de intelectuales en el Ateneo, la de solteros en el Círculo del Liceo, la de solterones en el «Ecuestre». No quedaban en el antiguo centro más que los rezagados. La luz parecía entrar con más dificultad que antaño en la antigua calle solitaria. Las gentes raramente se trasladaban ya allí; a lo sumo no pasaban de la calle de Fernando. La Plaza de Cataluña, en cambio, estaba positivamente redondeada, urbanizada; allí donde antaño, poquísimos años antes, sentara sus reales la feria o el circo ambulante, empezaban ahora a emerger, simétricas, unas bellas palmeras enanas, en intención iguales a las que eran orgullo de la Plaza Real; pero que, a pesar de los esfuerzos y desvelos del Ayuntamiento no conseguían elevarse a más altura que los amplios paraguas de los porteros de hotel próximos a la plaza. A la derecha hendía orgullosamente hacia

arriba una avenida que las mejores capitales de Europa hubieran envidiado: el Paseo de Gracia. Era opinión de todos que cuando dicha avenida estuviera absolutamente urbanizada; cuando a lado y lado, hasta Gracia, las fachadas estuvieran completamente alineadas, Barcelona no tendría nada que envidiar a un pequeño París. Habría que ver lo que sería esta Gran Vía cuando las tres casas que habían sido encargadas al arquitecto Gaudí estuvieran edificadas. Los propietarios de estas tres casas habían dicho y repetido a quien les quisiera oír que estaban dispuestos a no reparar en gastos. El más aventurado parecía ser el conde de Z., conde de nueva cepa, wagneriano y reformador. Estaba decidido a que su casa, amén de contar con todos los adelantos modernos, fuera expresión plástica de la poesía musical del progreso, y que estuviera absolutamente enraizada con la naturaleza y hasta con la geología del país; en fin, se proponía edificar un himno de piedra al Creador, en el cual, por añadidura, las amistades pudieran ser recibidas dignamente.

Pero el viento ha soplado contra los postigos de las Torres con furia bestial y los techos de las habitaciones han sido arañados por el trallazo de luz de los relámpagos. Toda la mansión ha temblado hasta sus cimientos, sacudida por el estruendo. Ahora, con el amanecer, es la lluvia, una lluvia densa y pesada la que domina. Se escuchan los primeros pasos, el eco de los pesados zuecos sobre las losas de la entrada y por las escaleras el chirriar de las botas del dueño de la casa que sube lentamente, alumbrándose con el candil.

Desiderio lo ha oído y se arrebujaba en las sábanas, y luego deja caer la cabeza sobre la almohada; simula dormir. Ha pasado la noche con los ojos muy abiertos, atento y despavorido. El cuarto es inmenso y Santa María es un rincón de mundo. Tuvo ganas de gritar, pero hubiera sido inútil y se contuvo. Luego, ahora, ha sentido huir la tempestad, la ha sentido huir a enseñorearse de otras almas de niño, y empezaba a vencerle el sopor del sueño. Pero con aquellos ecos de pisadas volvió el sobresalto; y luego pensó que, tal vez, si su padre creyera que duerme...

Su padre acaba de entrar. El chico le ha oído abrir la puerta y acercarse a él, no de puntillas, sino con todo su aplomo. Un instante, y nota que le acerca el candil al rostro. Él no se mueve. Luego advierte el contacto de la mano paterna sobre su hombro.

—Desiderio.

Simula desvelarse con lentitud.

—Vamos a la capilla. Vístete.

Abre a medias los párpados y distingue el rostro de su padre iluminado por la miel del candil. No acertaría a suplicarle. Es alto, moreno; dos hondas arrugas llegan hasta las comisuras de los labios.

—Anda.

El muchacho se desliza de entre las sábanas. Los pies le tiemblan sobre el

enladrillado. Se calza los calcetines y los zapatos, luego se pone la camisa y el pantalón. Su padre le da la mano. Descienden por las escaleras. La mano de su padre es larga y huesuda, siempre fría, pausada.

En el zaguán les aguardaban ya los payeses, que se han levantado a su vez. Los rostros de las gentes parecen navegar, flotando, en la incertidumbre del sueño y de la luz. Las puertas de la pequeña capilla están abiertas y Josefina, la doncella, ha encendido, uno por uno, los cuatro cirios. Las llamas son cuatro pulpas de luz que tornasolan la brillante cera del rostro del Sagrado Corazón de Jesús, y su alta mano que bendice; la otra señala, casi acariciándolo en la sombra, el Corazón sangrante.

Se han ido arrodillando uno por uno. La primera en hacerlo ha sido Filomena, la masadera, mordida por el artrismo, que reduce ya sus manos a pura crispación. Sus dedos son pequeños y desuñados, de cartón, dedos sin tacto; su boca es una rendija diminuta y torcida sobre un rostro del que no se distingue más que una postrera llamarada en los ojos, fatigados de vivir. Musita en la semipenumbra no se sabe qué, si suspiros, jaculatorias o un gemido incesante. A su lado está Juan, de piel enrojecida y pelo blanco, zurcido de arrugas. Se ha envuelto en una lóbrega manta parda, de la que solo emerge la blancura de su pelo. Jaime, el tartanero, cabecea sentado en el suelo. Pero al notar que don Joaquín le ha mirado duramente, se levanta de mala gana y se aproxima a los demás.

La tempestad ha sido fuerte. Uno de los plátanos del jardín dobló sus ramas, heridas por un rayo. La riera muge agresiva en la lejanía, y cuando decrezca, dentro de tres, de cuatro días, surgirá a la mirada, hundido en un fango verde y hediondo, un pedregal arrastrado desde el Pirineo, con calidad de osario tétrico. Desde la ventana de la capilla se columbran los campos convertidos en charcal.

Remolonamente surgen las señales de la cruz, vago además de aquellos brazos toscos.

—En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.

Comienza la oración. Es una plegaria antigua, un salmo. Las llamas tiritan, agredidas por la luz del día, que va creciendo. Empiezan luego las Letanías de los Santos. Y luego:

Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los Ejércitos, llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria...

Filomena, que ha levantado imperceptiblemente las escasas cejas y pone mínimamente en tensión su cuello delgado, logra balbucir, esforzándose, unos vocablos coherentes, no se sabe cuándo aprendidos, en qué niñez lejana y misteriosa:

—*Sant Marc, Santa Creu, Santa Bárbara, no ens deixeu...*

Sobre el Dios de las Tempestades, junto al plátano del jardín tronchado por la ira nocturna del Señor, poniendo sobre el claroscuro fantasmal de la raza, apiñada en la capilla doméstica, un signo de infinita cortesía, el índice del Sagrado Corazón policromado se dirige, con exclusiva ternura, al hombre alto que reza de pie, marcadas hacia el mentón las dos hendiduras de la mejilla: el viudo Joaquín Rius.

A raíz de la gran desgracia los colonos creyeron que no le volverían a ver. La finca era cosa de la señorita o, mejor, del padre de la señorita, don Desiderio. No creían que don Joaquín pudiera haberle cobrado afección a Santa María. Sin embargo, ahora les parecía que no había habido nunca otro dueño.

Y le habían visto comparecer, alto, de luto, con las sienes muy ligeramente encanecidas. Sus ojos parecían hundidos en las órbitas, pero cuando conversaba miraba fijamente, con dureza, y parecían despedir un destello. Vino la primera vez acompañado de dos muchachas del servicio, Josefina y el ama, que llevaba de la mano al niño. El pequeño Desiderio caminaba ya, correteaba por el patio.

Después de la escena de pésame obligada, que cada uno de los payeses había despachado a su manera, con la gorra en la mano, nadie volvió a hablarle de la señorita. Todos, sin embargo, al ver a don Joaquín caminar por los senderos, solo y erguido, asociaban su imagen a la que pocos años atrás este les ofrecía, en el patio, en las eras, en el jardín o en el entoldado. Sin la señorita el dueño daba miedo, parecía un fantasma. Apenas hablaba con nadie y, después de dirigir el rosario por la noche, daba las buenas noches y se iba a acostar. Solo hablaba con ellos de las cosas del campo, pero si no fuera porque le oían por las noches dirigir el rosario, no recordarían cuál era el tono de su voz.

Cuando don Joaquín pasaba temporadas en la finca, al rezar el rosario por la noche, cerradas las puertas del barrio, la oscuridad, con un pálido reflejo de estrellas o de luna, acentuaba la severidad de su rostro, severidad que dominaba donde él estuviera. Terminado el rosario se añadían a él ciertos padrenuestros en intenciones varias, y el primero de ellos: «Para que Dios acoja a nuestros muertos, y especialmente a... la señorita... Mariona».

Ahora la plegaria y su enunciación se decían rutinariamente, pero la primera vez todos volvieron el rostro hacia el «amo». La voz había sido la misma siempre y no le había traicionado.

Pero he aquí que los años van amortajando los dolores y las pesadillas, como si cada otoño fuera deslizándose hacia el alma las hojas desgajadas. Al pisar el pasado se siente un rumor de hojarasca seca, y con él, al propio tiempo, una suave conformidad.

Porque las energías no habían menguado.

Hubo que hacer lo que era necesario. El luto fue largo y guardado con severidad, con dureza. Poco después, lentamente, le volvió el uso de la palabra para las cosas banales, como era de esperar. Los primeros días no pudo siquiera articular las palabras indispensables en la oficina; todo parecía haberse terminado, como si se hubiera derrumbado de golpe por dentro. Dios no niega, sin embargo, sus fuerzas a quien considera que las debe recobrar. Fue como un fantasma, pero se mantuvo en pie a la hora del entierro, aceptó el pésame de todos, y hasta podría decir quién, entre sus amigos y entre sus relaciones comerciales, había dejado de asistir al sepelio de Mariona. Porque el dolor no oscurece la memoria; es solo como un mordisco furioso,

sin tregua.

Nadie ha sabido lo que él mismo se ocultaba, ni jamás nadie lograría sospecharlo. De tarde en tarde, como una obsesión, parece desvelarse un rumor aciago en sus sienes, el eco postrero de unas perlas que saltaran sobre el mármol de unos peldaños. Se levanta —el puño le tiembla entonces levemente— y piensa con denuedo en números, en cantidades concretas, suma mentalmente cifras de cinco guarismos; el rumor aciago se desvanece en el acto.

La ira de Dios parece haberse desatado esta noche estrepitosamente. El Señor se complugo largamente, los meses anteriores, en ir dorando las hojas de los árboles, en arrancarlas después de docenas en docenas y hacer que se deslizaran luego hasta los caminales, sobre los que tendieron una alfombra crujiente. El agua de los cántaros había adquirido una licuosidad aceitosa y sabía a fronda y a encinar. Todo el campo había asistido rutinariamente a su transfiguración, aceptada sin un gemido. Las vertientes de los montes, vistas a contraluz, habían perdido transparencia .y los últimos grillos habían entonado su adiós agudamente, con un ardor agonizante. Son las cinco de la madrugada del último día del año y del siglo...

—*Sant Marc, Santa Creu, Santa Bárbara, no ens deixeu...*

No se sabe por qué causa, Filomena irrumpía siempre con esa oración, ni de qué recuerdo le brotaba. Su voz, imperceptible en la conversación, se tornaba aguda al musitarla. ¿Sabía, acaso, que esta vez sería la última para ella, que no iba a ver ya más la caída de las hojas, a gustar ya más el sabor de encinar del agua de los pozos?

El bramido de los últimos truenos se ha ido disipando y con el último las rodillas de Filomena hacen el doloroso esfuerzo; en tensión, apoyada toda ella en la silla de la cocina, que traslada siempre de un lado a otro, las articulaciones aciertan nuevamente a ponerla en pie. Curvada, arrastrando los pies, se desliza, silenciosa y ausente, ante la lumbre del hogar, donde con una larga cuchara de madera revolverá todo el día en las ollas líquidos que apestan a aceite, sopas pastosas y difíciles de tragar.

Josefina apaga de nuevo, uno por uno, los cirios, soplando sobre ellos con un aliento de mujer joven. El pequeño Desiderio ha quedado aún allí, muerto de sueño, pero su padre lo conduce de la mano hasta el zaguán. Ahora don Joaquín se calza los chanclos sobre las botas, abrochadas con el cordón hasta cubrirle el tobillo, y se pone el impermeable y la gorra de lluvia. Simultáneamente Jaime, calzados unos zuecos enormes y con un saco en forma de capucha que le cubre hasta la cintura, acaba de sacar de la cuadra a la yegua.

Revérter se ha movido un instante nerviosamente al contacto con la lluvia, pero Jaime no tarda en atizarle en el anca un poderoso puñetazo. Ella queda amansada. *Revérter* no era la misma que antes. Raramente piafaba y se encabritaba ya. Los años habían pasado también para ella. Más que los años, había pasado sobre ella la furia del tartanero, que conocía bien al animal, y a su amo. Don Joaquín contemplaba a

Revérter con una indiferencia fría, casi despectiva, y luego apartaba de pronto la vista del bruto. En suma, Jaime sabía que no recibiría jamás una reprimenda a causa de eso.

Jaime hedía a sudor y a vino y don Joaquín no le dirigía jamás la palabra. Los hombros del tartanero parecían haber sido hundidos por la vida y el vicio, en estos años, acentuando la brutalidad de su aspecto. Las palabras, en sus labios, morados y sucios, parecían eructadas.

Jaime vivía en una actitud constante de sarcasmo silencioso hacia la vida. Tal actitud no era atribuible a nada más que a la lentitud de sus procesos reflexivos y a la bastedad de su carácter. Así maduraba su odio lentamente y no era capaz de aplacarlo; la primera impresión era siempre la que en él prevalecía; pero no conservaba recuerdo alguno de cuanto no fuera capaz de odiar. Los seres a quienes no odiara no lograban atravesar su dura epidermis.

Su concupiscencia había naufragado en la mujer del Palluí, un campesino rico y sanguíneo, avaro, pero muy trabajador, risueño y, en el fondo, bueno. La mujer del Palluí había imbuido toscamente en la cabeza de Jaime cuatro nociones de lo que es para una mujer un marido a quien no se desea. De ahí nació en la imaginación de Jaime el propósito de matar un día a Palluí, y se regocijaba desde hacía años —desde que tuviera con él la pelea junto al entoldado—, en la consumación ideal de su crimen. En esta maduración empleaba la mayor parte del día.

Otro de aquellos a quienes odiaba era al «amo», don Joaquín. Lo odiaba desde la primera vez que lo vio, pero le infundía al propio tiempo cierto respeto, y con relación a él su ira era risueña y atemorizada. Recordaba vagamente la figura de la señorita Mariona, y la del desconocido que, una tarde, le dio para ella en la mina el encargo de que la esperaba allí. Al evocar esta imagen sentía la fruición de estar atentando contra el dueño, de estar haciéndole daño, mucho más del que aquel sentiría si un día le apuñalara por la espalda. Por eso cada vez que Joaquín Rius le miraba cara a cara encontraba a Jaime sonriéndole con su boca idiota; pero, sin saber a qué atribuirlo, Jaime se veía impelido a dejar de sonreír y a bajar luego la mirada, eludiendo aquellos ojos de acero.

Jaime había empujado, haciéndola retroceder, a la yegua, hasta situarla entre los dos brazos de la tartana. Llovía aún bastante, y tardó algunos minutos en tener al vehículo en disposición de emprender la marcha. Entonces don Joaquín salió al zaguán y se dirigió hacia el carruaje con la cabeza curvada, y sosteniendo con la mano en ella la gorra para preservarse en lo posible de la lluvia.

Al ver volver lentamente la cabeza a *Revérter*, y que la tartana empezaba a avanzar entre los charcos, previos unos trallazos agresivos de Jaime al animal, el pequeño Desiderio sintió una inexplicable sensación de libertad.

La tartana alcanzará la colina de los avellanos, salvará, entre baches y blasfemias ininteligibles del tartanero, el recodo del Pontazgo, ganará la carretera de Biluya, cruzará el pontón que enlaza con el Coll de la Manya; *Revérter* tendrá motivos

sobrados para trocar el trote ligero por el paso, cada vez más lento.

Al extremo de la cuesta ya se columbra Granollers, entre el telón espeso de la lluvia. *Revérter* se lanzará entonces al galope, gozoso de sentirse libre.

Y el viudo Joaquín Rius aguardaba impaciente en la estación el silbido de la locomotora. Sobre el velador de la cantina, en el que desayunará, podrá sacar, sin reparos, los papeles de la ancha cartera de cuero que lleva consigo y revisarlos apresuradamente uno por uno; en diez minutos estará absolutamente percatado de los asuntos del día, habrá hecho añicos de un golpe el puente amorfo de los días de fiesta, habrá ahogado en realidades, en asuntos concretos, su atroz soledad.

Nerviosamente anota con su lápiz de afilada mina breves observaciones al margen de las cuestiones detalladas en el papel. Repasa balances parciales y traza esquemas de las conversaciones que habrá de sostener durante la jornada. Ojea las cuestiones anotadas en una cartulina amarilla, referentes a los obreros, cartulina que le pasa todos los días, antes de cerrar, Arturo Llobet, hijo del contable. El silbido de la locomotora le llegará desde la lejanía. Introducirá los documentos en la cartera con mano segura, inflexible. Entonces recordará a Desiderio y sentirá su nostalgia de no poder adelantar el tiempo, la angustia de andar a tientas, a solas, el camino de la fábrica, ese accidentado camino.

¡Años, años de olvido furioso, de trabajo constante, aturdidor, enérgico! ¡Años de lucha! ¡Y la maldita amenaza constante, la inestabilidad, el desorden, la política y las bombas! ¡Dios! ¿Cuándo acabaría? ¡Los impuestos como garra insaciable, para alimentar la ociosidad y la pasión políticas, la ineptitud, la codicia de los gobernantes!...

De esas reflexiones, de esa melancolía solo le arrancará la llegada del tren a Barcelona. Hundido en ellas, se sentirá tambalear un instante, y el chirrido de los frenos precederá al tambaleo postrero y contradictorio que le indicará la realidad del tránsito anterior, tan rutinariamente inapercibido hasta entonces. El parón completo excitará sus nervios; seguirá sin contenerse la fila de pasajeros que se apretujan por alcanzar la portezuela del vagón. Ya en el andén, sin perder la continencia grave, intentará escamotear el puesto al que se tercie delante suyo. Al llegar a la calle se parará un instante a buscar un coche de alquiler.

Mariona murió en el Liceo, murió una noche de noviembre. Él la encontró, al fin. Abrió la puerta del palco y allí estaba. Descubrió primero, su guante. Era un guante granate, delicado, y, rendida sobre el hombro de un hombre, ella. Al arrancarla de allí la seda había crujido...

Ya no recuerda a Mariona. Mariona fue un meteoro, una sombra fugaz en su vida. Durante su existencia a su lado se sintió el corazón lleno de rencores, de odios, de amores y de pasiones. Todo quedó arrancado, todo quedó sepultado con ella, tendido en el suelo del palco, cubierto por la capa de terciopelo azul. Ahora se sentía

tranquilo. Ella le había dado lo que él le pidió: un hijo.

Barcelona ha crecido, se ha ensanchado. La silueta de la fábrica se destaca, blanca, sobre el horizonte gris. Es el último día del año y del siglo.

II

ASENTADA EN UN LEVE MONTÍCULO, que los años van cubriendo lentamente de pequeñas edificaciones —chalets baratos o garitos de bebidas, arrimados al calor de la industria de Rius—, la fábrica se distingue en la neblina por el rojizo de las techumbres. La forman cuatro cuerpos de una sola planta, asimétricos y desiguales, pero todos igualmente pardos, negruzcos. Solo la tapia que los envuelve es blanca, de cal. Mas no da unidad al bloque esa tapia —que se encarama o descende por los terraplenes, dejando a trechos que la pared misma de uno de los cuerpos cierre por sí el recinto—, sino el penacho de humo de las dos chimeneas centrales, de ladrillo, torreones de esa ciudadela que tiznan el cielo con el alma de hollín de las calderas.

En letras del tamaño de un hombre, sobre la tapia blanca, cara al ferrocarril que silba lejano, se lee: «Tejidos Joaquín Rius». Del lado de Aprestos, junto al cenagoso discurrir de un torrente, duermen por la noche los mendigos y aúllan perros sin rumbo.

Ese es el lado adverso de la fábrica. El cartel y el torrente, las basuras y los vagabundos que por allí transitan hurgando en los desperdicios, a recoger retales podridos de pana o de lona, son como otros tantos retales podridos de la urbe, desperdicios de la vida; y la fábrica vive de espaldas a ellos. Parece como si en las almenas de ese sector de la fortaleza los centinelas se hubieran dormido hace años.

El hastial delantero es la frente y fisonomía de la fábrica; solo allí se toleró que la utilidad y la fantasía se encadenaran. En el frontispicio de la entrada, sobre la verja maciza, con cerradura enorme como la de las puertas de una ciudad medieval, unas letras de metal dorado, en abanico sobre tela metálica, rezan asimismo: «Tejidos Joaquín Rius».

Este lienzo frontal está cuidado, limpio. No debe diferir del lienzo de entrada a centenares de fábricas similares. Se pasa a un patio de unos quince metros de longitud, que al doblar, en su extremo, se prolonga, hasta el término de la ciudadela. De entrada el visitante observa que lo que está a su vista no es exactamente fabril; es el despacho del dueño y del personal de oficinas. Se sube a él por tres peldaños y semeja vagamente un chalet, perdido. Si se toma la dirección que marca la desembocadura del patio, el olor de paja y estiércol delatará las cuadras. El tinglado siguiente es el almacén: desde el exterior se presagia la húmeda presencia del hilado. Luego un ancho tramo vacío; a partir de aquel punto se entra en el corazón de la fábrica. El muro de la izquierda es inconfundible: estruendo de telares. Junto al visitante se elevará de pronto la doble columna enorme de las chimeneas de humo errabundo y se sentirá un calor angustioso. Las calderas están encendidas. De la derecha, avanzando aún más, se sentirá el acoso, el agobio de un penetrante olor químico, a sebo, a cola, a alquitrán: Aprestos y Tintes, dos grandes departamentos al

fondo del pasillo, comunican entre sí y con telares. De esos compartimentos entran y salen constantemente contra maestres, mayordomos, operarios o algunos empleados de oficinas. Al penetrar en la ancha nave de las máquinas, viniendo de Aprestos o Tintes, nadie dejará de dirigir su mirada, un instante, al ancho y chato ventanal tras el cual Rius, el dueño, preside y dirige la empresa como un capitán en su puente.

Y es que con solo pisar las losas del patio de la fábrica todo el ser del fabricante se ha puesto en tensión. Los obreros que aguardan formando grupos, se separan maquinalmente para dejarle paso. Él se dirige, directo, a la puerta lateral de entrada, junto a la grande de la verja. Saca la llave y la introduce en la cerradura. Hay algo de movimiento ritual, religioso, en su manera de introducir la llave, de darle la vuelta. Eso es el emblema de su categoría, de su supremacía y el símbolo de la continuidad económica, familiar y social. Hasta que él no haya llegado a su despacho no podrá Pedro, el portero, abrir las anchas puertas de hierro. Desde su despacho oye el graznido de la herrumbre resonar por el aire. Y luego el murmullo de los pelotones de trabajadores que entran a trabajar. Entran como una fuerza ciega, como una lava. Entran por centenares. Desde la ventana que da al patio observa a esa masa amorfa discurrir a sus pies, puertas adentro. Volviéndose, al otro lado, a la amplia ventana que da a la sala de las máquinas, contempla como esa masa se desmenuza, diluye y personaliza. Un simple tránsito a través de una puerta abierta y ya puede reconocerlos, dominarlos... Cada cual ante su máquina, ya todos ellos son otros. Y, lentamente, aquel mundo se pondrá en ebullición, en movimiento. El chasquido de los telares se elevará, estruendoso. Al poco, del otro lado, apercibirá unos gritos tristes de niños, los hijos de las obreras, esos gritos entristecidos de un niño que le hacen pensar en su niñez sin gritos, que le recuerdan la calle de la Paja, la imagen del hijo del panadero, la de su madre secándose las manos en el delantal...

Pero es preciso no distraerse.

Se sienta en el sillón movable, hace sonar el timbre, y entra en el despacho el contable con los asuntos del día.

Llobet, padre es ya un hombre de sesenta años. Impecable en el vestir, si bien al tono mate, sin relieves, que por su cargo le corresponde; gris, casi cano el pelo; mediana estatura, peinado atrás, ligeramente obeso, erguida la frente y el pecho en la actitud que precede a la inclinación de cabeza es, exactamente, la expresión del contable, del hombre de confianza. Su actitud reverencial, su absoluta seriedad, la nobleza y la claridad de sus observaciones no han menguado un ápice. Un dije, con el esmalte de la esposa, prende del chaleco.

Además de la carpeta de la correspondencia, del muestrario, y de una tercera carpeta con los asuntos pendientes, el contable Llobet lleva hoy consigo —último día del año y del siglo— un enorme libro negro que parece cuidar como a un niño en peligro. Las dos manos gordezuelas oprimen su lomo con suma precaución. Las tres carpetas le llenan las axilas y avanza con pasos cortos y el rostro sonriente.

—¿Ya está? —inquire Rius.

El contable asiente. Rius recoge el libro y, con rápido movimiento de los dedos, hace girar las hojas como los planos de un calidoscopio. Deja el libro a un lado.

—¿A qué hora terminaron?

—A las dos.

—¡Todos los años lo mismo!

Pero se da cuenta de que, pese al retraso, el «Mayor» fue puesto al día y de que Llobet espera una felicitación. Esta consiste en una simple sonrisa que se desvanece cuando el contable se libera de las tres carpetas.

Empieza por la correspondencia. Lee con atención media docena de las cartas. De pronto su semblante muda de expresión.

—La partida Bofill —y musita, luego, en el colmo de su compunción, el contable —: Las panas...

Rius se levanta de su sillón.

—Es la tercera reclamación que nos llega. Ahora veremos esas panas. —Su mano izquierda lanza sobre la carpeta, con desagrado, la carta oprobiosa.

Cierra la carpeta y, sin mirar a Llobet y profundamente enojado, adelante la mano en espera de la segunda. Llobet le entrega la de asuntos pendientes.

La abre y fija su atención en una hoja, que desdobra, de papel satinado. La deja luego, desdoblada, sobre su mesa y se sienta de nuevo, saca del bolsillo superior de su chaleco un lapicero. Con la punta va señalando y comprobando en las columnas de cifras manuscritas. Su atención salta de pronto.

—No podemos seguir así, Llobet —dice—. Esas lustrinas van bajando. Ramoneda me aseguró una cifra para esta semana.

—Las sargas de Basereny...

—¡Qué, Basereny! Ir de cliente en cliente como a pedir limosna. Se nos escapan... ¡Ramoneda!

Llobet sale disparado, con sus pasitos cortos. Entra al instante con Ramoneda. Es un joven empleado, lívido y escuálido, de porte atildado.

—Señor Rius... —impetra, saluda y explica.

—Batllori para Basereny, Bofill para Basereny, las «Reunidas» para Basereny. ¿Se han propuesto dejarme sin clientes? ¿No se avergüenza de presentarme esta hoja?

Pero advirtiendo por la compunción de los dos empleados que su actitud no conduciría a nada práctico, concluye, bajando el tono de su voz:

—Diga, diga...

—«Reunidas» me recibió riendo. ¿Se imaginan en Rius que la temporada va a ser de luto perpetuo?

—¿Eso dijo?

—Y Batllori me explicó que tiene lutos para dos temporadas. Por no interrumpir una tradición se llevará una tercera parte de lo del año pasado. El público manda —dijo—. Si a la gente le da por vestir de colorado no tendrá más remedio que usar paranitra en lugar de anilina. López Arnau y Basereny están tejiendo tela de cordel

según la moda de París y han inundado el mercado.

—¡Todo está trastocado! ¡Payasos de circo! A ver...

Rius adelantó la mano. Automáticamente Llobet puso en ella la tercera carpeta, la de las muestras.

Desabrochó los corchetes y pasó la yema de los dedos por los retales. «Ese lo lanzó mi padre en 1889 —pensaba—. Un simple combinado para mantelería base segura» —y palpaba el trozo de tela pegado a la cartulina—. «Sarga B, con satina extra, invariable. ¿De qué se quejan? —pensaba—. El muestrario está al día. Rasos, acolchados, acolchados con perdidos... y un semipiqué superior...».

Levantó su cabeza; la expresión de susto de los dos empleados le hubiera hecho sonreír.

Consciente del efecto que producía, dio nueva vuelta a la hoja y fijó en ella su vista. Los lutos empezaban. Volvió hoja tras hoja. Era un séquito de lutos como los de un entierro. En ellos había nacido su fortuna. Por primera vez consideraba de una manera seria la oportunidad de aligerar ese *stock*.

Los dos empleados le vieron sacar de un cajón de su mesa un sobre abierto y sucio, del que sacó un retal de tela clara, trama marrón y urdimbre verde.

—¿Lo conocen?

—Es... es un Basereny...

Rius sacó dos agujitas curvadas del bolsillo superior de su americana; después, del cajón, una lupa. Puso el retal sobre un papel blanco. Sacó su lápiz. Con las dos agujitas fue separando de la trama consecutivamente hilos de urdimbre, y de los de urdimbre los de trama. Al tiempo hacía unos cálculos rápidos y anotaba letras y cifras en el papel. Sacó una basculita de precisión del cajón de su mesa, la desenfundó, montó y pesó los hilos sueltos. Anotó nuevas cifras.

—¡Orlau! —gritó cuando la operación estuvo concluida.

Llobet, con sus pasitos cortos se precipitó a la puerta. En el acto entraba con el jefe de Presupuestos, Compras y Entregas, señor Orlau. Era un obeso y alto caballero de unos cuarenta años, que resoplaba en todo instante. Quedó junto a los otros dos.

—Aquí va el análisis de ese cordel de Basereny. Prepáreme el telar «dos» para unas muestras.

—¿Vamos a hacer «cordeles»? —inquirió, estupefacto, Orlau. Pero Rius se había puesto en pie. Comprendieron al instante que era hora de hacer la inspección.

La comitiva se puso en marcha. Descendieron por las escalerillas. Al pie de ellas quedó formado el grupo. En el centro iba Rius, que llevaba a su derecha a Llobet y al rubio y macilento Ramoneda. Ala izquierda el obeso Orlau. Ala izquierda de este se situó un obrero anciano, con gafas. Llevaba un gran bigote blanco, que dificultaba su respiración. Cuello y corbata asomaban bajo el guardapolvo. Era el contraamaestre de máquinas Planells.

—Pare el «dos» para unas muestras —ordenó Rius al contraamaestre.

—Señor Rius, el «dos» ya está parado —dijo, rápido, el viejo obrero.

—Bien, pues que preparen los hilos. Orlau le indicará lo que hay que hacer.

—Señor Rius, está parado desde ayer.

—Mejor, no importa.

—Señor Rius. Tiene un desperfecto.

—Llamen en seguida al mecánico.

—Señor Rius, ya está allí.

—¿Qué tiene el «dos»? —gritó Rius, perdiendo la paciencia.

—Se cortaron los hilos y no va.

Rius, seguido por su grupo, se adelantó, disgustado, por el pasadizo. El mecánico había desmontado el batán; y observaba la lanzadera.

—La lanzadera está muy usada —explicó el mecánico.

—Vuelva a colocar el batán. Quiero ver cómo va —y le dejó en pleno trabajo. Al aproximarse Rius, los tejedores parecían redoblar el trabajo. Cruzando por entre los telares salieron al aire libre, al sector del patio lateral que conducía a Tintes y Aprestos. Llobet y el viejo contraamaestre habían quedado rezagados, pues el paso de Rius era vivo. Al entrar en Aprestos, Llobet tosió; hacía treinta años que tosía al entrar en Aprestos. Hacía treinta años que Rius, al sentir su tos, se volvía y le miraba.

Campins, jefe de aprestos, acudió a la entrada.

—Panas quebradas, Campins.

—Es el aceite, señor Rius. Habrá que ir con mucho cuidado. Deben ser dos o tres piezas.

—Campins, dos o tres piezas son muchas piezas, son todo un mercado. Déjeme ver el aceite.

Le fue entregado un bote. Dejó escurrir un hilillo sobre un papel.

—¿Qué tiene este aceite?

—Señor Rius... Despedí a la operaria.

—No es el aceite; Campins. Le tengo dicho que abusa de la cola.

—Hace falta personal, señor Rius. Por lo menos cinco mujeres más.

—Todo lo arreglan aumentando personal. Cuanta más gente, peor vamos.

El obrero Campins estaba colorado.

—La cola, para los driles, ¿recuerda?

—Sí, le hice añadir cola a los driles, pero no a las panas, ¿comprende? ¡Maldita rutina! ¡Bah!

Pero su enojo no conduciría a ninguna parte.

—Le pondré tres mujeres más.

Dio media vuelta y se dirigió a Tintes. En la amplia sala las desmelenadas mujeres parecían brujas. Los hombres revolvían los cubos, de los que manaba un vapor irrespirable. Rius se dirigió al jefe, Tralla, un escuálido tipo tiznado como de sebo hasta los codos, con la blusa arremangada y una gorra deshilachada en la nuca.

—Prepare la sosa y el hidrosulfito con colorante verde y rojo, para unas pruebas.

—Había preparado...

—Haga lo que le digo.

Se dirigió al termómetro, sobre uno de los calderos y observó en el tubo.

—Mantenga así.

—Sí, señor.

Disgustado, nervioso, volvió sobre sus pasos. Los cinco satélites le seguían como polluelos. Entró nuevamente en Telares. El «dos» estaba ya montado. Se puso frente a él.

—Póngalo en marcha.

Observó un instante. La máquina se ponía en movimiento, pero al salir la lanzadera del cajón se producía inesperadamente un parón brusco. La correa daba entonces unas vueltas sin lograr hacer seguir al corrón y quedaba en silencio. Rius observó fijamente, con los ojos semicerrados, el ademán del artefacto y parecía auscultar sus imperceptibles latidos. Se inclinó y miró, detenidamente, al dorso de la máquina. Con un signo hizo que el operario la pusiera en marcha y con un nuevo signo que la detuviera. Entonces tiró con la mano del batán hasta que el cigüeñal quedó horizontal.

—El «cadell» está roto —y señaló un punto diminuto de la máquina—. Al pasar, no toma el diente del regulador.

Los operarios le vieron dirigirse nuevamente a las escalerillas, dando rodeos por entre los telares. Subió por ellas seguido de sus satélites.

¡Siempre esta maldita desidia, que las cosas no puedan estar nunca en su sitio! No se explicaba cómo la gente pudiera ser así, tan indiferente.

Entró en su despacho. El negro libro estaba sobre su mesa. El «Mayor» estaba listo para la revisión. El libro cerraba no solo la anualidad en curso, sino todo un siglo. Una etapa entera de trabajo quedaba condensada en la colección de negros mamotretos, forrados con tela de luto, que se apiñaban en los altos anaqueles del archivo.

Se disponía a abrirlo y hojearlo cuando hizo su entrada subrepticia el cajero Pamias.

El cajero de la fábrica es un hombre enjuto y bajito; la mínima expresión física de cajero. Lleva desde tiempo inmemorial unas gafas deterioradas por el constante esfuerzo de mantenerlas a presión sobre una nariz prácticamente simbólica. Pamias apenas habla. Pero se escucha constantemente, año tras año, la letanía lejana de un monólogo aritmético flotar sobre los compartimientos: doce, veintisiete, cuarenta y dos, ciento quince, ciento noventa, doscientos siete... La cantinela es la constante efusión de una segunda alma de aquel hombre entristecido y mínimo. Nadie entra jamás en su despacho, como no sea para resolver cuestiones ineludibles y urgentes; pero nadie sale de las oficinas sin despedirse en voz alta del cajero, aunque sin traspasar los umbrales de su feudo: «Se le saluda, señor Pamias». Escúchese el susurro: «Trescientos veintidós, trescientos cuarenta, trescientos cincuenta y nueve; total, trescientos cincuenta y nueve». Al término de la suma, la voz del cajero Pamias,

cuando ya el visitante está en la calle: «*No s'hi cansi, senyor Balet*», dice. Y el hombre echa una mano, cauto, al equilibrio de sus gafas.

Todas las mañanas, cuando Rius regresa de la inspección, entra el cajero en el despacho del jefe. Deposita en silencio el estado de caja sobre la mesa, se arregla la postura de las gafas, y se va por donde ha venido. Rius observa algunas veces a Pamias retirarse sin bullicio por la puerta, sin que el cajero lo note, y sonrío un instante.

Al salir, Pamias se cruza hoy con el hijo del contable, el joven Arturo Llobet, que solicita entrar. Al verle Pamias se arregla nuevamente, con movimiento más nervioso y convulso, la postura de sus gafas.

—Adelante —dijo Rius; y piensa—: «¿Qué tendrá Pamias contra el joven Llobet? Le saca de quicio».

Arturo era un muchacho de unos veinticinco años. De sus ademanes y desenvolturas trascienden, ahora, serenidad y decisión.

Durante el curso de los años anteriores, Arturo Llobet, a fin de año, había solicitado la misma audiencia. En ella entregaba a don Joaquín una cantidad, a cuenta de la que este habíale adelantado, hacía ahora ocho años, con ocasión del desgraciado incidente.

—Señor Rius: tengo la satisfacción de poder saldar, ya este año, el resto de mi deuda.

Rius hace un ademán de grata sorpresa.

—Le quedaba a usted todavía una cantidad respetable que saldar.

—Sí, señor. Ochocientas cincuenta pesetas.

—¿Y puede sin esfuerzo liquidármelas en una sola entrega?

—He tenido la suerte de encontrar dos casas a las que he llevado la contabilidad en horas extras. Mis ingresos en esos trabajos los destinaba a esto.

Dejó sobre la mesa un fajo de grandes billetes.

Rius le miró cara a cara. Levantose.

—Deme usted la mano, Llobet.

Arturo Llobet apretó reciamente la mano de Rius. Yergue su frente.

—Debo decirle, señor, que mi deuda material ha sido saldada —su voz, recia, quedaba, sin embargo, nublada por la emoción—, pero pido años largos de vida para saldar la deuda moral que tengo con usted.

Las manos siguieron juntas, en un postrer, nervioso apretón.

—Venga usted, Llobet. Mire.

Le ha hecho pasar junto a su sillón movable.

Del cajón de la mesa saca un largo rollo de papel apergaminado.

—Vea —le decía, desenrollándolo, y sin darle ninguna explicación, como si estuviera ilusionado en sorprender al joven, en hacerle partícipe del más amado de sus secretos, hablando en voz baja.

Ante los ojos del hijo del contable se desarrolla un largo panorama de esquemas

de edificación.

—Mire, vea...

Y en voz baja, susurrando:

—Las nuevas dependencias.

Llobet queda pasmado.

Se inclina, absorto, sobre los planos.

Sitúan los pisapapeles en los cantos del pergamino.

—Esto es la dimensión actual de la fábrica —y el lápiz recorre el diseño de la nave reproducido sobre el papel—. De forma que las nuevas dependencias, como usted ve, circundarán en forma de herradura la nave actual. Nuestra fábrica actual no es más que el palo vertical de la T, pero como usted ve, los brazos de esa T serán casi tan largos como esta sala.

Arturo Llobet contempla el plano, estupefacto.

—Levantaré un piso más, aquí arriba, para ampliación de oficinas. En el sector izquierdo habrá las caballerizas, el almacén, la cantina y el comedor y la sala de duchas, con el botiquín y la enfermería. En el derecho, una sala de telares con los modelos más perfectos. Esta sala actual será para los géneros de batalla...

Se incorpora. Pero su voz aún más baja:

—Ni una palabra a nadie de eso, Llobet...

—Confíe absolutamente.

—Ni a su padre.

—No tenga usted cuidado.

—Lo digo porque, ¿sabe usted?... En una palabra; la crisis es muy fuerte y podría dar lugar a malas interpretaciones.

—Comprendo, señor Rius.

—A su padre... quiero darle yo mismo la sorpresa. Quitó los pisapapeles y enrolló el proyecto.

Se enfrasca en su monólogo, entusiasmado.

—Hace años que venía acariciándolo. Finalmente se presentó la oportunidad de adquirir el solar que me faltaba, el de la izquierda. He tenido que dar una prima alzada, no crea usted...

De pronto:

—Yo tengo un hijo, un hijo único, niño aún —añade Rius.

—Sí, señor.

—Quiero que usted se haga a la idea de que, dentro de la fábrica, le incumbe algo más que el simple trabajo de oficina. —Sí, señor.

—A saber: ayudarme, con los años, a inculcar a mi hijo la técnica y el amor de estas paredes, y que él encuentre en usted, por lo menos, lo que yo encontré en su padre de usted.

—Sí, señor.

—En cuanto a su trabajo... dirigirá usted en adelante la sección de Personal.

—Muchas gracias, señor Rius.

—Su asignación será, en lo sucesivo, de doscientas veinticinco pesetas.

El cuerpo del fabricante, aquel tronco inflexible y alto, parecía moverse como si de su propio esfuerzo físico de cada instante dependiera la puesta en marcha de los actos de su voluntad. «Yo tengo un hijo, un hijo único, niño aún...» —y en aquel instante Arturo Llobet daría su vida por don Joaquín, por la fábrica y por el joven Rius.

—Llame a su padre.

—Sí, señor Rius...

Fue un gran placer, un placer inexplicable que regocijaba todo el ser, abrir, hojear lentamente el volumen. Todo era claro, transparente, sin un error. Las columnas manuscritas se sucedían con un orden arquitectónico.

Llobet, el contable, que había vuelto a entrar, se sentía partícipe de la satisfacción de su jefe. Inclinado ligeramente a espaldas de Rius, seguía atentamente, aguantando la respiración, el itinerario que sobre las páginas describía el lápiz silencioso de don Joaquín. Su rostro estaba iluminado por una leve y sana sonrisa solo borrada cuando, al azar, el lápiz del dueño señalaba una columna espeluznante: impuestos.

—Llobet. Vamos a revisar *grosso modo* la labor de esos veintisiete años. ¿Le importaría traerme el balance del setenta y siete?

Eran como dos chiquillos que contemplaran por primera vez las grandes láminas de una historia de ensueño.

Se enfrascaron, ebrios, en la revisión. Por la tarde prosiguieron en ella.

Así pasaron el día. La idea del tiempo había desaparecido. Habían aullado las sirenas. Luego habíase hecho un silencio extraño, al parar los telares. Se apagaron las luces de la nave. Sonó el moho de la puerta, al ser cerrada. Rius y su contable siguieron abocados a los libros.

—Las diez... —susurró, al fin atónito, Rius, que, sin ánimo para consultar su reloj, había ido contando una por una las campanadas del reloj de pared de su despacho.

Ayudado por el contable se enfundó el gabán, con súbita prisa.

—Su familia me va a maldecir —chanceó.

—Basta con estar en casa a las doce, cuando cambie el siglo.

Por los oscuros terraplenes, que no caminos, llegaron a la calle de Viada y caminaron hasta el Paseo de la Industria, menos accidentado.

—Los tiempos serán muy difíciles —afirmó Rius de pronto, como consecuencia de toda su cavilación—. Lo han sido ya. —Pero no podemos quejarnos, señor Rius, no hay atentados. Caminaban apresuradamente en la oscuridad.

—Estamos destinados a pasar de la crisis a los atentados y de los atentados a la crisis. Esto no tiene remedio, Llobet. Por lo visto no hay forma de que puedan existir

en España dos cosas, dos hombres: un ministro de Hacienda y un ministro de la Gobernación.

—¿Quiere usted decir que podría hacer algo un ministro de Hacienda? —objetaba lentamente el contable—. ¿Sería capaz de recuperar los mercados de Ultramar?

—La inmensa mayoría de países han vivido sin Ultramar y no por eso han sido países pobres.

—Nosotros ya íbamos mal cuando teníamos las colonias; ¿adónde irá a parar nuestra economía sin ellas?

—Ahora tenemos algo peor que colonias; tenemos los impuestos a causa de la pérdida de las colonias. En una palabra, antes el Estado se dedicaba a despojarnos porque teníamos las colonias y ahora porque no las tenemos. No le quepa a usted duda, Llobet, que la mejor colonia que podríamos tener sería un buen gobernante —el contable atendía con unción—. A pobres diablos como nosotros las circunstancias los convertirán en héroes a la fuerza. ¡Héroes a la fuerza! —exclamaba.

—Pensaba —manifestó tras un silencio el contable— que si los proyectos que el general Polavieja tenía hace un año pudieran realizarse, tal vez se conseguiría ahuyentar la crisis por unos años.

—Por desgracia, Polavieja es un general y no un político.

—Pero... ¿no considera usted que su manifiesto ha sido uno de los grandes aciertos que...?

—En efecto, el programa Polavieja era excelente. Pero el general no cuenta con un grupo político y, naturalmente, fracasa. Han empezado por imponer a un ministro de Hacienda cuyo propósito es no reformar nada y que no tiene otra ambición que alcanzar el superávit.

—Pero en el Gobierno hay gente de valor. Durán y Bas...

—Un gran abogado, naturalmente. Pero ya verá usted cómo este Gobierno será el del superávit. Lo que quiere decir que a toda costa se ahogará la riqueza y con la riqueza, el país. Yo prefiero para estos años, en que lo hemos perdido todo, un Gobierno que se aventure a gastar todo el dinero que haga falta en reformar el país, en estimular la iniciativa y dar alas a toda empresa nueva, como Polavieja pretendía... Y en lugar de eso vamos a una etapa de ahorro. Nos dedicaremos a administrar bien la miseria que nos ahoga...

Al pasar ante el Parque de la Ciudadela, Joaquín recordó la Exposición Universal, doce años antes. Con escalofrío adelantó el paso.

—¿Me acompañará usted a tomar unos bocados, Llobet?

Penetraron en los estrechos callejones de la ciudad menestral. Las gentes inundaban las aceras con sus gritos. Vociferar de chiquillos, canciones en las tabernas, campanillas de organillos distantes, risas de mujeres. Los gatos saltaban enfurecidos de tejado en tejado, como si incluso a ellos les afectara la noción de la importancia de aquella noche, tan distante a las demás. En esta noche, en efecto, cien años iban a ser ingeridos de un sorbo por la Humanidad; iba a ser tragada por todos

en un santiamén una buena porción de eternidad, entre la primera y la duodécima campanada. Parecía que, aturdida, la Humanidad se hubiera encontrado enfrentada a un barranco, al que hubiera llegado bailando; y se detenía, espeluznada. Había que saltar al vacío sin remisión; la Humanidad bebía en las tabernas, fornicaba en los portales, para cobrar coraje.

Engalanaban las calles gallardetes y flores de papel. Muchos balcones estaban ornados con farolillos, lo que daba a la ciudad un mágico aspecto. En las calles más anchas, ya en el centro, los coches de punto transitaban dificultosamente entre la muchedumbre; y los caballos, que mostraban la grotesca dentadura como un sarcasmo blanco a la noche, rozaban con su belfo los sombreros, los altos peinados de las mujeres, las cuales se apartaban del acoso sorprendidas y asustadas, con gritos y risas. Ocupaban los carruajes jóvenes con sombrero hongo, damiselas de dudosa procedencia que blandían en lo alto botellas de champán o de vino. En uno de tantos coches que formaban parte de la caravana que iba a conducir al cementerio, simbólicamente, al siglo agonizante, una figura de cartón, grotesco monigote de guardarropía, luengas barbas decrépitas, simbolizando el siglo viejo, sostenía el cartelón: «Muero por mis pecados».

No fue sencillo dar con un restaurante y, una vez en él, encontrar plaza. Los comensales, por lo general, habían ya cenado, pero las mesas seguían repletas. Por un azar uno de los camareros reconoció a don Joaquín y les ofreció pasar a un pequeño palco reservado, que acababa de quedar libre en aquel instante.

El local era reducido y acogedor, pero parecía una casa de locos. En una de las mesas un grupo de mujeres de tono ambiguo cantaba, asesinándolo, un *couplet* de moda. Aliñaban el estribillo con ademanes de picardía, cuya intención era plenamente recogida y agradecida por el anfitrión, un caballero de mediana edad cuyo orondo tupé había perdido por completo la curva prescrita por el cosmético. En un rincón un joven besaba glotonamente el cuello de una damita; la cual, mirando al otro lado, arreglábale indiferente unos bucles ante el gran espejo del local. En aquel instante penetraban estrepitosamente en el restaurante un grupo de muchachas y caballeros cogidos, como apelotonados todos, por la cintura, armando un infernal concierto con trompetitas de cartón.

Fabricante y contable se sentaron. Sobre la mesa aún quedaba el servicio de los anteriores clientes. Con lento movimiento de perplejidad Joaquín Rius adelantó su mano y asió, olvidado allí, un guante granate, de mano femenina.

—Han olvidado un guante —y. Llobet buscaba con la mirada al camarero.

Luego quedó mirando a Rius.

Pero Rius parecía asir en aquel instante no el guante: la mano, la mano misma que debía haberlo sostenido y que se dejaría ahora estrujar por la de un hombre saciado y feliz. Al dar con el símbolo, huidizo en la memoria, sobre la mesa, había retrocedido súbitamente hasta el dolor del guante original, que era como si reapareciera ahora incorrupto, esta noche de fin de siglo. Pero lo ajeno de su contacto había podido más.

Sobre el mantel había quedado tan dulcemente rendido, que el ligero temblor del antebrazo al recogerlo se había mitigado. Y sin embargo...

—¿Se siente cansado?

Quedó sorprendido de entender a su contorno levantarse una voz, que acudía a socorrerle. Advirtió entonces que, en efecto, había hundido su frente en la palma de la mano, apoyado el codo dolorosamente en la mesa. Y la ráfaga amenguaba, desaparecía...

—Perdone usted, Llobet, no es fatiga.

El contable quiso adelantar su mano para confortar al hombre que yacía hundido en medio del bullicio, solitario y crispado. Pero no fue él quien adelantó su mano, sino don Joaquín, hasta dar con ella.

—¿Le puedo pedir que después de cenar me deje acompañarle a su casa hasta después de esas doce malditas campanadas? —Su voz era grave, sus ojos estaban aún levemente entornados.

El piso de los Llobet, en la Ronda de San Antonio, era modestísimo. Pero hasta de las paredes parecía trascender la noción de honrado orden, la felicidad pacientemente almacenada. El papel de los tabiques, desteñido ya por los años, lucía, sin embargo, limpio, impecable. El mechero Auer de la sala estaba oculto por una enorme violeta de cristal, rodeada de pequeñas violetas puramente ornamentales apiñadas de tres en tres en los largos brazos de latón dorado. El sofá y los tres sillones, altos y trascendentales, de estilo gótico, ocupaban mucho más espacio en aquel salón que el que lógicamente debían, pero eran en él elementos tan importantes, desempeñaban en el aposento una función tan ilustre, que la idea de la desproporción quedaba rápidamente superada. Unas «labores» triangulares cubrían la parte superior de los respaldos para que la tapicería no se desprestigiara con el constante uso. De la pared principal pendían dos grandes retratos, los abuelos, a todo color, en cuyo pie la descomunal firma del artista parecía un epitafio. Una vitrina sencilla albergaba pequeñas fruslerías, caracolas, rosarios, parejas de ángeles de porcelana que se besaban sin entusiasmo...

En el rincón había sido preparada una mesilla con dulces y unas botellas de vino rancio.

Además de la esposa de Llobet, doña Eulalia, y de su hija, Teresa, estaba una amiga de ellos, Gertrudis, que charlaba junto al balcón con Arturo Llobet.

La señorita Teresa Llobet —una muchacha alta y curvada a quien ciertamente Dios había querido dotar de las virtudes de la mansedumbre y de la honestidad en mayor cantidad que de los encantos de la belleza— se aproximó al señor Rius, azorada, y le presentó a su amiga. Rius le dio la mano con atención.

Sin ser una belleza, Gertrudis era agradable, delicada; una de esas muchachas a las que en seguida se les descubre el inmenso bien que pueden hacer por el solo

hecho de existir; discretas, su vida es un relevo de cariños, de los padres al marido, del marido a los hijos; derraman sin cesar los dones de una sumisión innata, atenta; la vida cotidiana parece florecer literalmente de sus manos, tan pulcras para la cocina como para la ropa blanca y la alianza conyugal. Doña Eulalia, la esposa de Llobet, no acostumbraba a equivocarse jamás en la tasación de esos valores, que eran los suyos propios. La vida transcurría en aquella casa pausadamente, tranquila y felizmente. «Allí —pensaba don Joaquín en este instante, dirigiendo su mirada a lo hondo del pasillo, hacia el comedor—, allí se quemó los ojos Llobet revisando los libros, buscando desesperado un error que no existía...».

Aguardaban en silencio el tránsito del siglo.

Dirigiéndose al balcón y, a través de los cristales, apercibieron la oleada turbulenta y lejana de la noche. Unos minutos escasos les separaban del nuevo siglo y el corazón se anticipaba a golpear, sin razón, tumultuosamente. Rius se separó y fue a sentarse en el sofá. Ya no hablaba; pensativo, miraba su reloj.

Recordó haber escuchado de boca de su madre: «La hora de los fantasmas», y ella fue el primer recuerdo que apareció. Ahora estaría, tal vez, adormilada en su mecedora de la calle de la Paja en compañía de Fabián, su hermano, su desconocido hermano. Arturo Llobet se había aproximado ahora al balcón y enumeraba con voz fuerte los tañidos del bronce:

—*Una...*

Bruscamente, sí, apareció su madre a su recuerdo. Se arrepintió de pronto de no quererla bastante. Era como la esposa de Llobet, como la hija de Llobet, como la amiga que hoy estaba con ellos acompañándoles, como su cuñada Mercedes: la mujer fuerte y casera...

Y el espectro de su padre... «Aquí donde nos ve, Majestad, empezamos lo que se dice sin un céntimo...».

Un sorbo de amargura subió a su garganta, dificultó su respiración.

—*Tres, cuatro...*

Mariona, su tez aproximada a él... Y el fantasma de Ernesto Villar, pero no en su mente; antes, antes, en el colegio...

—*Siete, ocho...*

Volvió la vista a su derredor, pero no veía. Estaba ausente, ensoñado...

—*Nueve...*

Proximidad y lejanía. Su vida fue como un río, y la de los demás, como sus orillas. Hubiera querido detenerse para alcanzarlos, para retenerlos y poseerlos. Inútil.

—¡*Desiderio!*

¡Si pudiera retenerle por lo menos a él, si fuera capaz de encauzarle, de dirigirle! ¿Le sería concedido el último, el único favor?

—*Once, doce...*

La voz de Arturo había sido triunfal.

—¡*Siglo veinte!*

Desde el exterior, a través del cristal, parecía llegar el fragor desatado de las voces, la Humanidad lanzada a una estúpida dicha. Y las campanas todas de la ciudad eran echadas al vuelo. Centenares de cohetes hendían el aire. Volviéronse todos para verse de nuevo. Joaquín estrechó las manos de Llobet y de su hijo Arturo.

—Que tengan ustedes mucha felicidad... —estaba emocionado. Luego apretó cariñosamente la mano de doña Eulalia.

Arturo se aproximó a la mesilla y descorchó una de las botellas. Su hermana Teresa pasaba con la bandeja de los dulces. Arturo le ofreció una copa de vino. Él intentó cogerla, pero la mano le temblaba; hizo un esfuerzo. Arturo no había reparado en ello; su padre, sí. Le temblaba como una rama sacudida de pronto por un vendaval y se sintió incapaz de sostener la copa. Llobet aguardó a que don Joaquín intentara llevársela a los labios. Al hacerlo, el vino se derramaba a sorbos sobre la alfombra.

—¡Oh, Llobet, perdone!... —dijo, agradeciendo al contable, cuando vino en su ayuda.

Y aproximándose, ciego, al sillón, quedó allí unos minutos, mirando impávidamente a todos, sin verlos.

—¡Siglo veinte!

¿Sería el mundo más feliz? ¿Tendrían ellos, él, energías bastantes para conducirlo todo hasta el final? ¿Qué imperativo o qué apetito le ordenaba luchar, hasta jugarse la vida? ¿Quién iba a ayudarle ahora a él, irremediamente solo? ¡Oh, si pudiera dominar los años! ¡Si su hijo pudiera haber crecido de golpe, si pudiera acompañarle a la fábrica, si pudiera, Dios santo sentir ya su complicidad!...

Las campanas habían cesado de tañer y se percibía, sordo, encrespado, violento y loco el mugido de la multitud; era como si una gran ola tenebrosa pasara por encima de nosotros y barriera la borda sin piedad. Se sentía en el alma un crujir de maderos; se sentía el gemido intermitente y amargo de todas las cuerdas en tensión.

III

LAS PRIMERAS LECCIONES de Arturo Llobet al hijo de Rius no pudieron ser dadas hasta la primavera del primer año del siglo. Varias razones habían hecho diferir el propósito. En primer lugar, Arturo Llobet tuvo que hacerse cargo de la importante sección que le había sido encomendada en la fábrica. Las cuestiones de personal, hasta entonces divididas a las diversas secciones y llevadas por uno de los ayudantes de Pamias, requerían ser unificadas y sometidas a una dirección y vigilancia estrictas. A las pocas semanas el joven Llobet había puesto en orden los ficheros de Personal, con el historial de los obreros, antecedentes e índices de su rendimiento. El hijo del contador se valió de los ficheros existentes, pero sostuvo largas conversaciones con Orlau, Campins, Planells y Tralla, jefes de Compras, Aprestos, Telares y Tintes, respectivamente. Recabó del jefe la facultad de elegir en cada caso el personal nuevo, pasándolo a la aprobación de Rius y a propuesta de los jefes de Sección. A los pocos meses el despacho de Llobet tuvo que ser trasladado a la planta baja; toda baja por enfermedad era sometida a un escrupuloso control y por el despacho de Llobet pasaban los tullidos, los bronquíticos, las mujeres de los enfermos a dar cuenta de los motivos de la baja y exhibir los certificados. El cajero Pamias observaba con recelo el auge de esa sección. «Mucho ruido y pocas nueces», musitaba para sí.

Pero las lecciones a Desiderio fueron diferidas también por otro motivo. A mitad de marzo, en Santa María, se produjo una tragedia. Jaime, el tartanero, cuyas visitas a la bodega se habían convertido en una estancia perpetua en ella, había salido una tarde al patio, sacado a *Revérter* de la cuadra y le había propinado una tal paliza, que el caballo cayó desnucado y murió, al anochecer, sobre un charco de sangre. Perseguido por los colonos, el tartanero logró esconderse hasta la madrugada, en que, aguardando a que Palluí, su acérrimo enemigo, saliera con su carrito hacia el mercado, saltó a su encuentro en las proximidades de la mina y lo mató a navajazos. La persecución del monstruo duró dos días, al cabo de los cuales el pueblo, agolpado en la carretera, vio pasar a Jaime atado codo con codo entre la pareja de la Guardia Civil.

De todo ello tuvo Rius noticia en el acto. Juan, el colono, llegó a Barcelona descompuesto y le comunicó con pormenores la historia. Y que Desiderio había caído enfermo. Rius dejó todo lo que tenía entre manos, dio unas instrucciones a Llobet y se trasladó en el acto a Santa María, acompañado de su médico, el doctor Renom.

Sobre el enlosado del patio le mostraron el manchón de la sangre de *Revérter* ya cuajada. Subió apresuradamente al cuarto de Desiderio. Este se removía en la cama, convulso; su manita apretaba furiosamente la sábana y se retiraba, como despavorido por los fantasmas de su cerebro. Se inclinó, raudo, sobre la cabecita de su hijo, sobre su torcida boca. ¡Oh, Dios santo! Le pasó la mano por la frente, y hervía. Una monja

veladora susurraba el rosario en un rincón.

La noche fue angustiosa. Sobre los muros de la gran casa la luna de Nissán alargaba las sombras de los árboles. Rius paseó, perplejo, dolorido, por el jardín. Sonaba a lo lejos el canto circunflejo del mochuelo traído por ventoleras súbitas, sofocantes.

El suero aplicado por el doctor Renom calmó aquel desvarío. Con el amanecer entró el muchacho en un sopor dulce. A la mañana la fiebre amenguó. Al tercer día pudo Rius, ya tranquilo, regresar a la ciudad. Pero el doctor Renom había prescrito al chico mucho reposo. Su constitución no era fuerte. Había que evitarle toda emoción. Que no empezara sus lecciones hasta quedar del todo restablecido.

Desiderio dio un estirón; pálido, delgado y crecido, al bajar por primera vez al patio, *Colom*, el perro de los colonos, le recibe ladrando, una mitad por no reconocerle y otra por reconocerle a medias.

Desiderio podrá dedicarse meses enteros a correr. Por las noches, antes de acostarse, jugará a *cuit* con los chicos del barrio, sus amigos: Moisés, Jaime, Andrés, Encarnación, Matilde y Filomena. Irán, jadeando, hasta la riera para cazar ranas y anguilas. Llegarán a casa con las manos verdes y resinosas, después de haber estado mucho rato mondando con las uñas nueces verdes. Los sábados, aprovechando los restos del agua de la acequia, regará su pequeño huerto. En julio se mezclará entre los segadores, montará en la era sobre el potro ciego; en agosto seguirá a las recolectoras de avellanas que cantan por los caminos, y en septiembre con los vendimiadores. Y a pisar uva, a hundir sus pies en ella, a bailar sobre el zumo...

Pero a mitad de agosto descendió de la tartana, en el patio, junto a su padre, un desconocido con un maletín.

Los recién llegados almorzaron en la rotonda. A los postres, don Joaquín hizo llamar a su hijo.

—El señor Llobet, que tiene enteramente mi confianza, pasará unos días contigo para enseñarte ciertas cosas que es conveniente que sepas. Tú ya sabes leer y escribir, el catecismo y la gramática. Muy bien. El señor Llobet te dará las primeras lecciones de aritmética, o sea, te enseñará los números.

Desiderio intentaba amenguar en vano el sofocón que le aturdió.

En su cabeza la palabra «aritmética» evolucionaba a ciegas, siniestra e insistente como un murciélago.

—Luego vendrás conmigo a Barcelona, para empezar en octubre tus estudios en los escolapios de Sarriá.

La palabra «escolapios» era grande como un cuervo.

—Quiero que entres en los «Párvulos» este año.

«Párvulos» era el súmmum de la nubosidad.

Dióle autorización para retirarse. Fue a airear su sofocón al jardín. Paseó, pensativo, malhumorado, por el camino de las Arañas. Daba puntapiés, al azar, a los pedruscos. Intentó asir con una mano, que trazó un movimiento brusco, desesperado,

en el aire, un aletargado moscardón que dormitaba en una brizna.

Lentamente nacía un rencor hacia su futuro, hacia ese desconocido y misterioso futuro de la aritmética, del señor Llobet, de los escolapios y de los párvulos. Conceptos que se revolvían como sapos, dando brincos, en su cabeza.

Y metió la mano en su bolsillo. Enredada en el ovillo que formaban un trompo y su cordel, cuatro ganchos de alambre, el arco elástico con que disparar piedras a los pájaros y media docena de cromos repetidos, palpó una llave. Una llave pequeña, que jamás se separaba de él desde que la descubriera y la raptara, un año atrás. La estrujó, con el tesón dolorido de los niños, y en aquel movimiento de su mano había algo de desquite implacable.

Le dolía también eso. Tener que despedirse de eso.

Un año atrás, al entrar, cierta tarde, en la alcoba de su padre, en ausencia de este, había sorprendido a Josefina arreglando el gran armario. Descubrió, colgados, unos vestidos de señora, hermosísimos. Inquirió.

—Eran de tu mamá.

Josefina había descolgado uno y, poniéndoselo ante el cuerpo, se había mirado en el espejo. Desiderio se había acercado, había olido el extraño olor de aquellas ropas.

Por la noche había preguntado a Josefina cosas de su madre. En su imaginación había nacido, ante aquellas telas, en el descubrimiento del armario, el concepto de madre, y la noción de que él no tenía madre. A lo largo de aquel año, algunas veces, había cesado, de pronto, de correr, de jugar, de perseguirse con los hijos de los colonos, y es que la visión del armario abierto le dejaba de pronto parado; era como un súbito remolino, como una ceguera. Entraba, solo, en el cuarto. Consiguió apoderarse de la llave. Se subía a una silla y abría el armario. Ante sus ojos aquellos vestidos acababan de cobrar vida. Su madre se paseaba por la habitación, le cogía en brazos y le besaba. Abrió un cofre y descubrió en él un esmalte con el retrato materno. La mano le temblaba y lo guardó para contemplarlo muchas veces a solas. Todo ello hacía que su madre, que la idea de su madre, se espiritualizara, creciera, vaporosa, en su interior, a su contorno, mientras, al propio tiempo, la de su padre se tornaba cada vez más hermética, insondable y lejana.

Arturo Llobet dio a Desiderio las clases de matemáticas previstas. El muchacho aprovechó el tiempo. A fines de septiembre su padre fue a recogerle a Santa María, y el primer día de octubre le acompañó a Sarriá.

La enorme mole del colegio se apercebía desde lejos. El trecho que el carruaje había salvado, desde la ciudad, le parecía que contribuía aún más a agrandar las dimensiones del edificio. Era como si se hubieran trasladado a otra ciudad, a otro mundo.

Sin embargo, era una sensación placentera la de adentrarse por el estrecho callejón y, de pronto, penetrar, entre dos anchas puertas de hierro, en un hermoso

parque, con sus parterres y caminos, por los que el coche discurría suavemente. El jardín olía intensamente a magnolio, a laurel, a mirto. Y por él caminaban numerosos colegiales, acompañados de sus padres, apresuradamente.

Su padre le despidió con un abrazo y con un beso fuerte, en la puerta de entrada. Un hermano lo acompañó al aposento, llevando su maleta.

Allí iba a transcurrir en adelante su vida.

Y empezaron a cruzar los días lentamente, como nubes blancas, por el cielo azul del gran patio. Don Joaquín, los domingos de octubre y noviembre, iba a visitarle. Paseaban los dos por los caminos del parque; su padre le preguntaba por sus estudios.

—¿Qué es lo que más te gusta?

El chico vacilaba.

—La geografía.

—Tienes que ser muy formal y aplicado. ¿Y la aritmética?

—También me gusta.

—¿Cuántos son cinco por seis?

El chico reflexionaba. Su memoria se encaramaba ahora a tientas, alocada, por la tabla de multiplicar. Al fin:

—Treinta.

—Muy bien. ¿Te bastan los calzoncillos que tienes? Si tienes necesidad de más, o de calcetines y pañuelos, dímelo. El chico no contestaba.

—Luego iré a revisar tu ropa blanca.

Don Joaquín le llevaba queso, chocolate, y, un domingo, un frasco del horrendo aceite de hígado de bacalao. En la visita anterior había encontrado a Desiderio un poco más delgado.

—Tienes que comer mucho, y esta medicina te abrirá el apetito.

Al despedirse, ya oscurecido, en la puerta del colegio, donde se separaron la primera vez, le daba un fuerte beso. Desiderio quedaba aún viéndole marchar; sabía que antes de llegar al término del parterre, donde torcería a la derecha, su padre se volvería y levantaría la mano, saludándole por última vez. Le veía caminar con seguridad; irse alejando, oscuro, en la oscura noche. Hermético y alto. ¿Cuánto son cinco por seis? Y al levantar su mano, correspondiendo a la postrera salutación de su padre, su obsesión, tranquilizada lentamente, clamaba aún: treinta, treinta, treinta...

Por la alta ventana de la clase transitan unas nubes redondas, opulentas. Son nubes que se marchan tranquilamente al mar, donde se quedarán abobadas, atontadas como globos, en espera de que el viento las vuelva a su destino, que es el de las tempestades y el de los relámpagos. Eso piensa Desiderio, mientras con la punta del lapicero se hace cosquillas debajo de la nariz; adherido su ánimo a esa sensación, empieza, despacio, a pintarse el bigote. Muchas veces les pinta bigotes a los muñecos de los libros, muchas veces pinta muñecos también; pero nunca hizo eso: pintarse a sí

mismo un bigote. Lástima que no tenga un espejo donde mirarse, para saber qué cara haría él con bigote. Luego piensa que pedirá permiso para ir al retrete, pero se desdice al considerar lo inoportuno de hacerlo con el bigote ya pintado. Por otro lado no se siente dotado de la paciencia suficiente para esperar a obtener la autorización.

Recuerda haberse mirado muchas veces en el reflejo del tintero, y haber estado observándose el rostro, y haber hecho muecas sobre la superficie convexa y azul del recipiente. Con lentitud, vigilando para no ser sorprendido en la perpetración del acto, adelanta su mano y ase el tintero. El cura está en aquel instante interpelando a un muchacho, en el otro extremo de la clase.

—No lo sabe.

Se dirige a otro:

—¿Y tú?

—¿Qué?

—La temperatura de la región ártica.

Después de una pausa:

—¿No lo sabes tampoco?

Una bola de papel mascado ha ido a aplastarse en la pizarra. El escolapio ha oído el chasquido de la bola.

—Carreras, ve a la pizarra y recoge la bola con la lengua, ahora mismo.

El interesado se levanta con aire de perdonavidas, como si acabara de atravesar a nado el canal de la Mancha.

De un mordisco atrapa nuevamente la bola, que no escupe; la mantiene en la boca y la sigue mascando, satisfecho.

—Dime la temperatura que hace en los trópicos —le interpela el profesor.

Carreras sigue mascando. Parece reflexionar:

—No sé; no he estado nunca allí.

Risas descomunales atraviesan el patio, dan la vuelta a las arcadas, retienen un momento en su celda la atención del padre rector, que levanta un instante los ojos del breviario.

A la risa ha seguido murmullo de moscardones que el profesor secciona en un instante.

En efecto; las espaldas de Rius, inmóviles e inverosímilmente adelantadas, denotaban que algo sucede allí digno de atención.

De puntillas, el escolapio se aproxima a Desiderio; este no se apercibe de nada.

La clase entera queda un momento pendiente, con el aliento retenido, de la escena a que da origen Desiderio.

Rozando el tintero con los ojos, se está pintando pacientemente un hermoso bigote. De vez en cuando suspende la operación y empieza a hacer muecas, a sonreír, aproximando sus mejillas; espéjase en el tintero, que devuelve la imagen grotescamente convexa y azulada; el reflejo da a sus ojos una catadura hinchada alucinante. A Rius, absorto por el fenómeno, se le antoja haber visto eso antes; sí,

recuerda que en cierta feria presencié dentro de unas botellas unas cabezas de indios a las que les habían arrancado los huesos del cráneo. Eran pequeñitas y abombadas así, aunque tuvieran pelos y de todo.

Rius no se ha percibido de nada y se dispone nuevamente a tiznarse con el lápiz los bajos de la nariz.

Siente unos dedos que pican en su espalda, con infinita cortesía. Se vuelve.

—¡El cura!

El bramido de los moscardones vuelve a encrespase. Pero el sacerdote ha llegado al límite de su paciencia.

Coge a Rius por las solapas del delantal, y oblígale a levantarse de un tirón.

—¡Dime qué temperatura hace en los trópicos! —pregunta, fuera de sí.

Desiderio no sabe qué contestar, ni a santo de qué la pregunta.

—¿Hace frío, hace calor?

Duda. No quiere comprometerse:

—Ni frío ni calor...

En los rostros de sus compañeros asoma la sonrisilla cómplice.

—Ni frío ni calor —reitera con vehemencia acentuada—. Se está bien.

El cura le suelta.

—¡Sois unos burros! —sanciona el escolapio, que, por otro lado, no puede dominar una sonrisa—. Sois unos burros porque os tendré que poner cero a todos.

—¡A mí no! —impetra un sabihondo.

—A ver, Torres; tú que lo sabes todo: ¿Qué temperatura hace en los trópicos?

—*Torrída* —afirma Torres, poniendo el acento sobre la segunda sílaba.

—¡Se dice tórrida, animal! —inrepa el profesor—. A ti te pondré tres ceros por sabio.

La clase entera canturrea:

—*Trasero, trasero, trasero...*

A los dos minutos, el tumulto desátase en ciclón.

No hay forma de dominarlo.

Pero la clase se ha puesto seria en un decir amén.

La puerta de entrada ha sido abierta con lentitud solemne, harto conocida.

Acaba de hacer su aparición el padre rector.

—¿Qué sucede? ¿Estamos en el mercado o en el colegio?

—Estábamos repasando la tabla de multiplicar —afirma el escolapio, mirando con ira a sus colegiales.

—Debían ustedes tenerla muy adelantada.

El padre rector contempla a todos y a cada uno, con detenimiento. Transcurre un minuto.

—Rius. Sal un momento —dice, dirigiéndose a Desiderio, al dar con él.

Azorado, el muchacho abandonó su banco. Dudó un instante en introducir de nuevo el tintero en el orificio, pero optó por dejarlo tal cual. Lo único que hizo fue limpiarse el bigote.

No podía negar que las piernas le temblaban ligeramente al salir. Sus condiscípulos le miraban intrigados.

El padre rector cerró la puerta tras de sí; se encontraron ambos en el largo pasillo.

—Tienes una visita; debes ir a tu casa ahora mismo. ¿Dónde tienes el abrigo?

—En el cuarto.

—Vamos allá.

Subieron a las celdas. Se quitó el delantal, e iba a dejar los libros.

—Llévate también los libros y la cartera.

Desiderio estaba atolondrado. Aquello no había sucedido nunca.

Descendían lentamente las escaleras. Un piso, otro, el primero. Al llegar al rellano ya descubrió la figura inconfundible de Bernardo aguardándole; encorvado, con el chaleco listado de negro y plata; las largas dobles patillas separadas a la altura de la barba desembocaban abajo, más abajo de los hombros. Bernardo se había quitado la gorra; al hacerlo, sus manos temblaban más que de costumbre.

Desde aquel lugar Desiderio escuchó el tumulto que redoblaba en la clase. Pero no le prestaba atención.

—Señorito, debemos ir en seguida a casa de su abuelo, porque se ha puesto malo otra vez.

Desiderio se tranquilizó. Creía que era algo del colegio. El faetón de los Costa aguardábales a la salida.

El paisaje endulzábese con la primavera. Por encima de las tapias de los jardines las madreselvas asomaban su cabeza curiosa y las palmeras balanceábanse medidas por una brisa llegada lentamente del mar. El chico había subido al coche y Bernardo se había sentado en la banqueta.

—¿Por qué no te sientas aquí?

—No, señorito, voy muy bien.

—Siéntate te digo —gritó.

El fiel portero de los Rebull cambió de lugar; sentase al lado del muchacho.

—El señorito tiene que ser bueno en casa del abuelo, porque, si Dios no lo remedia, el abuelo se va a morir. El señorito no tiene que moverse ni dar quehacer a nadie.

Lo decía con voz cortada, decrepita, casi imperceptible, con voz de viejo.

—¿Y papá estará en casa del abuelo?

—Sí, ya estuvo a primera hora de la mañana, antes de ir a su trabajo, y volverá a estar ahora, cuando venga el Viático. El coche descendía velozmente por la carretera de Sarriá mayor velocidad que los tranvías de caballos, las «catalanas» cargadas de

mujeres con cestas y corredores de comercio.

—¿Cuándo se murió mi mamá? ¿Por la mañana o por la tarde?

—Se murió por la noche, señorito. Lo que debiera hacer el señorito, en lugar de preguntar, es rezar, rezar la salve y el credo.

—Ya he rezado por la mañana en la capilla.

—Pues estese quieto.

Desiderio dio la espalda a Bernardo con ademán enfurruñado y se puso a mirar por la ventanilla apoyándose la barbilla en las dos manos. Pronto el espectáculo de la calle le distrajo. Le gustaría ahora bajar y participar en el juego de unos chicos que tiraban sus trompos contra el polvo. Se acercaría con las manos en los bolsillos y les diría:

—¿Puedo jugar?

Ellos le dirían:

—Eres demasiado finolis para jugar con nosotros.

—¿*Finolis*? —se quitaría el abrigo y el uniforme—. Ahora lo veremos.

—Señorito, no saque la mano ni la cabeza, que puede pasar un coche.

Al entrar el carruaje en el patio de casa Rebull, en la vieja calle de Puertaferri, el eco de los cascos del caballo pareció agrandarse, dilatarse, sobre las anchas losas de la entrada. Nadie salió a esperarles, pero la puerta estaba abierta.

Desiderio aplacó el paso, aguardando a Bernardo. A decir verdad, ahora empezaba a darse cuenta del alcance de las amonestaciones de Bernardo durante el trayecto. Nadie había salido a esperarles. En la casa parecía reinar un silencio de muerte. Desde la escalera se veían sombras de gentes en el interior, y de vez en cuando, pasar y traspasar una monja, de un lado a otro.

—Vamos a ver si está papá —susurró Bernardo, acompañando al chico por el corredor.

—Quiero ir con los primos.

—Adelina está durmiendo, pero José, Mercedes y Federico están en el patio. Primero vamos a ver si encontramos a papá. La gente hablaba bajo, misteriosamente.

Una monja hizo su aparición.

—Será mejor que lleve el chico al patio —susurró a Bernardo.

—¿Cómo sigue?

La religiosa contestó con un ademán negativo.

A Desiderio eso, y un olor a éter, y el susurro de las voces, y la semipenumbra de la casa le daban ganas de huir o de llorar.

Le llevaron al patio, donde estaban sus primos. Jugaron en silencio durante largo rato. Desiderio había casi olvidado la enfermedad del abuelo, hasta que de pronto apareció tía Mercedes.

Era alta y hermosa. Pero hoy no sonrió, al verle, con su sonrisa que Desiderio

adoraba.

Se inclinó y la besó. Le había dejado a él toda la mejilla mojada.

—Ven —y le dio la mano.

La voz de tía Mercedes era afónica, irreconocible.

—¿Dónde vamos, tía?

—No hagas ruido —la mano de tía Mercedes le apretaba, y luego le soltaba y le volvía a apretar. Las sirvientas lloraban en la galería.

Desiderio entró muerto de miedo. La puerta, al ser abierta, chirriaba un poco, pero entraron de puntillas.

Allí, de pie, estaba papá.

Don Joaquín se acercó y abrazó fuerte a su hijo. Luego, de puntillas, le acompañó hasta la cama.

Jamás olvidará esa impresión.

El abuelo tenía una respiración honda, que luego se apagaba. Su rostro no era más que una gran mueca, una mancha de ojos cerrados sobre y por entre la blancura de las sábanas. En la semioscuridad Desiderio hubiera querido huir.

De la boca del enfermo salió una suerte de gemido. Mercedes se acercó. Suavemente, con la boca casi pegada al oído del enfermo, susurró:

—¿Qué quieres, papá?

Mercedes creyó descifrar el segundo gemido; parecía adivinar, leer en el desvarío del agonizante. Tomó de la mano a Desiderio. Este miró a su padre, y al ver su cara, se sintió infundido de cierta confianza. Pero el moribundo movió su mano con dificultad y rozó la piel de la del chico.

Parecía debatirse. Era su última lucha.

—Tranquilízate, papá. Tranquilízate.

Suspiraba nuevamente.

Desiderio entendió cómo su padre preguntaba en voz baja a tía Mercedes:

—¿Qué dice?

Pero tía Mercedes no había tampoco comprendido. Fue Desiderio, el muchacho, quien entendió.

—Tía —murmuró el muchacho—, dice: Mariona, Mariona... Papá y tía Mercedes se miraron. El chico vio cómo se contraía algo en el rostro de los dos.

Tía Mercedes, con el pañuelo en la boca, salió precipitadamente y, sin poderse contener, se quedó llorando, abatida, con un llanto agudo y entrecortado, en la pieza contigua. Pero a los dos minutos volvía a entrar, en silencio.

—Mercedes... —y Joaquín la sostuvo.

Federico Costa acababa de entrar. Estaba desencajado.

—No has dormido, Federico —sollozaba Mercedes, acariciándole los cabellos—. ¡Pobre mío!

Y el hombre la miraba sin contestar, con un rictus en las comisuras de los labios.

Don Joaquín cogió la mano de su hijo. El agonizante había perdido enteramente

el conocimiento. Don Joaquín llevó a Desiderio al patio. Allí estaban sus primos.

Paseó a su lado, pero sin pronunciar palabra. Anduvieron así por el patio diez minutos. Luego se separó, bruscamente. Había notado por la galería un movimiento inusitado y un llanto agudo.

Quédate aquí, con tus primos —le dijo. Y marchó hacia dentro.

Los cuatro primos han entrado de puntillas, con expectación, en el cuarto donde yace el abuelo. Desiderio quiere entrar sin miedo, pero no lo consigue, aunque sea el más valiente de los cuatro. Ha quedado grabada en su imaginación la figura del viejo que se debatía, que no era más que un bulto espantoso entre las sábanas, y aún tiene en su piel la impresión del contacto de una mano a la vez helada y caliente. Y sin embargo, en cuanto ha entrado, en cuanto se ha alineado con los demás junto al ataúd, iluminado por los seis cirios que arden y chisporrotean como grandes lenguas de luz, despidiendo al techo una rectilínea y movable silueta de humo negro, le parece que todo haya sido una pesadilla atroz, como un relámpago. El abuelo ya no se mueve, ya no es un bulto informe. El abuelo duerme. Sus ojos, cuando entró antes en el cuarto, eran hondos, cerrados, y la línea de los párpados era como una cicatriz dolorosa sobre la piel. Ahora los párpados reposan tranquilos. Con las manos sobre el pecho, el abuelo reposa dulcemente. La luz va disminuyendo fuera, en el patio, y tía Mercedes se ha ido a echar en la cama, porque ya no podía más. Papá ha dejado que entraran, acompañados por la doncella, y se ha ido un momento a una reunión, pero volverá en seguida.

Los chicos se miran. La doncella está también absorta ante aquel silencio inmóvil y venerable. Parece como si los cirios se sintieran atemorizados por el chillido de las golondrinas que trazan arabescos en el exterior, a la caída de la tarde. El abuelo se ha muerto porque era viejo, piensa Desiderio, y los viejos se mueren todos.

La doncella les invita a rezar un padrenuestro. Las voces infantiles surgen puras, temblorosas. La luz de los cirios tiembla con idéntico temblor.

Cuando acaban, se santiguan, y salen, volviéndose de vez en cuando para atrapar todavía un nuevo rasgo, una impresión; en el recibidor se quedan asombrados, abobados. Ese cura, cuyo hábito cruje como la seda, con la gran faja morada, con la gran sortija y la gran cruz, y la borla colorada; ese cura que inclina levemente la cabeza para indicar a tío Federico que se toma la libertad de pasar antes que él, ese cura es el señor obispo. Son tantas las emociones de esta jornada, que los cinco se arrodillarían allí mismo, como si estuvieran castigados. Se arrodillarían para hacer algo: para rezar. Pero Desiderio empezaría en seguida a pellizcar a su prima Mercedes, o daría una patada a su primo José, que es tonto.

Al entierro acudió inmenso gentío. Tía Mercedes estuvo en casa, vestida de

negro, hasta que los hombres regresaron. Luego pasó días y noches muy pálida, sin apenas hablar. Se habían olvidado de Desiderio y este quedó en casa bastantes días. Don Joaquín iba todas las noches, pero parecía que también había olvidado que el muchacho tuviera que reintegrarse al colegio. Al fin dijo que le acompañaría a los escolapios el lunes próximo, cosa que hizo rabiar a Desiderio.

—La semana que viene, papá. Espera hasta otra semana.

—De ningún modo. El lunes te acompaño, a primera hora.

La primera hora de papá eran siempre las seis de la mañana.

Tía Mercedes volvía a ocuparse en las cosas de la casa. Pero cuando no trabajaba, se ponía seria y con ganas de llorar.

—El sábado os llevaré a un sitio.

Los chicos aguzaron el oído.

—Iremos a las hermanitas, a comunicar a doña Clotilde la muerte del abuelo.

—¿Quién es doña Clotilde? —preguntó Desiderio a Adelina.

—Es la institutriz que había tenido mamá.

—¿Qué son las hermanitas?

—Son un... convento —repuso Mercedes—. Pero hay que ser buenos.

El sábado por la tarde, todos peinados, se metieron en el faetón. Les divertía a los chicos el paseo en coche. Tía Mercedes iba acompañada por la doncella, que era una especie de policía de seguridad que ejecutaba las órdenes que aquella le daba.

—Coja a Federico y siénteselo a su lado. Que no se mueva.

—Desiderio, si no estás tranquilo se lo diré a papá. Llegaron a las hermanitas, al extremo de la calle de Caspe.

—¿Eso es un convento, tía, con jardín?

Apeose el cochero y comunicó a la hermana el objeto de la visita. Al poco salía la madre, reverenciosa.

—Estará muy contenta de verles. Y sobre todo —añadía con cierta complacencia— eso le dará motivo para tratar con las demás durante varias semanas.

Tía Mercedes sonrió, dando fe de haber captado perfectamente el significado de la observación.

Entraron. Los chicos miraban a todos lados. En el jardín docenas de viejecitos sentados en los bancos conversaban entre sí. Otros dormitaban plácidamente.

—Desiderio; cuando estemos con doña Clotilde sé formal y no hables. Ella te querrá mucho porque quiso mucho a tu mamá. No seas travieso.

Cruzaron por el jardín y entraron en el edificio. Era como una especie de monumental chalet doblado de hospital o de cuartel: en suma, tenía un porte perfecto de asilo.

Aguardaron unos minutos en el salón, frente al piano; después de que los chicos hubieron contemplado a su placer el retrato de las monjas, unas reliquias enmarcadas en la pared en torno a un corazón bordado en oro y unas estampas monumentales de san Roque y de santa Cecilia, abrióse la puerta y apareció la figura de una dama alta,

que se frotaba las largas y sinuosas manos al adelantarse y que caminaba blandiendo unos impertinentes plateados. Era doña Clotilde. Había envejecido, pero era la misma.

Su cabello era gris, casi cano. Los lentes de los impertinentes, deteriorados, estaban adheridos por una fijación de esparadrapo negro. En el alto cuello, blanquísimo, una cinta de terciopelo parecía seccionar la cabeza.

Ella hizo un ademán de distinguida sorpresa y luego adelantó las manos hasta alcanzar las de Mercedes. Se adelantó más y la besó, efusivamente, pero sin ruido.

—¡Mi querida niña! ¡Cómo he esperado esta visita! Invitó a sentarse.

—¿Todos son suyos? Decidme vuestro nombre.

—Todos, menos... Desiderio. Es el de Mariona.

Doña Clotilde se llevó los impertinentes a los ojos y distinguió un instante al muchacho, que la contemplaba sin corresponder.

—¡Desiderio! ¡Y cómo has crecido! ¡Eres todo un hombre! ¡Ah! —añadió sentándose con miramiento en la punta de la butaca—. ¡Ah, cómo pasan los años!

Desiderio se sintió atraído por las largas manos de la dama y precipitado a un ósculo fuerte, pero silencioso. Luego la dama sacó la punta de un pañuelo diminuto y se la aplicó levemente a su nariz, con pundonorosa emoción.

—Tú eres... Adelina. Tú, José. Tú, Federico... y tú, tú...

—Mercedes —dijo la niña.

—¡Cuánto me alegro de que sean tan fuertes y tan hermosos, señorita Mercedes, cuánto me alegro!...

—Ya sabrá, doña Clotilde, que...

Ella hizo un vivo movimiento de cabeza, atraída por la seriedad de la observación.

—¿Don Desiderio?

—El pobre papá murió, el miércoles hizo ocho días.

Doña Clotilde ruborizase, y Mercedes no pudo sustraerse a la emoción sincera que emanaba de la buena dama. Intentó sobreponerse. Doña Clotilde vertió unas lágrimas sobre la mano de Mercedes.

—¡Qué desgracias, la vida, qué desgracias!

—Mamá, mira, Desiderio me desata la corbata.

La doncella corrió a poner orden.

—Y, ¿cómo fue?

—Desde la muerte de Mariona papá no fue el mismo. En dos meses, después del golpe, no le hubiera reconocido. Yo no creí nunca que aguantara tanto...

—¡Qué desgracias!

Tragaba un suspiro:

—Mi pobre padre, en paz descansa, decía que sin cariño no hay conformidad. Porque uno quiere a los que se van es por lo que siente la conformidad cristiana.

—Tenía razón.

Hubo un silencio, transido por los suspiros de doña Clotilde.

—Y usted, doña Clotilde, ¿está contenta?

Ella irguió la cabeza con movimiento nervioso.

—Sí, señorita. Estoy muy bien atendida.

—Yo sé, doña Clotilde, que papá le había hablado muchas veces de regresar a casa.

—Oh, su padre era siempre muy amable.

—No. No es por amabilidad. En casa hay el mismo lugar para usted que ha habido siempre. Además, con los chiquillos...

—Sí, no niego que su ofrecimiento me ha dado motivos de reflexión, a menudo. Pero...

—Pero, ¿qué?...

—Usted sabe, después de la desgracia, prefiero una vida tranquila, reposada, una vida independiente.

—Pero yo sé que aquí, en las hermanitas...

—Ah, señorita —dijo, reaccionando con aparente tranquilidad—, se equivoca usted, y eso se lo había dicho yo siempre al pobre don Desiderio, que en paz descanse. Yo estoy en las Hermanitas —y exasperaba aún un poco más el cuello—, pero no soy una asilada. Estoy incluida en la categoría de pago, que no tiene nada que ver con la de esos viejecitos que ha visto usted en el jardín...

—Lo sé, lo sé, doña Clotilde; sin embargo...

—Podría estar en otro lugar, lo sé —prosiguió sacudiéndose una invisible mota de polvo del raído cuello de encajes—. Pero ¡qué quiere usted!; desde que mi marido marchó a la Argentina no tengo ánimos para ver a nadie. Prefiero la compañía de esas monjitas, siempre tan atentas, tan serviciales. No podría resistir la vida de hotel.

Doña Clotilde hacía estas afirmaciones con cierta inquietud, pero con mucha viveza, como si le hubieran tocado un punto sensible. Su orgullo dormido salía de nuevo a la superficie.

—Lo que le ofrecemos no es una limosna, doña Clotilde, lo sabe usted bien. Le ofrecemos trabajo y la misma compañía que pueda usted tener aquí.

—Sí, señorita Mercedes, sé la intención, muy loable, con que usted lo dice. Yo se lo agradezco mucho... Pero además imagínese usted, el día en que mi marido regresara...

Mercedes estaba atónita.

—Pero...

—Sí, sé lo que va usted a decir. No es probable. Sin embargo, no me perdonaría jamás haber hecho una cosa así.

Hubo un silencio.

Mercedes observaba a la antigua institutriz. Estaba bajo la presión de sentimientos contradictorios. Sus manos no sabían ya qué hacer, pero conservaba el porte alto, la dignidad de vieja dama ofendida por todos, castigada por la vida, que lo

ha perdido todo menos la noción o la ilusión de la antigua prosapia. Comprendió que había hecho mal en ir a visitar. Lo único que doña Clotilde pedía al mundo era que la dejaran tranquila allí dentro con una última inquebrantable ilusión de grandeza, que la dejaran a solas con su orgullo. No es que Mercedes la hubiera querido ofender al visitarla, pero aun sin el propósito, y a pesar de ella misma, lo había conseguido. ¡Cómo está hecho el mundo de reticencias, de infelicidades contenidas, disimuladas, de infelicidades inocentes, de diminutos dramas atroces!

Era una dama de pelo blanco, con una cinta de terciopelo en el cuello, que llevaría con ella hasta la tumba. Se defendería de su historia y de sus miserias sin otra arma que sus absurdos impertinentes deteriorados, como el rey que lo único que hubiera salvado de su extinguido poderío fuera el cetro, símbolo de su soberanía, y con él, como náufrago a un leño, se sostuviera en la ilusión de poseerla aún. Para doña Clotilde el espejismo de su señorío era más fuerte que cualquier cariño, que todo lo demás. Era un orgullo capaz de convertir un asilo de pobres en un hotel de lujo, una desgraciada aventura matrimonial en una historia principesca. Veía al mundo a través de los cristales ajados de sus impertinentes de marquesa, y sabía que la única justificación de su existencia era esa deformación de las realidades.

—No me puedo quitar de la cabeza la muerte de mi buen don Desiderio —decía ahora, conmovida, para cambiar la conversación—. Tan cariñoso siempre, tan ponderado, tan dueño de sí... Mercedes se levantó.

—He querido venir con los niños a darle la noticia.

—Se lo agradezco mucho, señorita. Yo rezaré a Dios por él. Ofreceré la comunión todos los días.

—Muchas gracias, doña Clotilde.

Mercedes le dio la mano, y entonces ella, en un movimiento instintivo, que pronto quedó nuevamente superado, la estrechó contra sí y la besó. Luego volvió a sacar el pañuelo minúsculo de la bocamanga y se lo aplicó a los ojos y a la nariz.

Les acompañó conmovida hasta la puerta. Se despidió besando a los niños, y la cerró silenciosamente.

Los niños ya se habían echado a correr de nuevo por el jardín, contentos de haber terminado con aquella historia de la visita, pero Mercedes se detuvo a hablar con la madre, que había ido a su encuentro.

—¿Qué le ha parecido? —preguntó la religiosa.

Mercedes hizo un ademán de conformación.

—No quiere transigir consigo misma. ¡Pobre señora!

Luego inquirió:

—¿Es cierto que hay dos categorías de asilados?

La monja negó.

—Se lo hacemos creer y le permitimos que coma aparte, para que no se entorpezca la organización del asilo por sus caprichos. Desde que hemos accedido va mucho mejor.

—Yo les agradeceré que le den un trato especial, dando lo que sea. Me da tanta pena, la pobre. Y, además, hizo mucho por nosotros...

—Hablaré de ello a la superiora, y no creo que haya dificultad.

La religiosa les acompañó hasta el coche; fue algo difícil conseguir que los chiquillos se acomodaran sin pelearse. Mercedes quería llegar temprano a casa, pues su marido Federico la aguardaba para salir de compras. Tenían que completar alguna cosa de luto.

—No es necesario que entre en el patio —díjole a Fermín, el cochero, al entrar en la calle de la Puertaferri—. Puede dejarnos en la puerta y llevar el coche directamente a la cochera.

Los chiquillos descendieron detrás de la doncella, como una bandada de pilluelos.

—Desiderio, cuando tú estás, me los alborotas a todos. Sé formal.

Pero todos habían entrado y estaban parados ante la garita de Bernardo. La primera en apercibirlo había sido la doncella.

—Suban arriba y no armen jaleos.

Se dio cuenta de que Bernardo dormía sentado detrás de los cristales y pasó de puntillas, para no despertarle. En lo alto de la escalera se volvió a verle, intrigada; entró en casa.

Su padre, don Desiderio, había dicho que en los cuarenta años que tenía a Bernardo a su servicio ni un solo día había faltado a la hora de entrar. Se levantaba y se sacaba la gorra, dándole la bienvenida. Todo cambia...

Entró en el despacho de su marido, que estaba escribiendo en el dietario las cuentas del mes.

—He encontrado a Bernardo durmiendo. Pero...

—¿Qué?

—Es raro, no sé...

Salió, quitándose los guantes, y fue a su cuarto. Volvió al despacho.

—Federico, Federico...

—Di, Mercedes.

Federico Costa dejó la pluma y se levantó.

—¿Temes que le haya ocurrido algo?

—Estoy segura —clamó, de pronto—. Está muerto. No se ha inquietado. No se ha movido — dijo, asustada, espeluznada—. Y papá decía siempre, en broma, ¿te acuerdas?... —No podía seguir, sacudida por la certidumbre, por el horror.

Federico se precipitó al exterior. Desde lo alto de la escalera ya comprobó la realidad. Se aproximó. Estaba yerto.

Mercedes se había hundido, atónita, en el sillón del despacho, donde años antes se sentaron con Mariona a recibir las reconvenciones o las caricias de su padre. Entró Adelina, la pequeña. Quería quitarle la mano de los ojos.

—¿Qué te pasa, mamá, di, di?

—¡Bernardo, Bernardo, mi pequeña!... No ha querido dejarle solo... —su voz era

premiosa, honda...

Acariciaba a su hija. La estrechaba contra sí.

—Se ha ido con él, ¿sabes?

Sentía que estaba muerta de frío.

—¿Con quién, con quién? —preguntaba Adelina.

IV

RIUS NO CONSIGUIÓ competir con Basereny en la fabricación de los «cordeles». En el almacén quedaron las pilas de piezas, que hubo que malvender. El algodón bajó de pronto. También Basereny vio entonces colmado de piezas inútiles su almacén. Los tejidos de Manchester y las sedas de Lyon entraban en España e invadían el mercado. Los fabricantes españoles estaban sin protección.

De los tres solares que don Joaquín, el padre de Rius, había comprado en vida, uno había correspondido a su hermano Fabián. Joaquín Rius había vendido el segundo el año noventa y siete, y colocó su importe —cuarenta mil duros— en papel del Estado. Quedábale el tercero, ya edificado, y le salía ahora una buena opción para venderlo. Necesitaba dinero. Necesitaba dinero para emprender la ampliación de la fábrica, para renovar la maquinaria. La educación de Desiderio aumentaba los gastos de su casa. Puso la finca de Santa María en manos de un administrador, recomendado por su cuñada Mercedes, pero los métodos que este se proponía introducir en ella no empezarían a rendir hasta al cabo de unos años.

No se decidía a aceptar la proposición que le hacían para la venta de su inmueble de Barcelona porque no se decidía a emprender las obras de ampliación. Así pasaron varios meses y los posibles compradores aceptaron otra ocasión que se les ofrecía.

Al cabo de un tiempo, por primera vez en la historia de la fábrica, Rius no tuvo con qué alimentar una tercera parte de sus telares. El algodón había bajado aún más en sus precios de origen. Se veía obligado a revender las piezas hechas al mismo precio a que habían comprado la hilatura en madejas. Su trabajo, los aprestos, el tinte, la tela, en suma, no valía nada.

Decidiose a vender el inmueble. Habló con el agente de ventas que meses atrás le habían hecho la proposición.

—Será difícil ahora—le contestó—. Todo el mundo vende, nadie compra.

A las pocas semanas presentósele la primera proposición. Rius la rehusó, desolado. Ofrecíanle por la casa aproximadamente lo mismo que su padre había gastado, veinte años atrás, en su edificación.

Los obreros entraban compungidos al trabajo. Había tenido que despedir cerca de un centenar. En los rostros de los trabajadores parecía haber renacido la expresión de solidaridad con el dueño que se advirtiera años atrás, en épocas del viejo don Joaquín.

En el despacho de Rius se reunían ahora con él, por las mañanas, los dos Llobet, Ramoneda —el amarillento y escuálido jefe de Ventas—, el obeso Orlau, jefe de Presupuestos y Entregas, el contraamaestre Planells, Campins, de Aprestos, y el viajante Vinyals, llegado de Andalucía para hacer frente a la crisis.

Se sentaban alrededor de la mesa del amo. Este leía la correspondencia en alta voz. No había reclamaciones, nadie protestaba ya. Orlau, Vinyals y el joven Llobet

eran los únicos que se atrevían a hablar. Vinyals era un hombre locuaz, muy despierto, lleno de dinamismo. Pero se encontraban acorralados, embrollados en una situación que no conseguían desmadejar.

Al hacer la inspección matinal, Rius pasaba la palma de la mano sobre las máquinas paradas como si acariciara una jauría de fieles perros malheridos.

La situación se prolongó largos meses. En el espeso cerco que los industriales pusieran en sus propias industrias, iban a ser abiertas unas brechas. Advirtiose que López Arnau visitaba la fábrica de Basereny y que el viejo Basereny, en su tálburi, se dirigía a la de Rius. Las fortalezas eran expugnadas. Los infranqueables rivales se reunían, más para acompañarse mutuamente en la desolación que para hallar soluciones concretas. Las conversaciones duraron meses. Al fin, sin haber logrado vencer la adversidad y sin haber logrado unirse, volvió a imperar entre ellos la ley del egoísmo y de la individualización. El humo tuerto de una sola de las dos chimeneas de Rius era un triste borrón en el cielo otoñal.

Rius se acostumbró a vigilar las oscilaciones de Bolsa. Advirtió que Interior y Exterior se mantenían en una constante calma, al paso que los Ferrocarriles bajaban o subían por la enorme y constante especulación. Necesitaba dinero, y además de dinero necesitaba actuar. Se sentía comido por la zozobra.

La Bolsa tenía lugar en el egregio edificio italianizante de Lonja, de cara al puerto. Rius se admiraba de que, al entrar, lo hiciera vacilante, como el muchacho que por vez primera pone los pies en un antro prohibido. Dio un empujón a la puerta de nogal y quedó un instante de pie en el quicio, aturdido por el vocerío, sin ver más que fugaces bultos que se removían en la humareda, a la que la intensa luz de las arañas daba una calidad maciza y opaca, borrosa.

Fuera llovía a cántaros. Era una tarde de octubre, espesa y húmeda. En el camino, de la fábrica a la Bolsa, que recorrió en tranvía, pues desde la crisis había desalquilado su coche, sintió que el corazón le palpitaba; y ahora, al enfrentarse con el espectáculo de la sesión, volvía a reanudar su ritmo loco. No sabía si maldecir de sí mismo por haber accedido a una tentación que, por las noches, no le dejaba dormir. Sabía que el dinero no puede ganarse así. Pero se decía que hay que ganarlo honradamente de algún modo, y, sobre todo, uno no puede esperar a que el dinero se esfume sin reaccionar. Tenía cuarenta mil duros en papel del Estado y se proponía convertirlo en papel de Ferrocarriles. No había en ello ningún mal.

Aproximose a los grupos, adentrándose en el local. En el centro se destacaban tres grupos compactos. Apiñada a esos grupos, una marea humana levantaba los brazos y la voz, removiéndose como un océano en un lagar. De la piña emergían los brazos verticales, izados, debatiéndose y gesticulando en lo alto. Y como una densa aureola general subía, flotante, hasta el alto techo, una compacta columna de humo, el humo de los cigarros. El griterío era ensordecedor.

—Tomo, tomo.

—Doy, doy.

—Hecho, hecho.

—Doscientos mil reales.

Los corredores dirigían, raudos, centelleantes miradas a la superficie de este mar desbordado. Señalaban con el dedo y anotaban cifras en unos papelitos.

—Tomo, tomo.

—Doy, doy.

—Cien Alicante.

A Rius le resultaba incomprendible, pero su corazón volvía a encrespase.

Arrimado a una columna reconoció a don Plácido Arnau, un gran caballero, de enorme facha, plastrón, barba cuadrada, camafeo ilustre. Estaba arrimado a ella —era ese su sitio oculto desde hacía treinta años— de espaldas al espectáculo. De vez en vez llegaban hasta él jóvenes empleados que le comunicaban el curso de la sesión. Él contestaba unas palabras al oído de sus corredores y permanecía luego inmutable. Rius sabía que don Plácido era una de las mayores fortunas de España, y sintió entonces una desazón en sus manos encallecidas, como si palpara por primera vez su pobreza. El señor Arnau, en la concavidad de la columna, se mesaba apaciblemente la blanca barba y con el envés del dedo mayor conducía fluvialmente su bigote hasta la mejilla.

¡El giro de los negocios textiles había sido tan inesperado y rápido! ¿No era eso, lo suyo, un juego también? Un juego que depende de las cosechas de algodón, allí en los lejanos países, de las fluctuaciones de las Bolsas en Nueva York, Lyon, Barcelona o Londres, del pánico de los mercados; de las modas o de los rumores. Todo en la economía era un juego, un juego trágico, peligroso y triste. ¡Y él, creyendo que su fortuna dependía pura y exclusivamente de su trabajo, enterrando su juventud y su brío en las mismas leyes de los menestrales, que le convertían en un obrero en provecho de los demás, esos que amasan su dinero apoyados en una columna! Pensaba en su hijo, en la ilusión con que le llevó al colegio, y con que le vestía, formaba y cuidaba. ¿Terminaría como él tuvo que empezar, en un piso alto y sin luz? ¿Sería esa la jugarreta de la fortuna?

Habíase sentado en un taburete junto a la puerta que comunicaba con la sala de teléfonos, por la que entraban y salían constantemente personas con recados, gentes desbordantes, coloradas, los cabellos en desorden, los pañuelos enjugando el perlear constante de la frente y las mejillas.

Observaba ese ir y venir sin que a su mente asomara la menor idea esperanzadora. Levantó su frente, y su mirada captó una figura conocida, perdida en uno de los grandes grupos del rincón. Se levantó de su silla impelido por una fuerza oculta y se adentró en el grupo. El griterío impedíale hacer llegar su voz hasta el conocido.

Era un anciano de tez fina, surcada por dos hondas arrugas en las comisuras de los labios. Levantaba su brazo e instaba hacerse oír. Rius, dando codazos, consiguió llegar junto a él y le cogió de un brazo.

—¿Qué hace usted, Basereny?

Este no atendía. Parecía paralizado por la oferta que flotaba en los labios del comprador.

—¿Qué hace usted?

De pronto Basereny levantó su brazo, accedió y pareció quedar más tranquilo, como aletargado. Joaquín lo llevó del brazo hasta el lugar de donde saliera y le hizo sentar. El viejo Basereny se sentó, paralizado, sin pronunciar palabra.

Levantó su vista hacia Rius y sonrió sin ganas.

—Necesitaba dinero, Rius, y he liquidado.

Y le temblaba el frágil, blanco mentón.

—Todo me vence a la vez y...

Los ojos del anciano enrojecieron. Se volvieron acuosos. —No podía... hacer los pagos mañana.

La lluvia de octubre se prolongó semanas enteras. La ciudad era barrida por la llovizna aciaga y el temporal de viento silbaba en las esquinas. Las aceras estaban convertidas en barrizal. Los árboles ciudadanos, calados hasta la savia, se pudrían y torcían, moribundos. Los tenderetes de las castañeras se cobijaban en el rincón más abrigado de las encrucijadas. Las bajas de los obreros formaban pila sobre la mesa de Arturo Llobet. Rius miraba a través del ventanal la amplia sala de máquinas, medio vacía, medio inmóvil. Al estruendo antiguo de los telares había seguido esta parálisis parcial, crónica ya. El cajero Pamias entraba sin un rumor —con una imperceptible sonrisa— el estado de Caja, y Rius lo dejaba olvidado largas horas sobre su mesa. Sentía que su corazón volvía a latir con fuerza. Se puso el gabán y el impermeable y salió.

La lluvia azotaba su frente. Necesitaba dinero. Necesitaba rehacerlo todo a fuerza de dinero. Hundía sus pies en los charcos con una suerte de inconsciencia rabiosa. Todo le decía en aquel instante que solo con dinero podría remontarse la situación. Aguantar, aguantar...

Se dirigió al Bolsín. Sabía que allí estaba Borrás, el corredor que realizó años atrás la compra de su Interior. Sentía un extraño placer en demorar su llegada al Círculo Mercantil. Por el Paseo de la Industria y el de Isabel II, a pie, entró en la calle Ancha y, por ella, en la de Aviñó. Cuando puso pie en las escalinatas de mármol, el reloj de la fachada daba las seis.

Dejó su impermeable y su gabán en el guardarropa y entró en el salón.

Hundidos en unas grandes poltronas de cuero de bolsistas, los corredores, los banqueros, sorbían lentamente sus cafés. Al fondo, en la biblioteca, unos cuantos hojeaban las colecciones del *Punch* o de *The Illustrated*. Buscó a Borrás y, al no encontrarle, dio la vuelta y preguntó a un ordenanza por él. El empleado llamó al primer piso por el conducto de un teléfono de silbato. Recibida la autorización, Rius subió por las escalinatas interiores, eludiendo el enjambre de empleados y de

bolsistas que se cruzaban, atolondrados, con él.

Se encontró frente al salón de sesiones, que estaba envuelto en el mismo griterío y en el mismo sabor de habano de la sesión en Lonja.

No tardó en descubrir a Borrás, que salía de la sala de liquidaciones.

—Hay marejada con «Orenses» —díjole Borrás. Y haciéndole un guiño, le mostró a dos caballeros que, las manos en la frente, se habían hundido en un sofá. Levantaban de vez en cuando su mirada angustiada a la voz fuerte de un desconocido, que vocalizaba su ruina impávidamente.

Borrás le cogió del brazo.

Borrás era un hombre de mediana edad, muy atildado, con un traje magistral, un chaleco *crem* a la última moda y un bastón casi invisible en la axila. Pasaba la mitad de su día mirando por el ojo de su boquilla de plata y limpiándola con unos finos, invisibles alambres de algodón, de los que llevaba provisión abundante en los bolsillos del chaleco. La otra mitad de la jornada la distribuía entre el Casino Mercantil, de cuyas sesiones era elemento prócer, la Bolsa, y los reservados del «Suizo».

—¿Qué le trae a usted por aquí, Rius? ¿Buenas noticias? Rius negó.

—La crisis. Necesito vender cuarenta mil duros de Interior.

—¿Contado?

—Necesito el dinero.

—Despréndase de la mitad o de la cuarta parte y compre con ello Orenses o Filipinas. Guárdese a la expectativa ocho días, y venda entonces el resto.

Rius sonrió amargamente.

—No pretendo especular, Borrás. Quiero vender, vender en las mejores condiciones, porque necesito el dinero.

—No le propongo especular. Pero sería una tontería que no aprovechara sus ganas de vender para hacerlo en inmejorables condiciones. Orenses y Filipinas subirán este mes. La operación es segura, se lo digo yo.

Llamaban a Borrás desde el centro. Se alejó. Dio unas voces. Elevaba con la diestra la empuñadura de su bastón. Rius sentía su corazón latirle con fuerza. Especular. La palabra era demasiado ostentosa, rimbombante. ¿Pero acaso no había venido para eso, con esta intención?

Borrás regresó a su lado.

—Tal vez lo que usted me propone sea lo más acertado.

—Venga usted aquí mismo mañana a mediodía, con esos diez mil duros de Interior. Le garantizo el éxito —y se acarició con mano fina el tupé, satisfecho.

Al fin amaneció un día claro. Las nubes, deshilachándose lentamente, abrieron un cielo terso, azulísimo, que se reflejaba en el suelo mojado, lleno de charcos. Las aristas de las azoteas reverberaban al sol, que recortaba, nítidas, las siluetas de los

campanarios sobre la urbe.

Rius fue al Banco, retiró las acciones que iba a vender y se dirigió al Bolsín. Entró y halló a Borrás tomando un pisco-labis en el restaurante del Círculo. Le entregó los papeles y se puso de acuerdo con él para ulteriores entrevistas.

A la salida, mientras caminaba, apresurado, por la calle Aviñó, sintió a alguien que le llamaba. Se volvió, sorprendido, y vio a su hermano Fabián, que corría detrás de él.

Le costó disimular su sorpresa y sintió una mezcla de alegría y de vergüenza al saludar a Fabián. ¡Les había tenido tan olvidados! Le dio la mano, estrechándola mucho rato.

Fabián le dijo que su madre había estado enferma. Desde la Navidad anterior Joaquín no había ido a verles. Aquella misma tarde se propuso hacer la visita.

A media tarde hizo sonar maquinalmente la campanilla del antiguo pisito. El mismo Fabián abrió la puerta.

Joaquín pasó a la galería. Doña Paula tenía el aliento fatigado. Aquellos días de dolencia habían dejado rastro en su figura, ancha y cansada. Aceptó el beso de Joaquín y correspondió a él con su boca marchita.

Madre e hijo no se habían comprendido jamás. Doña Paula había querido a su chiquillo cuando le podía manejar. Desde que se lo arrancaran del costado, cuando, muchos años atrás, lo entregaba a la vecina después de darle de mamar, en la planchaduría, aquel hijo parecía como si hubiera dejado de ser suyo. Nunca escuchó de los labios de Joaquín una palabra de cariño, una palabra de aliento o de comprensión. Joaquín Rius se hizo para ella adulto muy temprano, antes de que tuviera tiempo de amarla, o cuando él consideró que ya había amado bastante a su madre. Todo lo que partió de la iniciativa de Joaquín habían sido, a juicio de doña Paula, puras desdichas. ¿Hubiera muerto tan joven su marido de no haber sido por las ínfulas de grandeza de su hijo? La boda de Joaquín había trastornado a su padre, los había trastornado a todos. Ahora alternaba el gobierno de su pisito con el reposo en la mecedora, zurciendo o haciendo media. ¿Para quién? Abarrotó de calcetines, de camisetas, de jerséis el armario menestral de su hijo Fabián, su verdadero cariño, el que, a su juicio, resumía las virtudes que fueron honra de su marido. Fabián era para ella de una ternura sólida, poco comunicativa, obesa y condescendiente. Él, Fabián, se había dejado querer —se había dejado manejar—. Doña Paula solo vivía ahora para ese hijo modesto y opaco, que no sabía dirigir la palabra a los extraños sin sonrojarse y que correspondía a la vitalidad de su madre con una cómoda apatía.

Quedó frente a ella.

—Han sido unos dolores, aquí, pero ya ha pasado... —anticipose a contestar, antes de que Joaquín formulara la pregunta.

—Trabaja usted demasiado —dijo Fabián.

—Pobre de mí... Todo el día sentada aquí, sin poder moverme... —protestaba, enérgica aún—. Al contrario. Es esto lo que me mata.

La mecedora chirriaba.

—¿Y tú?

—Bien, muy bien, madre.

—¿Y el chico?

—En el colegio, como siempre.

Ella levantó la vista de su labor.

—¿Ya le vas a ver?

—Todos los domingos.

—¡Pobre criatura!

—¿Por qué pobre? Está muy contento y le prueba mucho.

—¿Ya corre, juega?

—Sí. En el colegio hacen gimnasia y juegan a pelota. Un dejo de amargura se dibujaba en los labios de doña Paula.

—Tienes que procurar que no sea tan desgraciado como eres tú.

Rius hizo un ademán de desagrado.

—No sé a qué viene decir eso, ahora.

Fabián, aletargado, estaba al lado de la mecedora, junto a ella, y doña Paula creía contar, estaba segura de contar con el apego, con la absoluta comprensión de su hijo menor. Este tenía los ojos fijos en el suelo.

—No tienes que forzarle en nada, hijo mío. Tienes que dejar que haga lo que quiera, porque en la vida es muy difícil ser malo.

—Desiderio hace lo que quiere. Le llevé al colegio porque me pareció que ya era tiempo. Y le he llevado a los escolapios, no a los jesuitas.

—¿Le alimentan bien?

—Sí. Y además yo le llevo cosas, sobrealimentación.

—Él quizá te ayude un día, en tus cosas, si no le obligas a que lo haga a la fuerza. Con los hijos se tiene que tener mucha paciencia. Y más este, no teniendo madre...

La colada, tendida, en los alambres de la galería, se balanceaba en el vacío. Doña Paula intentaba incorporarse.

—¿Qué quiere, madre? —preguntó, solícito, Joaquín. Ella se dirigió al hijo menor.

—Fabián, mira si está seca —ordenó.

Dócil, Fabián palpó las prendas. Hizo un signo afirmativo, y él mismo, quitando las pinzas de madera, las descolgaba y entraba.

—¿No necesitan nada?

—¿Dinero? No, Joaquín...

—Tal vez le convendría una temporada de reposo, fuera...

—Nada, nada, Joaquín. Estoy bien aquí.

—Pero para mí no me representa el menor sacrificio.

—Ya lo sé.

—Para los gastos del médico, lo que sea.

—El dinero hace poner tristes a los hombres.

También a su marido se lo había dicho muchos años atrás.

—¿Y a ti, Fabián, te van bien las cosas?

Fabián había liquidado tiempo atrás el negocio de coloniales. Había traspasado en buenas condiciones el conjunto de representaciones que eran de su padre y, con el producto, había adquirido un establecimiento de comestibles en la Plaza del Pino, de clientela segura y numerosa. Sus preocupaciones eran, pues, escasas.

—Sí, vamos tirando —repuso.

En aquella casa había transcurrido su niñez, y allí había incubado sus primeras obsesiones, los primeros afanes y entusiasmos. Ahora aquellas paredes le parecían unas paredes sin aureola y sin sentido.

—Tiene que cuidarse mucho.

Sacó su reloj.

—Tengo que volver al despacho.

—Si tienes prisa vete, Joaquín... No te preocupes.

No era ya la voz que decía, impetuosa, muchos años atrás: «Anda, a tomar el aire, a jugar a la calle».

Se abrigó un tanto más con la gris manteleta que le cubría los hombros. Joaquín la besó nuevamente. Despidiose de su hermano. Reconocía a tientas, como si los años no hubieran pasado, en la penumbra de la escalera, las incidencias todas de los tramos, de los peldaños, de la baranda. Y se escuchaba aún el llanto aquel, el invariable llanto de un niño recién nacido, que cuando él era chico no le dejaba estudiar.

Diez nuevos telares quedaron inmóviles en el curso de la semana que siguió. Desde su ventanal, Rius veía ahora claro cómo era preciso afrontar la situación. Dinero, dinero, dinero. Era preciso despedir a cincuenta operarios más. Echar a la calle a una tercera parte de empleados de oficina. Aumentar los descuentos de compra por grandes partidas a los clientes. Zanjar los créditos. Crear una reserva de cien mil duros, y esperar. Esperar a que la crisis se resolviera sola. Si esta se acentuaba estaría en la ruina; pero podía muy bien no pasar más allá. En la resistencia podía estar el éxito.

Borrás había vendido su Interior y había comprado Orenses. Hacer la compra y empezar a subir fue todo uno. Rius le dio en el acto los treinta mil duros restantes de Interiores para su venta. Vendió nuevamente y compró tantos Orenses como pudo. Al día siguiente, al coger el diario, Rius sintió que estaba perdido. Los Orenses habían bajado medio entero. El pronóstico del redactor de *La Vanguardia* presagiaba un bajón mayor. Y Rius estaba seguro, en aquel instante, de que ese dinero iba a perderse. De que iba a perderse todo, como castigo a su imprudencia, a su estupidez. Se dirigió al despacho de Borrás, y este había salido. Dirigióse al Bolsín y aguardó a

que llegara. Los muros de aquella casa le parecían horribles. El Casino Mercantil era un antro de perdición, una horrenda Babilonia. Atildados bolsistas leían el periódico, indiferentes, en los butacones, esperando a que se abriera la sesión. En los muros sonreían las carnes opulentas de los dioses: la Fortuna, el Progreso, el Comercio y la Navegación. A Rius le parecía aquello grotesco e inmoral. Sus botas chirriaban sobre el *parquet*, nerviosamente, y suscitaban entre los lectores de prensa enconadas miradas de impaciencia. De haber entrado Borrás en aquel instante, Rius le hubiera estrangulado.

Progresivamente el Círculo se animaba. Los bolsistas lectores fueron doblando sus papeles y desfilaron. La escalinata se pobló. Rius abandonó el salón y siguió a los especuladores, escaleras arriba. Hizo su entrada en el salón de sesiones. De las altas claraboyas fluía una luz singular, como de invernadero. Los grupos eran ya densos alrededor de las tarimas. Se encontraba desplazado. Atendiendo a la consigna del corredor que presidía el entarimado, una voz acababa de cantar: «Orenses: 32,40».

Rius se hundió en un sofá. Recordó, como una ráfaga, la expresión de los dos hombres a quienes vio hundirse en el mismo sofá, días atrás. Pensaba en su carnet de gastos: Tranvías, 0,35; imprevistos, 0,25, ¡qué asco le producía la Bolsa, el Bolsín, Borrás, los Orenses, el señor Arnau y el Canal de Suez!

—Le veo a usted muy asustado. No hay que sorprenderse, Rius. Orenses subirán, hoy o mañana.

—Venda en seguida mis Orenses, Borrás —ordenó, lívido de ira y miedo, al agente, que acababa de llegar y estaba frente a él—. Haga lo que le digo.

—No lo haré. Le garantizo que no pueden bajar. Tengo informes ciertos.

—Quiero dinero, ¿entiende? Yo no me gano la vida así. Necesito el dinero para mis cosas.

—Le doy los cuarenta mil duros ahora mismo, pero yo seguiré la operación por mi cuenta. Soy yo quien le compro los Orenses a la cotización inicial.

El tono con que Borrás hablaba calmó a Rius.

—¿Hace? —insistió Borrás.

—Sí, hago. Deme el dinero.

Pasaron a la sala de liquidaciones. Borrás extendió el formulario de traspaso y luego el cheque. Rius lo leyó, lo encontró conforme, firmó el formulario y guardó el dinero.

—No quiero especular, Borrás, compréndalo. Me entra un pánico que me moriría. Borrás sonreía, alisándose el tupé.

—Ganaré siete u ocho mil duros en veinticuatro horas. Luego se arrepentirá —decía.

—Estaré encantado de que usted los gane. Yo no podría.

Salió del Círculo Mercantil con la cabeza que le daba vueltas. Era un mundo insospechado y fraudulento que daba vértigo. Quería estar en la fábrica, no moverse de ella, aunque tuviera que presenciar cómo iban quedando inmóviles, una tras otra,

todas sus máquinas. Pero quería estar allí y no sabría ganarse la vida de otro modo.

—Cuando acabemos los cien *cheviots* para Montplá —dijo Rius en la reunión— quedarán doce telares más sin trabajo. Serán sesenta y dos máquinas paradas. Si eso sigue así, si después de eso siguen parando máquinas, me veré obligado a cerrar.

La compunción de los reunidos —los Llobet, Orlau, Ramoneda, Campins y Planells— fue absoluta.

Fuera, a través del ventanal que daba al patio, alumbraba un invierno apacible en sus postrimerías. Los perfiles de las casas, la silueta del muro, la contorsión de las desnudas ramas de los plátanos, en la lejanía, el diseño del pontón sobre la acequia, todo estaba suavemente lamido por el sol de enero, de miel, casi líquido. Este era el tiempo en que, otras temporadas, había en la fábrica mayor actividad: los diseñadores y proyectistas presentaban los nuevos diseños para la próxima temporada, los viajeros enviaban impresiones rápidas, nerviosas, hechas a vuela pluma, sobre los inminentes pedidos; en el taller se engrasaban con denuedo émbolos, palancas y trinchantes; y el río de hilo de las urdidoras avanzaba sin cesar.

Pero los pedidos no llegaron. No se recordaba época semejante. Rius llegaba ahora a la fábrica por los terraplenes con las espaldas ligeramente curvadas, las manos detrás, con lentitud... Se suspendieron las reuniones en el despacho del jefe. La inspección matinal se hacía a mediodía. Era un paseo simbólico, un desfile funerario.

Después de las máquinas que fabricaban para Montplá pararon sucesivamente cuatro máquinas más. Ahora se advertía en los rostros de los íntimos colaboradores de Rius un espanto cierto. Centenares de hogares peligraban. Se preguntaban todas las mañanas si aquel sería el día del cierre definitivo. Parecían escudriñar en el rostro de Rius, pero los días pasaban y este permanecía inmutable. Llobet entraba tímidamente, con cualquier pretexto, en el despacho del amo. Cuando sonaba el timbre por el que Rius requería la presencia de alguno de sus colaboradores, la respiración se aguantaba en los demás, abocados a la catástrofe. El último viernes de marzo, Pamias salió del despacho de Rius con un cheque de este sobre su cuenta corriente. Los empleados, al ver el papel en las manos pequeñas y temblonas de Pamias, se miraron unos a otros en silencio.

El amo comenzaba a morder en sus fondos privados. El viejo Llobet hundió, cerrando sus ojos, su mentón en el pecho.

Mientras tanto, la primavera nacía esplendente, maravillosa.

Don Joaquín decidió informar a Desiderio del mal giro que habían tomado sus negocios. Lo hizo a últimos de abril, un domingo en que los magnolios altos del jardín de los escolapios musitaban una larga oración a la brisa. A lo lejos, la ciudad,

dormida junto al mar, destacaba sus más recónditos perfiles, en un juego sutil de proximidades y lejanías.

Al anunciarle un ayo la visita de su padre, Desiderio había refunfuñado. Los domingos en que su padre no se le ocurría subir a verle, su amigo Paco Fernández le prestaba su jaca, que Desiderio montaba mientras Paco discurría con sus familiares por el jardín.

Ya se preparaba para pedirle a Paco su cabalgadura, cuando el ayo le dijo que su padre le aguardaba en el salón de visitas. Salieron a los parterres y don Joaquín le preguntó unas vaguedades sobre los estudios, que fueron contestadas sin ganas por el muchacho.

A don Joaquín le resultaba difícil situar al chico en trance de comprenderle. Pero el mismo Desiderio, con una pregunta inesperada, le ayudó a ello.

—Si tengo buenas notas en los exámenes, ¿me regalarás una jaca como la de Paco?

—¿Y para qué quieres una jaca? —inquirió don Joaquín adusto y molesto.

—Todos los chicos la tienen. Podría tomar parte en los concursos.

Su padre le miró. Se sentaron en un banco de madera, bajo un nogal.

—Mis negocios van mal, Desiderio. No sé si comprenderás lo que quiero decirte, pero debes saber que mis negocios van muy mal. Estoy arruinándome y no podrás tener esta jaca. Es posible que el año próximo ni siquiera puedas seguir estudiando aquí.

El chico se quedó de una pieza. Su padre había hablado sin mirarle, como si estuviera irritado con él. Colorado hasta las orejas, Desiderio levantó su mirada en un impulso de orgullo. Lejos, muy lejos, se escuchaba el pitido de un tren. No acertaba a pensar y de pronto cuajó en su mente la fina estampa de la jaca de su amigo Paco y un ardiente deseo de que su padre se marchara ya, de que le dejara en paz.

—¿Me has oído?

Hubo una pausa, tras la cual la voz de don Joaquín volvió a surgir, tersa y profunda.

—He vendido las acciones que tenía y con este dinero va la fábrica ahora. Te pediré autorización para una cosa; podría hacerlo sin tu autorización, pero quiero que lo sepas. Pediré una hipoteca sobre Santa María, quince mil duros. Además, veré si puedo vender en condiciones buenas la casa de Barcelona. No quería hacer eso de ningún modo, pero la fábrica lo es todo para nosotros. Algún día tú mismo lo sabrás.

Una inflexión especial, extraña, en la voz de don Joaquín dio a Desiderio noción de cómo preocupan a su padre estas cosas más que el sentido de las palabras. Sin embargo, no podía captar la realidad que su padre le exponía por primera vez, porque hasta el momento ignoraba que existiera esa realidad. Lo único que sacaba en claro de toda esta cuestión es que una jaca debía costar mucho, muchísimo dinero.

Por los caminales paseaban lentamente los colegiales con sus familias. Desiderio, abobado por las extrañas reflexiones de su padre, sentía ahora más viva su recóndita

envidia a eso que tenían los demás: unos padres que pasearan sonrientes con él por el jardín, y no la estampa alta y hermética de un hombre vestido de oscuro con el que no concebía la menor intimidad. Aproximándose a ellos avanzaba Paco Fernández junto a una muchacha alta, gallarda, flexible, de talle delgado y largos brazos que sostenían un ramillete. Paco saludó a Desiderio con la mano y este correspondió con una sonrisa, dando vueltas con su mano a la gorra de colegial.

—Es Paco Fernández, mi amigo —dijo.

Rius miró distraídamente al amigo de su hijo y le llamó la atención la finura, el porte de la dama que le acompañaba. Al pasar junto a ellos esta sonrió a Desiderio y miró un instante, con sus grandes y entornados ojos negros, a don Joaquín, que, turbado, desvió su mirada.

—¿Es su madre? —inquirió al cabo de unos instantes.

—Es su hermana mayor.

Siguieron en silencio y un remolino de brisa fresca les devolvió a sí mismos. Don Joaquín se sentía yermo, desolado, avergonzado, como si la exposición que había hecho de sus asuntos a su hijo fuera una confesión vergonzante. Desiderio estaba enormemente impaciente y desconcertado. Luego vino la rutina de las visitas. La inspección de la ropa y de las notas, la charla con el hermano de la clase y con el de la enfermería, y Desiderio no pudo aquel domingo montar la jaca de su amigo. Al día siguiente despertó a Desiderio una sensación fuerte y punzante de irritación contra su padre y lloró contra él en la almohada.

De las doscientas máquinas de la larga nave había paradas, en agosto, ciento seis. Inmediatamente realizó las gestiones para la venta de la casa de la Ronda que su padre hiciera construir en los años pródigos. Al fin halló un buen comprador —una Compañía de Navegación—; y puntualizó el traspaso. En el momento de vender habían parado cinco máquinas más. Aguantar, aguantar...

El bufete del notario don Nicasio de Fortuny era silencioso y oscuro. Amplios, los butacones de cuero de la sala de espera se prestaban al adormilamiento de los clientes, fatigados de hojear por undécima vez el mismo tomo de *La Ilustración Ibero-Americana*. Los pasantes de don Nicasio, graves y atildados, manipulaban en grandes cartapacios papeles desteñidos por el tiempo, y el silencio solo era turbado por el suspiro de las viudas, varadas en aquel lugar por razones de testamento, o por el carraspeo de los pasantes, de pulcra y entonada garganta, susceptible al etéreo polvillo de las hojas enormes, en los mamotretos de jurisprudencia y legislación que consultaban sin inmutarse.

Había que ir al notario acompañado de un familiar, y acompañaba a Joaquín Rius su cuñado Federico Costa. Ambos vestían de oscuro, siguiendo el obligado rito de los traspasos en escritura.

El bufete notarial era tenebroso. De pie tras una gran mesa renacentista, la blanca

barbilla del notario era la única nota que destacaba en la oscuridad. La firma de las escrituras tenía que celebrarse «entre dos luces» y por la exigua rendija de las persianas se filtraba el último destello de la jornada.

Joaquín Rius se sentó en el butacón, sin pronunciar palabra, como si allí tuvieran que ajusticiarle. Federico Costa tomó asiento en una silla lateral, la de los testigos, junto al hijo del notario. El representante de la Compañía compradora ocupó un sillón igual al de Joaquín, frente a este.

Con voz clara, puntualizando y vocalizando a la perfección, el notario dio lectura a la larga escritura de traspaso. Era un documento largo y monótono, que fluía de la garganta del notario como un sonsonete inacabable. Rius se distraía, adrede, para aturdirse. En la pared colgaban un grabado, «*Le droit et l'opinion*», una reproducción del Cristo de Velázquez y un óleo, un cementerio de Urgen. Todo allí era fúnebre y difuso, fantástico. Un barómetro, de madera de nogal, estancado en el «Seco», devolvía la exigua luz del mechero Auer que un pasante acababa de iluminar. Desde la penumbra de su retrato el jurisconsulto don Firmo de Fortuny, abuelo de don Nicasio, ministro de Fernando VII, les observaba ávidamente con mirada de águila. Su mano, larga y augusta, había elegido en el cuadro, como plinto para elevarse a la posteridad, un tomo de las «Pandectas».

El notario concluía ya su lectura. A Rius le latían con fuerza las sienas, clamor que no lograba acallar. En sus ojos se marcaba el insomnio con dos largos surcos cenicientos. En aquel instante entraba un pasante llevando en la mano un tintero de perra gorda y un plumín de colegial, que depositó suavemente sobre la mesa del notario. Levantó don Nicasio la vista de los folios, cerró los pliegos y los abrió de nuevo sobre la mesa.

—¿Está conforme?

—Está conforme —respondió la voz vaga de Rius.

—¿Está conforme?

—Está conforme —respondió el comprador.

—¿Está conforme?

Los testigos asintieron.

—El tintero y la pluma tienen que ser los mismos que han servido para redactar la escritura con objeto de que las firmas no difieran de esta. Tenga la bondad. Aquí.

Y recogiendo el modesto mango, firmó Rius al pie, donde el notario le indicaba. Al pasar la pluma al comprador la mano, que había firmado sin vacilar, le temblaba atrocemente. Cuando el comprador hubo firmado, el notario estampó: «Hubo leal, firme y completa evicción. Doy fe».

Luego se irguió y pronunció en voz alta, en catalán, las palabras de rito:

—*I això és segur.*

Y en la calle, Federico Costa pasaba su brazo por el de Joaquín, porque este vacilaba, aturrido y desfallecido. Caminaba lentamente, como si acabaran de cargarle con veinte años más en las espaldas. Había un surco entre sus cejas y dos grandes

surcos en las comisuras de los labios, sollozo y derrota. Pensaba en su padre y le pedía perdón y le pedía que le aconsejara. Y no lograba pensar más que en eso.

En diciembre pararon cuatro telares más.

V

PASADOS UNOS MESES, al llegar a la oficina después de Semana Santa —con los miembros entumecidos por la fatiga del ocio y un olor de incienso en la conciencia—, Rius sintió una repentina sacudida de júbilo: una carta de Vinyals, con un pedido importante —el primero importante en dos años— para un trust andaluz, coincidía con el ruego de uno de sus clientes de Barcelona pidiendo precio para quinientos cheviots de distintos modelos.

En el curso de los meses anteriores los fabricantes se habían reunido periódicamente en el Fomento del Trabajo Nacional. La crisis había exigido la formulación de demandas concretas al Gobierno. Dirigida por el Fomento, la demanda de protección de la Industria Nacional había sido elevada al Gobierno en instancias tajantes. No había noticia de cómo habían sido recibidas en los Círculos Oficiales esas demandas. Pero las campañas personales que los fabricantes habían realizado en el mercado habían logrado impresionar a algunos compradores.

Rius, no muy animado, ordenó fueran preparadas diez de las máquinas paradas para trabajar en seguida. La puesta en marcha de esas diez máquinas tuvo algo de liberación. Rius, Orlau, los Llobet, Campins, Ramoneda y Planells rodeaban los artefactos como si asistieran a una transfusión de sangre. Luego el aspecto del trabajo volvió a ser el de antes. Las mismas caras largas, las conversaciones a media voz, la mitad de las lámparas encendidas, para evitar todo despilfarro.

De cuando en cuando, en la soledad de su despacho, advenía a la mente del fabricante la silueta —no más que la sombra y el rasgo de los ojos— de una mujer. En la tarde del Jueves Santo recorrió los Monumentos, siguiendo el rito de su ciudad, acompañado de Desiderio. Había rezado al Santísimo siete veces siete padrenuestros. La luz cambiante y profunda de las velas removía, como en el fondo de un oscuro pozo, a contraniebla, la riada de la muchedumbre, que transitaba lentamente, arrastrando los pies, hacia el altar del Santísimo. Hundido en su oración —en su cavilación desordenada, mitad padrenuestro y mitad telares inmóviles— levantó la mirada y cuajaron esos ojos, la silueta de esa mujer. Se miraron fijamente. Eran los ojos, la silueta de la hermana de Paco, el amigo de Desiderio, orante en la penumbra, con un destello —el destello de un húmedo diamante— en el labio superior, la boca semiabierta. A Joaquín le fue imposible rezar de nuevo. En la fábrica, en su casa, en medio de su vida en tinieblas pasaba, rápido, el destello del diamante por su imaginación.

Extrañado, indeciso, en este hecho halló razones para redoblar su actividad. Notaba que había sufrido durante dos años una abulia tremenda. Ahora repasaba uno por uno el potencial de sus clientes, y ante el espectáculo de las máquinas paradas, se le ocurrían soluciones nuevas. Si esas máquinas estaban inservibles en su poder, era

preciso sustituirlas por otras; si Manchester vendía más barato no podía ser solo por la falta de protección del Gobierno español, sino por la desidia de los fabricantes, que no se preocupaban en la búsqueda de nuevos métodos, en la renovación de sus procedimientos. Tal vez habían vivido rutinariamente de su negocio, creyendo consumadas todas sus posibilidades. Se enfrascó en el estudio de los últimos modelos, en el del mercado. En lugar de ensanchar su fábrica «por fuera», la solución sería, quizás, ensancharla «por dentro». Había determinados aspectos de su industria en que la competencia extranjera sería difícil. Por ejemplo, telas para tapicería y bordados. En aquel instante, la reforma propuesta sería, sin embargo, imposible. Debía revender treinta de sus telares y sustituirlos por diez telares modernos que no llegarían hasta al cabo de seis meses. La técnica perfecta del manejo de esos nuevos telares no sería adquirida fácilmente por él ni por sus operarios, y abrir mercado y servirle tapicerías perfectas requería un año más. Era tarde para todo. Había que dejar que la fábrica se salvara o hundiera por sí sola.

—¿Ya sabe usted lo que se perdió? —díjole el *dandy* Borrás, que se había personado en su despacho «para estirar las piernas», una mañana de mayo—. En aquella ocasión gané cinco mil duros. No se lo quería decir por no darle dentera. Pero se precipitó usted.

—Reconozca que no tengo carácter para eso. Yo soy un hombre a la antigua. Borrás le sugirió la adquisición de acciones del Norte.

—¿Del Norte?

—Han bajado cuatro enteros y medio en quince días y no bajarán más. En un mes, si no ocurre nada imprevisto, remontarán su valor. La operación es segura.

—Ya sabe usted que no es lo mío, y además no tengo dinero disponible.

—No le creo. Siempre hay dinero disponible para ganar dinero. Vea usted su fábrica. Esos telares muertos —y señaló con su bastón a través del ventanal— no le sacarán de su situación. Es usted el que tiene que sacarles a ellos del mal paso. No se deje morir, Rius, no se deje morir. ¿Va usted a algún lado? —inquirió de pronto, mirando su reloj—. Es ya hora de cierre.

—Iba a casa.

—¿Quiere usted que le acompañe en mi coche?

—Creía que había venido usted a pie, para estirar las piernas.

—No, he venido en coche para estirar las piernas de mi caballo —respondió con soltura, alisándose el tupé, sonriendo.

En el recorrido Borrás charló animadamente por ver de despreocupar a su cliente. Pero Rius no salía de un ensimismamiento displicente, prestando solo una atención simbólica a las anécdotas que el corredor de Bolsa iba contando.

El coche les llevó al Paseo de Gracia.

Ante el discurrir de la muchedumbre —gomosos, amas con los críos en los cochecitos, damitas empingorotadas— la obsesión de Rius se iba mitigando. Sentía al mismo tiempo tristeza y alivio al reconocer que su drama no afectaba a nadie, que sus

dificultades no eran compartidas por la sociedad de que formaba parte. Paseaba distraídamente su mirada, a la velocidad del coche, por el río humano, lento, de la calzada. De pronto descubrió, detenida en el Paseo, charlando con un caballero —¿de dónde recordaba a ese caballero?— a la hermana de Paco Fernández. El caballero — un anciano, casi— se despedía en este instante. La señorita descubrió a Rius y sonrió, saludando. Este se sonrojó, pero en el mismo instante descubrió que no era a él, sino a Borrás a quien iba dirigido el saludo.

—¿Quién es? —inquirió interesado y por decir algo.

—Es Carmen Fernández, hija del primer matrimonio de don Arístides Fernández el diplomático. Sospecho que es una muchacha muy desgraciada.

—¿Por qué razón?

—Su padre casó por segunda vez siendo ella mayor. Vivió una temporada fuera de su casa, en un convento, en el extranjero. Creo que no se lleva muy bien con su madrastra. Usted debe conocer a la segunda mujer de Fernández: es Evelina Torra.

—¿Evelina Torra? —y recordó el palco contiguo al suyo en el Liceo—. La conocí hace años. ¿Quién era el caballero que charlaba con Carmen Fernández? Creí reconocerle.

—Es don Pablo Niebla, un banquero. ¿Lo recuerda?

—También. Hace años. A veces creo que ahora pertenezco ya a otro mundo. Todos ellos son gentes que no he vuelto a ver desde la muerte de mi esposa.

Después de haber dado una vuelta por el Paseo de Gracia, Borrás le acompañó a su casa.

—Piense en los Nortes. No sea tonto, Rius. Defiéndase.

El día siguiente era domingo. Los domingos sentía una extraña desazón, la imposibilidad de defenderse. No quería ir a ver a Desiderio —la solución de otros domingos—, porque no quería que el muchacho le conociera en su neurastenia, en su aflicción.

Fue una tarde fina de domingo primaveral, suavemente lamida por la brisa a lengüetadas contra los balcones del Ensanche incipiente.

Don Joaquín trabaja en el despacho de su casa de la calle de Caspe. Redacta los borradores de contestación de determinadas cartas confidenciales que de cuando en cuando envíanle a su domicilio los viajantes desde provincias. El sol, un sol oblicuo, lacerante, que se filtra por las entornadas persianas, deja morir una riada de polvillo de oro, como una estocada, contra las baldosas multicolores del suelo. Una mano discreta da con los nudillos en las vidrieras. Abstraído, sin incorporarse, don Joaquín autoriza a entrar.

—El vaso de leche, señor.

Una voz ya le ha interrumpido la ilación de las ideas. Sin incorporar la cabeza ve, sin embargo, la mano de la doncella que deposita con cuidado sobre el escritorio ese

vaso de leche. Josefina lo hace con cuidado, con sumo cuidado, para no estorbar. Él, Joaquín, ve ese brazo que se retira y la silueta del muslo, la línea de la mujer. Ella se vuelve de nuevo lentamente y se va.

—Josefina.

Vuélvese nuevamente.

—Señor.

—Tráigame azúcar. La tomaré azucarada.

La mirada de él ha sonrojado levemente a la doncella. Se retira. Joaquín Rius no acierta a escribir. Oye, a lo lejos, el eco del pisar de la doncella. En esta casa dominó Mariona, brevemente. Sobre esta mesa, sobre esta misma mesa dejó el anónimo que recibiera, que tanto la asustó. Allí, en aquel sofá, sentáronse a charlar, a discutir, a pelearse por cuestión de su amor, de manera estúpida. De la puerta de enfrente salió ella abrochándose aún el collar de perlas, sus perlas, la noche trágica. Hay como un perfume, como una sensación brutal, asfixiante, de mujer, en esta tarde de abril. Y sin embargo el amor no existe, no debe existir —salvo la aptitud del aire para exaltarnos, para derribarnos, para azotar nuestras ideas, inutilizarlas. Ya Josefina entra con el azucarero. Quédase, erguida, opulenta y suave, ante él.

—Bien, gracias, Josefina.

Aún quedan mirándose, un instante; pero él coge la pluma, ella se vuelve, se va. Mira Joaquín las cuartillas y no logra deletrear siquiera el manuscrito. Se levanta y pasea, como a ciegas, por la habitación. Abre la puerta y sale al pasillo.

—Josefina.

—Diga, señor.

Su voz es un jadeo:

—Salgo un instante. Volveré a cenar.

Coge su sombrero y su bastón. Sale a la calle.

La calle reluce con el sol de las seis. Las parejas transitan dulcemente. Es con contraluz idílico, como de miel. Calle de Caspe adelante, dobla por el Paseo de Gracia. En la esquina, junto a un puesto de helados —un pequeño carrito que tiene algo de pieza de carroussel—, un organillo desangra las campanillas de su entraña. El mundo, la ciudad, viven un domingo feliz. Los primeros botones asoman a los plátanos del paseo. En la Plaza de Cataluña un enjambre de soldados, con su rayadillo colorado y su quepis, persiguen a las criadas. Estas, retozonas, se vuelven a responderles y les aguardan con ardiente esperanza asomada a los ojos. La soldadesca se aproxima. Unos alargan su brazo y ellas se retiran, riendo a carcajadas. Una, rezagada, está seria, no sabe jamás qué decir, no tiene «ángel». Pasean de cinco en cinco cogidas por el talle. Ellos se abrazan, vociferan, presumen, con sus bigotes. Joaquín Rius cruza, solitario, entre los grupos, gana Canaletas, desciende Ramblas abajo. Los puestos de flores parecen el escaparate de la primavera. A ambos lados del bulevar las pequeñas venas de vida urbana están como dormidas en la paz y en la umbría del domingo. Las «catalanas», al paso lento y rutinario de los mulos, se

deslizan abarrotadas de gente. La Virreina, empotrada al óleo de la edificación circundante, parece avergonzada de sus blasones. La ciudad, recién estrenada, semeja una ciudad de feria, donde todo el mundo tuviera unos centavos de alegría por gastar.

En el puerto los vapores, los veleros y los paquebotes se balancean, ensoñados, aletargados. Por sus bordes transita el can, oliendo el alquitrán solidificado en los maderos, en busca del despojo de carne o de pescado. Allí unos marineros noruegos, rubios y sucios, sacuden de un acordeón de tempestad una nostalgia de malecón lejano, en cuyos tugurios tal vez pasara ante los ojos absortos, entre dos disputas, una imagen delirante, una boca susurradora, un atisbo de felicidad. Es una tonada abúlica y apasionada a la vez, lúbrica y desgarrada. En lo alto, lamidos, ellos solos, por la miel del crepúsculo, se diseñan en el azul, vibrátiles, los gallardetes. Hay algo de ferocidad sensual en este batallar de los gallardetes contra el viento. El agua sucia del puerto chapotea contra la quilla de las dormidas panzas. Es un gluglú animal, como un jadeo de pantera enclaustrada. Joaquín Rius torcerá nuevamente hacia la Puerta de la Paz. En una «catalana» se dirigirá a la Ronda de San Antonio. Sube al piso de su contable. Solo ha quedado, para terminar unos bordados, la señorita Llobet. Quiere que pase, que se siente un instante. Lamenta no poder ofrecerle más que unos dulces que sobraron, que un vasito de anís. Don Joaquín se excusa. Ella insiste. Siéntase. Habla de Arturo y de Gertrudis, su prometida. Sí, tardarán todavía en casarse. No quieren precipitar las cosas. Arturo es una preciosa ayuda para aquel hogar. Las cosas están por las nubes y casarse hoy día es realmente una aventura. Charlan de nimiedades, del trabajo, de la situación. Don Joaquín se despide, con el encargo de que salude a todos, en especial a su madre, doña Eulalia.

Diríjese, a pie, lentamente, a la calle de Puertaferri. Necesita sentirse un poco fatigado, necesita sentirse físicamente fatigado. «Esto te ocurre por falta de ejercicio», piensa. Diríjese a casa de su cuñada, de Mercedes. Penetra en aquella entrañable entrada, en la que tanta vida había puesto. Salúdale Fermín, el cochero, que ha ocupado el lugar del difunto Bernardo.

—¿Están en casa los señores?

—El señor ha salido de paseo con los señoritos, pero está la señora con la señorita Adelina, que está mala.

—¿Qué tiene?

—No es de cuidado. Unas anginas.

Sube las escaleras. Fermín ha llamado desde su garita y la doncella ha abierto. Al poco sale Mercedes, que se asoma al corredor.

—Federico ha salido con los chicos, a los que no podía aguantar en casa. Adelina tuvo anoche un poco de calentura. No es nada. Ha venido el doctor y dice que son unas anginas vulgares. Cosa de chiquillos.

Le hace pasar al cuarto de la enferma.

Sobre la cama su madre había estado recortando figuras de papel, adorables muñecos rudimentarios que bailan sardanas sobre la colcha.

—¿Qué tienes, pequeña? Dame un beso.

La chiquilla da un beso a su impresionante tío.

Mercedes sale de la habitación y se sienta, frente a frente, Joaquín y ella, en el comedor. Joaquín se sienta en el butacón que don Desiderio amaba.

—¡Esos domingos, Mercedes, esos domingos largos!

—Se te hacen pesados, claro.

Le mira con conmiseración.

—¡Pobre Joaquín!

Hay un silencio.

—¿Quieres tomar algo?

—No, gracias, de verdad. He tomado ya.

Joaquín agradece la docilidad de aquel butacón, su familiar contacto.

—Hoy no tenía ánimos para trabajar. Me puse a escribir unas cartas y tuve que dejarlo. Los domingos me hastían.

—¿Y Desiderio?

—En el colegio. No le he ido a ver por no alterarle. La semana pasada tuvo una mala nota. Se acercan los exámenes. —Joaquín... —inició Mercedes.

—Di.

—Nada, nada...

—Di, mujer.

—Pensaba que deberías volverte a casar. Un padre, joven y viudo, tiene que volverse a casar.

—Tu padre no lo hizo.

—Tienes razón.

—Es complicado, es difícil dar ese paso. Desiderio es ya mayor. Se da cuenta de todo. Es muy arriesgado.

—Desiderio mismo lo agradecería, quizá.

—Mercedes, esa soledad es solo los domingos, créelo. Además...

Titubeaba, ensoñado, fatigado.

—Además yo no sé si sabría hacer feliz a una mujer... Mercedes se echó a reír.

—¡Qué chiquillo eres cuando dices estas cosas, Joaquín! Las mejores muchachas de Barcelona se te disputarían.

—Sí, pero... yo no sabría cómo hacerlas felices.

—Como hiciste feliz a Mariona. Ella fue feliz, Joaquín, no lo dudes.

Joaquín había callado. Permanecía hundido en la butaca. La luz ardorosa de la tarde se había mitigado ya. Penetraba un sorbo de claridad azul gris, que iba palideciendo.

—No te preocupes por mí, Mercedes. Yo estoy hecho para estar solo, soy un francotirador.

Ante el silencio de su cuñada:

—¿No me crees? —añadió.

Mercedes, con una sonrisa, movía negativamente la cabeza.

—¿Y Federico?

—Le compadezco —dijo Mercedes—. Vendrá loco de cargar con todos los hijos. Son de la piel del diablo, no tienes idea. Joaquín admiraba a Mercedes.

—Yo te admiro, Mercedes. Tú has sabido ser feliz y sabes cómo hacer feliz a las gentes que te rodean.

—¿Tú crees que eso es muy difícil? —preguntaba, con un atisbo de melancolía, sin mirarle.

—No, no es difícil. Está, seguramente, en la mano de Dios.

—Dios me hizo feliz, hizo a Federico feliz, y por eso lo somos.

Parecía que, entre ambos, el espectro de Mariona hubiérase sentado allí, a mirarlos, a contemplarlos en la confidencia. Sin mentarla, ambos, en aquel instante, la sentían cerca.

—Voy a tener el quinto de mis hijos.

La luz se hacía más opaca, de vez en vez.

—¿Estás contenta?

Vio cómo Mercedes afirmaba, con seguridad, sin abrir la boca.

—Esta es la mayor felicidad —afirmó, resuelta—. Los quiero con todas mis fuerzas. Quiero verlos crecer y estar a su lado. Oh —prosiguió, en broma—, ¡no creas que vaya a ser una madraza!... Los llevo muy rectos. Procuero disimular que los quiero tanto.

En aquel instante se escuchó el bullicio de la chiquillería por las escaleras. Mercedes se levantó, apresurada.

—Ya están aquí.

Joaquín habíase levantado también. Siguió a Mercedes, que se había precipitado a la puerta. Desde ella vieron llegar a los dos mayores, corriendo como desalmados, sin tiempo ni para besar a su madre. Federico Costa, sudoroso tras las gafas, colorado y silencioso, llevaba en brazos a Federico, un muchacho de cinco años, fatigado, delgado, colorado y sensato como su padre.

—¿No ves que ya pesas mucho? —reconvino Mercedes al crío, al besarle.

—Estaba cansado y no quería andar —excusole el marido. Saludó a Joaquín.

—Os estaba aguardando y ya me iba a marchar.

Pasaron un instante al interior. Charló unos minutos, sin sentarse, con Federico. Federico sentía por Joaquín una veneración instintiva, la que sienten los cuñados tímidos por el que se atrevió a abrir el primero la brecha de la petición de mano en casa de los suegros. Cuando Joaquín miró al reloj y se despidió él no osó insistir.

Entró un instante a despedirse de la pequeña Adelina, que estaba durmiendo. La besó con cuidado en la frente.

Dirigióse a su casa, con lentitud. Los soldados de la Plaza de Cataluña, los postreros, los rezagados, le parecieron tener un aire mucho más triste que antes. Él estaba ya más tranquilo. Ya se acercaba, ahora, la semana, los días de labor. Ya el sol

no castigaba sus miembros. Todo se había dulcificado. Enfiló la calle de Caspe. Penetró en su morada. Josefina, la doncella, preguntole si podía servir la cena. Él repuso serio, sin mirar:

—Sí, hágame el favor.

Y comió lentamente.

La situación manifestaba ligera tendencia a mejorar; los pedidos, con la proximidad de la nueva temporada, iban afluyendo despacio. En muchas de las cartas se leía una apostilla de puño y letra del cliente puntualizando que el pedido se hacía a casa Rius por razones de fidelidad a esta casa, pero que no significaba que las proposiciones de Rius fueran todavía aceptables.

Rius quiso preocuparse en seguida de la renovación de su catálogo y las máquinas paradas se pusieron en marcha un par de tardes para hacer pruebas y muestras. El fabricante y sus empleados parecían más animados. Las cien y pico de máquinas paradas se habían reducido, a fines de verano, a setenta. Hubo que readmitir a algunos obreros, aunque Arturo Llobet hizo que el rendimiento de los fijos fuera mayor que antes. Muchos de los despedidos no volvieron a entrar.

Mientras tanto, la salud de Rius parecía resentida, pero el fabricante no pudo tomarse aquel verano unas vacaciones. No podía tomárselas mientras hubiera un solo telar parado. El doctor Renom le hizo una concienzuda revisión. Le recomendó algún ejercicio físico. Rius se sintió aquel verano inquieto, molesto, aturdido y embotado. El cuerpo le pesaba y a pesar de ser un hombre nervioso sus digestiones eran lentas, incómodas.

Siguiendo las instrucciones del doctor se apuntó en un gimnasio privado, sito en la calle de la Canuda. Era un espacioso local, iluminado por las claraboyas que tamizaban la luz exterior de un patio particular. El profesor, el señor Trías, era un preclaro atleta de mediana altura, un gimnasta de pecho descomunal, calvo, con un ancho y opulento bigote rubio, presuntuosísimo. Se paseaba en camiseta deambulando por entre las poleas, las paralelas y las escalerillas de contracción blandiendo una eterna colilla de cigarro puro, enteramente apagada, que parecía en sus manos el látigo de los domadores en la jaula de los leones. El señor Trías tenía aspecto de un gimnasta de circo y hasta es posible que esta fuera su procedencia. En las paredes blancas del local colgaban infinidad de retratos y carteles del señor Trías efectuando sus acrobacias, en los cuales el rostro del señor Trías tenía la proporción de un garbanzo tras la mole de su pectoral y de sus bíceps. En una de las ilustraciones el gimnasta, en lo más alto de una cuerda vertical, sosteníase con una sola mano. El brazo asido a la cuerda con tanta gentileza era tubercular y monstruoso, pero su rostro, impertérrito, ofrecía al objetivo la expresión de una tan gallarda serenidad que Joaquín Rius sintió en el acto un impulso de admiración sin reservas por el gimnasta Trías.

Al punto de haber hablado con el gimnasta sobre las condiciones de la inscripción, y sobre el tipo de ejercicio que él, Joaquín, apetecía, el señor Trías pareció haberle comprendido en el acto.

—Nuestro lema, señor, es: «*Mens sana in corpore sano*». Después de lo cual, como si no hubiera un segundo que perder en la inmediata aplicación de este principio:

—Quítese usted americana y chaleco, señor Rius, haga el favor. Rius, dócil, lo hizo.

—Póngase usted en tensión, de puntillas, así... Haga el favor —y colocándose las palmas de las manos sobre su pectoral como para demostrar hasta qué punto este era capaz de ensancharse aún—: Inspire por la nariz, espire por la boca, inspire por la nariz, espire por la boca; así, así —clamaba, satisfecho—; nariz... boca... nariz... boca... nariz... boca... Ya basta.

Sentose sobre una enorme bola de hierro.

—Creo que llegaremos a excelentes resultados, señor Rius. No olvide que todo progreso en gimnasia se basa en este principio: nariz, boca, nariz, boca.

Pasaron a la sala de las poleas y Trías indicó a su nuevo alumno el itinerario que, hasta nueva orden, este tenía que seguir, con la indicación de la duración aproximada de cada ejercicio. El amplio local estaba repleto de alumnos, que como locos ejecutaban lecciones sin preocuparse del vecino. Panzudos señores en camiseta, atléticos jóvenes, multitud de enclenques que pugnaban por arrancarle al método Trías su secreto, como si el pectoral del profesor fuera una caja de resonancia de salud.

Joaquín Rius presentose a la fábrica, al día siguiente, con dolor en las articulaciones. Llobet preguntole, tímidamente, si había tenido algún accidente.

—Sí, Llobet. He chocado con un profesor de gimnasia.

—Mi hijo Arturo —indicó el contable— pasó por lo mismo y tuvo que dejarlo. Y eso que mi hijo es joven. Dejó la gimnasia metódica por el remo. Él dice que es tan completo como la gimnasia, con la ventaja que es mucho más distraído.

—Pero el remo es aún más duro.

—Sí, tal vez. Sin embargo, él se ha puesto muy bien y ya no lo encuentra pesado.

Por la tarde preguntó a Arturo Llobet dónde iba a remar. Llobet remaba en el Club Náutico, recién formado. Empezaba a participar ya en regatas de yola. En el Club mismo cuidaban de facilitar esquifes y yolas a los socios. Él no podía prescindir ya de ese deporte.

—Si mi recomendación no le es molesta, yo de usted, señor Rius, seguiría este mes en el gimnasio para preparar los músculos, y en el próximo me ofrezco a introducirle en el Club Náutico. Puede usted probar, pero estoy seguro que no le desagradará.

En efecto, al terminar su primer mes don Joaquín Rius despidiose del atleta Trías, alegando que no tendría en adelante tiempo para asistir a las clases. Al sábado

siguiente, acompañado por el hijo del contable, dirigióse al Club, que estaba emplazado en uno de los muelles del puerto.

La tarde se presagiaba agradable.

Era una edificación de madera, nueva, puesta con mucho estilo y gusto. Al entrar encontróse ya con un conocido, el joyero Ribas, hombre gordezuelo y socarrón.

—¿Usted por aquí?

—Voy a probar a remar.

—¿Sabe usted nadar?

—No. Pero espero no ahogarme. ¿Es muy difícil volcar?

—Es relativamente sencillo.

—¿Y qué se hace en estos casos? —inquirió, inquieto.

—Se acostumbra a gritar: «¡Socorro!», si da tiempo. Rius no estaba muy tranquilo. Se atusó el bigote, meditativo.

—¿Sabe usted nadar, Llobet? —preguntó al hijo del contable, que había quedado algo distanciado.

—Sí, señor Rius. Aprendí a la fuerza, cuando volqué la primera vez.

Rius pareció más tranquilo.

El fabricante había adquirido un terno completo de remero. Con alegría infantil pasaron a los vestuarios. Rius estaba satisfecho de su atuendo y de su facha. Al pasar por delante de un espejo paró un instante a mirarse.

—Tiene usted aspecto de lobo de mar —chanceó Ribas al encontrarle de nuevo en los pasadizos.

—No bromea usted. Está usted hablando con un presunto náufrago.

Ribas se echó a reír.

Rius pasó sus apuros para introducirse en la estrecha franja de madera de la yola sin perder el equilibrio. Llobet lo hizo fácilmente, a continuación. Apurose de nuevo Rius al tener que dar la vuelta para sentarse de espaldas al agua. La frágil barquilla se tambaleaba al menor movimiento.

—El secreto del remo en yola es la suavidad —advirtió Llobet—. De ahí que, a pesar de ser tan duro, sea un deporte tan sedante y tan completo.

Rius logró coger los remos según las indicaciones que a cada instante débale el hijo del contable.

No sin dificultad consiguieron desatracar.

Pero no le fue a Rius tan difícil como pensaba adquirir aquella suavidad de movimientos precisa para dar el mayor empuje posible a la embarcación. A los veinte minutos parecía un remero consumado.

—¿Se fatiga usted?

—De ningún modo.

Sin embargo, su respiración era ya alterosa, premiosa. —Es un ejercicio magnífico.

El airecillo del puerto parecía que purificara sus poros, harto necesitados de ese

solaz.

Disponíanse ya a dar la vuelta. Hallábanse casi en la embocadura del mar, del que llegaba un presagio de oleaje.

—No haga usted nada —advirtió Arturo Llobet—. Levante bis remos fuera del agua. Voy a dar la media vuelta.

Joaquín Rius elevó los remos. Por la plancha de los largos maderos discurría un río de agua escurridiza, reverberante al sol del ocaso.

Al dar lentamente la virada se le ofreció, lejanísimo, el espectáculo de los muelles. Lejos, muy alejados, el monumento a Colón, el diseño de la ciudad envuelta en neblina, la silueta, apenas perceptible, del Tibidabo. Cerca, monstruoso, descascarillado, el lomo pétreo de Montjuïc, aplastado bajo su castillo. Vio a lo lejos pequeñas barquitas de turismo, que paseaban idílicas parejas. Una irónica brisa le desmelenaba. Las aguas se torcían, eran flexibles a la presión y al lento impulso de la virada, a la agilidad de la yola.

—Esto es magnífico, Llobet. ¡Qué gran idea tuvo usted!

Y cuando se disponía, con ímpetu redoblado por el entusiasmo, a bogar como un veterano, el remo izquierdo, por un azar inexplicable, no dio en el agua, había perdido la noción de dónde introducirse. Salió disparado hacia el aire rozando solo la superficie y salpicando como un pulverizador aquella brisa que poco antes hiciera tan buenas migas con los navegantes.

La yola se tambaleó furiosamente. Parecía como si se hubiera desatado en un minuto un pavoroso temporal. Llobet gritaba: «¡No moverse, no moverse!». Y, en efecto, si Rius no se hubiera movido nada hubiera ocurrido. Pero Rius se impresionó, pretendió zanjar por su cuenta aquella cuestión. Vio a Llobet erguirse ante él como levantado por una mano invisible. Y se sintió hundido en el agua seguramente a muchísimos metros de profundidad. Esta noción tan líquida y tan fría le devolvió, por fortuna, un buen acopio de serenidad. Acertó a darse cuenta de que lo único indispensable era no respirar allí dentro, no moverse. Y se sintió lentamente elevado, impulsado a abrir los ojos. Vio la luz del sol y luego se volvió a hundir. En este instante se asustó. Advirtió clara, diáfana, definitivamente, que se estaba ahogando.

Moviose; llegó de nuevo a la superficie. Vociferaba. Se desgañitaba en gluglús. La yola estaba a un paso, tranquila, idiotizada. Sus manos abofeteaban el agua. Ya se volvía a hundir cuando sintió una mano que le asía. Quiso agarrarse a ella. Oyó los gritos de Llobet.

—¡No se mueva, no haga nada!

Pudo, al fin, respirar. Llobet le agarró por la barbilla. Le condujo —¡aquellos dos metros!— hasta la yola.

—Agárrese aquí.

Como un autómatas Rius se asió al canto de la embarcación. Llobet hizo lo propio. Jadeaban.

—Bien. ¿Qué hacemos aquí? —inquirió, deshecho, irritado, el fabricante, al cabo

de un buen rato.

—No se mueva. Voy a darle la vuelta y subiré por el otro lado. Cuando yo suba haga usted el contrapeso necesario. Luego ya le ayudaré.

Llobet nadó hasta dar la vuelta a la yola. Se encaramó. Rius se asía a su madero con todas sus fuerzas.

El hijo del contable jadeaba.

—Deme usted la mano. Haga la contracción y entre de un salto.

La operación no salió la primera vez. Hubo que intentarlo hasta tres veces. Al fin Rius se encontró, tendido, en la yola.

—Estoy molido, Llobet.

—Es el bautismo del agua.

El retorno fue desolador. El fabricante estaba tendido en la yola y Llobet bogaba lentamente. Era un navegar bucólico, sin prestigio.

Pero con solo poner pie en la tierra del Club pareció haber olvidado el lance.

—¿Ha bebido mucha agua?

—De dos a tres litros.

—Yo bebí más, la primera vez —tranquilizó el hijo del contable.

Encontraron de nuevo a Ribas, sonriente, en los vestuarios.

—¿Cómo ha sido?

—Bien. Prodigioso. Voy a hacerme socio en el acto —exclamó con sonrisilla—. ¿Me acompaña usted a secretaría? —solicitó al hijo del contable. Y parecía gustar en aquel momento todo el petróleo y el carbón del agua que había tragado.

Al levantarse, por la mañana, ya no lo hace con el salto resuelto y categórico de antaño. Hay una indecisión, un abandono, un cansancio. Le pesan sobre el cuerpo los desvaríos de la noche. Sin embargo, se sobrepone; se afeita, y lava y viste. El agua clara ahuyenta buena parte de aquel sopor. Ya en la calle camina apresurado. Mariona no existe, fue un meteoro, una sombra fugaz en su vida. Las gentes se dirigen apresuradas a sus despachos. Los conocidos le saludan con respeto. «Ese es Rius», piensan las gentes al pasar. Rius, viudo, millonario, joven, hombre feliz. «¿Qué hora es?» — pregunta el meritorio, temiendo llegar tarde a la oficina. La portera levanta la mirada y ve pasar a Rius: «Las siete y media en punto». El cajero de la Colonial ejemplariza a su hijo: «¿Ves?, cuando era como tú, no tenía un céntimo y ahora es millonario». Rius estruja en su bolsillo la llave de la fábrica.

Por cuarta vez ha acompañado a Desiderio a los escolapios, el primer día de curso. Desiderio va a comenzar el tercer año de bachillerato.

El muchacho ha cambiado mucho. Es un chico alto y fino como un sauce, que viste ya a la manera de los adolescentes. Aquel día, ambos han tenido que madrugar.

En el recinto del colegio, Rius ha sido testigo de la seriedad con que los muchachos han vuelto a encontrarse. Se saludan como personas mayores. Pasean circunspectos, charlando, con aires de señor. Rius no pudo dejar de sonreír y en aquel instante reconoció cerca una sonrisa femenina.

—Permítame presentarme —y Rius se adelantó, descubriéndose, hasta Carmen Fernández, que estaba sola, alejada, como él, de los chicos—. Hemos coincidido tantas veces que pensé...

Carmen Fernández tendió una mano larga, fina, prodigiosamente enguantada. Sus labios entreabiertos pronunciaron:

—Mi hermano y su hijo son muy amigos. Paco habla siempre de él.

Aquella hora matinal daba a Rius una especial soltura. La conversación con una mujer no hubiera podido sostenerla seguramente a otra hora. Sin embargo, parecía ahora paralizado por la expresión fija y sonriente de los ojos de la damisela, como ensoñados por la luz primeriza, que ablandaba las copas de los abetos e irisaba el follaje de los magnolios. Parecía ella aspirar la profunda emanación lejana del mar.

Había oído hablar mucho de ustedes, a la familia Costa, especialmente a doña África, muy amiga de papá. A su cuñado hace años que no lo he visto, pero le recuerdo muy bien. Federico era un gran muchacho —dijo Carmen.

—Yo conocí mucho a la familia de su madre, de Evelina Torra.

—Sí, mi madrastra está con mi padre en el extranjero. Usted sabe que mi padre es diplomático. Yo cuido, mientras, de mis hermanos, Paco y Cristina. Espero que vuelvan pronto.

—¿Le dan mucho que hacer?

—No, pero... Quisiera que estuvieran aquí.

Carmen miraba ahora a la lejanía. Sus dedos arrollaban un fino chal, nerviosamente. Una de sus expresiones era inconfundible. Después de hablar se humedecía el labio inferior, en la boca, como si quisiera mordérselo. Dábale un rictus especial, de osadía y tristeza. Rius decidió despedirse.

Se marchó, titubeando, por el ancho caminal.

En diciembre:

—Mañana marcharán el veintisiete, el cuarenta y dos, el quince, el sesenta y tres —había ordenado, como en los buenos tiempos, consultando una tabla. A su diestra se apilaban las cartas de los viajantes, reclamaciones, pedidos, ofertas, telegramas, muestras.

Solo una docena de máquinas quedaban sin trabajo.

Y por la mañana la inspección se hizo a primera hora. Parecía que a todos ellos —Orlau, Ramoneda, Campins, Planells, los Llobet— les hubieran apretado una clavija en la espalda. El paso era rápido. El rumor de los telares, estruendoso.

La inspección fue minuciosa. Desde el ventanal hubiera podido observarse a Rius

agachándose en una máquina, haciendo que otra interrumpiera su labor para palpar la tela fabricada, auscultando el sonido sospechoso de una pieza, echando un hilillo de cola sobre un papel, para comprobar la calidad de aquella. Los operarios, los contramaestres, sus colaboradores más íntimos estaban ahora pendientes de la palabra que surgiera de los labios del dueño. Despertados de un largo sopor, las sonrisas amanecían vitalizadas, francas.

—No hay quien haga estos driles como nosotros.

—Basereny se morderá los puños.

—Vamos a hacer una prueba con el veinte. «Semis» como los de Arnau, pero los daremos más baratos. ¿Quién dijo que Arnau no tenía competencia para eso?

—«El Siglo», señor.

Dígale al «Siglo» que espere una semana. Solo una semana, Ramoneda. Sabrán lo que es mi semipiqué.

Luego volvía a su despacho y al sentarse apercibía, no obstante, lo que había perdido en esos dos años y medio de crisis: una casa en Barcelona, unas acciones, y salud, juventud, mucha salud y mucha juventud.

«Deberías volverte a casar; un viudo, joven y rico, debiera casarse de nuevo».

Las palabras de Mercedes le perseguían ahora a todas horas.

Pensaba en Carmen. Varias veces habíala vuelto a ver, había charlado con ella. Incluso podía decir que sus visitas a Desiderio se hacían ahora todo lo frecuentes posible. Creía que también Carmen acudía a los escolapios en parte con el ánimo preparado para coincidir con él. Habían paseado largamente por los caminales, mientras los muchachos se adelantaban.

El recuerdo era tan reciente que sentía escalofríos.

—Vengo a ver a Desiderio, pero luego me quedo sin verle.

Carmen, que sonreía, se volvió. Luego dejó de sonreír, pero no de mirarle. Sin darse cuenta habían parado y quedaron enfrentados. La voz de Joaquín surgió nublada, indecisa y honda.

—¿Sabe usted por qué?

Ella sonrió, hizo un vago ademán con la cabeza, eludiendo, incrédula.

—¿No lo cree usted?

—Lo creo. Pero...

—Sé lo que usted piensa. Es demasiado... demasiado difícil... —y el mismo Rius sonrió ahora, con amargura.

—¡No, Joaquín, no es lo que usted piensa, por Dios! —clamó ella con un movimiento impulsivo, cogiendo, un instante, una de sus manos. E iba a echarse a reír—. No es eso.

Renació una tristeza profundísima en sus ojos.

—¿Pues qué es?

—No irá usted a decirme que está enamorado de mí, ¿verdad?

Rius, dolido, se volvió grave, impenetrable. Al instante surgió en él el

pensamiento que le dominaba. Pero acertó a callarlo. Dijo:

—No se preocupe, Carmen. Pronto envejeceré de verdad, y entonces podré permitirme decirle lo que pienso.

—Los hombres hacen siempre las cosas así, y cuando han dañado se quedan satisfechos. Es usted como un chico.

Y Carmen estaba regañándole y regañándose, extrañamente desazonada.

—No me vuelva usted hablar de eso, Joaquín. Hágalo así y olvídalo.

Aquella tarde de domingo, Rius había vuelto a su casa como a través de un mar en tormenta. No conseguía explicarse cómo, en virtud de qué impulso impremeditado, había estado a punto de declararse a una mujer hermosísima, casi desconocida, con la que solo había hablado media docena de tardes. Sus palabras habían fluido con pasmosa naturalidad. Se decía: «No dirás que no estás enamorado de Carmen, ni dirás que lo estés. Eres otro». Pensaba en las complicaciones con que había intentado explicarse a sí mismo su primer amor, el de Mariona. Pasó una vida entera jurándose no estar enamorado. «Es inútil: se está o no se está, y eso es todo», decía. Pero después de eso su ánimo había quedado perfectamente limpio, como recién lavado. No recordaba a Carmen ni podía resucitar la emoción, la zozobra del encuentro. Era una sorpresa, una reacción a la mera presencia. Aquellos ojos rasgados, el talle flexible, la boca semiabierta, plena y brillante, el endiablado desgarrado de la voz, quebrada y honda, emotiva.

Parece como si, con el invierno, un tremendo vendaval se abatiera de pronto sobre la ciudad y seccionara los tallos más viejos, los más queridos de Joaquín. Ahora es doña Paula la elegida. Pero esta vez Joaquín no siente apenas la sacudida de esta pérdida.

Cuando llegó al pisito de la calle de la Paja su madre acababa de morir. Fríamente besó la frente del cadáver. Aquel rostro de cera fofa, enmarcado por los cabellos blancos y gruesos, mantenía aún un rictus de energía, pero un rictus fatigado. Aquella mujer había trabajado, había amado llanamente, había sido, a su manera, infinitamente feliz. Fabián estaba desconsolado, atontado y lloroso. Joaquín no lloró.

Recorrió, lentamente, el antiguo pisito. La alcoba de su madre —la de sus padres, donde doña Paula había aguardado años enteros el regreso de don Joaquín—, apenas había cambiado. Aún la espita del gas era la misma que aguardó, vacilante, al marido impulsivo, la que doña Paula, la primera noche en que quedó sola, sentía dolor al apagar. La manteleta de doña Paula, gris, era la que Joaquín había visto llevar, cubriendo sus hombros, años enteros. Ahora colgaba de un clavo en la encalada pared. Joaquín hubiera envuelto con ella una vez más, la postrera, aquellos hombros enfriados, yertos. En el comedor parecía percibir el chirriar de los relucientes zapatos de don Joaquín, su padre, cuando regresó de América, cuando él, su hijo, dirigíase clandestinamente a la galería para contemplarle en silencio sacar cuentas, leer el

periódico. Y en el pequeño piso flotaba aún el vaho, impregnado a las paredes y a los muebles, de aquellos cocidos caseros que doña Paula se esmeró cincuenta años seguidos en preparar, vaho que era como el alma de la niñez menestral de los dos hermanos... Sus ojos se contrajeron y sintió correr por sus mejillas un llanto silencioso.

No, su madre, doña Paula, no; no era ella quien había muerto; aquellas paredes, la vida aquella, sí. La mariposa azul del gas se había extinguido. La postrera hoja de un libro íntimo acababa de pasar y de cerrarse en el corazón del fabricante.

¡Cuántas muertes, y qué idénticas todas, bajo su aparente disparidad, bajo la divergencia de la conmoción que nos causan! Le parecía que él llevaba dentro más muertos que nadie, que para asirle de algún modo a la vida, para permitir que siguiera asido a ella como fuera, Dios no le había adjudicado más que un hijo, un ser con el que, implacable, defenderse de esas cantidades, de esos océanos de luto. Pero al propio tiempo advertía que un hijo solo bastaba a resarcirle de cuanto dejaba atrás, de todo cuanto había perdido. En Desiderio almacenaba, amasaba y convertía de nuevo en sangre viva su caudal de cenizas.

Había hecho trasladar los despojos de sus padres al panteón que adquirió en el Cementerio Nuevo cuando la muerte de Mariona. Allí llevó a orar a Desiderio. No le extrañó la mirada absorta, infantil, con que su hijo contempló aquellas losas. Solo para él tendrían sentido exacto los misterios, los silencios de aquel lugar. Él alcanzaría de nuevo esos despojos al final de sus días. Y su hijo. La vida continúa, se renueva, inexorable. Junto a su panteón, otros, casi idénticos, interminable acopio de polvo. Le admiraba esa sociedad en que había nacido, de la que ya era un ejemplar ilustre, tan sólida y discreta que parcela incluso el polvo en que se va a convertir.

VI

HACÍA YA MESES LARGOS que los burgueses de mi ciudad habíanse unido para formar un bloque compacto ante los gobiernos de Madrid. De las reuniones en los bufetes de los juristas se había pasado a la lucha electoral. El parlamento vio aparecer de pronto un equipo de cinco caballeros, a la vez reposados y enérgicos, impecables en el vestir, pausados, de aliñada indumentaria, fisonomía redonda bien aposentada sobre un cuello planchado, burgués; su oratoria era escueta y rectilínea, oratoria de balance y estado de cuentas, pero los ademanes eran lentamente ovales, diseñados con mano de mando. El equipo presentaba copiosas proposiciones y, sin distraerse jamás, requisitorias que dejaban pasmados a todos, desde el Banco Azul al escaño de los durmientes. Ya no podía premeditarse un discurso, ni dar a la contestación, previamente fraguada en contubernio, esta mezcla de tono polémico y prudente concesión que tanto amaban los amañadores del caciquismo imperante. De pronto aparecía en el orden del día una proposición de enmienda imprevista, y la hábil componenda quedaba en el aire, suspendida y desorganizada por la voz sin estridencias de uno de los cinco burgueses; el orador, magnífico gerente de sus ideas, había comenzado por sacarse del bolsillo unos apuntes, unos números, y los iba explicando en voz alta, como ante un consejo de administración. Estos intrusos hablaban un lenguaje absolutamente ininteligible; y pretendían defender unos intereses concretos, tangibles, en contra de una política de principios, que va mucho más con el carácter español. «Se equivoca su señoría —había afirmado uno de ellos—. Mi voz no es la de la industria catalana. Mi voz es la del sentido común».

«Si la minoría que su señoría representa —había manifestado oportunamente el presidente del Consejo— pretende, como así parece, levantar una barrera entre lo que la nación entiende como sus intereses y los que puedan ser privativos de la región catalana, es deber propio, político y personal, declarar que la maniobra encontrará, con la energía que sea precisa, la oposición del Gobierno, y la acción del aparato gubernamental. No es ajeno al conocimiento del Gobierno y de los señores diputados el sentido más hondo que se esconde tras las pretendidas reformas económicas que el grupo de Vuestra Señoría presenta, con sospechosa regularidad, a la consideración de la cámara. Conocemos por triste experiencia, demasiado reciente aún para que podamos olvidarla, la conclusión a que conduce este tipo de reivindicaciones. También conocemos su causa, que es, ni más ni menos, la de las escisiones. Vuestra Señoría no podrá ignorar que las reivindicaciones económicas que propone, y la recalcitrante defensa que hace de un sector —entiéndase bien, un solo sector— de los intereses económicos nacionales, van del brazo con los que, a raíz de la pérdida de las colonias, se apresuraron a celebrar la desgracia española con champán y al grito de "¡Viva Cuba libre!" Hablen los catalanes su dialecto en paz, en el seno de la familia,

pero no pretendan hacer hablar catalán incluso a nuestra política económica».

«Tal vez el señor presidente del Consejo no se equivoque en una sola cosa —levantarse a hablar el jefe de la minoría—; en que estos cinco diputados representan la totalidad de intereses económicos de la provincia de Barcelona, en todos sus sectores, con una excepcional unanimidad. No es culpa de la provincia la coincidencia en la designación de sus representantes. Su excelencia el señor presidente, con la autoridad que le da una larga experiencia de tribuno, ha hablado de maniobra política. Sería, en todo caso, una maniobra política perpetrada por toda una provincia en bloque contra el resto de la nación; ni más ni menos un delito colectivo de lesa patria. Yo garantizo a su señoría, bajo nuestra palabra de honor, que si hay una provincia a la que causen dolor las tristes experiencias que vuestra excelencia ha mencionado, y las otras que van siguiendo a aquellas y que vuestra excelencia no ha querido mencionar, sin duda para no sonrojar a distinguidos elementos de esta Cámara, que si existe en España una provincia dolorida por tanto desastre, esta provincia es Barcelona. Y es solo en este dolor en que aceptaríamos que se nos llamara separatistas, caso de que nos encontráramos enfrentados a alguien que lo sintiera. Venimos a ofrecer al Gobierno y al Estado la iniciativa de un propósito de enmienda que parte de lo mejor que pueda abrigar nuestra región. No habrá germen de separatismo en tierra catalana, estad seguros. Salvo, claro está, que este germen fuera depositado, por desidia o malicia, desde aquí, desde el Banco Azul, tan susceptible contra toda sospecha de maniobra ajena como hábil y decidido para desencadenar y tejer la propia, sin reparar en sus graves peligros».

La situación había quedado restablecida, y el diputado don Tristán Fabrè, autor de la contrarréplica, fue recibido en los círculos barceloneses con entusiasmo, como un vencedor. La defensa había conseguido no solamente restituir a sus posiciones de origen el prestigio de la minoría, sino sumar a ella importantes sectores, antes circunspectos o indiferentes, de la representación nacional. Se citaba con orgullo una frase del gran político, que acababa de pronunciar en Valladolid un discurso sorprendente, don Antonio Maura: «Ha sido usted la voz de mi conciencia» —había dicho al felicitar al orador.

Había caído por impotencia el gobierno Silvela, y el balón del poder había pasado de uno a otro prohombre a tontas y a locas. Los Gobiernos se habían sucedido sin ningún programa concreto más que el de detentar el mando aunque solo fuera por unas semanas. El Gobierno actual, también de coalición, se distinguía por la personalidad de su presidente, figura gallarda en la oratoria, maniobrero hábil para deshacerse de sus enemigos, pero, por lo mismo, peligroso hombre de Estado. Hubiera sido capaz de vender la tranquilidad del país por obtener una dilación de la etapa gubernamental, remendada con parches cada tres meses, según las contingencias que se presentaran. El presidente no había dejado de observar el movimiento de sorpresa que a raíz de la réplica de la minoría catalana se había producido en ciertos sectores de la Cámara, y adivinó que, en torno a ella, o con su

pretexto, se realizaba un movimiento de distensión en el seno de los grupos de la oposición y de la mayoría. El lenguaje que empleaban por lo común los catalanes era distinto del habitual en los escaños, como si el acento y la fonética tuvieran sus raíces profundas en el mecanismo de la época. El presidente decidió, basándose en una táctica copiosamente experimentada durante su carrera política, aproximarse a los intrusos, lanzar lo que, en argot parlamentario, acostumbraba a llamarse «un balón de ensayo».

—Me gustaría conocer a fondo su pensamiento y cuáles son sus inmediatos objetivos —había dicho, en el pasillo, a don Tristán Fabrè, a la salida de una sesión anodina, a la que había asistido con el solo propósito de establecer este contacto—. Estoy seguro de que me tienen ustedes por un ogro, y no hay tal.

—Su ofrecimiento nos honra, señor presidente. No dejaré de comunicarlo en el acto a mi minoría.

El presidente pareció más tranquilo.

—Yo soy medio catalán de origen. Mi abuela materna era de Reus. Y mi apellido paterno es catalán, aunque del reino de Valencia.

Era un hombre alto, gallardo, ceremonioso y opulento. Su voz cobraba inflexiones y modulaciones de órgano grave, solemne. Un enorme bigote blanco se deslizaba hacia ambas mejillas con sinuosidad fluvial, y cubría la catarata de la canosa barba.

—Y no hay cuestión que no pueda estudiarse, como usted sabe. ¿A santo de qué iríamos a dejar sistemáticamente de lado esta cuestión que tanto les interesa a ustedes? De ningún modo, mi querido amigo. Tengo interés en escuchar a Cataluña. Su majestad la reina tiene por ustedes una preferencia maternal. Raras son las veces en que no me pregunta: «¿Y qué es lo que dicen, don Rufino, mis buenos catalanes?».

Don Tristán Fabrè acompañó al señor presidente hasta su coche. Después, a pie, se dirigió, con la cartera en la mano, hacia el hotel.

Aquella misma noche decidieron que don Jorge Cavestany, uno de los diputados, presidente del Fomento del Trabajo, se trasladaría a Barcelona para consultar. Los diputados eran de opinión, en principio, de que una comisión de industriales, al margen de ellos mismos y de la representación parlamentaria, para quitarle al asunto toda posible significación política, redactara una especie de memorial de agravios y que fuera esta misma Comisión la que solicitara audiencia al presidente. Era preciso hacer una distinción perfecta entre las reivindicaciones económicas y la representación política, para la cual era preciso conservar las manos libres y limpias.

Al regresar a Barcelona, unos días más tarde, don Jorge Cavestany dio cuenta de la gestión.

—No acogieron la proposición con mucha confianza, pero han accedido. Se han formado ya las comisiones.

—¿Quiénes son?

—Presiden Rius, por los Tejidos; Marín, para las Sedas, y Moixó, para el Yute y

derivados. Necesitarán tres semanas.

—¿Les ha indicado usted la forma de presentación?

—El informe debe ser completo, pero debe tener un apéndice esquemático. Creo que se han percatado de lo que se pide.

—¿Están dispuestos a venir?

—Ha habido que convencer a Rius y a Moixó, pero vendrán. Antes de las tres semanas don Tristán Fabré solicitó visita en Presidencia.

—He cumplido su encargo, señor presidente. La Comisión de industriales de las distintas ramas han elaborado sus informes y me han rogado solicitara a vuestra excelencia día y hora para la visita.

—No era necesario que se dieran tanta prisa, mi querido amigo. En fin, esta es una de las virtudes que yo admiro más de su carácter.

Ofreció un cigarro, que don Tristán rehusó.

—Yo hubiera preferido, se lo digo con absoluta franqueza, como es costumbre en mí, yo hubiera preferido no sacar la cuestión del terreno delimitadamente político en que estaba planteada.

—Es una cuestión meramente técnica, señor presidente. No queremos agobiar al Gobierno con nuevas dificultades políticas.

—No, querido amigo; es usted joven todavía, pero en España no existen nunca verdaderas dificultades políticas. Las dificultades nacen, por el contrario, de eso que usted llama problemas técnicos.

Su sonrisa era arzobispal, protectora.

—En efecto, señor presidente. Es más difícil realizar una línea de ferrocarril o una buena carretera que alumbrar una idea brillante.

—Exacto, exacto, mi querido amigo... y más costoso... Sonreía, cerrando la caja de habanos.

—Pero, si quiere usted que su carrera política no se frustre, he aquí un consejo de viejo parlamentario: alumbrar ideas brillantes.

Le miró, confidencial.

—Sin olvidar las carreteras, naturalmente. Y...

Hubo una pausa.

—¿Y qué es lo que nos van a pedir esas comisiones?

—No tengo idea, señor presidente.

—Vamos, entre amigos; no pretenderá usted hacerme creer que ignora el contenido de las proposiciones.

—No le quepa a usted la menor duda, señor presidente. Ignoro las conclusiones.

—Pedirán ustedes la luna, como todo el mundo. No vayan a olvidar, sin embargo, que la función del Gobierno es de conciliación del conjunto de intereses, a menudo contradictorios, de la vida nacional.

—Desde luego, señor presidente.

—Yo le prometo a usted —dijo el tribuno, levantándose— que estudiaré la

cuestión a fondo. Pero espero que por su parte estimará nuestro interés. No es que el Gobierno recabe su apoyo, naturalmente. Nuestra base parlamentaria es suficientemente ancha y sólida. Pero ¡quién sabe si en esta diminuta minoría catalana está, Dios no lo quiera, nuestra hoja de Sigfrido!

El presidente sonreía satisfecho, al abrir la puerta.

—Diga a estos señores que pueden venir cuando gusten, y deles ustedes mi bienvenida —dijo, al estrechar la mano de don Tristán Fabrè.

Los cuatro comisionados llegaron a la estación de Atocha a las once de la mañana. Don Jorge Cavestany y don Tristán Fabrè les esperaban ya, con el coche, a la salida.

La noche anterior habían repasado, en los compartimientos-camas, las distintas copias del informe y revisado una por una las distintas estadísticas. Todo estaba listo para la visita al presidente.

Rius había sugerido la oportunidad de vestir ya de oscuro, por si la audiencia iba a tener lugar aquella misma mañana.

—No sé si será posible —afirmó don Tristán—. Aunque ayer el presidente me aseguró que podíamos ir a las doce, he leído hoy en el diario que tenía una «primera piedra» a esta hora.

—Tenemos los billetes y las camas reservadas para mañana —objetó Moixó.

—Por mi parte les digo a ustedes —afirmó Rius— que sin falta el viernes tengo que estar en Barcelona.

Fabrè les observó. Don Tristán parecía haberse ya contagiado del clima de la capital.

—Lo único que no puede llevar el viajero en la maleta al venir a Madrid es el billete de regreso.

—Yo supongo —dijo Moixó— que el presidente tendría ayer, cuando habló con usted, alguna idea de la ceremonia de hoy.

—Sí; aunque sea una primera piedra no se nos tira así de improviso —chanceó Marín, de las sedas.

—Si en lugar de hacer las celebraciones para las primeras piedras se hicieran para las últimas, seguramente las obras se acabarían alguna vez en España —dijo, seco, Rius.

Caminaban por el andén, siguiendo a los mozos, que llevaban los equipajes. La maleta mayor era la de Marín, de las sedas.

Cuando el mozo la subía al techo del carruaje del París, Fabrè reparó en el volumen.

—Parece que haga su viaje de novios, Marín. ¿Tiene usted el propósito de quedar semanas enteras en Madrid?

—¿Por qué no? No me disgustaría.

—Para mi gusto no viajaría más que con el cepillo de dientes y un lapicero — afirmó Rius.

Se habían instalado dificultosamente en el estrecho carricoche. Una nube de chiquillos se colgaba de las ventanillas. Rius parecía no haber sonreído desde hacía una semana.

—Vamos, a levantar sus ánimos, caballeros. A los presidentes de Consejo no se les conquista con esa cara.

—¡Es insoportable; esos chiquillos! ¡Andad, fuera de aquí!...

Y miraba, por las calles, al enjambre de mirones, de vendedores ambulantes, de gente ociosa con una colilla en los labios. En los balcones la ropa tendida, y el sol solazándose en la copa de los árboles del Paseo del Prado, frondosos y elegantes.

—Eso es de gran ciudad —insinuaba don Jorge Cavestany, partidario de destacar, con un sentido conciliador, todos los valores de la ciudad de su resistencia.

Moixó y Rius, en efecto, asintieron.

—Pero le quita usted esto a Madrid, y ¿qué?

—Bueno, en fin, si empieza usted a quitarles cosas a las ciudades... —intervino Fabré.

Llegaron al hotel. Rius, sin encomendarse a Dios ni al diablo, encargó un coche.

—No empecemos a perder los estribos. Vamos a la Presidencia —explicó.

Subieron a las habitaciones un instante. Luego se reunieron de nuevo en el vestíbulo.

A las doce en punto entraban por la puerta de Presidencia del Consejo. Al reconocer a don Tristán Fabré, el ordenanza se quitó la gorra reverentemente.

—Tenemos visita anunciada.

Causaba impresión verles entrar apresurados, con las grandes carteras.

Subieron las escaleras de mármol y entraron en el palacete. Grandes telas pendían de las paredes; óleos de ilustres tribunos, militares, artistas. Un nuevo ujier vino a su encuentro, dejando el cigarrillo.

—Tenemos hora concedida.

—Su excelencia...

—Pase usted la tarjeta al secretario, haga el favor.

—¿Son ustedes la comisión de catalanes?

Los cuatro miraron al ujier. Rius, con encono.

Una voz surgió aun antes de que se abriera la vidriera por donde iba a pasar, inmediatamente, el caballero que la detentaba.

—¿Cómo está usted, mi querido don Tristán?... —y se adelantó un joven esbelto y franco, agradable, elegantísimo, con los brazos abiertos—. Hagan el favor de pasar a mi despacho.

Era un despacho de suntuosísimos muebles, blancas paredes, con monumental araña en el techo. Todas las bujías estaban encendidas a pesar de ser aquel un día clarísimo y de las grandes ventanas del salón.

Sobre el escritorio de caoba, enorme, no había más que un tintero, de proporciones gigantescas, en el que una diana de bronce acababa de disparar un dardo a lo lejos, al péndulo del enorme reloj de pie que, con movimiento solemne, parecía irisar en mil temblores la innúmera cristalería de la lámpara.

Fabré hizo las presentaciones.

—Tomen ustedes asiento, señores...

Les condujo a un tresillo isabelino de tapicería hermosísima. Aquel debía ser el rincón más importante del enorme despacho. Acomodáronse en los divanes y en el sofá, en torno a la mesa central, de mármol gris.

—Su excelencia me ha encargado repetidamente, con todo su interés, que les presentara a ustedes sus homenajes, y les diera la bienvenida. Como ustedes saben, ha tenido hoy una inauguración. No ha querido avisar a su hotel para que nada les impidiera tomar posesión de esta casa aunque tengamos que lamentar su ausencia. ¿Cigarrillos?

Moixó y Marín aceptaron.

—Por otro lado tiene como honor invitarles a ustedes a almorzar en Lhardy este mediodía, a las dos.

—Muy honrados nosotros —afirmó don Jorge Cavestany.

—¿Han tenido ustedes buen viaje? En fin, el trayecto Barcelona-Madrid ya no tiene sorpresas para ustedes.

—Demasiada calefacción en los vagones —respondió Rius.

—El señor presidente me ha encargado les rogara tuvieran la bondad de dejar sus informes para que, previo un estudio rápido, que su excelencia quiere hacer personalmente, puedan ustedes tener con él, uno de los próximos días, un primer cambio de impresiones.

Moixó y Rius se miraron, significativamente. Esto iba para largo.

—Con mucho gusto —afirmó Rius—. Por otro lado, durante la comida, tendremos ocasión de exponer un esbozo de nuestros puntos de vista.

—Yo me permitiré también el placer de acompañarlos en el almuerzo. Su excelencia, para mejor retener el esquema de la conversación, me ha honrado con esa invitación.

—¿Quién es ese muchacho, el secretario del presidente? —preguntó Rius a Fabré, ya en la calle, a la salida.

—Cayo Márquez, de una gran familia. Su tío es el duque de X. Y él es título también.

El almuerzo dejó en el ánimo de los comisionados una impresión favorable. Era evidente que el presidente no era un técnico, sino un político. Se echaba de ver, sin embargo, al instante, que tenía en la cabeza una visión general de los problemas que estaban planteados, y que, sea por lo que sea, el asunto le preocupaba. Fue justamente

a Rius a quien el presidente prestó mayor atención, ya por la forma sintética, descarnada, con que había expuesto la cuestión, ya porque en Rius descubriera una mayor energía, un nervio mayor. El fabricante había trazado durante diez minutos el índice de las razones del descontento, derivadas de la pérdida de los mercados americanos, y la grave crisis que sufrían. Había expuesto, con extrema claridad, el riesgo que se derivaba de tal situación desde los dos puntos de vista, económico y social; la imposibilidad de derivar hacia otros caminos la crisis; la industria textil de Cataluña, de tan rápido y reciente crecimiento, daba trabajo a millares de obreros del resto de la nación, y por lo mismo que su crecimiento, como había dicho, fue tan reciente y tan rápido, no podía ser convertida de la noche a la mañana en otro género de actividad industrial, como parecía haber sugerido alguien en el Parlamento meses atrás. Y aun a eso se podía llegar, pero siempre que fuera la última de las soluciones. Los fabricantes catalanes entendían que una pérdida de mercados solo se compensa con la ganancia de mercados nuevos; pero que si eso no era posible debía ampararse a esa industria para que no le arrebataran las extranjeras el mercado nacional. La protección del Estado debía ser absoluta.

El presidente había atendido con detenimiento a la exposición de Rius. Había asentido en varias ocasiones y había solicitado precisiones que, alternativamente, le facilitaron todos los comensales. Y, muy a menudo, dirigiéndose a su secretario, que había sacado un pequeño bloc de notas, le había indicado los extremos más importantes que destacar.

—Es cierto que el problema no puede quedar sin consideración por parte del Gobierno — observó el presidente—. Nos alcanzaría a todos una grave responsabilidad. Sé que no son ustedes, como es natural, parcos en pedir, como cualquiera que estime el objeto de su existencia, profesional o técnica. Sin embargo, creo que estoy en situación de separar del asunto toda pasión política. Después del informe somero que ustedes me han facilitado, leeré con algún detenimiento la Memoria, antes de pasarla a la consideración del ministro de Fomento. Una cosa les agradeceré: que me concedan ustedes unos días para darles el anticipo de mi opinión personal. Debo, antes, conocer la de mi ministro. Y en el acto sería el asunto sometido a Consejo. ¿Cuándo marchan ustedes?

—El señor y yo —dijo Rius señalando a Moixó—, mañana por la noche.

—Pero quedará aquí, aparte de los señores diputados, el señor Marín —concluyó Moixó.

—Sea como sea, tendrán ustedes noticia rápida de las decisiones que vaya tomando el asunto.

Entre la niebla de los cigarros la cordialidad era absoluta. La sonrisa de don Jorge Cavestany, aunque menos opulenta que la del presidente, denotaba su íntima satisfacción.

—Me preocupa, señores, les voy a abrir a ustedes enteramente mi pensamiento, me preocupa únicamente una cosa. Y es, naturalmente, de orden político. Me

preocupa únicamente mantener el indispensable equilibrio entre la riqueza de la región catalana y las demás. Y al decir riqueza se añaden, como consecuencia, todos los demás valores. ¡Ah, qué difícil es conciliar tantos imponderables de la vida política de un país!

—La riqueza de una región, señor presidente, repercute en las demás; y lo mismo su miseria. Esta, es, por decirlo así, la idea central de la Memoria que nos hemos permitido elevar a su consideración.

—Sí, estoy absolutamente percatado de ese espíritu, Pero esa masa, esa menestralía catalana, enriquecida más de lo conveniente por unos salarios excepcionales, ¿creen ustedes que no va a distanciarse en el acto de su hermana gemela del resto de la Península? ¿Qué duda cabe? Distanciará de ella, primero, su tren de vida y sus necesidades; y luego puede muy bien distanciar de ella el sentimiento. Me preocupa la idea de que los españoles, entre sí, pudieran, por razones económicas en los comienzos, sentirse desolidarizados después en lo espiritual y en lo moral.

—Este es, realmente, un problema por considerar, señor presidente; pero independientemente del otro, a mi juicio —afirmó Rius—. Se trata de buscarle entonces la solución, si llegara a producirse. Pero no antes de que se produzca, y a costa de intereses de dimensión nacional.

—Les prometo a ustedes una resolución rápida —replicó el presidente al levantarse.

Se despidieron a la puerta del restaurante.

—Espero —añadió, dirigiéndose a su secretario— que lo habrá usted previsto todo para que los señores queden bien atendidos. Son nuestros huéspedes.

—En efecto, señor presidente. He quedado ya de acuerdo para acompañarles esta noche a la Gran Peña, a cenar. Sin etiqueta de ninguna clase.

—Bien.

El secretario se despidió a su vez de los comensales.

Presidente y secretario partieron. Pero no tomaron el mismo coche. El presidente tenía reunión de Consejo. Antes de despedirse dio una última orden al joven.

Cayo Márquez le preguntó algo.

—Sí, sí, ahora mismo —respondió con energía el presidente.

Márquez se trasladó a su despacho de Presidencia; echó un vistazo a la correspondencia. Inmediatamente escribió unas líneas sobre un papel y cerró el sobre, en el que trazó la dirección.

—Es urgente —dijo al ordenanza—. Llévase ahora mismo.

Márquez recibió varias visitas. Al cabo de una hora aproximadamente entró el ordenanza con un volante. El joven se levantó rápidamente.

—¿Dónde está?

—Aguarda en el pasillo.

—No es necesario que dé salida luego —ordenó el empleado—. Saldrá por la otra puerta.

—Bien, señor.

Cruzó el pasillo.

—Sígame —dijo.

Se trataba de un joven de mediana estatura, con un bigote negro, modestamente vestido. Gorra en la mano, zapatos polvorientos, de lona, anfibios entre la alpargata y el zapato, pañuelo blanco anudado al cuello. Caminaba arrogantemente y parecía no asombrarse del lujo, a pesar de que jamás, probablemente, había pisado alfombras de tal categoría. Entraron en un pequeño salón y el secretario cerró tras sí la puerta. Hablaba ahora aprisa, con sequedad y a media voz.

—Usted se llama...

—Alejandro Lerroux.

—Le han hablado con seguridad de...

—Sí. Me han hablado.

—Hay una misión para usted, donde podrá desplegar el talento y la audacia de que ha hecho gala hasta ahora —lo decía con tono despectivo, sin mirarle, como con sarcasmo. El otro, en cambio, le miraba sin pestañear, como si se complugiera en observarle.

—Aquí tiene usted algún dinero —dijo, sacando un fajo de la cartera. El joven revolucionario lo recibió con indiferencia—. Salga usted esta noche para Barcelona. Nadie le importunará si sabe usted conducirse.

Se miraron un instante, cara a cara.

—Salga usted por esta puerta, haga el favor.

A media tarde habían telefoneado de Presidencia dando el recado, de parte de Cayo Márquez, de que a la cena de la Gran Peña iban a asistir también señoras. Se avisaba no solamente para que, si lo deseaban, los señores fueran acompañados, sino para indicar que, dada la variación, sería conveniente vestir de etiqueta.

—Yo no he traído el frac —dijo Rius, satisfecho.

—No se apure usted por el frac, Rius —saltó Marín—. Tengo en Madrid los amigos suficientes para que encontremos uno a su medida.

Marín había cogido el teléfono. Rius se resistía, pero la voz de Marín era más decidida y más rápida. La voz del otro lado del auricular parecía no poner ningún reparo. Estaba encantada de poder rendir el favor.

El frac llegó a los veinte minutos, con la chistera, que era estrecha. Rius, más animado, se trasladó a su cuarto, a probarse las prendas. Al poco, tras el picar de nudillos en la puerta, entraban los demás.

—Le va usted como una seda. La chistera algo chica, pero puede usted llevarla en

la mano. Puedo prestarle camisa. ¿Qué número de cuello gasta?

—Treinta y nueve.

—Mal asunto, yo treinta y siete.

—Envío a alguien a comprar una. Tengo necesidad de todo: botonadura y corbata.

Llamaron al botones. Contestó que no faltaba más, que estaba habituado a ese género de encargos. A la media hora se presentaba con los artefactos.

Ya vestido se trasladó a la habitación de Moixó, donde habían quedado de acuerdo para reunirse.

—¿Qué impresión ha sacado usted de la entrevista?

—En fin, dada la pésima impresión de esta mañana, estoy algo más optimista. Por lo menos nos queda la satisfacción de habernos hecho escuchar.

—Claro, esta es la satisfacción que yo siento también. No se trataba de obtener hoy resultados concretos, o promesas, que hubieran sido vanas.

Antes de salir, Rius tuvo un momento para trasladar a su agenda de bolsillo los gastos del viaje, que había ido anotando interinamente en papeles sueltos. En esta operación le sorprendieron sus compañeros.

—El coche espera.

Llegaron a la Gran Peña cuando Cayo Márquez acababa de entrar. Les hizo pasar al salón. Allí esperaba la señora de Gálvez, una dama de indefinible edad, deliciosamente peinada, que lucía sobre el escote un collar de medianas perlas, el cual le daba tres vueltas al cuello. Un *groom* acababa de retirar su magnífico *dominó* de raso morado, del que la dama se había desprendido como si se tratara de un suspiro. Un caballero calvo, con monóculo, el mentón salido —seguramente para que se le sostuviera inmóvil la sonrisa en los labios— y un bigote delgado, le decía mientras se adelantaba a ella:

—Se acaba de arreglar. Más vale no impacientarla.

Con desenvoltura, Cayo hizo las presentaciones.

El caballero calvo se sentó al lado de Rius.

—Me han hablado mucho de usted, y le admiro desde hace años. Cuando estuve en Londres, el año noventa y ocho, del único español de quien tenía referencias lord W. era de usted. No sé si sabe que lord W. viste siempre tejido español y conocía su firma.

Rius se sentía ligeramente halagado.

—En Londres conozco a poca gente, salvo a mis clientes. Pero allí aprendí mi oficio, como mi padre.

—Tienen ustedes muchísimo mérito. Yo había proyectado en mis tiempos instalar, en el país vasco, de donde procedo, una fábrica, pero me desanimé. Jamás hubiera podido competir con ustedes.

En aquel momento Cayo se puso en pie, y la dama inició una sonrisa deliciosa, que puso de relieve la blancura brillante de sus dientes. Hicieron su entrada dos damas de la edad de la primera junto con dos caballeros de edad proyecta, que

estaban entregando sus gabanes y sus chisteras al *groom*; entre los dos se deslizó una muchacha joven, hermosa, fresca y opulenta que se recogía con la mano izquierda los vuelos de su vestido azul, y se apresuraba por alcanzar a las damas.

—¡Oh, Lula, qué hermosa estás!

—¿Es alguna novedad? —preguntó ella sonriendo y desafiando con una mirada desvergonzada a Cayo Márquez, autor del requiebro.

Marín, de las sedas, por un prodigioso movimiento, acababa de situarse en posición tal que le permitiera ocupar el asiento al lado de la damita. Cayo Márquez hacía las presentaciones.

—Señora de Hinojosa, Concha Montalbán, Lula Yepes, el barón de U., don Romualdo Asensio.

Luego pronunció uno por uno los nombres de los forasteros.

Sentáronse. Rius se vio obligado a retirarse, sentándose esta vez al lado de la dama del triple collar, que se arreglaba, casi sin rozarlo, el peinado, elevando a los aires un delicadísimo y penetrante perfume de violeta. Joaquín Rius observó la línea quebradiza de su mano al aposentarse sobre la falda, como si sintiera fatiga o desdén del enorme brillante, del rutilante brazalete o tal vez de la misma transparencia excitante del aire en que se movía. Luego levantó la vista y captó a Marín explicando animadamente, con un vaso de jerez en la mano, cierta chanza a la joven Lula, la cual, a pesar de reír, con la cabeza hacia atrás y el seno palpitante, le miraba a él: ¡A Rius!

Joaquín inició en el acto, aceptando la copa que le ofrecía el camarero, una circunstancial conversación con su vecina dama.

—Es para nosotros sorprendente encontrarnos en tan buena compañía.

Pero la dama no había tal vez oído siquiera las palabras de Rius; seguía admirándose y retocándose ante un diminuto espejo que acababa de salir de su bolso. Pero sí debía haber oído, puesto que ahora prestaba atención, sin dejar de atender a su retoque, el conjunto de los diálogos, conducidos por el caballero del monóculo, que había quedado de pie; y en este momento la dama intervenía en él:

—¿Y qué se hizo luego del marido? —pero sin esperar la respuesta volvía a arreglarse atentamente el cabello rebelde. Joaquín Rius decidió beber de un sorbo el vaso de jerez. Inmediatamente, y ante su extrañeza, apareció en sus manos otro.

Quedó perplejo.

—Estamos hablando —dijo el del monóculo dirigiéndose a Rius— de Chichi Cabezón, casada con un Leyra. Él era un poco especial, ¿sabe usted? No sé si llegó usted a conocerlo.

—No. ¿A qué se dedicaba?

—Y bien, se dedicaba... —titubeaba el calvo—, ¿cómo se lo diría a usted delante de las señoras?

Todos se echaron a reír, especialmente las mujeres. Rius hizo lo mismo, cortésmente. Y la muchachita rubia le desafiaba con los ojos.

Tragó de otro sorbo el segundo jerez.

—Podríamos entrar ya en el salón —insinuó Cayo Márquez. —Tienen que venir todavía Chata y Pepita.

—Y Gabriela.

—¿Qué Gabriela? —preguntó el del monóculo.

—La niña venezolana.

—No la conozco. ¿Es mona? —No, pero tiene mucho ángel.

—Vendrán de un momento a otro. Podemos seguir tomando jerez dentro. Lo digo porque esto se pone imposible.

En efecto, acababan de entrar una docena de socios que dirigían sus miradas al grupo.

Se levantaron y entraron en el salón. Marín acompañaba a la joven bella.

El salón no era de muy grandes proporciones, justo para que se aposentara en él cumplidamente la gran mesa, ya preparada para la cena.

Dando la vuelta a la mesa descubrió su nombre, casi en uno de los extremos. Lo prefería. Su brazo, al adelantarse para recoger el tarjetón, rozó un tisú delicado.

—Su amigo Márquez no le quiere a usted mucho:

—¿Por qué?

Su voz había salido turbada, inexperta.

La bella muchacha sonreía con altivez.

—Será usted mi vecino.

Desde el otro extremo Marín le observaba con ira. Rius hizo un breve ademán de vencedor, levantando la ceja al verle.

—¿Y usted cree que esto es quererme mal?

—No lo sabe usted bien todavía.

—Por desgracia todavía no lo sé.

Se encontró en las manos con un nuevo vaso de jerez...

—¿Es que no bebo, o es que bebo demasiado?

—¿Por qué?

—No puedo apercibirme del momento en que me llega a las manos el vaso de jerez.

Lula reía, con la cabeza para atrás, con risa vital, aunque sin estridencia. Hacía, más que otra cosa, el gran ademán de la risa, como una fuente que lanzara el raudal, pero no el rumor. Joaquín no quería mirarla. Lo que no hubiera querido ver, sobre todo, era su escote, la fresca piel turbadora, excitante, tibia y opulenta, que palpitaba. Afortunadamente, un murmullo, este sí estentóreo, de otras risas, anunció la llegada de los últimos invitados. Ni sus labios; tampoco sus labios hubiera querido ver: la boca brillante, gruesa y malvada, glotona.

Llegaban allá las dos damas y besaron a Lula, pero esta apenas podía dejar de reír.

Luego llegó, más tímida y graciosa, la tercera. Gabriela.

—Pero ¿por qué ríes así, Lula?

—No, nada, nada...

Cayo Márquez se apresuró a presentar a Rius a las recién llegadas.

Sentáronse. Fue servido el vino y el consomé.

Durante largo rato Rius apenas pronunció palabra. A su derecha se sentaba Gabriela, con la que trabó conversación. Era una muchacha anodina y risueña, que explicaba nimiedades con una graciosa simplicidad. De cómo le compraron a ella el primer broche, al pasar por París; de que lo que más la atraía era bailar la polka en Varsovia, cuando estuvo allá; de cómo había obtenido hoy la receta para unos flanes de fresa deliciosos, en casa de los Grasset, donde estuvo a almorzar.

—Y a usted, ¿qué postre le gusta más?

—No, yo no tengo ninguna preferencia.

—Usted trabaja mucho. Me lo ha dicho Cayo. Esas cosas de las comisiones siempre dan mucho trabajo. ¿No es verdad?

—Sí, dan un trabajo enojoso.

Lula intervino.

—Este señor, Gabriela, es muy importante, muy inteligente y muy sensato.

—Su amiga Lula se divierte metiéndose conmigo, y me ofende llamándome sensato.

—Todos los catalanes son sensatos.

—Alguna vez son sensatos. Otras veces no lo son.

Hubo una larga pausa.

—Sería usted la criatura más deliciosa del mundo si me contara, como su amiga Gabriela, cuáles son los postres que usted prefiere, qué es lo que más le gusta bailar, cuántos años tiene...

—¡Ah, esto no se dice!

—Tampoco se dice que yo soy sensato.

—Tengo cerca de dieciocho.

Rius la miró. No se había equivocado. Sin embargo, su físico y, en algunas ocasiones, su manera de hablar, le hubieran podido dar cuatro o cinco años más.

—¡Dieciocho años!

—¿Y usted?

De nuevo la miró, al contestarle.

—Más de veinte más que usted.

—¡Uh, qué viejo!...

—Sí, viejo ya...

—No. No es usted viejo —y la muchacha parecía verdaderamente desolada, como una chiquilla—. Es usted joven y no es sensato.

«Es preciso que marche mañana —pensaba—. El sábado es fin de mes. Tengo que marchar mañana».

Y fruncía el ceño.

—Le voy a decir a usted por qué reía de aquel modo, ¿sabe? Rius se perdía en sus ojos, en sus labios.

—Reía de su acento.

Se puso colorado.

—De mi acento catalán...

—No, no —decía ella con malicia—. No es acento catalán. Es, es...

Hacía un mohín con la boca, como buscando la expresión. Su mano, que se acariciaba el escote, era fina y larga, pero maciza, agresiva.

—¿Qué mira usted? —expresó rápidamente, enfurecida, con ceño infantil.

Rius se pasó un dedo entre el cuello planchado y la piel. Se notaba incómodo.

Ella reía.

—Es un acento filipino. Sí, filipino.

—¿Filipino?

—Conocí a un filipino que tenía el mismo acento que usted. Los catalanes, cuando no quieren tener acento, tienen acento filipino —reía.

Luego cogió la copa de champán y, seria, bebió, largamente. Pero mientras bebía no había dejado de mirar a Rius.

Este echó un vistazo, al azar, a toda la mesa. Por primera vez en su vida notaba que estaba mirando sin observar, mirando casi por casualidad. Era extraño este fenómeno, pero se sentía a un tiempo agobiado y dichoso; se sentía absolutamente desorientado. ¿Sería la cena, el viaje, los licores, el champán? ¿Sería la mujer? ¿Sería la presencia de una atroz juventud a su izquierda, de una juventud estúpida y bella, que hablaba sin ilación, menospreciando la lógica, olvidando todo sentido, y derrochándose impudicamente, atrevidamente, y de la cual lo más apercibible, lo único inexplicablemente apercibible era el movimiento y el brillo de los labios, la blancura de los dientes, que mordían el aire y lo mascaban y lo escupían luego con una risa loca, con una risa de boca saciada?

La vecina de su derecha charlaba más animadamente con don Jorge Cavestany, que le detallaba ciertos pormenores de su infancia. Marín, a lo lejos, nebulosamente apercibido, parecía envolver con su mirada a su vecina de mesa, una de las llegadas en último lugar. Rius se exigía a sí mismo cautela, seriedad, en cuanto recogió el perfil de Marín y su postura absolutamente excéntrica. La mirada de don Tristán Fabré parecía indicar lo mismo, mientras departía pausadamente con la dama del triple collar, en la presidencia de la mesa. Y Joaquín Rius, a pesar de ello, llegó hasta la copa de champán y se la llevó a los labios, apurándola de un sorbo.

—Hemos comido con el presidente del Consejo esta mañana —dijo de pronto Rius a Lula, sintiendo que le rociaba, sien adentro, el burbujeo del champán, y con el deseo ostensible de iniciar una conversación seria, de poner un remedio a su desorientación, y al mismo tiempo para recordárselo a sí mismo.

Lula sonreía, aguantándose la risa.

—Pero no me importa —concluyó Joaquín, levantando los hombros.

Le sonó todo ello tan mal a los propios oídos, que dejó caer los brazos sobre las rodillas, asustado, atónito. Lula había prorrumpido en su risa de rigor.

—¡Cállese usted, haga el favor! —le dijo, con sequedad y en voz apenas perceptible. Se llevó la diestra a la frente. Ella calló. Pero no dejó de mirarle.

—Eso sucede a mitad de camino —prorrumpió de pronto, impertérrita—. Beba usted esta copa y le pasará.

Como un autómatas, Rius adelantó su mano y asió la copa. Conscientemente, mirando a Lula, la bebió.

—Es usted joven y no sabe nada de mí —dijo, absolutamente serio—. Si supiera algo de mí, no hubiera permitido que llegara a la mitad del camino.

—Si supiera algo de usted, seguramente haría todo lo contrario —dijo ella, sonriendo.

—Cree usted que es necesario llegar a la mitad del camino para...

—¿Para qué? —inquiría ella, dando una especial intensidad y una agudeza maligna a su expresión.

—Para... ¡Oh, digo sandeces! —y se pasó de nuevo la mano por la frente.

Pero la miró, con seriedad, con una gravedad especial. Luego, levemente, desvió su mirada, que se posó pensativa, sobre el mantel. Concluyó:

—Para... ser feliz. Para ser de algún modo feliz.

Lula volvió a reír. Entonces Joaquín la observó de nuevo, apercibió de nuevo la palpitación de su piel alucinante.

—A mitad de camino...

—Diga, diga —pero ella se había puesto súbitamente seria. Habló con su maravillosa boca, con sus ojos muy abiertos:

—Es usted un hombre raro. ¿Por qué es usted así? Pero Rius había recobrado su porte, su gravedad.

—¿Es usted casado?

—Lo fui. Mi mujer murió.

—¿Hace tiempo?

—Trece años.

—Oh, entonces yo tenía cinco... —y volvía a beber. Ahora hablaba con su otro vecino.

Sí, acababa de recobrar, a última hora, la seguridad de sí mismo, el sentido de sí mismo, de su responsabilidad. Por un instante había creído que todo estaba perdido. Le ofuscaba como una nube rosa y perfumada, nube que lo nublara todo: la noción de la propia personalidad, la noción del trabajo, de la honradez, la existencia de las ciudades y de los hijos. Era necesario defenderse todavía media hora más.

Nadie se preocupaba de él, los diálogos entraban en un terreno confidencial y el rumor de los mismos se hacía más tenue, parecía volatilizarse en el aire. No podía precisar el rato que hacía que había entrado en el salón, pero la cena estaba ya

concluyendo y se notaba, por fin, aligerado de su soledad, tranquilo; el pensamiento, enturbiado por la hora y por la compañía, erraba a la deriva, de un lado a otro, en una dulce divagación. La fábrica, Desiderio, Londres, Llobet. Y sin embargo, sentía horror de ponerse a desentrañar estas imágenes más a fondo, como si sintiera que no podía exhibir, ni aun solo ante sí mismo, en aquel lugar, junto a la deliciosa muchacha, su intimidad, la soledad atroz de su vida, una soledad grotesca, de fabricante. Dejaba que las imágenes flotaran como el humo de los cigarros, anillándose, separándose. Y le hería el temblor granate del salón, temblor de antepalco, temblor de infinita dicha, pero temblor aciago.

Estaba solo aun allí mismo, allí, entre tanta compañía. Bebía lentamente el café, insaciablemente. Y sintió la necesidad de embriagarse, de ir más allá, de traspasar realmente la cerca, de una vez para todas. Había perdido a su mujer; no, ella misma le había perdido, y él la había recogido, a pesar de todo, había atrapado su cintura como quien atrapa a un perro atropellado, y la había devuelto, muerta, a su lugar. La había enterrado en su panteón, y la había llorado, la había estado llorando años enteros... ¿qué más? ¿Qué era lo que todavía se le pedía? ¿Debía llevar ese cadáver toda la vida en hombros y el hijo, y la fábrica, y los informes, y los aranceles? ¿Debía llevar eso toda la vida en hombros? ¿Debía escuchar toda su vida el estertor de aquel imbécil que se desangraba en el salón de fumar? ¿O dejar toda la vida entreabierto en su ánimo el abanico de la viuda Torra? ¿No tendría derecho él también a odiar, a tomar su desquite, a robar las mujeres a los demás?

Ella se había vuelto de pronto y, aproximándose, apoyándose casi en su hombro, le había apretado el brazo hasta herirle. La hubiera abofeteado.

—Míreme y alégrese —dijo ella.

Lula Yepes se levantó. Una orquestina había iniciado, en el salón contiguo, una *czarda*. Ella bailaba, sola, con los pechos que saltaban, tersos y frágiles, bajo el tisú. Los comensales daban palmadas, reían; el caballero calvo se colgaba y descolgaba el monóculo, mientras nerviosamente sonreía a uno y a otro. Lula revoloteaba, insignificante y aguerrida, en un placer puramente animal de la danza, con los dientes crispados y la boca abierta, el pelo suelto hacia atrás...

Joaquín Rius levantose. Dio la vuelta a la mesa y salió al vestíbulo.

Luego a la calle. Había rehusado el gabán y el sombrero y paseaba. El aire seco de la noche le azotaba la sien, refrescándole.

«¡Qué una mujer me haga perder el tino de esta manera, que una muchacha se apodere ahora de mí!».

Mañana saldría para Barcelona. Recordaría esta noche como una pesadilla, como una pesadilla mágica, desconocida. Jamás había sentido estas sensaciones ni jamás las volvería a sentir. ¡Era ya un poco tarde para coger la vida por el atajo, era ya demasiado tarde para él!...

—¿Qué hace usted, Rius? ¿Se siente usted indispuerto? —Era la voz de Tristán Fabré, voz de hombre parco, una voz como la suya, sí...

—No. Me sentía un poco acalorado.

—Creo que sería hora de retirarnos. No me ha gustado nada. —Sí. Será mucho mejor.

—¿Qué le sucede a usted, Rius?

—Nada, ya le digo que nada.

Fabré entró de nuevo. Al poco, Rius hizo lo mismo.

Al entrar en el salón los comensales estaban ya de pie. El barón de U. instaló sus dos manos en los antebrazos de Rius y se despedía de él con frases de admiración.

Marín pronunciaba palabras casi al oído de Lula, que se había sentado de nuevo en su rincón. Pero ella, riendo, miraba fijamente a Rius.

Rius se dirigió hacia allá y tomó asiento al otro lado de la muchacha.

—¿Le ha molestado que bailara?

—No —respondió él.

—Pues ¿por qué se ha marchado de aquel modo? ¿Le parece a usted bien?

—No podía verla bailar así delante de todos.

Ella, esta vez, rio con risa sonora, magnífica. Marín se regocijaba.

—¿No marcha usted con esos señores? —preguntó Rius.

—No, nos vamos todos a la feria.

—¿A qué feria?

—Hay feria en el Retiro. Pero supongo que usted no vendrá, para no verme ir así a la feria delante de todos.

—¿Quién es usted, dígamelo?

Ella negó con la cabeza, con una expresión muy graciosa en el rostro.

—¿Qué quiere usted decir con esta negación?

—Pues... que no le importa.

Ahora era Marín quien se echó a reír.

—Está usted borracho, Marín —increduló de pronto Rius—. Haría mejor en irse a acostar.

Marín se levantó, airado.

—¿Qué me ha dicho usted?

—Lo ha oído perfectamente.

Rius, en aquel momento, en que captó el gesto de estupor, de ira, de su compañero, se apercibió de su falta de tacto, de su incapacidad absoluta para conquistar así a una mujer. Como un trallazo le hirió la imaginación la escena del palacete de las Torres. «Oh, siéntate, Joaquín, estás alterado...». Era la voz de Mariona. «¿Alterado yo?».

—Perdón, Marín, no era más que una broma —y calmó con su mano el antebrazo de su colega.

La risa de ella le hirió de nuevo.

—Vamos a la feria. ¿Puedo ir?

Se levantaron.

Don Jorge Cavestany se excusó. Moixó hablaba tiernamente, sentado, a una de las dos muchachas que habían llegado en último lugar, y ella le atendía plácidamente. Ni escucharon la invitación.

—Vamos.

Lula se colgó de ellos, un brazo en cada uno de los brazos.

—Los demás ya han salido para allá.

Mientras ayudaba a poner el gabán, el conserje anunció que el coche esperaba.

Era un fiacre delicioso, tapizado de granate. Apenas cabían los tres en el asiento posterior, pero se acomodaron. Lula se ilusionaba describiendo lo que ella iba a hacer en la feria. Hizo prometer que subirían todos al tiovivo.

—¿Al tiovivo? ¿Olvida usted, señorita, que estamos aquí en viaje oficial?

—¿Qué tiene que ver? Anteayer subió el ministro de Fomento con su señora.

—Así va el Fomento.

Volvió a amanecer el Joaquín Rius de todo el viaje.

—Yo la acompañaré —dijo Marín.

Marín luego inició unos párrafos de elogio bastante deslavazados, sobre la manera de bailar de Lula. Joaquín parecía haberse dormido en su rincón.

Llegaron al Retiro. Los jardines estaban iluminados con farolillos y se oía, a medida que el coche avanzaba, el campanileo de organillos distantes, a lado y lado. El pueblo de Madrid bailaba sobre el césped de los arriates, a la orilla de los tenderetes de refresco. Más allá una rueda monumental, cuajada de bombillas, elevaba pequeñas barcas por encima de una fronda de los árboles. El fiacre se deslizaba como entre las orillas de un río plácido, un río de ensueño. Joaquín Rius sentía transitar la levedad de los colores dentro de sí, y se sentía lleno de una tristeza irreparable y reposada, de una tristeza apaciguadora.

—Tiene usted ojos de pensar demasiado. ¿Le gusta esto?

Rius volvió su rostro hacia ella. Marín estaba mirando del otro lado, y no se apercibió. Joaquín aproximó su rostro al de Lula, de frente; la besó en la boca, con una impulsión lenta y ciega. Ella se sostuvo en el contacto, sin pestañear.

Y entonces sintió que estaba perdido. Hubiera querido no separarse ya más de aquel puñado de vida palpitante, no dejar de ver nunca el rostro súbitamente serio de aquella mujer, de aquella chiquilla. Sí, era como una renovación de toda su vida; no era el alcohol, no era la cena, no era el viaje ni la compañía. No era ella siquiera. Era él, él mismo, que se renovaba, que renacía. «Yo me había muerto —pensaba—. Yo no existía, yo no había existido nunca. Mariona, el hijo, todo quedaba atrás, en otro planeta. Yo no había querido nunca, yo no había sentido nunca amor». Y pensaba eso en pasado, como si su vida hubiera quedado seccionada en un instante, como si no hubiera existido su vida hasta el instante en que ella había hecho su aparición esta misma noche, con su vestido azul, deslizándose entre los dos caballeros, adelantándose...

Descendieron junto al parque de atracciones. Marín había cogido a Lula por el

brazo, pero Rius observó que ella, al volverse para esperarle a que pagara, se había desprendido. Ahora marchaban los tres separadamente, con lentitud; pero Lula corrió, se apresuró, con un agudo grito de gozo infantil, y daba pequeños saltos deliciosos frente al tenderete de los bolos. Y cogía las bolas y pretendía dar con ellas, muerta de risa, sin acertar jamás, en la cabeza de los títeres de cartón. Un zumbido de organillos se filtraba en su risa.

—Tenemos que encontrar a los demás —pero era ahora Joaquín quien, con enérgica maestría, tumbaba las cabezotas. Lula le cogió de la mano, le arrastró.

—Tenemos que encontrar a los demás —repitió.

Se perdieron entre la multitud. Al fondo apercibieron una calva y un monóculo, referencia de todo el resto. Cayo Márquez llevaba del brazo a la señora Gálvez.

—¿Qué hacen ustedes?

—Esto está muy soso...

—No está soso —afirmaba Lula, con convicción.

Rius no podía tolerar el aire de manada estúpida que iba a cobrar en adelante el grupo, deambulante y desalmado. Iban allá para tener la ilusión de mezclarse un instante a la alegría del pueblo, pero, naturalmente, no lo conseguían, porque, en el fondo, no lo deseaban. Estaba impaciente.

—¡Vamos al tiovivo! —dijo ella.

Sin saber cómo, encontrose instalado en la grupa de un gracioso caballo de cartón, que se encabritaba y descendía al par que daba vueltas con el resto del armatoste. La musiquilla del aparato lanzaba al trote la alegría del jinete, y de pronto Rius no pudo más. Se apeó, quería bajar del vehículo.

—Se va usted a romper los huesos, caballero. Y antes que nada, con su permiso, son dos reales, .uno por persona.

Él se sentó entonces en una figura más modesta, un carrito de horchatas que, por lo menos, no se encabritaba.

«Si alguien me viera...», pensaba.

Y le atrajo la risa loca de Lula, sobre un brioso corcel. Le llamaba.

—¿Dónde están los demás?

Se habían extraviado.

Estaban solos, en medio de la feria. El tiovivo daba sus últimas vueltas. Las campanillas de la música se desfloraban con creciente lentitud. Todo, árboles, gentes, tenderetes, columpios, todo se detenía de nuevo, revertía de nuevo a su equilibrio, cansado de girar.

Ella saltó del caballo y, juntos, saltaron del aparato.

—¿Dónde están los demás?

—Nos han dejado solos. Se han perdido.

—Hay que buscarlos.

—No.

—Que sí, hay que buscarlos, digo.

Se perdió entre las gentes. Husmeaba, inquieta. Él la seguía. Penetraron por el caminal.

—No están. Vamos por allá —y volvía a correr, a adelantarse.

Penetraron por el jardín. Sobre los arriates todo era penumbra y silencio. Ella jadeaba y Joaquín corría, casi a su alcance, sin conseguirla. Estaba oscuro, pero llegaba, lejano, el retintín de los organillos y el reflejo de una última bombilla, colgada más allá, entre la fronda, cuyo rumor se apercibía de nuevo. Ella se detuvo y se volvió, con ánimo de regresar. Todo quedaba lejos.

Joaquín la retuvo por los hombros, exasperadamente.

—Me ha hecho usted perder la razón y no la recobraré. —Su voz era brumosa.

Besaba su boca, su escote, arañaba su seno. Ella se desvanecía, pero luego redoblaba, fiera. Y fue ella quien le atrajo ahora a él hacia sí, para hacerse ganar otra vez. Al fin la mujer se sentó, allí, sin fuerzas, sobre el césped. Se pasó la mano por los cabellos, por la sien, con lentitud.

—Es usted un bárbaro.

Joaquín Rius estaba de pie, mirándola sin ternura.

—Lléveme a casa—dijo ella. Y se echaba para atrás, hasta tenderse toda.

Y, tendida, enfrentada a la copa de los árboles, rio, rio con una risa de muchacha atrevida, ciega, segura de sí.

Se levantó. Habían quedado largo rato en silencio.

—Ande, lléveme a casa, si es usted valiente —repitió. Joaquín Rius parecía ausente de todo y avanzaba entre las gentes sin alegría, como una larva yerta. Ella le seguía, espiándole.

En el gran paseo, Joaquín paró un fiacre. Abrió la portezuela. Lula estaba ahora seria, desmelenada, aguantándose la capa que la envolvía, que no conseguía, sin embargo, encubrir la pincelada palpitante de su escote.

Con voz fría dio su dirección. No se miraron.

Joaquín no se dio cuenta de por dónde pasaban, de qué calles seguían. El coche se detuvo ante una gran verja, imponente.

—¿Vive usted aquí?

—Sí, vivo aquí.

—¿Quién es usted, Lula, dígame quién es usted?

Ella ahora le observaba. Ya no era la chiquilla de antes, ni la brava mujer. Era algo distinto.

—¿No lo ha adivinado todavía? —y parecía despreciarle.

—¿Vive usted en ese palacio?

—En el palacete del jardín, ¿le extraña?

Rius no sabía qué decir.

—Venga usted a verme en el Real, mañana. Allí bailo algunas veces.

Rius seguía observando, silencioso, todos sus movimientos, la expresión de su rostro en la penumbra.

Ella rio. Pero después, casi con amargura:

—Si no sabe usted todavía qué es lo que soy, es que es usted tonto de remate.

Abrió lentamente la portezuela, saltó con ligereza, describió el cerrojo de la enorme verja.

Se perdió ágilmente en la penumbra del jardín...

VII

EL FABRICANTE había pasado seis días en Madrid, en lugar del día y medio que proyectara. Habían sido seis días ciegos, de olvido, presididos por la risa de Lula. Después, ya de retorno, con el transcurrir de los días, la realidad, fuerte, se le impuso en el acto.

Ya en el momento mismo de llegar a su casa, de llamar a la puerta de su hogar, había sentido la inquietud. Seis días ausente de aquella casa, de la fábrica, de los familiares muebles, rostros y problemas. Seis días —una eternidad— ausente de su propia soledad. Y sentía que podía incorporarse en un instante al trabajo; podía sentir que se enlazaban matemáticamente las dos épocas, formando un puente por encima de la aventura. Pero el cariño del hijo era más difícil de soldar. La aventura se infería en él, le tocaba de lleno. Se sentía avergonzado.

Josefina, la doncella, había ya abierto la puerta. Desiderio estaba allí. Joaquín se adelantó, emocionado.

—¿No estás contento, no me besas?

—Sí, papá.

Le pareció que había crecido, que se había ensanchado, hecho un muchacho.

—¿Y el colegio?

—Bien.

—¿Me echaste en falta?

Sí, el chico le había echado de menos, claro...

—¿Has trabajado mucho, has estudiado?

El chico no se entregaba. Sucedió algo.

—Di, pícaro. ¿Has tenido buenas notas?

—Papá, escucha...

—¿Qué te sucede, di?

—El cura me tiene manía y ha dicho que no quiere que me presente a exámenes de historia de España porque dice que no voy preparado, y no es verdad.

La tormenta iba a desatarse.

—¿De historia de España?

Ahora Rius se daba cuenta de las dimensiones de su ausencia. ¿Desiderio no podía presentarse siquiera a examen? (¡Oh!; tú has estado seis días fuera con una fulana: ¿a santo de qué tengo yo que ir preparado de historia? Joaquín creía leer algo así en los ojos concentrados e inquietos de su hijo).

—Sí, papá, he estudiado —afirmó él, temeroso, con falso enojo.

Rius paseó un instante, pensativo, con la mano en el mentón. Se sentó en la butaca.

—Ven aquí, Desiderio.

Y cuando el chico creía que su padre iba a levantar en el mejor de los casos la voz, y en el peor la mano, se sintió atraído por sus brazos.

—Ven, ¿qué quieres que te regale si apruebas el curso? —y lo decía serio, con voz rara, gravemente; mirando lejos, como si estuviera desorientado, como si sintiera un mal sabor...

Decididamente tenía un padre que era buen hombre. Antes no estaba seguro, pero ahora había podido comprobar eso: que su padre era un buen hombre.

—Un caballo —dijo.

Esta es la historia de «Johnny», el caballo de Desiderio Rius.

«Mientras sus obreros se mueren de hambre —rezó en el acto un anónimo sobre su escritorio—, el burgués compra a su hijo un caballo de dos mil pesetas. Nos acordaremos».

—¿Quién ha entrado en mi despacho?

Llobet no supo contestar.

—Lea.

El viejo contable leyó.

—No sé quién pueda haber sido.

Hubo una pausa. Rius estaba irritadísimo.

—Están revolucionados. Ha entrado la revolución —dijo Llobet.

—¿La revolución?

—Cada uno de ellos lleva en su bolsillo una hoja, una consigna. Por la noche van al café Español, en el Paralelo, donde hacen discursos y se organizan. En dos meses todo ha vuelto a cambiar. Pero ahora es peor que antes.

—¿Qué es lo que ha notado usted?

Llobet se acercó a la mesa y abrió uno de los cajones. Sacó un fajo de hojas, de todos los colores, rudimentariamente impresas.

Rius les echó un vistazo.

—Sí, es el estilo de siempre.

—Lea esto, lo que está subrayado.

—Sí, ya lo veo: los burgueses, el clero, el opio del pueblo... El estilo no es nuevo.

—Pero ahora se han puesto con mucha más rabia.

—No hay que apurarse. Son marejadas que pasan... Levantó la mirada de los papeles.

—¿Y dónde los repartían? ¿Dentro de la fábrica o en el patio?

—No, fuera.

—¿Los de aquí?

—Sí. Algunos de la fábrica, y otros desconocidos.

—¿Conoce usted los nombres? Bien, bien, no los quiero saber —rectificó en el acto.

—Para conocer a fondo de qué se trataba, quise ir a comprobar por mí mismo qué

es lo que hacían en el Paralelo. —¿Se metió usted allá?

—No. Mi hijo me lo impidió pero él fue.

—¿Y qué es lo que cuenta?

—Bueno, vino indignado...

—Llame usted a su hijo.

Al poco entraba Arturo Llobet.

—¿Estuvo usted en el Paralelo, Llobet?

—Sí, señor.

—¿Y qué es lo que vio?

—Me dio asco, señor Rius —hablaba respetuosamente, pero luego se lanzó—: A esta gente pueden meterle en la cabeza las ideas que quieran. Ha llegado un agitador, no sé de dónde, al que los diarios conservadores llaman «el Emperador del Paralelo». El día en que yo estuve no hablaba, porque estaba afónico, pero se dejaba admirar y daba consejos a todo aquel que se los pedía. Es una especie de sacamuelas de la revolución. Rius sonrió.

—¿Quisieran ustedes venir esta noche allá?

—Señor Rius, no se lo aconsejo —balbució Llobet padre, con susto.

—Si usted no quiere venir, Llobet —dijo dirigiéndose al contable—, hará muy bien en quedarse en casa. Lo peor que podría ocurrir sería ir allí con miedo. De todas formas es probable que nadie nos reconozca. Hay muchos de mis obreros que no se acuerdan de la cara que tengo.

—Pero ¿y si no es así?

—Tampoco es para apurarse. La revolución en los cafés no me da miedo. Cuando uno tiene treinta céntimos para tomarse un coñac a la salida del trabajo, es cuando menos puede hacer una revolución. Y de todos modos creo que debo verlo.

Se dirigió a Arturo Llobet.

—Iremos usted y yo, Arturo. ¿Tiene inconveniente?

Al atardecer la luz del puerto parece estallar en las mil aristas que ofrece una arteria, mitad descampado, mitad carretera, llena de carruseles, tenderetes, puestos de churros, bodegas, barracas... El Paralelo se hunde entonces plenamente en su desvarío. Se encienden poco a poco mil destellos de acetileno, y entre dos luces arde como una pira con sus sombras inmóviles. Durante el día solo se sintió el aullido de las sirenas de los barcos, el alarido de una corneta en el cuartel de Atarazanas, un repicar de castañuelas en una bodega. Ahora, al anochecer, entran los hombres en los tugurios, las mujeres vuelven sus miradas a ellos con temor. El Paralelo comienza a crecer, a crecer; su sombra se agranda en la noche, esculpida en la sombra de un cielo sin estrellas que lo envuelve, oculta y oprime.

Un muchachito se escurre por la calzada. Tiene una pierna tullida, inservible, que le cuelga. Con las dos muletas brinca como un saltamontes y se pierde en la oscuridad. Tres pilluelos le persiguen y él se para de pronto. Con una de las muletas arremete contra ellos. Se sostiene en la pierna sana y se vuelve a todos lados. Uno de

sus enemigos ha caído al suelo, con la cabeza sangrante. ¿Qué haces aquí?

—Déjenme, déjenme, o...

Y levanta su muleta contra los guardias.

—Eh. Ven con nosotros, mal bicho.

Uno de los guardias da un manotazo al chico.

La gente rodea la escena. De los grupos surgen dos hombrones.

—A dejar al chico, che.

—Oye tú, valenciano, no te metas en líos.

—Yo respondo por él.

—¿Pues ya puedes?

—Ah, la bofia, cobardes.

—Vamos, vamos, no hay para tanto.

Con sorpresa de todos, el chico anda corriendo, brincando, ya lejos del grupo. Los guardias salen en pos de él, pero ha desaparecido.

Poco después todo quedará de nuevo en calma. En los cafés se acallarán las conversaciones. Es la hora de la polémica y del vino.

La noche era espesa, nebulosa. Los faroles titilaban. —Espero que llegaremos en plena sesión — bromeó Rius, al salir de su casa.

Cogieron el tranvía, que les llevó hasta las Ramblas. Por la calle Nueva alcanzaron el Paralelo.

El aspecto del Paralelo no era, ciertamente, intranquilizador. La menestralía paseaba apaciblemente; los chiquillos, sucios, corrían entre las piernas de los transeúntes, persiguiéndose. Era el mundo de la gorra y de la honrada alpargata, todo lo contrario del mundo de la revolución. Rius se había cambiado de ropa, poniéndose un traje antiguo, largo tiempo olvidado en el armario.

Más arriba el Paralelo cambiaba ya de aspecto. Las mujeres escaseaban ya. En los veladores se apoyaban los hombres, sucios del trabajo, con los dos codos sobre el hierro de las mesas, formando piñas de cabezas, que se transmitían los rumores, las noticias, eso que Llobet padre llamaba las consignas.

—Este es el café Español.

—El dueño ganará un dineral. Hasta ahora en los cafés solo se reunían los artistas para hablar de política. Ahora se reúnen aquí las masas. Imagínese lo que esto puede dar de sí como negocio. Es como si tuviera usted una plaza de toros abierta toda la semana.

Estaban indecisos. No cabe duda de que el aspecto turbio y sobrecargado del local lograba impresionar.

Entraron por una puertecilla lateral en el sector menos concurrido y visible del local. Un clima caliente y opaco, de humo de caliqueño, se les metió en la garganta.

—¿Dónde nos metemos?

—Tal vez allí, detrás del piano —indicó Llobet.

Pero les sorprendió de pronto un bullicio bronco, de gritos y aplausos, silbidos y

como si arrastraran a la vez todas las mesas del local.

Pudieron ver, a través del humo, al fondo, la figura de un orador. Estaba de pie sobre una silla y gesticulaba, pronunciando palabras en catalán, acogidas con escaso interés por los oyentes.

Luego el orador mostraba las palmas de las manos largo rato. Finalmente amenazaba con el puño.

Otra vez los gritos, los aplausos y los silbidos les impidieron hablarse.

¿Era eso la Revolución?

Desde su rincón podían observar sin ser observados. El conjunto tenía escasísimo interés. Casi no hubiera valido la pena hacer la visita.

Pero en aquel instante se produjo una distensión, un silencio súbito y luego un murmullo.

Por una de las puertas, casi aquella por la que Rius y su acompañante acababan de entrar, hacía solemnemente su aparición el Emperador del Paralelo. Rius quedó impresionado. Era un hombre aleonado, lento, no muy alto, de mirada penetrante. Le seguían unos cuantos satélites. Se quedó pasmado.

A través del humo, Rius podía distinguir perfectamente la cara de uno de ellos, pero no lograba de ningún modo identificarlo. —Aquel es, el primero.

—Oiga usted, Llobet. Fíjese en el que va en tercer lugar.

—¿El gordo, con la gorra?

—Sí, ese. ¿Le recuerda a alguien?

Llobet observaba atentamente.

—No, señor Rius. No creo haberlo visto nunca.

Los que llenaban el local habían procurado todos aproximarse a la mesa donde se acababa de instalar el «Emperador». Este saludaba, risueño y tranquilo, a todos, y los llamaba por su nombre.

La gente empezó a sisear.

—Tengo una noticia para vosotros, amigos, compañeros... Ha caído un Gobierno más. Los tiranos se saldrán nuevamente con la suya. —Hablaba con lentitud, con voz diáfana.

Luego se puso de pie, se irguió, poderoso.

Rius observaba, atónito, la sugestión que la simple figura de aquel hombre ejercía sobre los oyentes. Hasta el humo parecía haberse quedado parado, a la expectativa.

Hablaba con una lentitud de volcán.

—Los frailes y sus emisarios se deslizan por los salones... Se produjo un siseo violento, a causa del ruido de unas cucharillas que un camarero, apresurado, había dejado caer al suelo. —Los frailes y sus emisarios...

Pero Rius ya no atendía al orador. Había sentido que una mirada se posaba en él lacerante, sin pestañear. Era un ceño fruncido, y una sonrisa cínica. Se trataba del hombre de la gorra.

Rius apartó un instante la mirada. El orador seguía hablando. Apartó la mirada

para concentrarse, para recordar, para darle un nombre a aquellos ojos.

—¿Le sucede a usted algo, don Joaquín?

Pero Rius no respondía. Impávido, aunque intranquilo, veía aproximarse al tipo.

Sin prestar atención a la oración de su jefe su acompañante se había levantado de la mesa y se dirigía pausadamente, sin dejar de mirar, a la que ocupaba Rius y el hijo del contable.

Ya estaba allí, desafiador.

—¿No te acuerdas? —preguntó a Rius en voz baja, sin dejar de sonreír con asco.

Rius movió negativamente la cabeza.

El desconocido no dijo nada. Fijó todavía un instante su mirada en la del fabricante. Luego, de pronto, escupió. El escupitajo fue a parar a un palmo del zapato de Rius, que no se había movido.

—Dentro de poco ya podré escupirte en la cara, cerdo. Se alejó.

Un instante de estupor en los dos.

—Vámonos, Llobet. Es más prudente.

Salieron a la calle. Marchaban apresuradamente.

—¿Le conocía usted? ¿Le conocía?

—Ya no me acordaba de eso. —Rius jadeaba—. Se llama Regás. Sí, Regás... —repetía—. Hace bastantes años le eché de mala manera. Era un gandul, se lo aseguro. Su padre lo sabe. Un gandul y... todo lo peor...

Joaquín Rius tardó mucho rato en dormirse. Se sentía tremendamente inquieto. «¡¡Ojalá ese Maura... Maura, tal vez!!...», clamaba, sin lograr conciliar el sueño.

En julio Mercedes y Federico tuvieron el sexto de sus hijos: una niña, Joaquín fue nombrado padrino. Mercedes le había prometido que en cuanto tuviera otra niña sería apadrinada por él: se llamaría Mariona. Mariona Costa y Rebull, he aquí un nombre de muchacha. Los hijos de Mercedes eran: José, Mercedes, Federico, Adelina, Pablo y Mariona.

—Seis hijos ya, Mercedes. Y todavía me pareces una chiquilla.

—Tú también me pareces a mí un muchacho, Joaquín. Hablaba sin levantar la voz, con un susurro.

—Pues ya no lo soy. —Joaquín palpaba su sien, levemente encanecida.

Había un dulce silencio entre los dos.

—Me acuerdo, Joaquín, de una cosa que le dije a Mariona la primera vez que ella te vio. ¿Lo recuerdas tú, a la salida del colegio? Joaquín sonrió, avergonzado.

—¡Qué necedad irla a esperar! —murmuraba.

—No te avergüences. Sentíamos todas un poco de envidia. No se atrevían a mirarse, ruborizados. La recién bautizada se movió en su cuna.

—Le dije que no debía hacerte ningún caso, ni mirarte siquiera. Que eras un señor mayor.

—No tenía más que veinticinco años. ¡Qué mala has sido siempre conmigo!
Rememoraba.

—Es curioso, Mercedes: solo tengo quince años más que entonces. ¡Qué pocos son! Pero me pesan, me pesan horriblemente. A veces no sé ni cómo puedo sostenerme.

Y llevó por instinto su mano, acariciándolo inconscientemente, a su hombro derecho. Parecíale que el peso de aquel cadáver se hubiera empotrado en él. Sentía que todo aquel lado suyo estaba medio muerto.

Hubo como un largo temblor, apenas perceptible, de los muebles y la luz vaciló.

—¿No habéis oído? —preguntó Mercedes a Joaquín y Federico.

Ellos se miraron.

—Sí, suenan pitos, ¿oyes? —advirtió, inquieto, Joaquín.

La nena gemía y se movía ahora tardamente en su cuna, como sacudida en su sopor por la onda sangrante.

—Voy a ver.

Joaquín descendió con prisa por las escaleras. Fermín, el portero, no sabía de qué se trataba. La algarabía de los silbatos se encrespaba. Salió a la calle.

—¡Una bomba, Virgen santa! —sollozaba una mujer, con pañuelo en la cabeza.

El ir y venir de sombras fugaces, movedizas, sobre los adoquines.

—Vaya a la Rambla a ver qué ha sido, Fermín.

En la Rambla se estaban formando grupos. Al poco, el galopar sonoro de los coches de los bomberos, con sus lúgubres campanillazos.

—¡Qué espanto... Dios mío! —Una madre joven, que estrechaba a una chiquilla contra su pecho, corría apresurada, arrimada a los muros, monologando, hacia la Plaza Nueva. —Una bomba en la calle de Escudillers —balbució, lívido, Fermín, ya de vuelta.

Joaquín volvió a subir. Sentía en su pecho ese peso sombrío de la noche y sus oídos destrozados por el clamor de los gritos, de los silbatos, su cuello como atenazado.

Se repuso, antes de entrar.

—¿Qué era?

Mercedes sonreía, tranquila; la cabecita de la recién nacida quedaba oculta junto al seno por un pañolón de seda; sorbía ávidamente la savia materna.

—No sé, Mercedes.

Callaron. Pero Mercedes sonreía aún, contemplando a su cría, perfectamente tranquila. Con su índice acariciaba suavemente la manita del pedazo de alma que acababa de serle regalada; era como si no existiera nada más. Federico y Joaquín se miraron; estaban pálidos.

—Tomad un poco de coñac —dijo ella—. Está en la despensa.

Renació en la industria una cierta normalidad. Los pedidos de provincias fueron llegando regularmente. Pero el beneficio no era el de antes. En ningún momento trabajaban ya la totalidad de las máquinas. Rius exigía a sus operarios una mayor atención. Había que encontrar las materias más baratas, acentuar el rendimiento y demostrar que se sabía trabajar. Varios clientes protestaron de la calidad de los aprestos. Rius había llegado a hacer de la cuestión de la cola un motivo personal de disputa con el raro jefe de la sección de Aprestos, Campins. La llegada al feudo de este era siempre temida por el pelotón de confianza que acompañaba a Rius.

Orlau y el joven Llobet opinaban, es cierto, que Campins no estaba a la altura del puesto que se le asignaba. El fallo de muchas piezas provenía de la escasa preparación de Campins, que era un obrero puesto al frente de la sección por razones de antigüedad, incapaz de romper una rutina o de tener una iniciativa. No se explicaban cómo el dueño había pasado sin más que unos gritos la quema de unos tejidos que hubo que regalar meses atrás. Pero también es cierto que Rius exigía un apresto normal de encolados baratos, y que entre todos los posibles aprestadores era Campins, al cabo, el jefe más dócil, sumiso y apocado. Orlau y Llobet advertían con razón que, en igualdad de conocimientos técnicos, nadie en la sección de Aprestos se hubiera dejado atropellar tan satisfactoriamente por el dueño como su actual jefe.

—Eso es un lavadero —vociferaba Rius—. ¿Usted cree que se puede encolar así?

—Señor Rius, la cola...

—Déjese de excusas. No entiende una palabra. No serviría ni para aprendiz. Un día lo acabaré de un golpe.

Los anónimos se sucedieron sobre la mesa de Rius. Estaban redactados utilizando letras de periódicos pegados pacientemente en papeles, y denotaban una perfecta información sobre la vida del fabricante. En uno de ellos se hacía alusión al trato que Rius daba a sus obreros: «Se te escucha, tirano. Aprende a hablar a tus semejantes si no quieres recibir tu castigo». En otra ocasión: «Sabemos lo que has hecho en Madrid». Finalmente: «Vuelve al Paralelo. ¿Te atreves?». Los anónimos aparecían inexplicablemente por las mañanas sobre la mesa del fabricante.

Empezó a sentirse preocupado.

Rius ordenó a Pedro, el portero, que redoblara la vigilancia por las noches y a la entrada. Pero a pesar de la vigilancia estricta de este, los anónimos siguieron apareciendo semana tras semana.

Ante el fracaso de unas pruebas de «Quellín», sustancia que debía dotar de flexibilidad a los hilos y que Basereny utilizaba ya en sus aprestos satisfactoriamente, Rius decidió sustituir a Campins. Hízose buscar por Llobet un buen aprestador fuera de la fábrica.

Cuando Campins fue informado por Llobet de la decisión del jefe, solicitó verle.

—No estoy contento de usted, Campins. No dudo de su buena voluntad, pero

necesito a gente más apta.

Surgió un inesperado argumento de la boca del aprestador.

—Hace eso porque conoce mis ideas. Pero, señor Rius, mis ideas son mis ideas y...

—Aquí no se habla de ideas, sino de aprestos. ¿Qué ideas tiene usted?

—Siempre las he tenido y por eso me odia. Odia a los trabajadores y vive con nuestro sudor — dijo, airado.

—Queda despedido, Campins. Pase por la caja.

El obrero salió, dando un portazo.

Días más tarde llegó Vinyals, el viajante de Andalucía, con excelentes noticias. Traía en la cartera los pedidos de los tiempos normales.

—¿Qué tal, Vinyals? ¿Cuándo ha llegado usted?

—Anteayer. —Era un hombre gordezuelo y activo, muy charlatán, muy satisfecho de sí y de vivir—. Hay que traer las buenas noticias personalmente, señor Rius, me dije. Y aquí estoy.

Se llevó el dedo a la axila, resuelto.

—En cuanto al terrorismo, aquí estamos todos a pecho descubierto no dudando un instante en dar nuestras vidas si es preciso, señor Rius. Mi mujer está advertida.

Rius no pudo menos que sonreír.

—Gracias, Vinyals, no creo que sea necesario.

—¿Y qué hace la opinión pública? ¿No ha saltado, enfurecida?

—Supongo que a estas horas la opinión pública debe estar paseando por las Ramblas; Vinyals, sorteándose a quién le toca la bomba de hoy.

Apoco formose en el despacho de Rius una pequeña reunión. Habían entrado Llobet y su hijo a despedirse e hizo luego su entrada, tímidamente, el cajero Pamias. Llevaba ya el sombrero puesto y una gabardina de color indefinible, que le llegaba hasta los pies.

Pero lo más ostensivo era el plúmbeo paraguas, que no se separaba nunca de él.

Pamias sentía una irritación sorda y disimulada contra los viajeros. Si algo había, en efecto, antípoda de la nimiedad de aquel ser en constante susurro era la vitalidad, la desfachatez, el descaro y la suficiencia de los viajeros; razón por la cual, al advertir el movimiento en el despacho del jefe, había entrado a participar en los comentarios aunque solo fuera por ver qué es lo que pensaba Vinyals de eso. Y a discrepar *in mente* de él.

Los viajeros, por su parte, se sentían impelidos desde tiempo inmemorial a hacer a Pamias blanco de sus bromas; bromas abiertas, sin malicia, tal vez un tanto groseras, pero llenas, en el fondo, de cariño.

—Hombre, señor Pamias, dichosos los ojos —manifestó Vinyals—. ¿Cómo van esas sumas, cómo van?...

El cajero no se inmutó.

Pamias, con la cabeza gacha, dio un vistazo circunval al aposento por encima de sus gafas que, inmediatamente, apuntaló en la exigua nariz. Y no pronunció palabra, como si no le afectara la, a su juicio, impertinencia del viajante.

Los viajeros, en efecto, gozaban de una independencia y de una autonomía en su trabajo que, en el fondo, eran envidiadas en silencio por el cajero. Envidiaba asimismo los modales de los agentes, que él confundía con la urbanidad de salón. Ese hombre entristecido y nimio, complemento de un paraguas, estaba molesto al pensar que de él dependían, en definitiva, los envíos de dinero, los adelantos y las liquidaciones que los viajeros percibían, y que eso no era tenido por ellos en consideración.

—¿Qué opina usted de las bombas, Pamias? —preguntóle, por decir algo, Vinyals. Pamias había creído descubrir en la pregunta un punto de socarronería. No contestó. Apuntaló sus gafas y miró agudamente al viajante.

—Pan y catecismo —opinó al fin.

Era uno de sus principios, muy de tarde en tarde expresado. Quería decir que con pan y catecismo las cosas podían arreglarse.

—Esa norma se hace ya vieja, Pamias —arguyó Vinyals, riendo a carcajadas.

—No va descaminado Pamias, a mi juicio —intervino el viejo Llobet.

—¿Y qué, le gustó, Pamias, le gustó «La Paloma dorada»?

Pamias mudó de color. Todo lo que en Pamias no era paraguas, gabardina, gafas, sombreros, se tornó lívido, violáceo.

—¿Qué le sucede, Pamias?

Lanzó, irritadísimo, una mirada agudísima, centelleante, contra el viajante. Se adecuó precipitadamente las gafas. Puso, nervioso, el mango de su paraguas en el antebrazo. Se abrochó el botón superior de la gabardina.

—*No s'hi cansin...* —dijo, premiosa y precipitadamente. Salió, con pasos cortos y rápidos.

—Le ha irritado usted, Vinyals. Está irritadísimo; es muy especial —explicaba Llobet padre.

—¿Qué quiso usted decir, con eso de «La Paloma dorada»? El viajante se echó a reír estrepitosamente.

—¡Le hubieran visto, anoche! Él no me vio. Estaba en un palco de «La Buena Sombra».

—¿Pamias?

—Acompañado por una matrona, una odalisca que abulta tres veces lo que él.

—¡Dios santo! ¿Está casado?

—No, soltero —respondió Llobet hijo.

—Eso sí que me extraña de Pamias —decía Rius, nada divertido—. ¡Qué cosa más rara!

—Bah, el hombre se divierte como puede —y Vinyals ofreció la petaca al hijo del

contable. Arturo rehusó, pensativo.

A los quince días de haber despedido a Campins —que fue sustituido por un excelente aprestador hallado por Arturo Llobet—, Rius decidió ir a proponer al despedido su readmisión. Sentía un peso en la conciencia. Campins era uno de los veteranos, de los de la época de su padre y le dolía el incidente. Se informó de su domicilio y, por la tarde, después de comer, se encaminó allá. Sabía que Campins vivía en la miseria, desde el despido.

El obrero vivía en la calle de Tantarantana. La escalera era oscura y estrecha. Era una escalera que parecía vacilar, a punto de derrumbarse toda, tal era el desgaste de los peldaños, de la barandilla, la movilidad, espeluznante para el que se aventurara por ella, de los ladrillos en los rellanos.

Hubo que subir cinco pisos. Ya en el paraíso todo era mucho más claro.

—¿Qué desea? —gritó una cascada de voz femenina al cabo de un rato de haber hecho sonar la campanilla, pero sin que la puerta se abriera.

—¿Está Ramón Campins? —gritó Rius, un tanto inquieto.

—¿Qué? —insistía la voz.

—Campins... —gritó, más fuerte aún, el fabricante. La puerta se abrió lentamente.

Era una anciana desmelenada y sin dientes, casi absolutamente sorda, que no comprendió nada de lo que don Joaquín inquiría. En el acto salió una muchacha muy bella, de ojos tristes, negros; se secaba las manos en un trapo.

—Entre.

E hizo pasar al visitante, sin extrañarse y sin sonreír, en un angosto comedor; por el exiguo balcón se veía la colada tendida y un palomar vacío.

—Siéntese, voy a llamarle.

—¿Está descansando?

Pero la muchacha no respondió. Entró en la habitación contigua y se oyó la voz de la chica y el buceo adormilado de la voz del obrero en la realidad. Al poco el obrero hacía su aparición con un sucio birrete en la cabeza, desmelenado y ensoñado; se pasó la mano por los ojos como queriendo cerciorarse de que aquel era, en realidad, Rius. Y sin decir palabra, más que balbuceos, entró de nuevo y precipitadamente en el cuarto.

—Ya voy, señor Rius; ya voy. Un momento —acertó a decir desde allá.

La joven guapa y triste no se había movido del quicio de la puerta del pasillo, donde quedó apoyada, con los brazos cruzados y mirando a Rius. Este se sentía cohibido por la belleza y el descuido, la suciedad de aquella mujer.

—¿Es usted la esposa de...? —lanzose a preguntar.

—No. No lo soy —y no se movió ni inmutó.

Rius aprovechó para observar la habitación. Pegado a la pared presidían la

estancia, sobre el papel descolorido y agrietado del tabique, un retrato de Marx y otro de Pablo Iglesias, ambos recortados de una revista gráfica. En el rostro de ambos líderes habían dejado su huella las moscas de tres temporadas. Amontonados en un desvencijado aparador se veían un montón de revistas, novelas por entregas y folletos políticos. Sobre la mesa de madera blanca, por lo visto en curso de lectura, uno, con tapas amarillas, titulado: «La tiranía encubierta y la tiranía al descubierto», perteneciente a la colección «La conquista obrera». Rius alargó la mano para hojearlo.

—Deje, haga el favor —la voz de la mujer le detuvo, hosca.

—No iba más que a hojearlo.

Pero ella no chistó. En aquel instante apareció un muchacho de unos catorce años, demacrado, la tez olivácea, los ojos vivos, el cabello ensortijado, revuelto. Todos los andrajos que le cubrían le estaban cortos. Por lo visto había hecho el crecimiento a la inesperada. Rius desvió su mirada del muchacho al observar su defecto físico: tenía una pierna más corta que la otra y la tullida le colgaba en el aire, muerta.

Quedose junto a la mujer, que le pasó el brazo por el hombro. En aquel instante, por fortuna, salió Campins, peinado y sin birrete.

—Me tiene usted que perdonar. Pase, pase.

Y le llevó a un minúsculo cuartito oscuro, en el que no cabía más que un diván —utilizado seguramente como jergón, por las noches— y una mesilla.

La mujer joven acababa de aposentarse nuevamente en el quicio de la puerta.

—Largo de ahí —ordenó Campins—. ¿Qué te importa lo que hablaremos? —se levantó a cerrar la puerta.

—¿Es su esposa?

—Es mi hermanastra.

—¿Y el chico joven?

—Mi hijo —contestó Campins—. Tuvo una desgracia, de pequeño.

—¿No tiene madre?

—No, señor.

—Me perdonará que haya venido a su casa. En realidad, tenía necesidad de suplicarle...

—Usted dirá —inquirió el obrero, como desconcertado, titubeando entre el amo y el ideal.

—Quisiera que volviera usted a la fábrica. Conozco su situación... El obrero recelaba.

—Estoy dispuesto a readmitirle.

—Señor Rius... —exclamó, lleno de zozobra, el otro—; mis ideas...

Casi temblaba.

—Yo vengo para ampararle a usted, para hacer que usted prospere con su familia de una manera honorable. ¿Es usted realmente un convencido?

—Ah, señor Rius, las ideas son aparte, aparte... No toque usted ese asunto,

porque me veré obligado a...

Tardo, el obrero empezaba ahora a reaccionar de la sorpresa.

—Mire usted, señor Rius, en confianza —y bajaba la voz—. Me compromete usted, me ha comprometido usted gravemente viniendo a casa. ¿Sabe usted? Yo me debo a la Sindical. Si me admite sepa que yo me debo a mis ideas.

Rius se levantó.

—Será mejor que dejemos las cosas tal como están —dijo.

Al bajar por las escaleras no podía apartar de sí la imagen del tullido de quince años, la seriedad, la hosquedad de la bella mujer. Hermanastras, hijos sin madre; la vida realizada sin precaución, sin método, según se presenta. Los pegotes de las paredes, la pusilanimidad del obrero, la miseria doblada de abandono; el hedor de los cuchitriles en que viven, frente a los palomares vacíos...

El anónimo autor de los anónimos, que había pasado varias semanas sin dar señales de vida, reemprendió sus ataques semanales con una puntualidad que dio a Rius evidencia de la seguridad que aquel sentía en sí mismo. En la mañana de cada sábado el papel amenazador era depositado sobre la mesa del despacho. Decidió, en vista de la desidia del portero, hacer una noche —la noche de un viernes— la pesquisa por sí mismo.

Introdujo la llave en la pequeña puerta de oficinas. Pedro, el portero, estaría haciendo su rodeo nocturno. Silbó, para avisarle, de una manera peculiar, que Pedro conocía bien. El silencio y la oscuridad eran absolutos. Alumbró su lamparita de bolsillo, que había llevado consigo, y subió por la escalerilla a su despacho.

Iba ya a entrar en él cuando le pareció oír un rumor. Paró en seco y se hizo a un lado, apoyándose en el muro. Llamó, en voz queda, al portero.

—Pedro.

Pero el silencio seguía siendo absoluto. Un gato maulló en el tejado.

Iluminó de nuevo su lamparita y entró en su despacho súbitamente. Lanzó el haz de luz contra las paredes —el armario, el archivo, los proyectos y el retrato de la reina en la pared, la figura de su padre en el gran cuadro. Y sobre su mesa: todo estaba en perfecto orden. Respiró hondo.

Iba a sentarse en su butaca cuando apercibió distinta, claramente, rumor de pasos y el ruido de un cerrojo. Volvió a llamar más fuerte a Pedro, y aguardó. De pronto, de la manera más sorprendente, se hizo la luz, plena, deslumbrante, en la ancha nave de las máquinas. Quedó todo perfectamente iluminado, como si se trabajara, pero no se oía un rumor. Quedó cegado por el resplandor. A los pocos segundos, con una algarabía infernal, sonaron todos los timbres de la casa. La respiración de Joaquín Rius se hizo alterosa, pero en el acto se sobrepuso. Abrió de par en par la ventana de la sala de máquinas.

—Pero, ¿qué pasa? ¿Quién ha dado la alarma?

El eco le contestaba.

En seguida oyó un rumor apresurado de pasos por la escalera. Salió de su despacho.

—¿Qué ocurre?

Frente a él estaba, respirando, desordenadamente, Arturo Llobet. Pedro y dos de los carreteros, con cara de sueño, y el abrigo echado sobre los hombros, acababan de llegar. Los cinco se miraron, sorprendidos.

—¿Qué ocurre? ¿Quién ha dado la alarma?

—He sido yo —afirmó, velada su voz, Arturo Llobet.

—¿Y qué hace usted aquí a estas horas? —clamó.

Pasaron al despacho de don Joaquín.

—He pasado tres noches durmiendo en ese diván —y señaló el diván del despacho de don Joaquín—. Anteayer Pamias se llevó del despacho un paquete que me intrigó; he registrado todos los muebles de su despacho. Se trataba de folletos de propaganda de una secta. Tenía aquí guardada una correspondencia interesantísima. Si usted me lo permite voy a mostrarle algo atroz. —Pasaron rápidamente al despacho de Pamias—. Vea —prosiguió Arturo, abriendo un enorme sobre del que sacó unos papeles, de los que dio uno a Joaquín—. Vea usted mismo.

«Agua Marina se portará bien y sin cuidados antes de medianoche. Topacio deberá estar prevenido para la colecta. Sin falta hay que mantener vivo el recuerdo en los tres Nardos iniciados y no olvidar al Panteón en la hora dicha».

Pasó la vista por innumerables comunicados de este estilo.

—Vea aquí la coincidencia de la fecha de este sobre —señaló. Llobet. En efecto, en la envoltura Pamias había trazado dos fechas.

—Son las de la bomba de los Cambios Viejos. Pamias recibía estas consignas entonces.

Rius no prestaba el crédito que Llobet a aquellos misterios.

—Pero ¿cómo es posible?

Arturo afirmaba con una seguridad especial.

—He llegado a hacerme con todos los datos que me faltaban y conozco la vida de Pamias al dedillo. Pero mire, mire...

Arturo sacó un segundo pliego de cartas. Buscó entre ellas unas cuantas. Alterado, las mostró a Rius, que quedó de una pieza.

—Lea la firma, haga el favor.

Estaba atónito.

—Mateo Morral... —balbució.

—El autor del atentado de la calle Mayor había vivido una temporada, años atrás, en la pensión de Pamias. En estas cartas le pide consejo a Pamias sobre muchas cosas que no están lejos de la motivación del atentado. Esa S sobre la que hablan en la carta es nada menos que Soledad Villafranca, la querida de Ferrer. Yo he perdido la cabeza desentrañando eso. El bueno de Pamias es amigo de Ferrer y Guardia, de Soledad

Villafranca, era amigo de Mateo Morral, de... Veá, vea.

A la tarde siguiente Rius cogió sombrero y bastón y salió precipitadamente tras de Pamias. Le seguía a larga distancia, pero sin perderle de vista por los terraplenes.

Por la calle Viada, pasados los minúsculos chalets baratos de la encrucijada, se dirigieron ambos, perseguido y perseguidor, hacia el Paseo de la Industria.

Confundido entre los demás pasajeros ya en el tranvía Rius no sería visto por el cajero, que había entrado en el interior y se había sentado, hurtando el puesto a una mujer que forcejeó con él unos instantes en la portezuela, y a la que venció interponiendo su paraguas.

En la plaza de la Universidad, al fin, Pamias hizo ademán de levantarse.

Pamias torció por la calle de Elisabeths; Rius se adelantó. —Pamias —le llamó.

Asustado, sorprendido, al notar una mano sobre su brazo, el cajero paró.

—Tenía necesidad de consultar con usted algo, pero usted había ya salido.

—Diga, diga, señor Rius —exclamó temblando.

—¿No podríamos subir un instante a su domicilio? Es una cosa privada, preferiría estar a solas con usted.

Pamias se azoró. Introdujo a Rius en un portal oscuro.

Subieron por las escaleras. Pamias, vivía, al parecer, en una pensión, en la pensión «La Violeta», según rezaba una placa de latón en la puerta. Añadía: «Trato familiar» y «Toda confianza».

Como el hocico de una rata atemorizada, los dedos de aquel hombre sacaron el llavero de su bolsillo.

Hízole pasar.

Pamias le indicó el camino. Al pasar ante la puerta de madera del pasillo pronunció un «Buenas noches» opaco, que fue contestado por la voz femenina de un ser que estaba, invisible, al otro lado de la puerta.

—Es la camarera —reseñó, sonriendo.

Le llevó hasta el comedor. Típico comedor de casa de huéspedes modesta, con retratos de abuelos, una «Cena» de Leonardo en litografía barata, innumerables bibelots de bajo precio.

La habitación de Pamias estaba casi absolutamente desamueblada; había solamente la cama, de hierro, con un cubrecama floreado, y una exigua mesa, frente a la puerta que daba a la galería. La luz era tenue, escasa, luz de realquilado.

—Tome asiento, señor Rius, tome asiento —y le ofreció una de las dos sillas que completaban la sintética decoración del cuarto.

Sobre la mesilla había un libro de misa. Pamias era, según parecía en aquella habitación, un hombre devoto. Acababan de favorecer tal impresión el descubrimiento, que Rius hizo al azar, de la silla que Pamias le había ofrecido y que se apresuró a retirar.

—Los acontecimientos nos han probado, Pamias, que los obreros no están contentos. Quería consultarle sobre la oportunidad de dar unos premios, unas

gratificaciones, de estimular, en suma, a nuestros obreros.

—Pobre de mí, señor Rius, sabe que no soy más que... Los señores Llobet, padre e hijo —y asomaba un instante la picardía a sus ojos— saben mejor que yo las ventajas y los inconvenientes, conocen...

—También ellos serán consultados, Pamias.

—Creo que sí, señor. Rius, hay un germen de descontento. Pero no tiene razón. Están... demasiado bien tratados.

—¿Cree usted?

Pamias se expresó en el sentido de que la masa obrera no tenía el menor derecho a las reivindicaciones que exigía. Era soliviantada sin escrúpulos por un conjunto de vividores que jamás habían trabajado y que hacían profesión de su demagogia. La cuestión social había sido ya suficientemente tratada y determinada por el pontífice, León XIII, y era imposible superar la claridad de los postulados de la Santa Sede. El arrobo de Pamias le permitía, al hacer esta afirmación, exaltarse, vocalizar con claridad, adoptar unas actitudes que nada tenían que ver con las del Pamias de las sumas en la oficina; en aquellos instantes dejaba en paz sus gafas y, ante la sorpresa de Rius, aparecía como un hombre de cultura y palabra nada vulgares. Concerniente al motivo concreto de la consulta, no podía responderle. Él se limitaría a cumplir las órdenes de pago, fuera cual fuere la determinación del dueño.

—Veo que tiene usted algunos libros.

—Lecturas, lecturas. Cuatro lecturas piadosas y algún libro de matemáticas, señor Rius.

Rius había hojeado brevemente un ejemplar de *Las Confesiones* de san Agustín.

—¿Qué quiere? La vida de un empleado, soltero. Por eso...

—Diga, diga, Pamias.

—Por eso duele más cuando... cuando ciertas personas lanzan su calumnia, su puñado de cieno.

—¿A quién se refiere?

Rius observaba ahora vivamente a ese hombre embarazado por la justificación.

—*Enojaos y no queráis pecar* —peroró de pronto—: He aquí la verdad —ahora susurraba, los ojos agudísimos tras las gafas—. *¿Hasta cuándo seréis de pesado corazón, hijos de los hombres?* —Se notaba que estaba en aquel instante enormemente desconcertado, tal vez porque hubiera hecho un esfuerzo demasiado grande; o bien en su inconexión había un punto de equilibrio, de locura—. Sí, ya lo dijo Él —y levantaba entonces su índice hasta casi rozar el rostro de don Joaquín, que se retiraba—: *Venid a Mí, los que estáis trabajados.*

Y sonrió:

—He aquí mis lecturas, señor Rius —concluyó, con el tono normal—; libros sacros, libros de álgebra. Ya lo dijo también: *Escondisteis estas enseñanzas a los sabios y a los prudentes y las revelasteis a los pequeñuelos.*

Rius se sentía en aquel instante agobiado por la incoherencia de las citas, por la

revelación de ese Pamias que acababa de surgir del alma del cajero y que se aproximaba a él, con los ojos agudos tras las gafas opacas. La luz, esa tenue luz de la bombilla y los ademanes de Pamias, arreglándose ahora nuevamente las gafas, frotando luego una mano contra la otra, pasando la diestra al cuello, que se pellizcaba, impelieron a Rius a despedirse como fuera.

En el instante en que se disponía a hacerlo quedaron ambos enfrentados, silenciosos, mirándose, como si en el interior de los dos hubieran desarraigado los caracteres, volatilizado las sustancias de los que estaban formados. No había en aquel instante en el que se miraban, dura y fríamente, el menor punto de contacto. El cajero parecía enormemente fatigado, don Joaquín lo advertía. Y él, Joaquín, se sentía en pleno desconcierto; no acertaba siquiera a hallar la forma de iniciar la despedida con aquel hombre que acababa de serle revelado, del que ignorara hasta el instante aquellos prontos y sacudidas. ¡Cómo, a través de la rendija abierta por las citas del cajero, habían aparecido fondos insospechados, honduras y simas de un alma que empezaba a singularizarse, independiente, monstruosa tal vez! Y eso, esa locura, era entonces algo más que una línea en una plantilla o un sueldo a fin de mes. «Quince, cuarenta y dos, sesenta y nueve, ciento tres, ciento setenta y siete: total, ciento setenta y siete». Pero más allá del total, siguiendo por el vértigo del susurro, deslizándose por la pendiente del monólogo, el espíritu libre se había deformado llegando a las regiones donde el asidero matemático hurga en el cosmos y se confunden las cifras puras con la danza de los astros, Dios con la nada.

Pamias le miraba con su sonrisa; iba a pronunciar, adelantando su mano como el hocico de una rata; entonces, inesperadamente, zozobró la luz, los cristales del balcón trepidaron ferozmente, a punto de estallar; todo quedó un instante como hundido, sacudido por una tremenda explosión que, sin embargo, no hizo mover a los dos hombres enfrentados. Devolvioles, únicamente, de un golpe, en un instante, a la realidad, al mundo concreto exterior, el de las bombas, el de la muerte, en la calle. Había sido una bomba allí cerca —tal vez a los mismos pies de aquel balcón.

—Yo soy uno de esos pequeñuelos, señor Rius... —prosiguió el cajero como si nada hubiera oído—. En mi vida todo es una línea recta así —y trazaba una diagonal en el aire—. *Cuando estéis al borde del abismo, llamadme...*

—Ha sido una bomba. Aquí mismo.

Le dejó precipitadamente. Bajó a toda prisa por la escalera; se sentía aún alterado por la extraña manera de mirar del cajero. Tropezó con un bulto y lo apartó, espeluznado. Detúvose en el umbral. Llevó las dos palmas de sus manos al rostro. Había en la calle un silencio absoluto y no se veía un alma, en la oscuridad. Lejano, oyó un lamento agudo. Una sombra penetró ahora en el portal de la casa. Él se apartó a un lado.

—¿Quién es usted? —inquirió una voz.

Temblando llevó la mano a la cartera y extrajo un *laissez passer* que le dieran en el Gobierno Civil. El policía lo leyó a la luz de una lamparita de bolsillo.

—Le aconsejo que no se quede aquí. Suba a su casa.

—Yo no vivo aquí.

—Pues vaya a la suya cuanto antes. Vamos a hacer una razzia a fondo. Apresúrese.

Salió y enfocó hacia la calle del Buensuceso. No se veía un alma. Al pronto notó que alguien le seguía.

—Señor Rius.

Apresuraba su paso, pero el joven Llobet le dio alcance. Rius, sin detenerse, se volvió.

—Yo también seguía a Pamias. La bomba ha estallado en la plaza del Buensuceso.

Apresuráronse por llegar hasta la plaza. Rius sentía miedo, inseguridad, no sabía por qué. La oscuridad le angustiaba. —No le autoricé a seguirme, Llobet. Creo que me está usted espiando. Su padre hace lo mismo. Déjenme en paz.

—Señor Rius, he indagado cosas atroces de Pamias. Van a detenerle. Cosas atroces.

Pasaron ante un bar de la calle del Buensuceso que se había mantenido abierto, con todas las luces encendidas. Del interior llegaba el campanileo ostentoso y monótono de un organillo-pianola, deprimente.

Llegaron a la plaza del Buensuceso. La plaza estaba solitaria. Solo en el centro, un grupo de policías rodeaba a un cuerpo tendido. En una de las escaleras de la iglesia había una mujer gimiendo. Rius y Llobet siguieron, cruzando la plaza, con la intención de ganar las Ramblas.

—¡Alto, de aquí no sale nadie!

Nuevamente Rius mostró sus papeles.

—Atrás, atrás. No hay salvoconducto que valga —ordenaba el inspector.

Retrocedieron nuevamente hacia la plaza, sumida en un silencio angustioso.

—Esa mujer, esa mujer está herida.

El bulto que gemía en las escaleras de la iglesia había rodado hasta la calzada.

Con la ayuda de unos agentes la levantaron. Rius y Llobet la llevaban de los brazos y los dos agentes de los pies.

—A la farmacia.

A desandar, en dirección nuevamente, a la calle de los Ángeles. Pero la mujer perdía fuerzas.

—Éntrenla aquí, en el bar.

La tendieron sobre dos veladores.

—Que venga el Viático —ordenó el doctor—. Aprisa. Lo está pidiendo y se nos va.

El dueño del bar intentaba parar en vano la pianola, que no cedía a la rutina de las perras gordas depositada antes de que la bomba estallara.

—Si no para usted ese trasto le disparo —clamó el inspector, fuera de sí,

zarandeando al dueño. Luego empezó a puntapiés contra el aparato.

Por la calle del Buensuceso se escuchaba la campanilla del Viático, cada vez más cercana. Sacerdote y acólito entraron en el bar. Hubo un silencio súbito. La pianola, en los límites de su cuerda, desfloraba ahora despacio y moribundos los compases de «El vals de la rueda», que, al fin, se acallaron; y resplandeció entonces la llamita de la vela y la del disco blanco de la Hostia. La moribunda—una mujer con mantilla, ya de alguna edad, que había llevado aún, en todo su drama, y sin saber cómo, asida la bolsa de hule de la que emergían unas legumbres tintas en sangre—, elevó imperceptiblemente su mirada; babeaba o balbucía; abrió el rictus de su boca, con sed de esa Sagrada Forma.

Rius había hundido su poderoso mentón en el pecho y su rostro entero estaba contraído, dolorido. Levantó entonces un tanto los ojos, pero no el cuerpo, que se mantuvo arrodillado; la mujer acababa de morir, el Viático había regresado a la iglesia. Y vio, apoyadas en el rincón del bar, detrás de la pianola, dos muletas pequeñas.

—Está usted afectado y conviene que volvamos, tal vez... —díjole Arturo, que deambulaba por el local, junto a la muerta, a la que habían cubierto el rostro con unos sacos.

Rius pasó su mano por la frente. Todo en su imaginación era entonces vertiginoso, inasible. Esas muletas correspondían a la estatura y al defecto del hijo de Campins; recordaba su mirada vivaz, su pelo ensortijado, el encono de su mirada y de la mirada de su hermanastra. Se levantó. Sobre una silla yacían el bolso y la bolsa de hule de esa desgraciada mujer, a la que los hijos estarían ahora aguardando en casa para cenar; las piernas no le llevaban. Apoyó su rostro sobre los brazos, en el mostrador de mármol. Llobet acercó una silla.

El amanecer ha sido lento. Rius se tendió, vestido, en su cama y pudo dormir tres o cuatro horas. Su dormir fue absoluto, total. Se lavó, cambió y desayunó. En el periódico leyó los titulares de una información, según la cual, mister Arrow, un detective de Scotland Yard, había descubierto la trama terrorista; no acertaba a leer bien, pero en la información había una fabulosa mezcolanza de temas: terrorismo, Escuela Moderna, Pamias, Soledad Villafranca, el atentado contra la pareja real, las logias y los estupefacientes. Apartó a un lado esa basura, con gesto de cansancio.

Se trasladó, fatigado, a la fábrica. Los grupos eran nutridos. Las revelaciones de Arrow eran leídas en alta voz por los obreros. El pasadizo que abrían al paso de Rius era más estrecho, más amigable, como si la inesperada irrupción de Pamias en los grandes temas del día creara una fusión entre el patrono y sus trabajadores. Era la comunidad de una popularidad que, del patrono a los trabajadores, repartía a prorrato sus beneficios por toda la fábrica. Pero Rius no recordaba apenas a Pamias. Los dos Llobet entraron con él en su despacho.

—Ocupe el lugar de Pamias, mientras resolvemos esto —ordenó al hijo del contable.

Este entró en el despachito del cajero. Al poco hizo su entrada nuevamente en el despacho de Rius, llevando consigo, con gran turbación, un sobre cerrado.

—Es de Pamias, para usted —y lo entregó a Rius.

Con gran tranquilidad, Rius, muy postrado, abrió el sobre, tras haber leído su nombre, escrito por Pamias, en la cara anterior de la envoltura.

Del sobre cayó un llavín, que el viejo contable se apresuró a recoger del suelo.

La misiva decía:

Admirado y siempre respetado jefe: Las circunstancias me obligan a abandonar momentáneamente mi trabajo —Rius tuvo que hacer un esfuerzo para alcanzar, violentándose, los conceptos—, lo cual hace que le devuelva el llavín de la caja que treinta años atrás me dio el difunto y llorado don Joaquín, depositando en mi modesta persona una confianza que no merecía. Señor Rius, debo decirle que he puesto al servicio de la casa mis conocimientos como cajero y he procurado ser digno de la memoria de su señor padre, y hubiera seguido ocupando mi puesto a pesar de todas las injusticias y de que determinada persona, cuyo nombre me guardaré de pronunciar, que con artimañas ha logrado seducir la joven voluntad de su jefe (que conste que no aludo al señor Llobet padre, persona de mi mayor consideración y estima, sino a alguien de su mismo apellido aunque no de su misma educación y compostura), que esta persona haya usurpado puestos que solo a mi correspondían en la empresa, por mi abnegación y espíritu de sacrificio y probidad a prueba de bomba. Pero, como le digo, eso no hubiera sido obstáculo, si fuerzas superiores no hubiesen reclamado de mí la más completa renunciación a las comodidades de la vida respetable de un cajero de confianza. Mi modestia ha sufrido mucho y solo pruebas irrefutables han podido convencerme de mi destino. La elección que sobre mí ha pesado me obliga a hacer entrega de mi persona para la regeneración de la sociedad y la nueva luz. La antorcha de los tiempos nuevos ha empezado a arder y siento su peso en mis impuras y miserables manos por el camino de la purificación universal, aunque duros de oídos se nieguen a su evidencia. Ni la muerte me espanta, pues conozco la liberación de los seres. El amor suprimirá el mal y no habrá fronteras ni diques para las almas. La Humanidad pasará por grandes pruebas, es necesario que pase por grandes pruebas, antes de la extirpación del cáncer corrompido, y el Eureka sobre la putrefacción, pero de ellas saldrá purificada en la claridad. La policía no podrá encontrarme vivo ni muerto. Supongo que designará cajero a ese joven, pero mi conciencia está tranquila.

Le saluda respetuosamente su atto. y s. s.

JACINTO PAMIAS.

Sentía desánimo y desazón al notar que la podredumbre llegaba hasta sus más cercanos colaboradores, al advertir que la lava de la revolución le asediaba ya.

Pasó el día desazonado, en su despacho. En el exterior chillaban los niños de los obreros y al otro lado trepidaban, infatigables, las máquinas. Pero parecía que algo faltara, esas sumas del cajero susurradas treinta años seguidos y acalladas ahora de manera tan inesperada, tan ridícula y atroz...

Por la tarde empezó a llover. Era una lluvia densa, que amenguó al anochecer. En los caminos cuajó el fango. Rius se dirigió a su casa, apesadumbrado. En ella todo le agobiaba. El recuerdo del tiempo, el de Mariona, los inmóviles muebles sin vida y el rumor de la lluvia lenta en el exterior.

Salió a la calle, lustrada por la fina llovizna, que era como de pulverizador, tenuísima. La salpicadura de las gotas en la piel mitigaba su dolor. Otra vez respiraba con pausa. El corazón ya no marchaba como antes. Es una máquina que empieza a descomponerse, pensó. Adormilado por la intensidad de sus sensaciones fue deslumbrado impensadamente por el brillo más intenso de algunos faroles, en el Paseo de Gracia, brillo irisado en la rumorosa y etérea llovizna, implacable. Su desazón se amortiguaba dificultosamente. Cerró su paraguas y lo colgó en su antebrazo. Le producía ahora un cierto goce adentrarse, con la frente libre a la lluvia, en la Plaza de Cataluña, inmensa, desguarecida, ridícula con las incipientes palmeras. Estaba casi solitaria, pero en Canaletas se diseñaba la sombra nutrida de las gentes, no se sabe por qué detenidas allí, en los charcos. Hace solo treinta años, pensaba, era eso el límite, casi un arrabal.

Desde esta lejanía veía moverse esos grupos, escuchó unos gritos, captó la rápida aparición de un jinete con un sable, más gritos. Todo nublado, difuso y blando en la noche. «Es una carga de la policía», pensó. Ensoñado, torció lentamente, las manos hundidas en los bolsillos del gabán, hacia la Puerta del Ángel. Allí la luz era más opaca, el agua de los charcos más espesa y en la calzada la incierta sombra de un tenderete de castañas, aterido, como una lámpara votiva en plena calle, cuajaba en diagonal el escaso lagrimón de una luz de acetileno. ¡Cuán intensa es la sombra de los muros con lluvia, en esas calles anchas del invierno! Solitario, al fondo, el siniestro farol encumbrando a la borrosa pulpa de su luz, y a la derecha, en la entraña sombría de un portal mal alumbrado, el susurro de dos sombras juramentadas, fundidas, el escorzo aciago de una pugna en la imposible entrega.

Por la calle de la Puertaferrija había caminado lentamente, muchos años atrás, sosteniendo el hacha en la procesión, y mirando a lo alto. Mariona reía en ese balcón. Ahora es un mar de sombras. En la desembocadura, el charol vacilante de la Rambla le devuelve la noción plena de la ciudad. Media docena de jóvenes, con los abrigos desabrochados, dudando inquietos entre huir o regresar, se yerguen mirando en dirección a Canaletas, atentos a la actitud de la policía. Ni la lluvia les calma, piensa. Pero hoy no hay himnos. No aciertan a cantar, bajo la lluvia.

Prosigue, con lentitud, por la acera izquierda de la Rambla. Los transeúntes se

guarecen bajo la marquesina del Liceo. No llueve, pero han quedado allí, retenidos. Él queda un instante, sin saber por qué, bajo la marquesina. De su lado parte, brincando como un insecto, un bulto blanco, y Rius se apoya violentamente en el muro. Recobra de pronto la noción de sí. El hijo de Campins, brincando con sus dos muletas, gana la calzada central de la Rambla y, veloz, se pierde por ella en la neblina, en dirección al Arco del Teatro. Rius siente frío, vuelve a caminar. Su paso es, nuevamente, de una gran lentitud. Se introduce en la calle de San Pablo. Una sombra le acomete. Es un hombre que oculta su rostro en las solapas del abrigo.

—Fuego, por favor.

Palpa los bolsillos de su gabán.

Rius hace un signo negativo; no, no, sigue andando. De los balcones trasciende una luz menguada. En un bar vociferan tres mujeres. Rius vuelve atrás y, en las Ramblas, apresura sin darse cuenta el paso. Frente al «Café de la Rambla» un policía le detiene.

—La documentación, por favor.

Se palpa los bolsillos. No la encuentra. Al fin da con ella. El policía parece auscultarle con los ojos. Se aproxima a la luz de un farol y le devuelve el papel.

—Apresúrese —le dice—. No se entretenga.

Cruza nuevamente la Plaza de Cataluña. Sus botas se meten; a traspiés, en los charcos. Él lleva ahora una de sus manos a sostener las dos solapas del gabán que cubren su cuello, pues el frío es intenso. Al entrar nuevamente en la calle de Caspe el panorama se le antoja familiar. Siente miedo de la noche, de esta noche. La vida es vacilante como la llama de un farol.

Dan las nueve en el reloj de la farmacia, cuando pasa ante ella. Al perderse el eco de las horas, fugaz en la neblina, un bronco estampido, único y atroz, hondo en la noche, quiebra imperceptiblemente el polen lento de la lluvia, a contraluz en el farol cercano. Después, el silencio, y el siseo súbito de una ráfaga de viento. Joaquín Rius está ya en la entrada. El portero, que cenaba en su garita, ha salido de ella, aturdido por la lejana explosión.

—Sí, sí, otra vez. Cierre el portal.

¡Qué noche triste, Señor, qué noche triste! Ten piedad.

VIII

DESIDERIO ESTÁ HECHO UN MOZO. Mientras su padre, obsesionado, ha pasado meses enteros sin verle más que apresuradamente, muy de tarde en tarde, su caballo «Jonny», al principio díscolo y nervioso, se ha amoldado a la doble presión violenta de los fuertes músculos del jinete. Se lo compró hace tiempo, al volver de Madrid, sin esperar a que Desiderio aprobara el curso —pero entonces, con «Jonny» en su ilusión, ya no le costó esfuerzo aprobarlo. Luego vino el verano y Desiderio y «Jonny» lo pasaron solos en Santa María. El chico se solazó cabalgando tres meses enteros. Creció, se ensanchó y su piel se hizo tersa, morena. Al volver al colegio había pasado en estatura a todos sus compañeros, excepto a Paco, que, a pesar de ser año y medio menor que él, no le iba a la zaga.

En noviembre, Desiderio se enteró de que su padre se había visto mezclado sin querer en un asunto extraño; que el cajero de su fábrica había desaparecido al descubrirse que estaba mezclado en el terrorismo y su padre había tenido que ir a declarar en el juicio. Su nombre había salido en los periódicos. Después, otra vez la calma, la soledad del colegio, las nubes transitando despacio en los ventanales.

Si don Joaquín no le hubiera tenido tan olvidado en aquellos dos últimos cursos, hubiera podido darse cuenta de que con la pubertad, el muchacho había adquirido un deje de imperceptible soberbia. Había intimado en el colegio con el sector de muchachos más distinguidos, con el *dandysmo* escolar. En su grupo estaban: Clemente Pidal, hijo de los condes de Z., un jovencito que se jactaba de que su padre le regalaría, el día que terminara sus estudios, nada menos que un globo aerostático, con el que participar en los concursos junto a los del marqués de Salvatierra, del duque de Medinaceli y al «Côte d'Azur» del Aero-Club de Niza; Bernardo Catasús y José Pérez Palau. Ambos presuntos propietarios de dos *voiturettes* Peugeot y Dion-Bouton, respectivamente, que estrenarían el día en que terminaran el Bachillerato, coches con los que se proponían participar en, el circuito de Sitges. La pasión de Desiderio eran, por el momento, los caballos. Compartían esa afición casi todos los de su «clan», que le consideraban el mejor jinete del colegio.

Los meses transcurrieron en esas sensaciones. Lejano, el estampido de la bomba hacía zozobrar una noche los ánimos. Al día siguiente la vida se normalizaba. Barcelona se iba habituando a las inquietudes. Había en ello una suerte de indiferencia o de abandono. Ha llegado Su Majestad el Rey. Rius lee la reseña en el diario, mientras desayuna. Sesenta automóviles de turismo, en doble hilera en la calzada de la Plaza de Cataluña, han ribeteado su tránsito hasta Capitanía General, donde se hospeda, y han causado la admiración de los bobos. Su Majestad ha dado el

primer golpe de piqueta en las obras de la Reforma, la Gran Vía «A» de Barcelona. Por la noche hay concierto de gala en el Liceo. A la madrugada estalla una bomba en una grúa del muelle. A las diez de la noche del día siguiente otra en el conducto de aguas pluviales de la Muralla. Al tercer día una tercera estalla en el carro blindado, cuando se la conducía, con lujo de precauciones, al campo de la Bota. Al cuarto día caen las víctimas en la Plaza de la Boquería, donde estalla un tremendo explosivo a la hora de mayor animación. .Y se entra en el mes de abril. Los puestos de flores de las Ramblas recobran su lozanía primaveral. Los estudiantes empiezan a abrir los libros ante la proximidad de los exámenes. Las damitas pasean por el Paseo de Gracia, atentas a la mirada de los caballeros bajo sus grandes sombreros con plumas, enmarcados sus rostros en el tul, que una brisa amable eleva lentamente. Los primeros automóviles —aquellos heroicos sesenta— hacen encabritar a los caballos y a los cocheros. Pasan, raudos, a quince por hora. Los *chauffeurs* sostienen el volante como si llevaran un *pudding* en una enorme fuente. Dimite el alcalde, por voto de la mayoría, que le censura haber solicitado de Su Majestad que inaugurara personalmente las obras; pero los concejales le visitan particularmente para rogarle que retire la dimisión y, a la postre, accede.. A los cielos de Barcelona, a esos innumerables cuadriláteros de los patios del Ensanche llegan, estruendosas, las golondrinas de turno...

Pero no solo ha intimidado Desiderio con Paco Fernández en el colegio, sino que ha ido con él, algún domingo en que han tenido salida, a las meriendas que, de vez en cuando, dan en casa de Clemente Pidal a los amigos del chico. Y ahora, además de «Jonny», empezaban a habitar en el recuerdo de Desiderio imágenes concretas, dulces y sorprendentes.

Llenaba en aquel instante su recuerdo la voz de Crista —hermana menor de Paco —, su coquetería incipiente. Había estado bailando en casa de unos amigos; en el rigodón Crista había apretado su mano de manera que él se sintió un momento suspenso en el límite de los cielos. Esas entregas habían sido lentas, largamente fraguadas; Desiderio había creído sentirse mal de tan violento que le había sido moverse, hablar, reír con los demás. Al ofrecerle Crista, a media tarde, un dulce, su mano temblaba.

—Tómalo —le dijo.

La natilla fue, íntegra, a parar a la alfombra.

—¡Qué torpe soy! —dijo él.

Ella volvióse de espaldas, pero antes de hacerlo del todo, le había estado mirando fijamente; lo último que se volvió de espaldas fueron sus ojos.

El, entonces, se aproximó a sus espaldas. Con su vientre y su pecho rozaba casi el torso de la chica. Ella lo sabía; respiraba desordenadamente. Sin inmutarse, hizo que su mano descendiera y se puso junto a la de él. Desiderio recogió aquella mano.

Cualquiera que los hubiera visto hubiera notado que ambos estaban pasándolo muy mal. A Desiderio le ahogaba el enorme cuello, al que llevó un instante su mano izquierda. Creyendo Crista que retiraba también la otra, la retuvo, apretándola firmemente. Cuando la izquierda de Desiderio descendió nuevamente, animada por la efusión sorprendente de Crista, se posó en el talle de la adolescente y luego quedó, quieta, en su muslo. Ella quiso retirarse, pero no lo logró. Sin darse cuenta de lo que hacían, estaban devorando fuentes enteras de natillas, como autómatas.

Paco se había perdido en un rincón, en compañía de una prima de los dueños de la casa. A la salida estaba desenchajado. Crista hablaba ahora con Desiderio con un lenguaje distinto. Su voz, al dirigirse al chico, se tornaba imperativa, dulce y confidencial. Lo que ella decía, con palabras sueltas, solo ellos dos podían entenderlo. Esa «clave» no era exclusiva de las cosas que solo les incumbieran a ellos dos, sino que era válida en los temas generales. Al comentar si hacía frío o calor, al decidir si irían a casa a pie o en coche, Crista y Desiderio parecía que, en voz alta, hicieran un «aparte», como un biombo de palabras en el que ocultar a los demás la mitad de sus almas. Desiderio sentía que eso era delicioso.

—¿Y esa señora que acompañaba a Paco algunas veces? —inquirió don Joaquín una tarde de domingo a Desiderio, en Sarriá.

—¿Su hermana mayor? Está con sus padres en Viena —contestó Desiderio.

—¿Cómo vas de ropa?

—Voy bien, papá, gracias.

Lo había dicho así para que su hijo no pensara que concedía demasiada atención a la hermana mayor de Paco.

En la tarde de ese domingo, al llegar a su casa, de regreso a Sarriá, encontró Rius un papel del notario Fortuny rogándole pasara después de cenar por el Círculo del Liceo. Hacía algún tiempo el hijo del notario había hablado de las gestiones que un grupo de «gente de orden» hacían para conglomerarse «vis a vis» del terrorismo. Rius presumió que se trataría de hablar de esos proyectos.

Había estado muy pocas veces en el Círculo, del que era socio desde el año dos. Pero los criados eran, por lo visto, buenos fisonomistas. El lustre mate de las verdes libreas entonaba con el de los cortinajes, y con el silencio y la iluminación, dosificadísimos. Entregó gabán, sombrero y guantes y se encontró con don Wenceslao Arola, de la Cámara de la Navegación; le saludó y entraron juntos en la sala.

—Han atentado contra Cambó. ¿Lo sabía? —informó Arola.

—¿Cómo? —inquirió, alarmado.

Desde aquel lugar se escuchaba la música que se desgranaba en la sala. Música rimbombante y vacía, sonora.

Sentáronse en los butacones.

—No sé. Me ha enviado recado Fabr , que ahora vendrá.

Pidieron unos cafés. Arola era un hombre rico, muy amigo del rey; era uno de los nombres más ilustres que se barajaban en la candidatura que preparaba «Solidaritat Catalana». A pesar de ser joven aún, tenía el pelo cano; sus maneras eran distinguidas. Vestía admirablemente, siempre con cuellos altos y corbata gris. Unas gafas, que no usaba apenas, colgaban por un hilo de seda de su chaleco. Las llevaba —se decía— para jugar con ellas haciéndoles dar vueltas sobre un dedo.

—Eso es muy grave.

La música hacía sus lamentos de final de acto, lejana. El mayordomo había pasado por el salón, para dirigirse a abrir la gran puerta de acceso al Círculo, que comunicaba con el Liceo.

Irrumpi o ante ellos el espectáculo de aquella dependencia del Gran Teatro.

— Sabe desde cuándo no he visto este salón? —exclamó Rius levantándose, visiblemente alterado, de su butaca.

— Desde cuándo?

Decía absorto:

—Desde la noche de la bomba.

Arola advirtió su conmoción.

—Perdió aqu a a su esposa,  verdad?

Rius, atónito, exclamaba:

—Así fue.

Se dirigió hasta el pasadizo que comunicaba con el teatro. Arola le siguió.

La visión del «fumoir», a través de los años transcurridos, no le causaba ahora zozobra alguna. Parecía que todo se hubiera fosilizado definitivamente en su interior, que evocara su prehistoria.

Pero caminaba como impelido, casi ilusionado.

— Conoci o usted a Pepe Dolz? All  murió —dijo, señalando el sofá del  ngulo—. Yo fui el último que le vio con vida. A poco advirtieron que se dirigi a al Círculo el tartamudo Alberto Miret, secretario del Instituto Agrícola.

Les saludó. Venía resoplando. Acababa de ser informado.

— Tienen ustedes nuevas noticias?

Rius parecía no participar de su conmoción.

Del Liceo entraban, alarmados, los socios del Círculo, para inquirir novedades sobre el estado de Cambó. Tristán Fabr , el diputado, íntimo amigo y correligionario de Cambó, estaba afectad simo.

—Pero,  c mo ha sido?

—Lo han acribillado a balazos, en Hostafranchs. Salmer n y él están heridos. Gamb  muy gravemente.

— D nde está?

—En la clínica de Fargas.

— Se le puede ver?

Rius se había distanciado.

—Vivimos a la merced de esos jóvenes bárbaros. Eso dama venganza.

—Cálmese, Fabrè —aconsejaba don Nicasio de Fortuny, que acababa de entrar y saludaba a Rius.

—Estamos perdidos —concluía Fabrè, desesperado, rendido, en un butacón. Junto a él se aglomeraban los amigos que llegaban de la sala, a inquirir noticias. Bajo el almidón de las pecheras hervía la indignación.

—Al contrario, Fabrè. Por si no bastara, eso inclinará aún más a la gente en favor de la candidatura de la «Solidaritat».

—A costa de la vida del hombre más extraordinario de España.

—Es probable que no, Fabrè. Tiene un temple de acero y Fargas sabe extraer las balas.

En aquel instante avisaron que un coche aguardaba a Fabrè. Don Nicasio y él se trasladaban en el acto a la clínica.

—Venga usted mañana a casa, Rius. ¿Le importa?

—Veré si puedo.

—Vaya usted sin falta, Rius.

—Allí nos veremos —respondió, concentrado.

Poco a poco el Círculo volvió a quedar sumido en su silencio, en la mate tonalidad de las libreas, de la luz, de los cortinajes. En la sala, la música, lejana, batía de nuevo furiosamente.

Había quedado hundido, meditativo en una butaca. Estaba completamente solo. Los amigos habían llegado y se habían marchado sin que su presencia lograra incrustársele en los sentidos. Le latía en el pecho algo muy alejado a la realidad. Era como si el polen granate de la sala le inundara.

Adentrose en las dependencias del teatro. Advirtió su rostro reflejado en los espejos. Se aproximó a uno de ellos. Estaba, de pie, en el centro de la solitaria sala de fumar. Sí, había envejecido; ese espejo del Liceo se lo echaba ahora irónicamente en cara. Parecía como si ese Joaquín Rius abúlico del espejo le dijera: «Llevas un panteón en el alma, Rius... Anda, ve al palco, ábrelo, barre los fantasmas». Caminó. Escuchaba a ese otro Rius.

—Soy el dueño del once. —El ujier saludó con una inclinación de cabeza—. Haga el favor de abrirlo.

Jadeaba. Entró y, aturdido por la música, se sentó en la banquetta, en el antepalco.

La música, densa, espesa, irreparable, dejaba filtrar, flotando en el aire, el clima de los susurros, la atmósfera entera, peculiar, entrañable, de la sala. Allí estaba el Gran Teatro, del que solo le separaba la opaca cortina de terciopelo. Allí estaba ese mundo, ese cebo del vértigo, esa sima de la vanidad, esa hondonada del desvarío. Sentía dentro de sí abrirse una quebradura mortal. Perdida por entero la noción de los años, una voz, un soplo helado susurraba algo, algo espantoso, junto al oído.

Apartó levemente, con el índice, la cortinilla. Allí estaba, allí estaba. Vio una raja

de teatro, de arriba abajo. La suficiente para que el Liceo entero, tal como él lo recordara y viviera, le derribara nuevamente. Sí, casi como entonces, sin remisión, al pie de una butaca. Ese murmullo que le llegaba de fuera le absorbía, y en la ventolera de la música, en la transparencia oscura del aire, que mecía en la densa penumbra de la sala los ademanes de las gentes, revivía el desvanecimiento de las siluetas femeninas en su suerte de deleznable arrobo, el mismo reclinar sobre la palma de la mano la frente de los atildados, graves caballeros; la carne de los escotes, el titilar de las joyas, el perfume de las mujeres. Todo igual.

¡Todo igual!

Levantose. Era una punzada atroz en el corazón. Instintivamente se dirigió a la escalera principal. Estaba ya en el primer peldaño, pero hubiera caído por ella.

Las perlas del collar, saltarinas, ganaban el rellano, se perdían, muertas ya, en la mullida alfombra.

—Rius.

Era una voz conocida.

—¡Rius!...

La mano del viudo Rius no se movía yerta, apretada al pomo de la baranda, más blanca que aquel mármol.

La efusión del recién llegado era sincera.

—¡Años, años sin verte! ¿Has leído? ¿Te has enterado de lo del...? Se arrancó, con lenta aspereza, de aquella mano.

—Déjame en paz, Tell, déjame en paz.

Y, vacilante, sé apartó de la escalera. Cruzó el «fumoir». Entró nuevamente en el Círculo.

«¿Me quieres, Joaquín? Dímelo, de verdad...». Era aquel soplo helado, era la voz, el alma de Mariona. Respiraba con extrema dificultad.

Antes de salir a la calle, permaneció sentado en la butaca largo rato, ahogando en la garganta un sollozo que no llegó a nacer.

La casa del notario don Nicasio de Fortuny era una amplia torre, abocada a Barcelona, desde los ventanales de la cual avizorábase, rendida, la ciudad, bajo el polvillo y el humo del atardecer, que estanca una nube rosa sobre el azul lejano del mar. Eucaliptos gigantes sombreaban las paredes de aquella casa señorial, inundándola de rumores. La tapicería de las butacas se tornasolaba a rastras del atardecer. Cuando Rius hizo su entrada estaban sentados, junto a don Nicasio, cabe la chimenea, encendida aún a pesar de la primavera naciente, don Tristán Fabrè, don Alberto Miret y un caballero de rostro noble y silencioso con negra barba, bien ajustada al mentón.

Los reunidos levantáronse.

—Estoy contento de que haya venido usted —expresó don Nicasio. Acto seguido:

—Le presento a don Juan Maragall.

Rius quedó como amilanado por la presencia del gran escritor. Pero la naturalidad de este, sus ademanes lentos y corteses le conquistaron a la propia naturalidad.

—¿Cómo sigue Cambó? —inquirió.

—No le han encontrado la bala.

Rius observaba al escritor. Había un cariz personalísimo en su mirada: una mezcla de tristeza y de agudeza, de profundidad y de ternura. La ancha frente era una nota de pasmo, de serenidad, en la fisonomía.

—Ha venido usted en un día señalado, Rius —expresó Fabrè, los rasgos de cuyo rostro y aun la inflexión de su voz indicaban su fatiga. Fabrè había velado toda la noche en la clínica—. Va a venir con Arola el señor Prat de la Riba.

—Arola ha visto esta mañana al gobernador —expresó Fortuny—. Ha dicho el gobernador que es impotente para atajar el mal. La Policía no sabe por dónde anda. Esta es la realidad.

Don Juan Maragall exclamaba clara, pausadamente:

—¡Pobre ciudad, pobre Barcelona!... A veces me pregunto qué culpas está pagando... ¿No os habéis fijado? En días así parece como si estuviera un poco pàlida.

Su superioridad se marcaba en la aparente abstracción para el pronto contraste de su intromisión, casi turbulenta, y de pronto calmada, en el diálogo.

—Todo está igual, si se quiere —proseguía con lentitud—. Las tiendas bien abiertas, las gentes por las calles a sus compras, a sus negocios, ni más aprisa ni más despacio, el ruido igual de tantos carruajes...

La línea de sus afirmaciones era una límpida parábola. —...Pero... no sé... parece que se vean más hombres... o menos mujeres... Y en la plaza faltan muchos niños...

Los leños crepitaban; era una emoción reprimida la de aquella voz al decir:

—¡Cómo se echan en falta los niños en las plazas! ¡Ver a los niños en la plaza pública da una confianza, una alegría! Pasó su mano por la frente.

Y de pronto había un airón de brusquedad contenida en sus manos.

—Cuando los niños no están, su vacío parece llenarlo el miedo.

Daba la impresión de que más fuertes que la fuerte pasión que debía albergar aquel corazón de hombre eran las jerarquías que en su razón había establecido una vida de reflexión, de serenidad; fuerte, bella y augusta como el tronco de los eucaliptos de San Gervasio, donde, a su vez, y no lejos de la casa de don Nicasio, vivía el escritor.

—Las bombas salen de Barcelona, se fabrican aquí, se cargan con pólvora en Barcelona, estallan en nuestras calles y hacen víctimas barcelonesas. Tenemos que enfrentarnos con eso —dijo, de pronto, enérgico, Fabrè.

La doncella anunció la llegada de Arola con el señor Prat de la Riba.

Hicieron su entrada en la sala. Prat era un hombre grueso, sanguíneo. Sus gafas no mitigaban una mirada aguda, inquieta.

—Buenas noticias —dijo al llegar—. Cambó supera eso.

Paseó, nervioso, antes de sentarse. Había saludado a todos y le fue presentado Rius. Se dirigió al ventanal y desde allí, mirando la extensión de la ciudad:

—En una ciudad así, con la agravante de ser una ciudad improvisada —dijo, ya más lentamente, bajando el tono de la voz—, el Estado debiera tener un cuerpo de vigilancia numeroso, inteligente, bien pagado, que supiera descubrir la preparación de los atentados, como en Londres o en París.

Se quitó las gafas, que limpiaba con su pañuelo y con los ojos casi cerrados por la violencia de mirar sin ellas, se volvió hacia los circunstantes.

—Pero no es así. En esta ciudad, que da cada año una millonada para sostener las cargas públicas, el Estado sostiene nada más que ciento setenta agentes de vigilancia desconocedores del país, mal pagados, sin medios de investigación, sin preparación previa, solo buenos para detener a maleantes o a criminales vulgares.

—¿Qué se proponen? ¿Qué quieren? ¿Contra quién o contra qué van... esos? —clamaba Arola—. Nadie lo sabe.

—¿Esos? —intervenía, calmamente, Maragall—. ¿Por qué no puede ser uno solo? —se acariciaba la barba—. La cosa es fácil. Uno solo por el simple gusto de hacer el mal, como un demonio. Es eso, el terrorismo. Un chorro de agua en un nido de hormigas; un escopetazo de perdigones en un árbol lleno de pájaros; ¡qué!, una pedrada en un cristal muy grande y muy brillante, tentador. Todos tenemos algo de demonio, pero algunos lo tienen todo. Uno solo entre medio millón, y basta. Buscadle —decía—. Una aguja en un pajar. ¿La encontraréis?...

—Me duele la cachaza de Barcelona —aseveraba Prat tras un silencio, deambulando nuevamente—. Se habla con satisfacción, con orgullo, de que el Liceo brilla con todo su esplendor al día siguiente de cada catástrofe; de que las procesiones están más lucidas y concurridas después del atentado de los *Canvis*. Eso quizá sea digno de valor individual pero es una ostentación estéril y perjudicial. Borra el saludable terror de los primeros momentos y malogra la reacción en el mismo momento de iniciarse. Valdría más que el instinto de conservación saltara con furia.

—¿Y no aprobó el Gobierno —inquirió Rius— una organización de la Policía barcelonesa?

—Sí —indicaba con inflexible memoria, don Nicasio de Fortuny—. Acuerdo del 4 de octubre del año cinco, y decreto publicado en la *Gaceta* del 10.

—Aquella reorganización pomposamente anunciada —prosiguió, airado, Prat— se tradujo en la llegada a Barcelona de una comitiva de desgraciados, reclutados entre los recomendados de los políticos de Madrid, desconocedores de Barcelona, del catalán, y con la noción de acabar de entrar en el escalafón del Estado. Es decir, con la sensación de descanso merecido. Todas las energías las habían gastado para que les admitieran en el Cuerpo...

Volvía a limpiar sus gafas.

—Moret hizo prodigios de retórica defendiendo cosas contrarias a su conciencia.

Ya hemos visto de qué sirve su clásica panacea: la suspensión de garantías; y ya hemos visto de qué sirvieron los cuatrocientos policías que nos envió desde Madrid. El ilustre jefe de la flamante Policía, el conde de Romanones, lo confesó claramente en el Congreso; cuando los anarquistas le digan dónde tienen instalado su taller, entonces sus policías evitarán las bombas.

La luz se hacía más tenue. El atardecer acentuaba los perfiles de los reunidos.

—Esas bombas periódicas —intervino Maragall— son una especie de *memento horno*. Son una familiarización con la idea de la muerte, que comunica una gran seriedad a todos los actos de la vida; y esos discursos de que usted, Prat, hablaba, proclamando la inevitabilidad de los más tremendos atentados y tomándolos a broma, constituyen un *trágala*, un revulsivo social de primera fuerza. Toda la gracia está en eso —concluía irónicamente—, en que los que quieren exasperarnos nos tranquilicen, y los que debieran tranquilizarnos nos exasperen.

Se levantó de su butaca. Se aproximó, en tensión, al ventanal.

—Vean —dijo—. ¿Qué impresión le produciría al que no conociera Barcelona, verla así, desde la altura? —y señalando la ciudad, rendida a su mirada—. Según cómo la mire dirá: todo son fábricas; y según cómo, todo son conventos; dirá que las calles son grandes, que los edificios son artísticos; o nos tachará de sucios o de barrocos. Si ve esas casitas de recreo de ahí dirá: ¡Qué pueblo mezquino y atrasado! Si pone sus ojos en la mole de la Sagrada Familia: ¡Qué gran pueblo, cuyo espíritu vive ya en el porvenir! Y ese forastero que vea Barcelona así, total y contradictoria, que vea en actividad tantas sociedades, agrupaciones, fomentos, tantos ateneos, academias y escuelas, tantos orfeones, montepíos, círculos, centros y casinos, seguramente más que en Londres o en Berlín, creará quizá que Barcelona es una ciudad en plena cultura. Y ¡no!; es una ciudad en pleno empuje, es la ciudad del porvenir. Esa es su grandeza actual, no la otra. Se retiró del ventanal. Se volvió a los circunstantes:

—¡Hacer! Aunque sean locuras, mientras sean grandes y generosas... Barcelona no es aún ciudad, una *civitas*. Es una acción, un empuje.

Don Nicasio habló de las conversaciones que había sostenido para la organización del Somatén. Acordaron que se hablaría de ello después de las elecciones.

—Yo creo que somos bien poca cosa los padres de familia para defender la tranquilidad y el orden de un país, para plantar cara sin ayuda de nadie a los ladrones y a los pistoleros —afirmaba amargamente don Juan Maragall.

Rius salió de casa de don Nicasio acompañado de Alberto Miret y de Arola. Llegó el grupo a pie hasta la calle de Aribau, donde Miret y Rius subieron a una «catalana». Arola se despidió de ellos.

Descendieron del carricoche en la Plaza de la Universidad; se disponían a despedirse cuando advirtieron un griterío y carreras de los transeúntes; venían de la

Plaza de Cataluña. Entraron, mordidos por la curiosidad, hacia ella por la calle de Pelayo.

—Parece que hay palos.

—Eso parece.

Y se apresuraban.

En efecto, en el centro de la plaza un grupo numeroso y heterogéneo cantaba *Els segadors*, al par que recibía considerables silletazos y estacazos de otro grupo, no menos nutrido. A ambos bandos de ese campo de Agramante se sumaban por momentos elementos de refuerzo, de forma que el lío parecía llegar a su cenit en el momento en que Rius y Miret desembocaban a la plaza por la calle Vergara, con expectación.

—No... no se acerque demasiado, Rius, no... no vayan a darle. Pero Rius, haciendo caso omiso del tartamudo Miret, atravesó la calzada.

Los sombreros eran disparados al aire.

—Los ánimos están excitados —reseñaba un espontáneo—. La manifestación pasaba por allí, y desde aquella acera han empezado a apedrearla. Luego les han quemado la bandera y... *ja hi hem sigui*.

En aquel momento, ruidosamente, con lujo de silbatos y voces, llegaba la Guardia de Seguridad. El galopar de los caballos percutía sobre el empedrado. En un santiamén quedó despejada la plaza. Los dos grupos contendientes eran en aquel instante como un flechazo de celeridad.

Pero no había concluido. Ya en la calle de Vergara media docena habían insinuado los primeros compases del himno. Abucheados desde la entradilla de «Eldorado», dirigieron allí en actitud hostil; cuando compareció un guardia de a pie que, sable desenvainado, empezó a dar cintarazos al aire. Uno de los barítonos se retiraba acariciándose no ciertamente la garganta.

Pasaron dos guardias de a caballo por la acera; desde la esquina fueron obsequiados con estruendosos silbidos. No se dieron por aludido. Cinco voces de un improvisado orfeón vociferaron, entonces, al unísono:

—¡Gu... tie... rres!

Uno de los guardias se volvió.

—¡Gutierrez! —repitió, solitaria, una voz rezagada. Se dio por aludido. Ceremoniosamente se dirigió, sin descabargar, al lugar aproximado de donde creyó partir el denuesto. Que era aquel desde el que justamente estaban presenciando el curioso espectáculo Miret y Rius.

—¿Quién ha gritado?

Silencio en la media docena de circunstantes.

—Acabe esa sonrisita, joven —dijo dirigiéndose a Miret.

—Yo no... no reía, se... señor guardia.

—Apuesto a que ha sido usted el que ha gritado.

—No, se... señor, no; Di... Dios me libre... —afirmaba el tartamudo Miret, más

muerto que vivo.

—Pues, ¿qué hacen aquí? ¡A casa todo el mundo, a casa!

—Sí, señor, pero... ¿por dónde? —La plaza era, en efecto, poco propicia a una travesía.

—Por donde les venga en gana. Y nada de risas.

Empezaba a alejarse. Se volvió nuevamente.

—¿O será mejor que vengan al cuartelillo conmigo?

En un instante los seis mirones habían desaparecido como alma que lleva el diablo. Miret y Rius se despidieron en la Gran Vía.

No se aplacó su mal humor en toda la noche. Cenó sin ganas y se retiró a su cuarto. No podía dormir y entró en su despacho. El silencio de aquel aposento le hizo abrir el balcón. Hacía frío, pero no podía permanecer encerrado ni salir a la calle. Se puso el abrigo sobre el camisón. Sacó un sillón al balcón y buscó una manta. Se abrigó bien con ella y, apoyando los pies en una banqueta, permaneció allí, casi tendido, largo rato. La noche era lustrosa; las estrellas brillaban, límpidas. Pero ¡tan lejanas! Había en aquella noche transparente y oscura un silencio profundo, casi tangible. La ciudad, tras la barahúnda, dormía como un niño rendido de jugar. Solo se percibía el titilar del farol del sereno y el picar de su palo, de su inútil lanceta sobre las baldosas de la calle. Pensaba en la conversación de la tarde, en aquel: ¡hacer, hacer! de don Juan Maragall. Sí, todo demasiado aprisa, vertiginoso, mal digerido. «Todos». En ese «todos» estaba Barcelona. ¿Quién fabrica las bombas, quién las coloca? Todos. ¿Quién ha silbado contra el policía? Todos.

Todos, todos, todos... Pero con su ritmo en ese silencio de la ciudad, fatigada de sus delirios, el golpear de la lanceta del sereno le recuerda que hace solo poco más de veinte años —¡y sin embargo, cuántos años ya!— se escuchaba sobre la acera tersa el ritmo de su caminar, en la madrugada. No, entonces no existía ese «todos». Su padre y él, solos día tras día, año tras año, de la calle de la Paja a la fábrica... Quien escuche ese rumor, ahora el de la lanceta del sereno, anacrónico y como sepultado en la inmensidad de la urbe, pensará: «¿Se ha ensanchado la ciudad o se ha empequeñecido?». Al ensancharse Barcelona, parece como si los barceloneses se empequeñecieran. ¡Cuán lejos de sí misma está la ciudad, en una mezcla horrenda de pasiones, de egoísmos! ¡Hacer, hacer! Los ruidos más nobles —los de los herreros, los de los carpinteros, las campanas de los conventos y el caminar de los madrugadores— quedan apagados en el griterío ensordecedor de esa Babel que crece. ¡Y cómo se encuentra, no obstante, el alma de la ciudad cuando renace su benemérito silencio! El alma de la ciudad defendida por esa anacrónica lanza, titilando en la luz del farolillo, a punto de apagarse...

De día, no se oye a dos travesías el estallido de una bomba; y ahora, en la noche, parece que podría escucharse de calle a calle, de plaza a plaza, el suspiro de los

moribundos, el llanto de los niños que acaban de nacer. Ese rumor nocturno del silencio es la respiración de la ciudad dormida: el trasiego incesante de las almas que llegan y de las que se van. Y las estrellas, límpidas en lo alto, en lo más alto...

El domingo por la mañana, después de misa, dirigióse a su colegio electoral. Justamente estaba de presidente de mesa don José Oriol Borrás, el agente de Cambio y Bolsa.

—¿Cómo va la votación? —preguntó al depositar su voto.

—No se puede saber, tan temprano. Por lo que aquí hace y según las noticias que tengo, parece que la victoria de la «Solidaritat» está descontada.

La victoria de «Solidaritat Catalana» fue aplastante. Ya a media tarde del domingo empezaron a circular por las calles grupos de manifestantes que, bandera y grito en ristre, se dirigían al local de la «Lliga», donde pensaban exteriorizar su regocijo. Decíase que el conglomerado había obtenido el copo absoluto en los 44 distritos de las provincias catalanas.

Al salir de su casa, para pasear un rato y presenciar la animación, detúvose nuevamente un momento en el colegio electoral.

Acababan de hacer el recuento. En su colegio nadie —díjole Borrás— ni uno solo de los electores había votado por la candidatura radical.

—¿Y el resto?

—No sé nada.

Dirigióse al local de la «Lliga». Estaba ya oscureciendo. Era imposible pasar. Los curiosos, los manifestantes, centenares y aun millares de hombres, con los primeros sombreros de paja de la temporada estrenados para el vitor de la jornada electoral, se apretujaban en las proximidades del local, a la luz incierta del gas de los faroles, en el charol tenebroso de la calzada.

Rius buceó e intentó abrirse paso. Un coche de caballos descendía en aquel momento y la muchedumbre se apiñó en su contorno.

—Dejen paso, dejen paso.

Una pareja de guardias urbanos a caballo se puso ante el coche, precediéndole, para abrirle camino. Otro le seguía ahora, a corta distancia.

Dos individuos, codo a codo con Rius, prorrumpían en gritos hasta desgañitarse. Irguióse, en el coche, opulenta, desbordante, sombrero en mano, la humanidad de Prat de la Riba. Los fanáticos se encaramaban al estribo. Rius se hallaba mezclado, sin querer, en aquella turbamulta, que le zarandeaba.

—¡Victoria, victoria! —y la voz de Prat no se dejaba oír. Empezó a dar codazos, sin contemplaciones.

—Déjenme pasar, por favor.

—Venga, venga, Rius —era Fabré, quien, gritando, le había distinguido desde el balcón del entresuelo.

—No puedo —gesticulaba Rius.

Envió en su auxilio a uno de los urbanos.

Sacudiéndose la americana se encontró, sin saber cómo, en la entrada del local, guardada por urbanos de gala.

—Hemos ganado, Rius. Una victoria absoluta. Cuarenta y uno de los cuarenta y cuatro distritos. Lerroux no se ha llevado ni los restos —le comunicaba, fuera de sí, un desconocido.

Prat de la Riba, erguido sobre el asiento del coche, saludaba con el sombrero en alto.

La muchedumbre arrancó con *Els segadors*.

Fabré se llevó a Rius al interior.

—No podíamos esperar tanto, Rius; esto ha sido enorme. En el exterior sonaba el:

Bon cop de falç!

Bon cop de falç!

—Hay que saber aprovecharlo. Ahora sí que si no hacen ustedes una cosa en serio no tendrán perdón de Dios.

—Haremos cosas grandes, grandes, Rius. ¿Usted sabe la fuerza que eso representa? ¿La renovación que introduciremos? ¿El aire fresco que llegará al Parlamento?

—Ánimo, ánimo, Fabré. Mi enhorabuena más cordial.

Qui t'ha vist tan rica i plena!...

Fabré le abrazó, por hacer algo con su emoción.

—Ya está aquí, ya baja.

Salieron al balcón; Prat había conseguido en aquel instante, ante la puerta, descender del coche.

Al llegar a los locales del partido, los abrazos, las enhorabuenas, los vítores se multiplicaron. Don Enrique Prat estaba desbordante. Le sentaron, vacilante él, en un sillón. Su respiración era entrecortada, defectuosa, de apoplético. Se quitó las gafas, ya sin aquel ademán rápido de unos días atrás, sino con un temblor fuerte, lento, de las manos hinchadas. Sacó su pañuelo y las limpió. Después, ese pañuelo se lo pasó por los ojos. No acertó a hablar.

De pronto se levantó, con presteza.

—¿Han telegrafiado a Seo de Urgel? —inquirió, nervioso—. Faltaban unos datos.

—Sí, señor Prat —apresurose a informar un joven—. Victoria absoluta.

El líder volvió a sentarse, aplastado por el cansancio.

En mayo, Desiderio, tras muchas noches de vela en el colegio, aprueba el quinto curso de Bachillerato. Su padre, que avisado por los escolapios de cierto abandono por parte del muchacho, había prohibido se hiciera uso de ninguna recomendación, al conocer el resultado satisfactorio se enorgullece de él. Sus empleados íntimos, del contable al cajero, testigos de su inquietud, le felicitan. Don Joaquín invita a la familia del contable a acompañarle a la fiesta de fin de curso en Sarriá.

Era una tarde de domingo prodigiosamente luminosa. Don Joaquín se dirigió en coche a recoger a la familia Llobet y, en el mismo coche, trasladáronse todos a Sarriá. En el amplísimo patio del colegio los alumnos ejecutarían sus ejercicios rítmicos, sus acrobacias gimnásticas, sus torneos de esgrima y la heroica «Cabalgata de la rosa», broche de la fiesta.

Los invitados, en gran número, ocupaban los palcos laterales del patio, sobre un entarimado. Joaquín advirtió la calidad de las gentes congregadas. Desde las noches del Liceo no se había sentido en contacto con esa sociedad.

Los Llobet daban la impresión de haber quedado muy apocados, especialmente doña Eulalia. Arturo y su novia, Gertrudis, se movían con más desenvoltura. El contable propendía a ceder su plaza a cualquiera que se apretujara en su proximidad.

—No haga ningún cumplido inútil, Llobet, ni ceda su plaza a nadie. Este es nuestro sitio.

Una vez repartidos los premios, ceremonia larga y monótona, empezó el espectáculo. La primera parte del programa iba a cargo de los párvulos.

Rius contempló con displicencia las evoluciones rítmicas de los más pequeños; en su porte condescendiente se advertía que él se consideraba padre de «un mayor». La galleta de su sombrero de paja recibía el acoso de un sol lacerante, que le tostaba. El bastón en la mano, en el que, sentado, apoyaba de vez en cuando la barbilla, era sostenido con delicadeza.

Los colegiales iban uniformados de blanco. Sus blusas de seda flameaban al viento; a guisa de cinturón ceñiales una cinta de terciopelo granate.

Rius había advertido a sus invitados que Desiderio participaría en la «Cabalgata de la rosa», al fin de la fiesta.

A la media parte, cuando don Joaquín se levantó de la silla, fijó su vista en una dama elegantísima, sentada unas filas detrás de él, la cual, al verle, inclinó con una sonrisa su cabeza.

Llevaba un ancho sombrero gris perla, deliciosamente adornado con un pequeño palomo sobre el que descendía la catarata blanca de la gasa, el fino velo que se enrollaba al cuello. Aguantaba con mano delicada una sombrilla diminuta. Acompañábala una muchacha de unos doce o catorce años, cuyos grandes bucles de ébano enmarcaban la tez, blanquísima y fina. A la izquierda de la señora un caballero con barbilla blanca, chaqué impecablemente cortado, devolvía en este instante a esta los binóculos. Era un caballero elegantísimo, de avanzada edad, sin duda el padre de la dama.

Joaquín Rius correspondió con un sombrero parabólico al atento saludo femenino. ¿Se había confundido ella? ¿Quién sería?

Quedó perplejo unos instantes. Precisaba identificar, entre sus recuerdos, la personalidad de aquel ser. El rostro no le era desconocido; ni mucho menos.

Arturo y Gertrudis, enlazados de la mano, se susurraban palabras al oído, se miraban a los ojos. El contable y su esposa dirigían obligadamente su vista a otro lado, a un rincón sin interés y sin público, para no molestar.

La dama, dirigiendo su vista a Joaquín, sonrió de nuevo.

Joaquín se sentía avergonzado de no reconocer a una persona tan distinguida y que daba tales muestras de conocerle. ¿Dónde podía haberla visto? ¿En Madrid, tal vez? No, en Madrid no había sido presentado apenas a nadie. La recordaría. Aquel rostro, su manera de sonreír, pausada y circunstancial, de mirar, soberanamente bella, recordaba haberlos visto, haberlos vivido, pero no ahora, sino muchos años atrás; sí, en Barcelona, en vida de Mariona. No era un rostro olvidado. Se volvió nuevamente y, de pronto, de la misma manera que encaja la pieza sobrante en el rompecabezas, un movimiento de ella hizo que su figura encajara en el mundo de los seres vigentes en la memoria del fabricante, quedara incorporada a su corazón y a su recuerdo, identificada, reconocible. Ella echó el cuello, el rostro hacia atrás de forma que aquel movimiento acusó de pronto, bajo su fina y opulenta piel y a través del tamiz de la gasa, el río verde y oculto de una vena azulada finísima: era Evelina Torra, a quien conociera en la puesta de largo de Mariona a la que viera, agresivo el escote, en el Liceo, junto a su palco. ¡Cómo pasan los años, cómo cambia la gente! ¡Qué distinta era esta mujer de la que aceptara los requiebros de Pepe Dolz, el infortunado que se desangró en el salón de fumar! Y, sin embargo, ¡qué hermosa era Evelina todavía!

Le sacó de sus reflexiones la entrada en liza de los alumnos, ya mayores, a cuyo cargo iba la segunda parte del programa de fin de curso. Llegaban al patio en fila, blandiendo, unos, largas mazas de ejercicio gimnástico; otros, su florete o su sable; sobre el antebrazo izquierdo, el casco de malla protector. Empezó el espectáculo con los saltos de pértiga y de trampolín. Mientras tanto, la banda desfloraba sus marchas militares, sus polcas de concierto. «¡Claro, Evelina, Evelina Torra!...», repetíase satisfecho.

El torneo de florete levantó murmullos de admiración y aplausos fervorosos en las tribunas. Venció un muchacho pequeñito y enjuto, ágil como un felino, menos elegante, pero más feroz que sus contrincantes. Descollaron por su belleza las evoluciones de los alumnos de cuarto, con sus mazos de madera dibujando arabescos en el aire. Unos atletas de quinto y sexto hicieron prodigios en el lanzamiento de la jabalina. Venció un hombretón de último curso que casi alcanzó, con el palo, airosamente disparado, el tenderete desde el cual el representante del obispo y el padre rector presenciaban el espectáculo, con el consiguiente susto del enviado de su ilustrísima.

Libre nuevamente la pista, hicieron su aparición los caballistas. Los cascos de los

caballos relucían al sol. El corazón de Joaquín Rius acrecentó su ritmo, al respirar. Desiderio apareció montando a su «Jonny», un caballo castaño, con las patas manchadas de blanco. Apareció y en aquel instante, para Rius y Tos Llobet, desaparecieron todos los demás. Los jinetes, en fila, dieron la vuelta al patio. El caballo de Desiderio caracoleaba. Pararon ante la tribuna presidencial saludaron, pidiendo permiso. Realizaron primero unos ejercicios sencillos. Vino después la esgrima a caballo, con largas varas en la mano. Tratábase de hacer estallar un diminuto globo de caucho, hinchado, que el contrincante llevaba sobre el casco, en la cabeza. Desiderio fue eliminado por su contrincante. La lucha despertó la admiración de los familiares y del público, que premió con aplausos a los concursantes y al vencedor del torneo.

Dispusiéronse a participar en la «Cabalgata de la rosa»; sortearon, entre la docena de jinetes, que debían participar en la lucha, el que debía salir con ella prendida en el hombro. Tocó la suerte a un muchacho de quinto curso. Colocose, montado en su cabalgadura, en el centro del patio. Los demás jinetes salieron disparados contra él. El detentador del trofeo no se movió. Hizo mover ligeramente a su caballo y las turbas de enemigos rozáronle infructuosamente por los lados. Desiderio llegó casi a la valla de la tribuna, pero no miró a sus familiares. Arreglaba, nervioso, la brida. Mientras, los jinetes, apiñados, asediaban al que lucía el trofeo. Este lanzó su caballo al galope, huyendo, deshízose de la nube que le asediaba y quedó solo otra vez, con gran soltura. Desiderio se había unido al grupo. Su caballo era terco, parecía no obedecerle. Las ancas de los brutos chocaban entre sí. Solo el del asediado se deslizaba, como una flecha soberbia.

De pronto Desiderio lanzó a «Jonny» al galope contra él y paró en seco, a su lado. «Jonny» se encabritó. De pies sobre el estribo alargó Rius su brazo. El público lanzó un «¡ay!»... Allí estaba aún, sobre el hombro del alumno de quinto, la rosa preciada. «Jonny» caminaba ahora al paso; Desiderio se pasaba el antebrazo desnudo por la frente, secándose el sudor.

Vivía unos momentos de perplejidad, alejado del motín. Pero de pronto pareció renacer en él la voluntad de apoderarse del trofeo; mezclase en el torbellino. Perdiéronle de vista. Solo por la blancura de las patas de «Jonny» podían distinguirlo. Los brazos asediaban, se alargaban, en la polvareda. El detentador del trofeo erguíase sobre su montura, esquivador. De pronto se hundió en ella y del amasijo salió, disparado, un caballo, «Jonny», y un jinete, Desiderio, con la flor en lo alto. Una salva de aplausos coronó su galopar. Interrumpiose el juego. Faltaban pocos minutos para concluir.

El juez impuso la flor, que ahora debía ser defendida por él, sobre el hombro de Desiderio. El juego se reanudó. «Jonny» galopaba como una centella; daba vueltas al patio, con la crin al aire, con tal presteza que los contrincantes no podían alcanzarle; iban como una nube tras él. El alumno de quinto que detentara el primero el trofeo se cruzó en su camino; el torso y la cintura de Desiderio se revolvieron, inquietos,

ágiles; quedó en el aire la mano vacía del primero, que hizo dar una atroz voltereta a su caballo. Lanzose nuevamente en persecución de Desiderio con ahínco. Este, acosado por tres contrincantes, deslízose, con tres golpes de tacón, entre ellos. Sonó el pito del juez. «Jonny» se encabritó de gozo, quedó esculpido unos instantes en el aire, magníficamente. Sus finas patas, al hallar el polvo del suelo, saltaron sobre él como impulsadas por un aire de danza. Don Joaquín se abanicaba con el sombrero de paja, impresionado, y quedó paralizado de pronto en su silla por la emoción. El ala del sombrero se le había astillado.

La mano de Llobet, la de la señora Llobet, la de Arturo y Gertrudis atenazaron, temblorosas, la suya. Era un guirigay de efusiones. Desiderio recibía la flor, que era artificial, de manos del delegado del obispo. El padre rector le daba la mano y una pequeña copa de plata entre los aplausos de los alumnos y del público de la tribuna.

Después desaparecieron los jinetes por donde habían aparecido. Antes de partir, montado en su caballo, Desiderio se dirigió a la tribuna. Saltó la valla. Su padre le abrazó. El público aplaudía. Entregó rosa y copa, para que se la guardaran. Don Joaquín se sentía dichoso, orgulloso, se erguía, desafiador entre todos los demás padres de familia, que le observaban, admirados.

Disparáronse los cohetes, eleváronse los globos de papel. La charanga tocaba exaltada. Los alumnos abrazaban ahora a sus familiares, quedaban con ellos, esperando terminar e irse a sus casas ya. La fiesta terminaba. Vestido de paisano, con su traje de «*dandy*», bien peinado, refrescado ya, llegó Desiderio. La gente levantábase, dispuesta a marchar. Por los arriates del colegio las familias descendían, gozosas.

—Muchas felicidades.

La muchacha de los bucles de ébano se había adelantado y dio la mano a Desiderio. Don Joaquín volvióse. Evelina Torra, la sombrilla cerrada, el velo del sombrero suelto hacia atrás, le seguía lentamente, al lado de su esposo, llevando de la mano a su hijo Paco. Don Joaquín se retrasó para saludarla.

—¿Cómo está usted, Evelina? ¡Cuántos años sin verla!

La dama presentó a su esposo, que se detuvo, reverencioso.

—Celebro el éxito de su hijo. Es un jinete admirable...

—Monta bien y se sabe defender —contestó halagado, Rius.

—Un hermoso trofeo.

—¿Han llegado ustedes hace poco?

—La semana pasada.

El señor Fernández se había rezagado, esperando a su hijo, que se despedía de unos amigos.

—¿Cuándo casó usted, Evelina?

—Un año después de la desgracia... Yo me salvé como usted, por milagro...

Un velo de tristeza empañaba aquellos ojos negros.

—Para usted, Evelina, no han pasado los años.

Ella, halagada, sonrió.

Siguieron caminando, junto al diplomático, que se había unido a ellos. Era un personaje severo, discreto, alto y melancólico, de gran distinción. El chico llevaba en brazos un perrito, un peludo pequinés, al que acariciaba y mimaba en francés.

Rius, con Desiderio, les acompañó hasta el landó, que les aguardaba en una de las plazoletas del jardín. Despidiose de ellos. Los Llobet, que les habían seguido, rezagados, inclinaron, todos a un tiempo, la cabeza.

A su vez fueron al encuentro de su coche, que les trasladó a Barcelona.

IX

PUEDE DECIRSE que la fábrica funcionaba de nuevo normalmente. La fiesta de fin de curso había dejado en su ánimo un recuerdo dulce, como el contacto liso de una gamuza en el alma. El rayo de sol que penetraba en verano, al atardecer, por el ventanal de su despacho, se arrimó al archivo de los libros. Pero un motivo de gozo se unía a su tranquila actividad. Había hecho que su hijo, antes de comenzar las vacaciones de verano, entrara a practicar en la fábrica. Le compró un mono azul y lo puso en manos de un tejedor de su confianza, un tal Roig, veterano, con una inmensa barba rojiza que empezaba ya a encanecer.

Así se dobló junio, que se presentó radiante, polvoriento y dorado. Desiderio trabajaba, colorado hasta las orejas, en la máquina de Roig; miraba de vez en cuando al ventanal próximo, al reloj, y volvía a fijarse en la pieza que surgía del telar.

Mirando a través de la ventana, Rius se fijó a lo lejos, un momento en que se distrajo contemplando los juegos de los niños de las obreras, una mañana, en una diminuta polvareda que se aproximaba. El cielo era azulísimo, un cielo profundo y claro. Luego ocupó su lugar en el sillón de su *bureau*; oyó de pronto del exterior un tremendo traqueteo distinto al que de por sí hacía zozobrar, con el movimiento de los telares, los ventanales de su despacho. El ruido del motor iba unido a constantes explosiones del tubo de escape. El vagido insistente de una bocina le hizo levantarse y asomarse al ventanal. Frente a la puerta de hierro se había detenido un enorme automóvil, pilotado por un chófer uniformado que en este instante abría, sacándose la gorra de plato, la portezuela lateral del vehículo; por ella descendía el chico Fernández, con guardapolvo blanco, gafas de velocidad y gorra campestre. En los asientos traseros del coche permanecían, inmutables, Evelina Torra, envuelta en un enorme velo gris perla, y la pequeña Crista de los bucles de ébano que estaba sentada en el transportín, oculto casi enteramente su rostro, como el de las dos damas, por otras enormes gafas de velocidad.

Rius no se inmutó ante el espectáculo. Sin saber cómo, el automóvil quedó rápidamente rodeado de todos los chiquillos del patio, que gritaban brincando alrededor del vehículo parado. Las damas parecían no prestar atención a ello, pero la pequeña Crista estaba sonrojada. Pedro, el portero, dividía sus arrestos entre evitar los excesos de curiosidad de la chiquillería y saciar la suya a su vez. El chófer propinaba golpes con la gorra a los más atrevidos. En esas Arturo llamó a la puerta del despacho de don Joaquín anunciando que el muchacho Paco Fernández solicitaba ser recibido. Le hizo pasar en el acto.

El jovencito entró con sumo desparpajo, quitándose el enorme guante derecho y tendiendo su mano a Joaquín Rius. Este le miró de arriba abajo, pero la rápida observación de Joaquín no alteró la desenvoltura del chico. Bajo el guardapolvo

blanco, que la certera visión de Rius catalogó en el acto como «piqué superior de Basereny», asomaban sus piernas, estatuariamente ceñidas por unas bandas marrones. Su aspecto era el de un *sportman* londinense.

—Perdonará el asalto, señor Rius —dijo, jadeante—. Venimos a raptarle a Desiderio.

—¿A Desiderio? —exclamó, extrañado—. Está trabajando, es imposible...

—No se va usted a negar, señor Rius. Estrenamos hoy el automóvil. Vamos a almorzar a Moncada. No tiene que preocuparse por nada, más que montar en el automóvil.

Rius paseó, contrariado, por la habitación.

—¿Les esperaba él?

Se asomó al ventanal de las máquinas.

—No, señor Rius. Queremos sorprenderle.

Pero por la manera como el muchacho inquieto junto a su máquina, miraba ahora al ventanal de Rius, comprendió que la sorpresa solo estaba destinada a él, Joaquín.

Rius titubeaba.

—No puede ser, no. No me agradan esas cosas.

En aquel instante se abría la puerta de la oficina y, sin previo anuncio, hacía su entrada Evelina Torra.

Estaba bellísima. Caminaba pausadamente. Del interior de su manguito sacó una sombrilla diminuta. Su velo estaba ahora suelto hacia atrás, contrastando con el negro de sus cabellos.

—No tiene excusa, Rius, no tiene excusa. Usted y Desiderio se vienen a almorzar con nosotros.

—Pero, Evelina —exclamaba, suplicando cariñosamente—, no sabe cuánto se lo agradezco, pero...

—No, no, no... No hay más, amigo Rius. Es preciso ingerir aire puro, una vez en la vida. Una comida campestre, sencilla, de amigos. La velocidad y el *sport*, el panorama. No puede usted negarse.

—Pero si estoy agobiado, agobiado por el trabajo y por las preocupaciones, Evelina. No tiene usted idea de lo que me pide.

—Para Desiderio sí que no hay excusa, ¿verdad? Eso no nos lo puede negar.

Rius ladeaba la cabeza, contrariado. Al fin sonrió de mala gana.

—¡Evelina, Evelina, qué cosas me pide!

Pero empezó a sentirse halagado.

—¡Qué inmensa fábrica tiene usted, Rius!

—¿Quiere verla?

—Con muchas ganas. Y de paso me dirá dónde está Desiderio para avisarle.

Rius abrió la puerta de su despacho.

—Vamos a hacer que venga también su hija —dijo a Evelina. Y dio orden a Arturo de que hiciera avisar a Crista. Se adentraron en el ancho pasadizo de las

máquinas.

Los obreros miraban de reojo, hundidos en su trabajo con tesón artificial, redoblado. Evelina se llevaba las enguantadas, diminutas manos, a los oídos, indicando que el estruendo le impedía ser dueña de sí. Al llegar a la máquina de Desiderio advirtieron el sonrojo del muchacho, de un tono lindante con el fuego. Se sentía avergonzado de ser descubierto allí, con mono, como si le hubieran atrapado perpetrando una fechoría. Hubiera querido fundirse. Crista le miraba fijamente, con ojos de cómplice, extrañadísima de que Desiderio no osara corresponder. Paco hizo a Desiderio un signo afirmativo, a escondidas de don Joaquín, signo cuyo significado fue captado enteramente por el muchacho.

Se entretuvieron en varias máquinas y de ellas pasaron a «Tintes». En este departamento todo parecía más sórdido, hasta los trabajadores, y principalmente las trabajadoras. Desmelenadas, agobiadas por el fuerte hedor químico que bullía en el ambiente, sudorosas, contrastaban de tal modo con el aspecto de las visitantes, que Joaquín lamentó su ocurrencia. El lento y desdeñoso deambular de Evelina junto a los depósitos le sacaba de quicio. Apresurose a hacer que entraran en «Aprestos».

La sala de Aprestos era grande, de la misma dimensión que Tintes, pero más clara y limpia, aunque el olor químico fuera también muy fuerte. Sin embargo, era un olor más usual, menos deprimente. Paco Fernández se explicó entonces el porqué del olor especial de las sastrerías. Los obreros y las obreras sudaban menos, parecían menos malos. Un gluglú amortiguado, como el de un arroyo invisible, suscitaba un extraño presagio de campaña oculta en la proximidad.

De ella pasaron a las calderas, pero no entraron en esa especie de sótano hervoroso, que se limitaron a vislumbrar desde el exterior. Unos tipos, desnudos hasta la cintura, parecían querer tragarse a Crista, que se arrimó a su hermano.

Ya en el almacén, parecieron todos más tranquilos. Las pilas de hilo, en grandes madejas, a un lado, ocultaban hasta el alto techo los muros del departamento, y las piezas, del otro, cubiertas por grandes lonas pulcras, les daban idea de la enjundia de aquella industria. Rius les fue detallando entonces el proceso por el cual salían las piezas, apiñadas a la izquierda, del algodón, apilado a la derecha, de acuerdo con los distintos eslabones técnicos que habían visitado.

Solo les faltó salir a un pequeño patio y penetrar en las cuadras y en los porches de los carros. Eran largos carros sin barandas, tarimas con ruedas. El carretero iba prácticamente colgado en el aire, en un pescante alto, como de auriga antiguo. Los caballos, seis animales enormes, dormitaban o comían en el recinto, sacudiendo con parsimonia sobre las poderosas ancas la lustrosa y poblada cola.

El recorrido, muy rápido, les había hurtado media hora a la excursión. Debían apresurarse. Habiendo don Joaquín accedido definitivamente, fue avisado Desiderio, que se reunió a ellos, loco de contento, pero disimulándolo, en el despacho de don Joaquín. Rius permaneció en su despacho viéndolos partir. Desiderio había vestido sobre su .traje un guardapolvo blanco como el de Paco — «¡De Basereny!», pensó

con desagrado don Joaquín—, que le traían preparado, así como otras nuevas enormes gafas y una gorra muy *sport*.

Tras el ventanal de su despacho contestó al flameo de los pañuelos que, mientras el coche petardeaba, deslizándose hacia la embocadura del camino de los carros, izaban todos sus ocupantes. Evelina sacudía levemente en el aire su mínima sombrilla. Faltaba Carmen, de cuyo ojos negros, rasgados y como semidormidos, conservaba ahora Joaquín un recuerdo punzante.

Cuajó plenamente, a través de los muchachos, la relación con la familia Fernández. Rius no vio una sola vez a Carmen. Tampoco le parecía conveniente preguntar por ella. En el fondo su ser se sonrojaba aún del estúpido atrevimiento, impremeditado y gratuito, que tuviera con ella años atrás en el jardín de los escolapios.

Desiderio pasaba ahora tardes enteras en casa de sus amigos. Su padre le autorizaba satisfecho esta expansión. Pronto comunicó a su padre algunos planes que el grupo había fraguado para antes del verano. El más importante consistía en un *rally-paper* a Vallvidrera.

—Los «mayores» iréis en el automóvil.

—¿En el automóvil? —y no se sentía muy seguro. Pero tampoco, al rato de pensar en ello, le desagradaba la idea. Se sentía, en el fondo, orgulloso de la amistad de su hijo con los Fernández, que ataba antiguos lazos. Sus negocios marchaban de nuevo; si no como antes, por lo menos de manera pasable. Las bombas seguían estallando, pero el hábito le había podido al miedo. Se tomaría ese día como un descanso.

Parecía que, con el verano, en este mes de junio rutilante y mágico, la ciudad se hubiera rejuvenecido. Al abrir los postigos entraba triunfante, en tropel, el sol de la mañana. El calor agobiante y los «jipis» y los sombreros de galleta daban una fisonomía, un color especial, antillano, a las calles. Al aproximarse la fecha de la excursión Desiderio pasaba el codo como una gamuza sobre la reluciente piel de sus botas de montar. En el Paseo de Gracia, adonde iba a pasear a mediodía, todo eran cábalas sobre el prometedor *rally-paper*. Todos los días iba al Picadero, al atardecer, montaba a su «Jonny», y descabalgaba satisfecho. Al día siguiente, en el Paseo de Gracia, al percibir desde lejos la silueta de Crista asomada tras los cristales de su casa —la chica no salía de ella, convaleciente de una enfermedad casi inconfesable: unas paperas tardías y comprometedoras—, saludaba con la fusta al aire, en un descanso de la equitación.

El Paseo de Gracia rutilaba. El grupo de los Fernández se reunía, nutridísimo, frente a la casa de estos, y deambulaba desmesurado y jocoso el sol. Evelina bajaba de cuando en cuando, compuesta con sumo cuidado, pero con la coquetería del descuido, sin cuidar más que los detalles de su «toilette», pero no el conjunto, acentuado en ella todo lo que delatara una intimidad tenida que ocultar apresuradamente y para «ver lo que hacen los chicos». En realidad, le encantaba

sentirse rodeada, halagada, preferida por sus «jóvenes amigos», como les llamaba. Allí varaba, ya anciano, el señor Niebla, antiguo, silencioso, platónico y afable adorador de la mujer del diplomático; había sentido desatarse una pasión caduca en el umbral de la vejez, a copia de dirigir hacia ella sus binóculos en el Liceo, ante el callado dolor de su propia esposa.

—¡Oh, pero si está usted aquí!... Entre mis jóvenes amigos, no le había visto.

—Es usted como ellos, Evelina.

—No me halague usted. Bien sabemos los dos que no es cierto —y se apresuraba a besar a la niña de la consulesa del Perú, gordezuela como su madre, niña que al decir de Paco Fernández, que no la podía tragar, parecía un «edredón». —Pero ¡qué mona estás hoy, Conchita! —decía en el acto, admirándola, Evelina—. ¿Quién te ha hecho este precioso vestido?

—Una modista de Lima —informaba la nena, con meloso deje americano.

Pero Evelina se mezclaba nuevamente en «su» grupo, ante la sonrisa complacida de don Pablo Niebla, tembloroso ya en su bastón. Abriendo un ancho surco de amas secas, descendían lentamente, con empaque académico, dos jóvenes tocados con sombreros de alas anchas, uno de ellos con larga pelambreira, que emergía fluvialmente por los bordes. Iban siempre rodeados de un enjambre de jóvenes macilentos con chalinas. De los dos personajes centrales el uno inclinaba levemente la poderosa cabeza, saludando a invisibles satélites; el otro tenía los ademanes largos y un caminar erguido, como si su frente venciera a las nubes. Al pasar al lado de Evelina, el primero saludó, quitándose parabólicamente el sombrero.

—¿Quiénes son esos caballeros? —inquirió Paco.

El séquito de macilentos se escurría con dificultad entre los componentes del grupo Fernández, apresurados por no perder la proximidad de los maestros.

—Son Eugenio d'Ors, Xenius —aclaró Evelina—, y José Carner. Dos escritores muy buenos.

Desiderio notaba a su padre hondamente preocupado, como si hubieran puesto un dique a su actividad. Los días de fiesta permanecía todo el día en su casa, hundido en un butacón, restregándose los ojos. Le veía intentar leer y dejar la lectura a los cinco minutos. Pero su ilusión por el *rally* no le daba tiempo de prestar demasiada atención a lo demás.

Las llamadas —habían instalado teléfono en casa—, los avisos, el ir y venir con los paquetes y la ilusión que iluminaba los ojos del muchacho en las proximidades del señalado domingo, le recordaban a don Joaquín dolorosamente, en su butacón, el mismo ajeteo, la ilusión exacta —como imitada ahora a la perfección por Desiderio— que dominaba y poseía a la madre del chico las vísperas de gala en el Liceo.

¡Cómo la sangre oculta conduce por unos cauces fijos el destino de los seres! A través de los años parecía como si Mariona misma asomara su alma en los pasillos. Don Joaquín sentía aproximarse lentamente al anochecer a través de las vidrieras y un hondo cansancio helarle del corazón a las manos.

—¡Josefina! —se oía impaciente la voz de Desiderio en su cuarto—. ¿Dónde me puso la bufanda azul?

Al poco, Josefina entró a encender la lámpara del comedor, advirtiendo que don Joaquín había quedado casi a oscuras.

—¡Josefina, el cepillo! —gritaba Desiderio.

Encendió la luz, y don Joaquín la miró. La muchacha descubrió en los ojos del viudo una rara, profunda e inexplicable acritud. Su boca estaba como contraída.

Amaneció esplendente la jornada de la excursión. Ni aun en esa efemérides logró Desiderio vencer su pereza. Las sábanas le retuvieron media hora más de lo previsto. Bien es cierto que por la noche había perdido una hora larga preparando y revisando una y cien veces su equipo, sus paquetitos de comida, sus termos, sus botas, y rememorando todas sus ilusiones y proyectos, ya acostado y sin dormir.

Pero le habían retenido las sábanas; en los apresuramientos de su arreglo, las relucientes botas se volvieron de pronto insumisas; no lograba que se estableciera una mínima compatibilidad entre su calcetín y el ahuecado pie de la bota, al intentar por enésima vez introducir enteramente su pierna en la alta caña; sintió sonar impetuosamente el picaporte de la portería. Sus amigos, jinetes y amazonas, le esperaban ya, montados en sus caballos, en la calle de Caspe.

Su padre había aparecido en el quicio de la puerta. Iba ya vestido. Le recogerían luego en el automóvil.

—¿Te puedo ayudar?

El chico forcejeaba con la díscola trabilla.

—Eso no te ocurriría si te tomaras las cosas con tiempo. Siempre te he dicho que saber madrugar es una ciencia muy útil —reconvino.

El chico estaba sofocado.

—Vamos a ver —y Rius se aproximó—. Pon el pie aquí. Ahora. Aprieta, aprieta fuerte. Sostén el calcetín.

Con los dedos de las dos manos en cuchara, Joaquín Rius procuraba que en ella se hundiera la planta de Desiderio; el pie penetraba lentamente en el canuto de la piel, y, al fin, se zarandeó la pieza y quedó encajado.

Sonó insistentemente el timbre. Se oyó luego la voz de Paco en el pasillo, alta y rápida, enojada.

—¿No estás? ¡Diablo de chico!

—Ya voy, ya voy...

—¡Date prisa! —insistía el otro desde el comedor.

Rius padre salió al pasillo. Vio a Paco, vestido impecablemente de jinete, fusta en mano, y la silueta bellísima, lineal, de Carmen, en traje de amazona.

—Si quiere usted ir un momento a ayudarle —dijo a Paco—. Ha tenido un percance con las botas.

Al propio tiempo Rius, resoplando aún por el cansancio, tendía la mano a Carmen.

—Lamento este retraso del chico. Es poco puntual. No hay forma de hacerle llegar a tiempo a ningún lado —explicaba disgustado, como si le cupiera una parte de responsabilidad.

Quitándose con movimiento enérgico uno de los guantes, Carmen pasó al salón. Al contraluz, mientras avanzaba por el pasillo, Rius adivinaba el porte magnífico de la mujer en este instante. Del talle altísimo y delgado desbordaba el recogido, anudado y cimbreante polisón de amazona ladeado para la comodidad de la montura. Las botas altas, descubiertas un tanto por la leve suspensión de la falda, con el caminar resuelto daban al balanceo de los brazos un aire masculino y al propio tiempo exquisitamente natural. Mas esta visión fue fugaz. Al llegar al salón, Carmen se volvió bruscamente. Su boca, semiabierta, descubría la prodigiosa blancura de unos dientes perfectos.

—¿Ha pasado usted bien estos años? —inquirió.

—Mucho tiempo sin verla, Carmen —dijo Rius, azorado. Carmen, silenciosa, se dirigió a ver una fotografía sobre una arquilla Imperio, enmarcada en una anticuada cornucopia.

—Mi mujer y yo —explicó Joaquín— durante el viaje de novios. Nos hicimos retratar así, vestidos de moros... Tonterías.

—¡Qué magnífica muchacha! —admiraba Carmen, adelantándose más—. ¡Qué expresión en los ojos! ¿Murió muy joven?

—Diecinueve años. —Rius lo dijo sin titubear, como si cerrara balance.

Carmen se volvió nuevamente, dando con la fusta unos golpes finos contra su falda.

Volvió nuevamente la espalda al fabricante para admirar una blonda en la vitrina; luego unos rosarios.

—Eran de la abuela del chico, la madre de su madre, que murió muy joven también.

Rius cambió la conversación.

—¿Le agrada salir con los muchachos?

—Me gusta la equitación —respondió.

Nuevos golpes de fusta en la falda.

Aparecieron Paco y Desiderio.

—Vamos.

Carmen miró furtivamente a Joaquín. Al cabo cuajó en su rostro una leve sonrisa. Extendió su mano larga, fina, y como de cristal, sin pronunciar palabra.

Rius respondió a los saludos desde la puerta, que cerró silenciosamente.

Se aproximó luego al balcón y vio a la comitiva iniciar su marcha. Carmen había montado en la silla con una agilidad de adolescente. Estaba bellísima, parecía un ser antiguo, de estampa. Con un rápido ademán hizo torcer el cuello a su caballo, que

tomó, caracoleando sobre el empedrado, una línea recta. Desiderio seguía a pie hasta el Picadero. Parecía más crecido con su pantalón de montar. Crista y tres jovencitos se habían adelantado alegremente sobre sus cabalgaduras. Rius escuchó perderse el eco de las herraduras sobre las losas y luego el zumbido del automóvil que acababa de llegar.

Alrededor del automóvil cuajaron pronto los mirones. Era un artefacto trascendental, no emancipado del faetón y de la berlina, que dejaba impresa su línea en el pescante y los asientos, a los cuales se contagiaba el síncope de la caja misteriosa donde bullía y petardeaba el motor. Al arrancar, lo primero que Rius advirtió fue el desprendimiento de su sombrero de paja. Por fortuna, este quedó prendido a uno de los pliegues de la capota y pudo recogerlo sin dificultad. Después, durante el trayecto, tuvo que estarlo sosteniendo con la palma de la mano en su cabeza. Por otro lado el ruido del motor y la trepidación impedíanle hablar. Hubiera deseado cambiar impresiones con sus acompañantes —Evelina Torra estaba sentada a su lado, semivelado su rostro por la gasa gris perla—, pero no había forma de hacerse entender. El automóvil alcanzó sin dificultad el Paseo de Gracia, luego introdujose lentamente en la calle Mayor. Era curioso y agradable advertir cómo las gentes salían a sus balcones o cómo desde las porterías los porteros llamaban a toda la familia para que no se perdieran la estupenda oportunidad de contemplar de cerca un automóvil que marchaba calle Mayor arriba, sacudiendo con su estruendo hasta los cimientos de las casas.

Llegaron sin dificultad a la Avenida del Tibidabo, que conocía en aquel tiempo una lozanía excepcional. En la cuesta las explosiones del motor intranquilizaron a todos. El chófer parecía, sin embargo, conocer a fondo su oficio. Sin dificultad alcanzaron el pabellón del café-bar donde habían quedado de acuerdo con los jinetes en encontrarse. Allí pararon para reponer un instante, mientras aguardaban a los demás, sus castigados nervios.

Evelina estaba de un excelente humor, como siempre. Acompañábanles don Camilo Puig Ribalta y don Javier de Castro, dos caballeros de la edad de Rius. El primero —pelo gris y bigote negro— que había sido en tiempos muy amigo de los Rebull y a quien Joaquín recordaba de aquellos años, había sido desgraciado en su matrimonio; pertenecía a una clase de hombres admirados por Evelina a causa de vivir separado de su mujer. Evelina no sabía ser indiferente a las «historias interesantes». Javier de Castro era un caballero de recortada barba aún rubia, que empezaba a tener que teñir periódicamente. Procurador muy célebre en Barcelona, agradaba a Evelina por lo atildado y por ser un defensor acérrimo del celibato; Evelina no dejaba pasar ocasión de instarle a que se casara solo por el placer de escucharle argumentar en contra; la argumentación abogacial de Castro era para Evelina subyugadora, porque le descubría el temor que las mujeres debían haber causado a Javier de Castro, sentimiento que Evelina estaba segura de suscitar aún en el tímido aplomo del solterón.

Cuando hubieron ingerido sus limonadas los jinetes acababan de doblar por la Avenida. Desde lejos izaron sus manos. Levantaban en la lejanía una leve polvareda, que se aproximaba. La cresta de media docena de macilentos pinos susurraba con una lengüetada de brisa. A través de ellos se columbraba Barcelona, hundida en su calina y, al fondo, el mar. A la derecha unas masías lejanas, oprimidas por el acoso de la ciudad, se arruinaban en silencio.

Los cascos de los caballos se marcaban en el polvo. Los jinetes pararon y descabalaron; jadeando, aspiraban hondo, desde esta media altura, la emanación turbia de la urbe. Se saludaban y reían. La voz de Evelina dominaba en el conjunto. El Tibidabo contenía, en cambio, una fragancia de arbusto virgen, no contaminado por la humareda, y desde esta lejanía todo aparecía vagamente inexistente, difuso.

En este contraluz, como la aureola de un milagro, Rius veía cuajar el bulto moreno, flexible e inquieto de Carmen, su silencioso apartamento. Advertía que algo raro le ocurría a la muchacha, algo inexplicable relacionado con él. Ausente, su mirada, al volverse de contemplar la ciudad, había topado con la suya y Rius frunció el ceño brevemente, angustiado, desazonado. La mirada de Carmen, sus grandes ojos rasgados le aturdían. Se sentía levemente oprimido, pero su vacilación crecía al notar que en los ademanes de la mujer había un punto de simulación, como un extravío en la tristeza. Pronto los jinetes cabalaron de nuevo, y montaron ellos, «los mayores», en el automóvil.

Rius, ya pasada la sorpresa de las trepidaciones, se hundi6 llanamente en su cavilación. Hacía varios años ya que sostuviera sus conversaciones con Carmen, la entristecida mujer, en el jardín de los escolapios. Carmen había estado tres años ausente, con sus padres, en el extranjero. Lo mismo que le aconteciera años atrás, podría acontecerle ahora. Se sentía extrañamente atraído por el apartamento de la bella mujer y por el atisbo de brusquedad contenido, casi masculino, de sus ademanes. No podía decir si ese recuerdo existía o no realmente en su vida, pero Carmen le parecía, cuando no estaba frente a ella, un personaje fuera de la realidad, como algo imaginado y fungible, que se escapa y no existe. Al regreso del extranjero, esta mañana en su casa, ahora, en el contraluz, habíala encontrado más seductora aún, en esa edad caduca para la juventud en que todas las tristezas se arremolinan con la pérdida de las ilusiones. Contrastaba categóricamente con la vitalidad, la locuacidad, la «adolescencia perpetua» de su madrastra. Y Joaquín Rius advertía entonces hasta qué punto la actitud de Evelina era un peso muerto que oprimía la personalidad de la otra, más bella que su madre, y que por ello cobraba ante todos una realidad tangencial, como de una piedra escapada de pronto de la joya y perdida.

La excursión estaba proyectada en tres etapas. En la primera pararían en los bosques de Vallvidrera, donde almorzarían. Después de almorzar se dirigirían a la torre que poseía don Pablo Niebla en la falda de la montaña. Después regresarían a la ciudad.

El automóvil quedó en la plaza contigua a la estación del tren inaugurado el año

anterior. Los jinetes habían entrado en el bosque. Evelina y sus tres acompañantes hicieron lentamente el camino a pie hasta el pantano. Evelina dirigía sus preguntas indistintamente a los tres, y Rius, no habituado al rápido juego verbal de Evelina, quedaba sin contestar, o contestando a medias, a muchas de ellas. Al llegar al lugar de la cita le encantó poder sentarse al borde del pantano un poco ausente a la conversación que sostenía con los otros dos la mujer del diplomático. Al poco llegó Desiderio con Crista. Todo aquel mundo le daba a Joaquín la impresión de una extraña precocidad. Y lo curioso es que Evelina misma parecía no tener muchos más años que Desiderio y que Crista. Estos participaron un momento en las risas de Evelina, robaron unas galletas de una bolsa y se fueron. Rius, sentado en un declive, con su facha poco deportiva, quedaba poco a poco enteramente al margen. Entonces llegó Carmen, descabalgó y ató su caballo al tronco de un pino. El agua del pantano sostenía en su superficie un vaho cálido e inodoro, deprimente. Joaquín Rius se levantó y se aproximó a la amazona. Dio unas palmadas al cuello del «Gris», pero ni aun ese atrevimiento conseguía borrar la extraña sensación que le producían su sombrero de paja y sus botines, frente a la amazona.

—Monta usted muy bien, Carmen. ¿Está fatigada?

Carmen contestó que no, que no la fatigaba montar. Al poco fue separándose, caminando por entre los pinos. Quedaban ya apartados del resto y penetraba poco a poco en los deprimidos pulmones del fabricante una noción de fronda y una brisa fresca.

—Sí, estuve en Viena.

—Me extrañó no volverla a ver. Y la encontré en falta.

—No le cuesta a usted mucho encontrar en falta a la gente —dijo Carmen, en voz baja y como para sí.

Joaquín la miró, entonces.

—No le quepa a usted duda. Fue durante un tiempo el gran aliciente de mi vida encontrarla allí. Pero de pronto todo pareció como si se normalizara. Desiderio me dijo que había usted marchado.

Carmen quedó sin contestar.

En aquel momento llegó hasta ellos el eco lejano de una sardana. Era un fondo de música sutilísimo atraído por la ráfaga de brisa que solazaba la cresta de los pinos. Sin hablar fueron avanzando por el camino, que se empinaba en una leve pendiente. En la cumbre de la colina se pararon a ver. En lo hondo del valle una cobla, oculta por los pinos, desgranaba su ritmo nítidamente. La voz de la tenora era como el cuajarón matinal del sol entre la fronda. Se advertían las anillas de la gente que bailaba. Las mujeres iban tocadas con mantillas y caperuzas blancas. La muchedumbre se había apiñado en torno y se veía a las gentes descender hasta allá. Se sentaban en los declives y escuchaban en silencio. Sin decir palabra, Carmen y Joaquín desanduvieron por el mismo camino.

Caminaban en silencio. La sardana, también difusa, tenía en aquel momento

acento de una tal tristeza que Joaquín se hubiera llevado las manos a los oídos, asediado por su luz, por el espectáculo amorfo que recordaba, la muchedumbre danzando, lejos, diminuta. Cuando se encontraron de nuevo entre los grupos parecía que no podían mezclarse a ellos, que la tristeza de los dos empañara la ruidosa alegría de sus compañeros. Luego se dirigieron todos hasta un merendero olvidado, en el que un viejo tocaba un violín, nuevo lamento desgarrado en la mañana luminosa.

La comida fue presidida por el jocosos empuje de Evelina. Asaeteaba a sus dos pretendientes con palabra despierta. Paco y Desiderio en un extremo de la mesa, con Concha y Clemente Pidal, dos hermanos de su misma edad y Crista, la hermana de Paco, conducían su bulla en presencia de su padre, y este, en presencia de Desiderio, procuraba participar en la conversación traída y llevada por la esposa del diplomático. Carmen, que se inmiscuía también en las conversaciones, elevaba de vez en cuando sus ojos a la luz verde del follaje de unos plátanos que tendían un techo en el recinto del merendero y parecía sorber esa luz con sus grandes ojos, y el húmedo labio inferior en incesante espera.

Después de almorzar, los muchachos bailaron al son del violín trashumante unos americanos y unos *shimmis*. Joaquín quedó admirado, extrañado y sorprendido al ver lo bien que bailaba su hijo. Camilo Puig Ribalta y el procurador Javier de Castro habían encendido unos enormes habanos, que libraban beatíficamente, entornando distraídamente los ojos, indiferentes ahora a la actitud presidencial, levemente petulante, con que Evelina expresaba a veces su infalible feminidad.

Se había extinguido el eco de la tenora en la lejanía, la luz solar había declinado faustamente, tiñendo de un dorado delicuescente las copas de los pinos y elevando en la superficie del pantano una claridad parda y solemnia.

Joaquín, entre las protestas airadas de los dos caballeros del puro, liquidó los gastos a la hora de marchar.

Había que pasar forzosamente por casa de los Niebla. Así lo comunicó Evelina.

—Don Pablo no nos lo perdonaría nunca. Debe de estar esperándonos desde hace dos horas.

Rius contempló frío y fijamente a Carmen poner pie en el estribo y montar. La amazona ladeó rápidamente la cabeza; el mechón que le caía ahora sobre la frente pálida era como un mal pensamiento, como una idea ingrata y repentina. Un organillo invisible lanzó al aire su estúpido retintín lejanamente. Mientras los demás jinetes y Amazonas habían lanzado sus caballos al trote por el camino, Carmen llevaba el suyo al paso, por no distanciarse de los que iban a pie. Evelina decía estar fatigada, pero una conversación iniciada por Puig Ribalta la distrajo en el acto. Era cosa de caminar un cuarto de hora y llegaron a la plazoleta con pinos que presidía la casa de los Niebla.

Don Pablo les esperaba ya allí, impaciente.

—Es usted muy mala, Evelina. Les esperaba hace rato.

Era una torre de veraneo, estrenada años atrás. La casa resultaba algo anticuada,

como sus dueños. La esposa de don Pablo era una dama bajita y dulce, cuya mano temblaba, al hablar. Don Pablo, en cambio, no menos viejo que ella, se sostenía firme en su bastón, espolvoreándose de vez en vez la blanca barba con mano casi ágil. No perdía de vista un instante a Evelina, a la que colmaba de atenciones. La viejecita usaba una señorial urbanidad muy antigua, con voz débil, paciente y sumisa.

—Pasen ustedes, tomarán unos dulces.

Evelina entraba triunfalmente en aquella casa, redoblando con su superioridad sus cumplidos a la señora Niebla, que miraba a Evelina con admiración.

—Siéntense, siéntense. Evelina, tome usted asiento.

En casa de los Niebla esperaba ya la consulesa del Perú, una dama obesa y sin cejas, que veraneaba en Vallvidrera también. A su lado, apocada, y mullida en centenares de lazos que le nacían en todos los rincones de su vestido, la nena del cónsul del Perú se dejaba saludar por Paco Fernández.:

Era conocida la propensión de la consulesa a cantar en todas las reuniones, y Evelina, condescendiente, con esas debilidades de sus «fieles», dio en el punto sensible.

Se dirigió a ella.

—¿Y el canto, Purita? ¿Cómo sigue su magnífica voz? No nos negará el placer de oírla.

La consulesa hacía remilgos. Tomaron unos dulces, pero la conversación no fluía. Evelina insistió:

—Bien. Si insisten y Carmen quiere acompañarme...

Carmen se sentó en la banqueta del piano, sin pronunciar palabra. Al pronto la consulesa atacaba una romanza del «Barbieri». Su rostro se contraía, se endulzaba, adquiría extrañas apariencias motivadas por la carencia absoluta de las cejas, que convertía su rostro en una inexpresiva mueca. Mientras Carmen tocaba, miraba fijamente, a ráfagas, a Joaquín, sentado frente a ella. Los aplausos a la consulesa no se hicieron rogar. Luego cantó una canción popular de su país, que, al parecer, enloquecía a Evelina. Finalmente un *lied* de Schumann. Al fin se resistió definitivamente, repentinamente, avara de sus facultades. En aquel instante, Carmen atacó, sin ser solicitada, pronta, irascible, una «Polonesa» de Chopin.

Con el arrebató de la música, que Carmen interpretaba prodigiosamente, con un arranque casi viril, el indócil mechón caía hasta la ceja fina y arqueada de la muchacha, sobre la frente transparente, sin ocultar los párpados semicerrados, oscurecidos, como de terciopelo. El ritmo desbocado y ardiente de la pieza parecía surgir de poderosas vivencias de la intérprete, que no miraba a sus manos sino frente a ella, sin ver. A Rius se le prendía entonces en las sienes una paz mate y monótona, muy a su medida, y ausente de la música, de la intérprete y de aquel salón, se sentía dulcemente mecido.

En el ventanal que daba al bosque la luz declinaba. Entraba un solo rayo, menguado, de sol. En ese interior empezaban a adquirir forma todos los objetos. Y

vibraba imperceptiblemente en la vitrina un mundo de fruslerías, abanicos, figurillas, bibelots, como la misma mano blanca y exigua de la dueña de la casa.

Después de un rato largo de charla en el saloncito, se fueron formando los grupos. La torre de los Niebla tenía en el exterior una pequeña explanada que era como un resabio de bosque. Al extremo, un mirador, que daba al torrente. Rius se sintió, al rato, adormecido por lo anodino de la conversación. Notaba que el constante ajeteo de vivacidad de Evelina más le aturdí­a que le divertía. Pronto quedaron en el salón, con los señores de la casa, Evelina, Puig Ribalta, Carmen y él. Javier de Castro acompañaba a la consulesa y, siguiendo el ejemplo de los demás, salió a la rotonda y de ella al jardín y de él al mirador del fondo, solitario. Al poco salía Carmen, que se acodó, junto a él, en la baranda.

Extrañamente le hizo esta pregunta:

—¿Está usted enojado conmigo, Rius?

—¿Cómo puede usted suponer eso? —clamó confundidísimo. —Está constantemente como a disgusto, cuando yo estoy. Quiero suponer que es solo cuando yo estoy.

—Al contrario, Carmen. Nada puede hacerle suponer esto. Si hay un motivo de gozo en esta excursión, para mí, es usted sola. Hubo una pausa.

—Más bien suponía que era usted la ofendida.

—Debiera estarlo.

—¿Me he comportado mal con usted?

La miró a los ojos.

—Diga, diga, Carmen, ¿tiene algo en que la haya ofendido?

—No, nada... —repuso ella.

Volvió a acodarse en la baranda.

—Bien. Me pareció que no estaba usted a gusto. Realmente —añadió— no es para estarlo.

—No la entiendo, Carmen. Me resulta usted enigmática. Confieso que no llego a comprenderla.

—¿Tampoco comprende lo que digo ahora? ¿Cree usted que no me doy cuenta de lo mucho que le había esta compañía?

—¿Esta compañía? Jamás me he sentido mejor. Créame. Yo soy un hombre raro, muy cerrado en mí. Pero no confunda las cosas.

Ella se aproximó a un sillón de mimbre y se sentó, adormecida. Rius no sabía qué hacer y optó por sentarse junto a ella.

—Me causó mucha... mucha desilusión saber que había partido.

—¿Desilusión?

—No se me había llegado a ocurrir la idea de que nuestras conversaciones pudieran terminar tan bruscamente. Después de todo, me tranquilizó pensar que había usted quedado a salvo de mis impertinencias.

—Llama usted impertinencia a cualquier cosa. Nunca he pretendido estar a salvo

de nada. Por lo demás —añadió, como si no le importara lo que decía—, ¿se considera usted ya suficientemente viejo para poderme decir lo que piensa?

Rius se echó a reír.

—¿Se acuerda usted todavía de eso? El extranjero no le ha oscurecido la memoria, Carmen. Con eso me confunde usted todavía más.

—Contésteme, Joaquín —dijo, tenaz, fervientemente, sin mirarle, con los ojos entornados—, ¿se considera usted suficientemente viejo para poderme decir lo que piensa?

Joaquín no acertaba a salir de ese embrollo inexplicable. Al fin dijo:

—Sí, soy viejo y siento que puedo decirle lo que me plazca. Y le ruego que me perdone.

Notó que Carmen movía brevemente el labio inferior y cerraba enteramente sus ojos, un instante.

La muchacha afirmó, con voz velada.

—Yo tengo también años suficientes para decirle la verdad. Salí de España entonces por dos razones; primera, porque me hice hace años el propósito de no dejar a mi padre ni un instante solo. Consideraba que mi deber era estar con él en todo instante. Después porque lo amé a usted...

Rius se sobrecogió. Crispó sus manos, aguantó su aliento. Sentía un enorme dolor, un derrumbamiento.

—...lo amé a usted por encima de todo.

Al fin, con un tono de voz casi ininteligible.

—¿Por qué dice usted eso?... No, Carmen.

Había quedado paralizado en su sillón, sin apoyarse, con los brazos hundidos en las rodillas y el rostro inclinado, como en un sopor. Por su mente pasó todo y su corazón golpeaba furiosamente.

—Yo no quise hacer esto... No, Carmen.

—Justamente porque usted no quería hacerlo.

—Fue como un ser insospechado. Pero ¿cómo podía yo suponer... eso? Me consideraba tan triste y tan hundido, con... con tan poco interés por las cosas esas. No me hubiera atrevido a proponerle que compartiera mi carácter, mi ignorancia en estas cosas. Ni usted lo hubiera admitido al conocerme más.

—¡Quién sabe!...

—¿Lo hubiera usted admitido?

Ella le miró fijamente y luego hizo un gesto afirmativo. De sus húmedos labios surgió imperceptible la palabra: sí.

—No está usted a gusto aquí ni yo tampoco, y hubiéramos podido compartirlo todo —añadió.

—¿Hasta mi trabajo de todos los días, hasta mi falta de tacto, y mi desprecio por... por todo lo que no sea yo mismo y mis cosas y el dinero y?...

—Hasta eso. Cuando se casó mi padre por segunda vez, estuve a punto de... ¡qué

sé yo!... No sabría explicarlo. Luego he ido pensando que no es malo entregarlo todo de una vez. Es malo entregar un poco todos los días.

—¡Oh, Carmen! —clamaba Joaquín, con una efusión desconocida, violenta—. ¿Por qué dice usted estas cosas? ¿Quién le ha hecho daño, quien, diga? ¿Está usted segura de ser así?

—Estoy segura. Hubiera podido compartirlo todo con usted. Hubiera callado y hubiera creído siempre, siempre, que tenía usted razón. Le considero el único hombre que he tratado. No ha habido otro que se pudiera poner en mi imaginación a su lado. Y no sabía entonces qué era en su carácter lo mejor; si lo que tenía o lo que no tenía.

No acertaba a decir más.

—Pero ya está.

Rius adelantó su mano hasta retener la pálida, fina, transparente mano de Carmen, que sostuvo, apretándola. Ella había quedado rendida, en la butaca. El sol se había hundido definitivamente en la loma. Rius sentía una inmensa conmoción y miraba fijamente el rostro dormido de Carmen. Ella entreabrió los ojos, mirándole, un instante, dulcemente. Sonó la voz de Desiderio. Rius intentaba hablar, pero un suspiro, como un sollozo, se lo impedía, a flor de garganta.

—Carmen, Carmen —y estrujaba su mano. La muchacha abandonaba la suya y miraba fijamente en los ojos de Joaquín, con una ternura infinita.

—No está, Carmen, aún. No está. Desde...

Pero Carmen se levantó. Pasó lentamente, de espaldas a Rius, la yema de los dedos por sus párpados. Desiderio llegaba en aquel instante.

—Nos vamos a ir —gritaba—. Está oscureciendo.

Se miraron. Caminaron, jardín adelante. Desiderio había marchado nuevamente. Joaquín rozó con su mano la de Carmen. Esta se retiró como herida. Dijo, sin mirarle, con voz honda, mientras caminaban:

—Olvídelo. Joaquín. Ya está, ya está...

Una brisa sonora y extrañamente fría sacudía las copas de los pinos.

Al regreso no se detuvieron más que unos momentos en el quiosco del Tibidabo. Joaquín se adelantó hasta la baranda. Desde allí la ciudad parecía encerrada en una cripta, en un hoyo gris, azul, de polvo fatigado. Oscurecía y habíanse encendido los primeros, innumerables faroles. Campanarios y chimeneas. Zumbaba estruendoso el aullido de mil sirenas, el estampido de las bombas, el humo, la dinamita, el vértigo de la muerte en las esquinas. Más fuerte, el latido de su corazón. Avenida adelante, hundidos en la media penumbra, los jinetes y las Amazonas descendían. Subió un hondo sollozo a su garganta. Después, la voz vivaz de Evelina. Y dolor... Un extraño dolor de que su vida fuera como era.

X

DURANTE LOS MESES DE VERANO la fábrica trabajó a pleno rendimiento. Rius tuvo la fortuna de que le fueran adjudicados íntegros unos pedidos de Intendencia, con los que se trabajó el verano entero. Se enteró de que la Policía había estado a punto de pillar a Pamias, pero que este, astuto, había conseguido Burlarla nuevamente. Rius recibió aún unos anónimos, sin duda, del ex cajero, en el curso del verano, pero ya no les prestaba atención. Más le inquietó la realidad social que empezaba a plantearse sin tapujos en la entrada de la fábrica.

—Buenos días, señor Rius.

Algunos se quitaban la gorra. La mayoría permanecían cubiertos.

El hijo de Llobet, quitándose el sombrero, se volvía a verlos, mientras el fabricante introducía la llave en la cerradura.

—Se le saluda, señor Rius.

—Buenos días.

—Buenos días.

Y sabía que, a sus espaldas, se fraguaba la acción, que todos ellos estaban ya de acuerdo en contra suya.

Desiderio estaba veraneando en Santa María. Él fue, en dos ocasiones, a la finca. Pero no podía soportar ahora aquella inacción. Parecía como, si al tener de nuevo la fábrica plenamente en marcha, no pudiera permitirse la menor distracción.

Y entró el otoño con ráfagas violentas, bruscamente. A fin de verano, en vísperas de la Merced, habían estallado dos bombas casi simultáneas una en la Plaza Nueva, otra en la calle de Fernando.

A mediados de noviembre aparecieron en los muros de las fábricas pasquines reclamando la jornada de nueve horas. Pronto la campaña en pro de la jornada de nueve horas desbordó en intensidad y dirección a cuantas habían sido llevadas a término por los Sindicatos hasta el momento. Denotó ya, desde los primeros instantes, una organización, una «técnica» perfectas. Eran repartidas proclamas a la salida del trabajo. Las sirenas ululaban desgarradamente, como presagio. Lo que inquietaba más era la prudente reserva que los Sindicatos hacían de su fuerza. Durante largos días la campaña de agitación se fue desarrollando lenta y progresivamente. Los obreros, al dejarle paso, ocultaban una imperceptible sonrisa. Más que la perentoriedad de la aplicación de las nuevas bases parecía que importara la extensión y profundidad de esa «reclame», de ese lujo propagandístico, la exhibición del descaro. El nerviosismo de los fabricantes acreció. En lugar de esperar a que la demanda se hiciera a las claras para reaccionar, muchos de ellos, descompuestos, aceptaron prematuramente el reto. El joven Basereny —que había tomado las riendas de su fábrica— fue apaleado en una calle oscura. Rius decidió

mantenerse impávido, sin reaccionar.

La comisión entró a darle cuenta un sábado de los acuerdos del Sindicato, que habrían de ser aplicados bajo amenaza de huelga general.

Primero había hecho su entrada el viejo contable. Estaba desencajado.

—Señor Rius, el Comité pide verle.

—¿El Comité? ¿Qué Comité? —inquirió, afectando no comprender.

—El de la fábrica. Han dejado el trabajo y piden verle. Los delegados del Sindicato en cada sección.

—¿Esas tenemos? Que pasen.

Quedó sorprendido al ver que presidía la comisión un veterano a quien tenía por hombre apacible, un tal Rodergas. Este fue parco en palabras. O jornada de nueve horas o huelga general.

—¿A qué se debe esta demanda? —inquirió, seco, Rius.

—Con su fuerza ustedes nos contratan a nosotros para que les trabajemos. Nosotros no tenemos más remedio que aceptar, pues la constitución de la sociedad burguesa nos obliga a someternos al pacto del hambre, y a la esclavitud. Pero nosotros nos valdremos de la necesidad que los patronos tienen de nosotros, en mucha mayor proporción que ustedes se valen de nosotros ahora, que necesitamos de ustedes.

—¿Dónde ha leído eso, Rodergas? —dijo enojado.

—Yo no leo, señor Rius. Eso de que los obreros llevamos en la cabeza lo que leemos en libros de otros se lo hacen creer a ustedes los curas en los púlpitos.

—La sociedad es una máquina delicada que hace muchos siglos que empezó a funcionar y que hace muchos siglos que se está perfeccionando —atajó airado Rius.

Rodergas se mantenía impávido.

—El obrerismo es nuevo. Hace cincuenta años no había problema obrero porque no había obreros. Hace cien años aún había esclavos. La sociedad será muy perfecta, pero va evolucionando con las necesidades —y Rodergas también levantaba la voz.

—Bien —indicó Rius—. Consultaré con mis colegas. Pero si depende de mí no tendrán ustedes esa jornada.

De pronto se sulfuró.

—Además —lo decía con suprema ira—, además, no harán ustedes nada... nada... Todo es boquilla, y nada más... Organizarían ustedes una farsa ridícula... Ande, váyase a... la Sindical... No me hagan perder más el tiempo —y cerró estruendosamente la puerta tras ellos.

—¡Diablo! —exclamó, fuera de sí, ya solo, propinando un puñetazo sobre la mesa de su despacho—. ¡Qué majadería!

Tanto que Llobet, que había asomado su cabeza cana por la puerta, la retiró y cerró de nuevo, amilanado.

Desde el ventanal que daba al patio, a la salida, advirtió cuán distinta era aquella noche de las noches corrientes. Fuera ya del patio, en el camino y por los terraplenes,

los obreros hablaban agitadísimos, formando grupos. No podía oírse lo que decían, pero daba la impresión de que los pareceres estaban divididos. Por lo visto, no todos, ni mucho menos, eran afectos al Sindicato. Los sindicalistas o sindicatos eran, sin embargo, los más jóvenes y los que más gritaban. En un momento creyó Rius que habría altercado serio: de tal manera los ánimos contrapuestos se hallaban excitados. En el centro de un grupo, Roig, antiguo en la casa, en la que empezaba a encanecer su opulenta barba rojiza, era acorralado por tres vociferadores, uno de ellos una mujer. Desde su ventanal Joaquín vio cómo, antes de que llegaran a agredirle, se filtraba por el grupo Arturo Llobet, y, llegando a los tres agresores, hablaba con energía con ellos. El grueso obrero de las barbas se retiró, gesticulando aún a su vez.

Luego vio salir al patio al portero, Pedro, que venía de dar el pienso a los caballos de tiro, y cerraba la pesada puerta de hierro, los goznes enmohecidos de la cual hacían resonar su herrumbre hasta la ventana. Todo ello aparecía cubierto por la neblina oscura de la fatiga, por el sinsabor, por la amargura conformada de Joaquín Rius, ya tan acostumbrado a considerar como ajeno a lo propio, a que entraran a saco en sus cosas cuando creía poseerlas más.

Le parecía que si le dijeran en este instante: «Ahora tiene usted que entregarnos su alma», les respondería: «Ahí va»...

—¿Le espero, señor Rius? —era el contable, que asomaba su cabeza cana.

—Sí, Llobet. Ahora voy.

Y con un nervioso movimiento de cabeza, con un chasquido incongruente en la boca, ahuyentó su desazón.

Por los oscuros terraplenes el contable y él caminaban ahora en silencio.

—Agárrese a mi brazo, Llobet.

Y luego, mirándole:

—Le tengo dicho que debe usted salir antes. No tiene ya edad para andar a oscuras.

Llobet no respondía. Era la misma reprimenda de todas las noches, reprimenda que duraba hasta la parada del tranvía.

—Creo que Basereny ha tenido que comerse mil piezas de la temporada pasada —dijo el contable según costumbre establecida.

—El joven Basereny es un loco, que creyó que podía ponerse a fabricar «fantasías» como si se tratara de «negros» o «rayadillos» —argüía Rius, intentando distraerse—. Ahora se ve su equivocación. Las «fantasías» son flor de un día. Si esas mil piezas fueran de panas o de gabardinas, podría soportarlo; el viejo Basereny se irá a la ruina por culpa de ese joven. Y al joven le han roto la cara por atolondrado. ¿Ya sabe usted lo que hizo? Caminaban, a ciegas, por la calle Viada.

—Apóyese en mi brazo, Llobet.

Salieron a la plaza de Aleu.

—Agarró por las solapas nada menos que al delegado de los Sindicatos y le quiso pegar en el momento en que, con sumo tacto, Moixó acababa de resolver

satisfactoriamente su huelga. Será una suerte para ellos tener retenido ese *stock*. Los obreros temerán el cierre de la fábrica y se portarán como unos ángeles.

Esperaban el tranvía.

—¡Fantasías, fantasías! —mascullaba Rius—. Ya no se llevan las americanas de cordel, de doble corte, ¿ve usted? Eso lo lanzó López Arnau al llegar de París, como si llevara consigo la torre Eiffel.

—A los fabricantes que no tienen especialidad les conviene atontar a los mercados con lo que sea —corroboraba con voz suave el contable.

—Y los sastres están encantados —proseguía Rius—. Pero que a nosotros nos dejen con nuestros «caquis» y nuestros «negros», aunque nos llamen «La Funeraria». ¡Qué más quisieran ellos!

Parecía que Llobet temiera algo en la semipenumbra. Miraba a todos lados, escudriñando en la oscuridad. Rius, menos cauto, esperaba tranquilamente al vehículo.

Cuando Llobet le dejó en la puerta de su casa notó Rius con qué ademán el viejo contable se había arreglado las solapas del abrigo, arrebujándose en su bufanda. Vio alejarse al contable, curvado en la oscuridad, con pasitos cortos y vacilantes.

Dentro de la fábrica todo siguió igual, pero la prensa extremista arreció la campaña; a la entrada de la fábrica empezaron a verse caras forasteras y el rostro de los trabajadores no dejaba lugar a dudas. Al fin, el Sindicato determinó plazos y normas.

Los fabricantes se reunieron. Rius tuvo que pasar por la prueba —desagradable para él como para todos— de tener que acordar algo en común con sus competidores. Estos le nombraron delegado del Textil en la Comisión de patronos encargada de gestionar la solución del conflicto, sea con un pacto con los obreros, sea aceptando su reto. A los pocos días recibió la primera citación de la Comisión para un cambio de impresiones antes de acudir a la reunión mixta convocada por el gobernador.

Tuvo el placer de ver entre sus compañeros a don Jorge Cavestany, largo tiempo ausente. También Moixó participaba en la Comisión patronal, integrada, además, por un representante de la industria metalúrgica, un tal señor Arquer, con facha de «chantre» de basílica; otro de los hoteleros, el señor Viala, ceremonioso como un *maitre d'hôtel*, y el señor Pou, un contratista, por la construcción.

La reunión previa se celebró en los locales del Fomento del Trabajo Nacional. Don Jorge Cavestany, don Cosme Moixó y el señor Viala estaban dispuestos a ceder, tras algunos tanteos, a la exigencia obrera. El señor Arquer y el señor Pou eran, a rajatabla, partidarios de una negativa; tanto en el ramo metalúrgico como en el de la construcción una revisión de jornales y horarios sería la catástrofe. Rius era partidario de llegar a un acuerdo como fuera por un procedimiento de regateo que en el peor de los casos implicaría la cesión de la jornada de nueve horas a los obreros

especializados. El peonaje y los trabajadores subalternos se seguirían rigiendo por las normas de libre contrata.

—Esto no puede ser —clamó Pou, con ademán de ex albañil—. ¿De qué le servirá que los subalternos se rijan por un horario libre si los que tienen que hacer el trabajo lo tienen fijo? Yo no puedo hacer mis casas con solo los peones.

—Lo que no podemos hacer —terció Cavestany— es presentarnos desunidos al Gobierno Civil. Es seguro que los obreros, a estas horas, están perfectamente de acuerdo entre sí.

La prudencia, la calma de don Jorge Cavestany se impusieron. Al término de la reunión, que se prolongó hasta las nueve, surgió la indispensable unanimidad para presentarse, como un bloque compacto, a la tentativa de mediación gubernativa.

La reunión estaba convocada a las nueve y media de la mañana siguiente. A los comisionados obreros se les hizo pasar a una sala de espera ornada con pomposos frescos murales, alegóricos de la grandeza catalana; en uno de los ángulos del amplio salón se moría de frío una chimenea de mármol.

Los comisionados patronos vieron, no sin inquietud, cómo el pelotón de los obreros —una partida de bultos azules con alpargatas limpias— era introducido en el despacho del gobernador. Los comisionados patronos aguardaban, con ligero carraspeo de voces y toses dominadas, en un saloncito más íntimo y menos pomposo; en un rincón de este saloncito un viejo amanuense copiaba datos de un mamotreto apolillado. La puerta estaba abierta y por ella se ofrecía el pasillo vacío, polvoriento, que conducía a las más recónditas criptas del palacio, hornos misteriosos de la gobernación.

Al rato, un guardia rogó a los patronos quede siguieran. A través de innumerables pasadizos llegaron ante una pequeña puerta de nogal, labrada y polvorienta. Misteriosamente esta puerta se abrió. La luz, clara, a través de grandes ventanales, les cegó un instante. El gobernador, de pie, les indicó, con sobriedad, los asientos que debían tomar. La mesa tenía forma de herradura. Al lado derecho, de espaldas a los ventanales, estaban sentados los siete representantes obreros. Los siete patronos tomaron asiento en el otro palo de la herradura, frente a ellos; en el eje de la misma, dominando esas dos orillas, tomó asiento el gobernador.

Los patronos entornaban los ojos; la luz era violenta. Así, no podían, por el momento, distinguir los rostros de sus interlocutores. Nublados por el cegador resol, estos parecían como siluetas negras y torvas. La voz del gobernador, grave como la de un órgano, rompió el silencio de pronto.

—Señores, repetidas veces había tenido intención de reunirles a ustedes, patronos y obreros, para que dirimieran delante de mí sus cuestiones. Sin un acuerdo que determine en el acto la prosecución del trabajo en condiciones normales, salvaguardando la consideración, económica y moral, debida a la condición humana, la energía nacional se irá debilitando hasta morir. Muchas veces he recibido las quejas de todos, ora de los obreros, ora de los patronos, y sobre este problema he

tenido ocasión de formarme una opinión personal muy clara.

El gobernador hizo sonar una campanilla, y se presentó un ordenanza, al oído del cual su excelencia susurró unas palabras:

—Creo que la situación tiene un arreglo, y que este debe ser definitivo. Ni la postura obrera —y miraba a los patronos, inclinándose suavemente hacia ellos— puede ser tan irreductible que afronte las consecuencias de una huelga general continua... —e hizo una pausa para balancearse del otro lado, insinuándose con la mirada hacia el sector obrero—... ni los patronos llevarán constantemente sus negativas al extremo de hacer de los puntillos profesionales un arma contra sus propios intereses.

Entró sigilosamente el ordenanza trayendo un vaso de agua con un azucarillo, que depositó sobre la mesa, ante el gobernador.

—En resumen: los intereses de las dos ramas de la producción tienen un punto de contacto, una articulación que es imprescindible hallar. Y vamos concretamente a los móviles de esta reunión: la jornada de nueve horas.

Dio la palabra al representante obrero.

—Dentro de dos días, el primero de diciembre, los obreros de todas las ramas exigen que sea aplicada la jornada de nueve horas —dijo una voz honda, segura y rápida—. De lo contrario, quedará decretada la huelga general. La decisión es unánime de todas las ramas. Eso es todo.

Rius se apoyó, rápido, en el respaldo de su silla. La voz que escuchaba era la de Regás. Algo deslumbrado aún vio la mano de su enemigo hacer un ademán rápido, retirándose de la mesa. Hubo un absoluto silencio. Escuchó entonces la voz de don Jorge Cavestany.

—Estamos persuadidos de que...

Pero el constructor Pou se adelantó, inquiriendo, ágil, al gobernador:

—¿Quién es el que decreta?

El gobernador, que sorbía su agua con azucarillo, dio un golpe con la mano sobre la mesa y dejó el vaso, con movimiento airado:

—Señores; para hablar es preciso que sigan un orden. Diga usted, señor Cavestany.

—Decía que estamos persuadidos de que esta amenaza no surtirá sus efectos. Sin embargo —añadía, con calma—, no es del todo preciso que los surta. Sabido es que la mayoría de empresas, sea del tipo que fueren, cumplen tácitamente la jornada de nueve horas, sin que haya habido necesidad de imponérselo.

—El sesenta por ciento de las empresas, y somos generosos con la estadística, trabaja la jornada de más de nueve horas —insistió la voz de Regás.

—Nosotros, los patronos, no estamos sindicados, señor gobernador. No podemos, por tanto, implantar modificaciones en nombre de la clase patronal, modificaciones que no sabemos hasta qué punto serán aceptadas por los demás.

—Si usted me permite, señor Cavestany, eso no es óbice para que ustedes puedan

hablar, en este instante, en nombre de toda la clase patronal, y tomar acuerdos por ella. Ustedes han sido elegidos por sus colegas, delegados por ellos. Esa comisión que ustedes forman cumple las veces de una verdadera delegación, estén ustedes sindicados o no. Tienen ustedes sus gremios, sus entidades. Eso no es excusa.

—Si usted me permite, señor gobernador —aventurose a solicitar, ya sometido al protocolo, al contratista, tomando como modelo las maneras de Cavestany—; los obreros tienen todos, sean del ramo que sean, un solo punto de vista: jornada de nueve horas, jornada de ocho horas, jornada de siete, de seis, de cinco, y así sucesivamente sean del ramo que sean. Un albañil estará en eso de acuerdo con un minero o un textil. Y al revés con los jornales: de cuatro, de cinco, de seis, de ocho, cuanto más mejor. En cambio, la fábrica del señor Rius o del señor Moixó no tienen las mismas leyes ni los mismos vencimientos que mis contratos. El señor Rius, por ejemplo, es un decir, quiere ampliar su fábrica —de paso el contratista intentaba captar un posible encargo—; él trabajará, en la que tiene, las nueve horas, pero me exigirá a mí que le tenga lista la nueva fábrica a un plazo previsto y me obligará a trabajar las veinticuatro horas si es preciso, porque en tal fecha le llegan los nuevos telares, porque ha adquirido ciertos compromisos para la inauguración, etcétera. ¿Cómo podemos estar el señor Rius y yo reducidos entonces a la misma jornada?

—Muy sencillo— atajó Regás—. Contratando usted a tantos turnos de obreros como sean necesarios para llenar las veinticuatro horas del día sin que cada uno de ellos trabaje, por un jornal, ni un minuto más de las nueve horas. En fin —concluyó el obrero, presa de contenida hilaridad, dirigiéndose con sorna a sus compañeros de comisión—. Solo faltará que les tengamos que explicar lo que es la jornada de nueve horas.

De las sombras de los comisionados de la derecha surgió un murmullo de jocosa aprobación.

—Nada de explicar, amigo Regás —saltó, clara, rauda, algo temblorosa, la voz de Rius—, nada de explicar. Sabemos perfectamente lo que es la jornada de nueve horas... —Notó los ojos de Regás, visibles ahora, fijarse derechamente en los suyos; él sostuvo esta mirada—. Hace muchos años que sé lo que es una jornada y lo que es un jornal. Le voy a preguntar una cosa: ¿qué exigencia tienen planeada para después de la concesión de esta jornada? ¿Dónde acaba su proyecto? Si pudieran ustedes sujetarse a un compromiso, de alguna forma; la cosa cambiaría.

—Se desplaza usted de la cuestión —advirtió el gobernador.

—Con su permiso, excelencia. Creo que me ciño más que nunca a ella. No pueden ustedes comprometerse, no hay garantía suficiente que les permita asegurarnos contra inmediatas protestas y exigencias. En estas condiciones, ¿no creen que seríamos imbéciles si cuando nos piden la jornada de nueve horas se la concediéramos? Nosotros no estamos sindicados, pero no somos tontos. Si supiéramos que van a cumplir ustedes a su vez su compromiso de dejarnos luego en paz, no la jornada de nueve horas, la de ocho, la de siete, lo que ustedes quisieran...

—No son capaces, no son capaces —Regás volvía a dirigirse a sus compañeros, reclamando su constante aprobación—. ¿O habéis conocido algún burgués que comprara un frasco de árnica antes de que un obrero se hubiera cortado una pierna? —Aprobación rotunda en el elemento obrero—. Si usamos esta táctica es porque sabemos que es la única que les hace mover.

—Señor gobernador —dijo Moixó—, si en esta reunión no se aborda el problema de una manera clara y con vistas a su solución, o si lo que se pretende es abochornarnos y hacer demagogia, solicitaré de mis compañeros que me dejen retirar —y ya iba a levantarse.

—Siéntese usted, Moixó, cálmese. —El gobernador dirigió su apacible mirada a ambos bandos—. La postura de ustedes, obreros, es irreductible. Jornada de nueve horas o huelga. La de los patronos lo es también, si en los patronos puede haber algo irreductible. Bien: pues hagan ustedes la huelga. ¿Yo qué le voy a hacer? Avisaré a mis fuerzas y me limitaré a guardar el orden de la calle, que es para lo que estoy aquí. Y me pregunto si después de los nueve, de los diez, de los quince días de huelga general, cuando ustedes, los obreros, ya no puedan soportar por más tiempo la falta de ingresos, y ustedes, los patronos, se inquieten ante la suspensión de pagos y por la inactividad, si no se acordarán entre todos que en el día de hoy desaprovecharon una magnífica ocasión de evitar esa catástrofe. Ustedes dirán.

Absoluto silencio en ambas partes.

—Lo tremendo es que, por mucho que fastidie y perjudique a los obreros, el Sindicato no hace más que ganar popularidad entre ellos con estas exigencias —dijo Pou.

—¿Y eso a ustedes qué les importa? —sonó la voz de Regás.

—Calma, señores —ordenó el gobernador—. Vamos a hacer lo siguiente: Ustedes, patronos, se reúnen, consultan, acuerdan, celebran con sus colegas los debates que estimen oportunos. Pasado mañana celebramos una nueva reunión y traen ustedes aquí su contestación precisa. Por mi parte— prosiguió, doblándose del lado obrero— propongo la siguiente fórmula transaccional: que en lugar de requerir la contestación en bloque de todas las ramas se divida en tantas cuestiones como gremios. Lo digo en interés de ustedes mismos. Creo que por separado los resultados serán totalmente, o casi totalmente, satisfactorios. En cambio, en bloque, la negativa de un sector provocará la negativa en los restantes.

Hubo un silencio.

—No podemos aceptar este criterio —objetó, al cabo, Regás—. Todos o ninguno.

—Lo que usted quiere —intervino, con indignación contenida, personal, Joaquín Rius— no es resolver la cuestión, sino embrollarla. Este procedimiento es muy de usted, que por otro lado no ha trabajado nunca.

—Cállese —vociferó levantándose Regás—; cállese o... El gobernador se había levantado. Hizo sonar la campanilla.

—Si le dijéramos que no va a haber huelga general tendría usted un disgusto,

Regás. Lo conozco bien.

El gobernador daba puñetazos contra la mesa. Comparecieron dos ordenanzas.

—Señores —gritó el gobernador—, no volveré a hacer esta prueba: se ha acabado.

—Es inútil discutir, es inútil —clamaba, exaltado, Rius, mirando con supremo encono a Regás.

—Se levanta la sesión, en el acto —clamó su excelencia. Los ujieres habían abierto la puertecilla. Cavestany daba el brazo a Rius, exhortándole a salir. Regás le miraba, desafiador, diciéndole: «Ya veremos quién gana. Eso sí que lo veremos».

—¡Claro que lo veremos! —le contestaba, envalentonado, Rius, al que Cavestany acompañaba a duras penas hacia la puerta. —Señor Rius —advertía, dubitativo, el gobernador, cuando ya el fabricante no podía oírle—, si dice usted una palabra más, me veré obligado a detenerle. Y ustedes, ustedes...

Se paseaba, lívido, por la habitación.

—No me armen conflictos, no me armen conflictos —clamó de pronto—. Váyanse, váyanse.

Y uno por uno, cubriéndose con las gorras, fueron desfilando. A los dos días quedaba decretada la huelga general.

Desde la embocadura de la calle de Viada, por la mañana, Joaquín Rius presagió el espectáculo. La noche anterior no había dormido apenas. Intentaba tranquilizarse, convencerse de que la huelga no se produciría. Tenía la esperanza de que la decisión del Sindicato fuera, en absoluto, impopular.

Los obreros no le saludaron.

Abrió y subió a su despacho. Al poco entraba Arturo Llobet.

—¿No cree usted conveniente avisar que nos manden alguna fuerza, por si acaso? —dijo el joven.

—No creo que vayan a asaltar la fábrica, Arturo.

—Pero se pueden producir altercados entre ellos.

Rius meditó.

—Sí, no había pensado en eso. Pero no se vaya usted... ahora. Debiera haberseme ocurrido. Puede llegarse Pedro mismo. Es de entera confianza.

Solo pasaron los empleados de oficina. Los obreros charlaban, discutían, acalorados. En algunos se manifestaba todavía cierta indecisión. En conjunto, el número de los que aguardaban no era más que una tercera parte de los que constituían la plantilla de Rius.

Desde el ventanal contemplaban la indecisión de los grupos.

Y avanzó resuelta, tranquilamente, Roig, el grueso operario de las barbas rojizas. Llevaba en la mano su paquete del almuerzo, como si tal cosa. Inmediatamente le siguieron cuatro más; luego otro, joven, rezagado.

Rius tenía el corazón en vilo. ¿Entrarían todos?

Ya estaban en el patio y entraron derechamente en la sala de máquinas. Desde el ventanal que daba a las máquinas observó Rius como, con absoluta parsimonia, el de las barbas se quitaba americana y chaleco y se ponía el guardapolvo. Los demás hicieron lo mismo.

Volvió de nuevo Rius al ventanal del patio. Había empezado de lleno la batalla. Cinco o seis de ellos vapuleaban a tres muchachos que intentaban entrar.

Bajó Arturo. Soltaron a los tres muchachos. Imprecaban al hijo del contable. Eran treinta o cuarenta los que, habiendo descubierto a Rius tras el ventanal, elevaban ahora contra él su puño, le amenazaban e insultaban.

Rius descendió por la escalerilla a la silenciosa sala de máquinas. Se dirigió a aquella tras la cual estaba sentado, pacíficamente, el operario fiel, el de las barbas.

—Gracias, Roig.

—Y qué, ¿no se trabaja? —preguntó.

—¡Qué remedio queda!

—La primera vez desde la historia de esta casa. Si el viejo Rius lo viera.

—Y que lo diga, Roig...

—Son una serie de gandules. No hay ni modos, ni vergüenza, ni nada.

—¿Cuántos años hace que está aquí?

—Exactamente, veintiocho.

—¿Está contento?

—Vamos tirando. Mi hijo es aquel.

Era un muchacho de unos veinte años, que había entrado con su padre.

—¿Dónde trabaja?

—En el agua, de momento.

—Que suba a verme el primer día de trabajo. Le pondré en una máquina.

El día fue desolador. Marcháronse los obreros y llegaron los guardias de Seguridad, tres parejas, que se pasaron el día de tertulia con Pedro, el portero, el cual había sacado a relucir en el patio una botella de aguardiente. Rius, tras haber revisado todo lo que había por revisar en las oficinas, sintió no poder más. ¡Era tal el silencio de su fábrica! Por primera vez *sentía* que el chasquido estruendoso de los telares era algo consustancial a su ser, y que sin aquel rumor quedaba casi absolutamente vacío. Paralela a la ausencia de ese chasquido sentía la ausencia de los gritos de los chiquillos en el patio. Contemplar, así de golpe, aquel desierto silencioso, sin vida, le daba la impresión de estar a la cabecera de un enfermo de gravedad de nuestra misma casta. Nunca había notado como en aquel instante cuánto la fábrica representaba para él, con qué lazo afectivo tan prieto estaba atado su ser a aquellos muros.

Descendió por las escalerillas hasta el pasadizo de las máquinas. Su empleado Arturo Llobet se había levantado de su pupitre y le contemplaba desde la portezuela de las oficinas. Rius caminaba en aquellos instantes ligeramente curvado, lentamente. Arturo fue a avisar a su padre.

—Vaya, padre, hay que hacerle compañía.

Llegó junto a él. En efecto, la mirada de Rius era honda:

—Ya ve, Llobet, ya ve las cosas.

—¿Y qué se puede hacer?

—Hay que aguantar, Llobet, hay que aguantar hasta donde se pueda. Usted y yo estamos preocupados, pero mucho más deben de estarlo ellos.

Joaquín Rius se aproximó a una de las máquinas. Pasó la palma de su mano sobre el tablero.

—O nos salvamos o nos hundimos, Llobet. No hay término medio.

Aunque Llobet hubiera tenido algo que oponer, no lo hubiera manifestado.

—¿Se acuerda, el año uno, el año dos, qué proyectos teníamos? Y todavía nos quejábamos.

Rius sonreía agriamente.

—Pensar que estuve a punto de empezar las obras...

—Todo vendrá, señor Rius.

—Lo veo muy mal —y seguía acariciando la máquina. Volvieron a caminar, lentamente—. El año que viene, en octubre, Desiderio, mi hijo, estará ya en disposición de venir. Me hubiera hecho ilusión tenerle la fábrica ampliada. ¡Si no hubiera habido ese bajón fenomenal! Y luego, ahora, eso. ¡Y las bombas!

Los días transcurrieron sobre la fábrica vacía con una lentitud pavorosa. Desde su despacho silencioso podía ahora Rius percibir diáfananamente, las manos en las sienes, el silbido de las locomotoras lejanas, que pasaban al otro lado de la cerca, en el sector siniestro del edificio. Los empleados de oficinas trabajaban en silencio. La inactividad era como una pesadumbre mortal. Sin saber cómo, de qué manera, llegaban, mezclados con la correspondencia, los anónimos del misterioso Pamias. Parecía preso por un delirio salvaje al conocer la desdicha de los fabricantes. Rius dejaba a un lado esa basura absurda. Al atardecer entraban los Llobet en su despacho y comentaban la situación, se acompañaban en la tristeza. Arturo le mostró una tarde una larga carta del ex cajero, firmada y rubricada.

Le amenazaba en ella con las más grandes iras y sacudidas de todas las fuerzas de la Naturaleza. Hacía en la carta alusión venenosa al fraude que Llobet había cometido de jovencito en la fábrica de Rius, a expensas, según el cajero, de la probidad a prueba de bomba del responsable de la caja. Le vaticinaba la peor suerte, que él no se preocuparía de amenguar si Supremos Designios dejaban en sus manos la decisión. Seres como Arturo Llobet eran un oprobio para la Sociedad. La responsabilidad de ese oprobio alcanzaba también a Rius, pero este ya iba camino de saldar sus cuentas.

Rius, más dolorido que indignado, leyó la carta que Arturo le había dejado. Estaban solos en el despacho de Rius.

—Pienso una cosa, al leer eso —dijo, meditativo y profundamente serio Arturo

—. Pienso que en la locura de Pamias hay una parte de responsabilidad de usted y... mía. Mía concretamente.

Rius levantó la vista del papel y atendió a las palabras de Arturo.

—¿Por qué dice eso? —inquirió, al La ojeriza de Pamias es completamente arbitraria, Arturo. Se ha posado en usted como podría haber elegido a cualquier otro.

—Creo... Creo que en aquella ocasión debía usted haberme despedido y entregado a los tribunales. He estado meditando mucho sobre eso, y ahora, cuando recibí esta carta...

—No lo entiendo...

—En la mentalidad de Pamias, comprender aquello debió ser superior a sus fuerzas. No le debía caber en la cabeza que un ladrón, eso, eso, un ladrón, fuera perdonado, protegido y encumbrado por su jefe. Él había manipulado centenares de miles de duros sin rozarlos. Y de pronto se descubrió no solamente igualado a mí, sino preterido a mí. Era injusto.

—Se preocupa usted por cosas que ya no tienen remedio. —La locura, señor Rius, empezó aquí.

Para un hombre simple como él, el Bien y el Mal estaban bien delimitados. Aun lado estaban los «probos» y al otro los ladrones. Llegué yo y la divisoria quedó borrada para él. Se refugió en los libros. Se le llenó la cabeza y acabó en lo peor. Encuentro que Pamias tiene perfecto derecho a justificar ahora a los criminales, casi a creer en la regeneración de la Humanidad por la dinamita. A sus ojos, Mateo Morral es posible que haya sido un ser puro y generoso, no como yo, que no reparé en robar, en tomarle el puesto y en reírme de sus pequeñas cosas, sin pensar en lo que hacía...

—Se equivoca, Arturo. Hay gestos de Pamias que no se me olvidan. La manera como entró en un tranvía, la vez que le seguía, su mirada, su sutileza. Pamias era un hombre propenso a eso.

—Sí, pero no en su origen. Las casi seguras grandes cualidades de ese carácter, su orden, su honradez, su paciencia sin límites, fueron degenerando imperceptiblemente por mi causa. Escarnecido, se defendió como pudo.

—Tal vez en eso sí tenga razón. A esos caracteres cerrados y pusilánimes de los que no han tenido suerte en la vida puede ocurrirles eso. Recuerdo una institutriz de casa de mi mujer, una pobre señora que ha muerto hace poco en las hermanitas, haciendo la vida imposible a las monjas y a todo el asilo. Su rebeldía se manifestaba solo en las cosas más pequeñas. Era un saco lleno de odios atroces y diminutos, de jaquecas sufridas en la soledad, de envidias, de celos, de privaciones continuas y pequeñas. Como no son capaces de herir de verdad, pellizcan. Pero son gentes que no hacen sufrir ni siquiera la mitad de lo que ellos sufren por ser como son...

—Y sin embargo, hay algo en Pamias...

Arturo paseaba ahora con la cabeza gacha, las manos en los bolsillos, buceando en lo más hondo de su criterio.

Proseguía:

—...algo que no puede hacer que le odiamos ni usted ni yo. Su sumisión a estas paredes, su rencor hacia mí y hacia usted son superiores en su ánimo incluso a su triste filosofía. Su actitud le ha encumbrado adonde, en la fábrica, no podía aspirar a llegar nunca. Ahora es un hombre célebre, tiene amigos; un ejército de locos y de desharrapados podría llegar a seguirle casi como a un profeta... Y sin embargo, a través de esas cartas nos indica que no está del todo allí, sino aquí. Parece como si una parte de él siguiera murmurando sumas. Me parece como si estuviera mutilado y lo ignorara.

—Así es en realidad, Llobet.

Rius estaba también pensativo.

—No piense más en eso, Arturo. No le dé vueltas a cosas que no tienen solución. La noche empezaba a acechar en el exterior de la ventana.

Regás y los dirigentes obreros no habían logrado cohesionar esta vez sus esfuerzos. Planteada la cuestión hubo ramas que, a los diez días de huelga, postularon un entendimiento directo con sus patronos. El bloque había fracasado. Pero la petición se mantenía en pie con las características iniciales. Textil, Hotelería, Puerto, etcétera, obtuvieron, por concesión patronal, la jornada de nueve horas. Metalurgia, Transportes y Construcción, cuyos patronos se mantenían firmes en su negativa, siguieron vagando.

Se admiró Rius de que todos ellos entraran con una tranquilidad tan absoluta al trabajo. Amenazas, insultos, altercados, todo palabras vanas. Entonces advirtió realmente la gravedad de la situación. Todos podían hacerle daño, perjudicarlo; él, en cambio, a la hora de exigir explicaciones, satisfacciones, no tendría a quién dirigirse. Al entrar, ellos se quitaban la gorra otra vez, tan campantes.

—Buenos días, señor Rius.

—Buenos días.

—Se le saluda, señor Rius.

—Buenos días.

—Buenos días.

Introdujo la llave en la cerradura y abrió; pero antes de entrar se volvió a verles. Una serie innumerable de caras beatíficas le sonreían apaciblemente.

XI

DURANTE EL COLAPSO habíase recibido una circular de Intendencia convocando a concurso para la adjudicación de dos mil piezas de «caqui», carta que Rius se apresuró a contestar haciendo una proposición. A los pocos días recibió un telegrama por el que se le comunicaba que el pedido le había sido adjudicado a condición de que la entrega de las piezas se hiciera antes del quince de enero. Se entendía que, caso de que la entrega no fuera efectuada en esa fecha, el encargo pasaría automáticamente a otro proveedor.

Rius estaba satisfecho, porque justamente tenía almacenado un pico importante de «caquis», que sería ocasión de sacarse de encima. Púsose, pues, a fabricar a toda marcha las mil doscientas piezas que le faltaban. La operación era importante y valía la pena de cumplir las condiciones con antelación.

Cuando el conjunto del encargo estuvo apilado en el almacén, los seis carreteros de la fábrica aguardaban, fumando y con las manos en los bolsillos, a que los dirigentes de su ramo decretaran el retorno al trabajo. Esos seis personajes estaban todo el día de charla con Pedro, en el patio. Lo único que no les estaba permitido en el recinto de la fábrica era ejercer alguna actividad que pudiera parecer relacionada con la que les ocupaba el resto del año. Porque, si bien la huelga estaba resuelta para el Textil, no lo estaba para los Transportes. Así, los seis carreteros, muy ufanos, ayudaban a los caldereros a encender las fogatas, a las curtidoras a escardar o a los mozos de almacén a transportar las balas de algodón al zaguán de las máquinas. Pero quedaban inmóviles cuando, con un relincho agudo, los caballos reclamaban su pienso. Pedro tenía que atender a este menester y lo hacía con parsimonia, con la tranquilidad que le era peculiar.

—A ver si esos estúpidos creen que vamos a parar la fábrica por ellos —decía Rius, malhumorado, contemplándoles hacer tertulia alegremente en el patio.,

La cosa, que al principio no preocupó al fabricante, empezó a tener pronto su miga. Faltaban dos días para la entrega de las piezas y había que transportarlas al muelle, para cargarlas en el buque militar que había de partir con destino a Algeciras. Los carreteros se negaron a hacer el alijo.

A última hora de la tarde del 13 se personó Arturo en casa de Rius para notificarle que los esquiroles se habían negado también rotundamente a aceptar el transporte de las piezas hasta el puerto. Ante la negativa había Llobet exigido que no trabajarían para nadie. Los esquiroles — carreteros sin trabajo tan organizados como los carreteros con trabajo— le aseguraron que no había diferencias. La huelga de carreteros era seria, estaban muy vigilados y habían sido amenazados de verdad.

Arturo añadió que había estado en el barco destinado a Llevarse el cargamento hasta Algeciras, y había sido tranquilizado sobre la fecha de partida. No se podría efectuar en la fecha prevista, sino cuando se resolviera la huelga, que impedía el cargamento no solo del tejido, sino también del resto del alijo, alubias, conservas y munición.

La situación en África comenzaba a ser inquietante. Los altercados entre los rifeños, la anarquía que imperaba en Melilla, huérfana de toda autoridad, obligaron al Gobierno a la ocupación de la Restinga y Cabo de Agua. En previsión de nuevas intervenciones y para el caso de que fuera forzada una campaña, la autoridad militar hacía acopio de víveres, ropa y munición.

—Me han dicho en el barco que es probable la guerra —informó Arturo—. El Roghí ha desaparecido y la situación no puede ser más anárquica.

—Solo les faltará eso a los demagogos y al populacho. Si llaman a quintas habrá sangre.

—Pues es casi seguro. Un oficial lo daba por descontado.

Más tranquilo sobre la suerte de la partida, se disponían a esperar a que se resolviera la huelga de transportes cuando, en la mañana del 16, Arturo llegó a la fábrica con una noticia asombrosa.

Un cargador de muelle de su confianza sabía, por uno de los marineros del barco destinado a cargar las piezas, que el barco había recibido orden de zarpar aprisa con lo que pudiera; y, además que —eso lo dejó de una pieza— Basereny había estado descargando durante todo el día anterior.

Meditó. Su rostro denotaba la más viva extrañeza.

—No puede ser. Es un infundio —dijo.

Paseó por el despacho.

—No lo creo, no es posible.

—Tal como lo oye.

—¡Pero si el pedido es nuestro!

—Del primero que cargue. Era nuestro anteayer. Ahora puede ser de Basereny.

—Pero... pero si no es posible que Basereny pueda transportar hasta el muelle. Sus carreteros están en huelga como los nuestros. A no ser que los esquirolas...

—He procurado indagar cómo transporta y es un misterio. Nadie se lo explica y nadie me ha podido dar razón.

—Es un rumor del propio Basereny, del joven. Es un loco que solo quiere darse importancia. Quiere demostrar a todo el mundo que él es más valiente que nadie. Me extraña que el último trancazo que recibió en la cabeza no le haya puesto los sesos más en su sitio.

—He dicho al cargador del muelle que procurara enterarse de todo por su amigo del barco y que así que tuviera noticias de que iban a descargar me avisara. Le he prometido una buena propina.

—Ca... No habrá aviso. Eso es claro: es un infundio del joven Basereny.

Para desmentirlo se abrió la puerta del despacho en aquel instante. Un meritorio entraba con un recado para Arturo. Un cargador del muelle deseaba verle.

—Que pase aquí —ordenó Rius, levantándose de golpe.

Desgarbado, el hombrón les informó de lo que sabía. A las tres de la tarde se descargaría en el barco una nueva partida de piezas. Sobre todo necesitaba la más absoluta reserva; esta confidencia le podía resultar cara.

—¿Pero cómo? ¿Cómo descargan? ¿Cómo transportan?

El hombrón no tenía idea. El barco era un barco de transporte afecto a la Comandancia Militar, y las operaciones de carga y descarga se efectuaban en el más absoluto secreto.

—Pero no circula un solo carro en toda Barcelona. No puede ser que de la fábrica de Basereny al puerto el transporte se haga de una manera invisible.

El hombrón se marchó. Arturo partió en seguida hacia la Comandancia a solicitar, como representante de la casa Rius, proveedora de Intendencia, un pase libre para toda la zona portuaria extendido a nombre de Rius y a su propio nombre. Tras unas preguntas y la exhibición de documentos, el pase fue extendido.

Rius dejó que fuera Arturo solo a comprobar la inexactitud de la confidencia recibida. Estaba seguro de que este llegaría, a media tarde, sin haber visto descargar una sola pieza, con lo que la fanfarronería del joven Basereny quedaría patentizada una vez más. Y no pensó más en ello.

Pero no fue así. Llobet olvidó incluso llamar a la puerta del despacho de Rius. Entró como una tromba.

—Basereny ha descargado un centenar de piezas ante mis ojos.

—¿Qué dice? —clamó Rius, palideciendo.

—¡Qué digo, cien!... ¡Doscientas, trescientas!

Llobet sacó su pañuelo, lo pasó por su frente, sudorosa a pesar del frío, y luego se sonó.

—Lo nunca visto, señor Rius —agregó, metiendo a ciegas su pañuelo en el bolsillo.

Sin darse cuenta, Rius agarraba ahora el cortapapeles por el mango; su mano derecha temblaba sobre la mesa.

Estaba lívido.

—¿Lo ha visto usted? ¿Qué ha visto?

Llobet no encontraba palabras.

—Por la funeraria —balbució, al fin, sentándose.

Rius dejó el cortapapeles encima de la mesa. Le parecía no haber comprendido bien.

Llobet jadeaba y logró hablar de nuevo.

—Ha llegado un entierro, con el coche de muertos y doce coches del duelo detrás, con las cortinitas tiradas. El joven Basereny iba disfrazado de cochero en el pescante del primero. Han salido piezas hasta del ataúd.

Estuvieron unos minutos sin pronunciar palabra. Al cabo, Rius dio un enorme puñetazo en su mesa. Parecía como si acabaran de apuñalarle.

—No paso por esa —dijo con suprema firmeza—. Me las pagará. Ese pedido es mío; si no conoce obstáculos, si no es capaz de detenerse ante lo más sagrado, va a recibir una lección. Vamos a ver, ¿qué hombres de confianza hay en la oficina?

—De confianza todos, pero...

—No hay «pero» que valga. A las siete cargaremos los carros. ¿Sabe usted conducir un carro?

—Una vez conduje una... una... —iba a decir algo. En esos instantes el joven Llobet se parecía a su padre.

—Bien —interrumpió Rius, hablando con una celeridad pasmosa—. Los caballos hacen el camino a ciegas. Usted llevará un carro, yo otro. Llame a Roig y a su hijo. Espere. ¿Qué otros hombres hay?

Hicieron una revisión.

—¡Que entre un millar de obreros no haya más que dos que nos conste que nos pueden ayudar! —se lamentaba Rius.

—Cuatro carros ya es bastante.

—Cuatro carros hoy, y cuatro mañana, y los días que hagan falta. Cargaremos aunque tengamos que llevar las piezas a cuestras. Llame a Roig, padre e hijo, avise a los empleados de la oficina para que nos ayuden a cargar, y vaya usted mismo a la Comandancia y al barco a comunicarles que descargaremos a las doce. Ya verá ese loco, ya verá...

A las nueve cinco carros quedaron en el patio, cargados hasta el pescante. Bajo ningún pretexto Pedro admitiría a nadie para conversar, como algunas noches hacía. Después de cenar llegarían, engancharían los carros y saldrían a la calle dispuestos a todo.

Los Roig, padre e hijo, accedieron en el acto. Esos dos obreros se habían situado francamente en contra del Sindicato, que les consideraba como traidores a la causa y estaban envalentonados.

La noche se presentó oscura y fría. Una extraña humedad, pastosa y deprimente, difuminaba los contornos de las sombras. Cinco eran los carros. A las siete, el viajante Vinyals, que acababa de llegar inesperadamente de Andalucía, notó ciertas evoluciones del personal de oficinas al almacén. Preguntó a un escribiente qué era lo que hacían con tanto ir y volver. El escribiente le señaló con el pulgar el ventanal de Joaquín. En un instante tuvo la impresión exacta de la realidad. Al conocer la infamia de Basereny, sus cartílagos hicieron temblar la ya opulenta redondez de sus mejillas:

—*Vade retro*, Basereny —clamó, esgrimiendo su lápiz.

Penetró en las cuadras y golpeó amistosamente las ancas de los potros.

A las once y media los dos Roig, Arturo Llobet, el viajante y el amo abandonaron

el despacho de este último y se dirigieron en silencio a la cuadra. Pedro y el joven Roig —flexible y audaz en su traje de pana— sostenían dos linternas cuya luz hacía flotar extrañamente en el techo las sombras de los brutos, el diseño de la figura de Rius y de Arturo, y la activa silueta de Vinyals comprobando contra los muros el alcance, el temple y hasta el chasquido de un látigo.

—No se entretenga, Vinyals.

Remolones, los caballos se resistían a levantarse. El chasquido del látigo esgrimido por Vinyals los despertó.

Dóciles, tres de los cuadrúpedos accedieron a obedecer a los poderosos tirones de brida con que Joaquín, Llobet y el viejo Roig les obligaban a salir de la cuadra. Sonó sobre el empedrado caliginoso el golpear lento y fatigado de la herradura, un coceo tardo; las sombras llegaron hasta los carros repletos.

Rius estaba oprimido, pero no desesperado. El solo presagio de la acción le encendía la sangre, infundiéndole una extraña vitalidad. Pero los cinco carros no conseguirían transportar hasta el muelle más que trescientas piezas. Algo era, sin embargo. La desfachatez de Basereny no pasaría sin réplica. Al regreso, efectuarían una nueva carga, y luego una tercera, hasta el amanecer. En tres noches la entrega podía quedar realizada.

Vinyals y el joven Roig llegaron también al patio llevando de la brida a los dos brutos restantes. Los tres primeros habían sido, con la ayuda de Pedro, uncidos a los respectivos carros. Ahora los caballos hundían su morro en los sacos de alfalfa y cocebaban contra las baldosas, a la luz cambiante del farol colocado por Pedro sobre el poyo de la entrada.

El carro conducido por Roig abriría el camino. Inmediatamente seguiría el de Rius. A continuación los de Arturo Llobet, Vinyals y el joven Roig, que cerraría la comitiva.

Utilizaban no solo los carros, también los tapabocas y las gorras de los carreteros. En la oscuridad, a través del tapabocas, humeaba, fluido en la penumbra, el aliento de los improvisados aurigas.

Sujetos los animales a los brazos de los carromatos, los cinco hombres se encaramaron a los respectivos asientos. La oscuridad era completa. Rius ordenó a Pedro que apagara el farol. El portero sopló contra él y quedaron hundidos en la sombra, ciegos. Solo se oía la respiración de los brutos y el chirriar de los desvencijados muelles de los vehículos, simultáneos al removerse inquieto de los caballos.

Los cinco conductores respiraban hondo. Pedro aguardaba a que Rius diera orden de abrir la puerta. La noche era cerrada; nada se distinguía en la tiniebla. Esta tardaba, avara, en devolverles con extrema lentitud, que crispaba los nervios, la noción de las cosas, la referencia de los claros y de las sombras. Profundamente, desde la altura, Rius advertía el nacimiento de una sombra más densa por encima de la tapia. La oscuridad profunda, escudriñada con los ojos desmesuradamente abiertos,

empezaba a esculpir, en lo hondo, un grisáceo volumen, el presagio de un árbol, la ilusión de un muro, la presentida silueta de un camino, la aproximada noción del pontón sobre la acequia. La impaciencia, agazapada, temblorosa, en el ánimo suspenso del fabricante, encaramada a lo más alto del carromato, estaba a punto de saltar a la noche oscura, a salir a tientas hurgando en la tiniebla densa a entregar su botín. El maullido de un gato, su silueta por el muro se apercibieron entonces claramente; y luego todo se concretó: el árbol, el muro, el camino y el pontón. Volvió la vista atrás y adelante y distinguió, claros, definidos, expectantes en la noche, los rostros de Roig, de Arturo, de Vinyals y el hijo de Roig, que esperaban su orden.

—Abra.

El portero dio vueltas a la llave. El llanto de la herrumbre semejaba de otro mundo; su parábola moría en el silencio de las colinas. Sonó el cerrojo y se abrió en dos la tiniebla de hierro; apareció un largo y polvoriento fantasma: un camino abierto.

—Vamos.

El carro de Roig se movió lentamente. Las ruedas rodaban duras, con estrépito.

Rius asió las riendas y las movió. Sintió un vértigo raro; era como si le sacudieran durante un sueño profundo; al vencer el saliente umbral las ruedas de su vehículo sacudieron estruendosamente el silencio. Hundiéndose en el polvo fangoso se amortiguaba la violencia del traqueteo, pero el de los tres carros que le seguían se percibió sucesivamente. Al fin, las cinco moles de sombra, ya sobre el camino, promovían un único rumor sin estrépito .y una bocanada de aire húmedo y salino reconfortó a los tripulantes.

Rius distinguía ahora bien el bulto de las ancas del caballo, su poderosa catadura negra y se sentía dueño de las riendas, dueño del látigo que colgaba a la diestra. Al erguirse hacia atrás, ya habituados sus ojos a bucear en la tiniebla, reconoció al contacto la molicie de las piezas y abandonó su torso en ellas.

Un tenue silbido de Roig les advirtió la proximidad de un obstáculo. Habían pasado ya el pontón y se trataba de desembocar en la carretera. Con seguridad, el carro de Roig torció a la derecha. Rius, en tensión, efectuó bien la maniobra. Volvió la cabeza. Llobet pasó bien, Vinyals torció sin dificultad. El joven Roig ganó a su vez la carretera. La comitiva seguía su marcha bajo los enormes plátanos de ramas desnudas, contorsionadas a ras de tiniebla.

En la grava el ruido era nuevamente ensordecedor. El corazón de Rius palpitaba intensamente. Ese traqueteo, de las ruedas, de las veinte ruedas en la noche, era aturdidor como el tableteo de la fusilería en una batalla. Temía no poder dominarse, saltar disparado de su asiento, por la rabia que le producía no acallar ese bramido delator. Lentamente, como la miraba se había ido habituando a la sombra, fuese el oído habituando al clamor. Su torso encontró de nuevo la molicie de la tela. Las ramas discurrían, ciegas, pausadas, sobre su cabeza y, al fondo, a través de ellas, navegaban inmóviles las estrellas, en un tramo de cielo descubierto.

Los párpados se mantenían abiertos, pero una parte del ser empezaba a

adormilarse dentro.

Un nuevo tenue silbido de Roig redobló la atención de los conductores. Un punto de luz temblaba en medio del camino. Rius sabía que debía ser la caseta del Portazgo, con los carabineros. Se destacó una sombra con un fusil. Y los carros se fueron acercando lentamente. En un huerto, junto a una casa de pisos, aulló un can. El carabinero inspeccionó lentamente; estaba avisado, pero escudriñó y leyó con dificultad, a la luz del farolillo, el papel que Rius le tendía. Se hundió nuevamente en su capa, malhumorado.

—Adelante.

A medida que entraban en la ciudad parecía como si el ruido se tornara crujiente, encauzado y concreto. Con pavor veía discurrir lentamente a su lado las enormes moles de las casas. Todas las persianas estaban corridas, no había el menor resquicio de la luz. La verja del Parque de la Ciudadela suscitaba en su recuerdo la imagen nocturna de los magnolios, y un perfil diurno de tenderete y de concierto militar. Pero el trepidar de las ruedas, el golpear de los cascos de los caballos, la ciudad que avanzaba, dormida y peligrosa, el bulto de las esquinas tenebrosas, todo se balanceaba y temblaba con el sacudirse mismo de las ruedas en los baches, a punto de naufragar, en una tormenta inverosímil y larga.

¡Y doblar tenazmente, en el curso de ese sordo resonar vacilante, doblar tenazmente a la izquierda por el Paseo del Borne! Oyó un chasquido a su lado. Su impaciencia misma le impedía ahora mirar atrás. Un látigo restallaba fuerte, seguido de un improperio. Era la voz de Vinyals. Las moles de las casas eran ahora imponentes. Ese Paseo del Borne no terminaba nunca. Se irguió. Los tres carros le seguían sin dificultad. El empedrado parecía ahora brillar. Fue preciso torcer a la derecha; en la virada uno de los caballos relinchó y se ofreció en la tiniebla la anchura del Paseo de Isabel II, donde al fondo, envuelta ahora en la noche, se vislumbraría la silueta de las palmeras. Un látigo restalló nuevamente. ¡Pero todo era tan lejano, tan lento y tan oscuro! A su lado emergió, de pronto, enorme, la silueta negra de otro vehículo. Más fuerte que el tableteo ensordecedor, la voz de Vinyals.

—Aprisa, aprisa.

Fustigaba al caballo, que apenas reaccionaba.

—¡Rápido!

—Silencio, silencio, Vinyals —suplicaba.

Los dos carros avanzaron paralelamente. La proximidad de Rius, ese avanzar uno al lado del otro, parecía calmar al viajante. Quedó como adormilado en el pescante. Alarmados sin duda por el estentóreo ruido de los carros, dos vecinos, en dos pisos altos, habían abierto un momento sus ventanas. Rius sostenía sus riendas apretándolas nerviosamente en su mano izquierda y la otra se agarraba crispada en la barandilla del asiento; los ojos, inquietos en la oscuridad, se movían nerviosamente en su inmóvil rostro, escudriñando a su altura. Al coincidir una de las ruedas con el raíl del tranvía, Rius se movió, dispuesto a coger el látigo. Pero el caballo, rutinariamente, se apartó,

sin apurarse, a un lado.

Ya se apercibía por fin distintamente el sabor del puerto, a algas y alquitrán. Sobre el tejado de los tinglados se advertía, magnífica en la penumbra, una mancha de luz. Y los mástiles desnudos de un velero. Rius se puso de pie sobre el tabladillo. Roig había virado ya. Él insinuó con la mano la maniobra y el caballo obedeció. El tronar de las ruedas del carro de Roig al saltar sobre los raíles del paso a nivel fue aplacado por el de las ruedas de su propio carro y su balanceo triunfal en el tránsito. Avanzaron hasta la puerta de acceso al muelle, que, misteriosamente, se abrió. Un soldado con fusil, enfundado en un enorme capote, les dio la señal de entrar. Las cinco moles entraron una tras otra.

Pasaron junto al buque. La escotilla de la bodega estaba abierta e iluminada por un foco potente. Quedaron deslumbrados por esa luz. Rius saltó ágilmente, poniendo pie primero en la rueda, luego en el estribo. Golpeó el cuello del bruto y miró el rostro de sus acompañantes. El joven Roig se frotaba silenciosamente las manos, por el frío. Macilentos, Vinyals y Llobet tenían su vista fija en el suelo. Roig, el padre, se mesaba la barba, sonriendo. El capitán se presentó con una docena de soldados.

Dio una orden y los soldados se encaramaron a los carros. Las piezas eran lanzadas al suelo desde lo alto, sobre unas lonas tendidas. Por un puente de madera eran empujadas a la entraña del buque.

Todo se hacía en el más completo silencio.

—¿Cuántas piezas hay? —preguntó el capitán en voz baja.

—Trescientas diez —repuso Rius.

—¿Descargarán más?

—Procuraremos hacer otro viaje.

—Es la una ya —dijo el capitán, consultando su reloj—. No estarán aquí hasta las cuatro, por lo menos.

—Eso calculo —contestó lacónicamente.

La operación se prolongó aún media hora.

Rius paseaba por el muelle, aturdido, sin nada que pensar, para desentumecerse los miembros y el ánimo. Las aguas del puerto chapoteaban en la penumbra. Los caballos hundían mansamente su belfo en los sacos de alfalfa, puestos a su alcance para estimularlos. Llobet y Vinyals se habían sentado cada uno en un pilar de amarre y pugnaban por no dormir. Los dos Roig dormían encima de uno de los carros vacíos, con los pies cubiertos por unos sacos.

La idea del retorno era penosísima.

Los soldados, a una orden del capitán, plegaron la lona del suelo. Rius regresó hacia los carros. Puso la mano sobre el hombro de Vinyals.

—Es hora ya...

Los dos Roig se despabilaron aprisa. Viraron nuevamente los carros. Rius lo hizo sin vacilar. Vinyals y Llobet se levantaron de sus pilones. Vinyals se arrebujaba en su gabán, .introducía las orejas en el tapabocas.

—¿No tendría usted algo que beber? —barbotó Arturo al capitán.

Este llamó a un soldado y al poco rato entregaba a Llobet una garrafina de aguardiente.

Llobet echó un trago copioso. Se escalofrió y subió ágilmente a su pescante. Por turno, Vinyals, los dos Roig y, finalmente, Rius, sorbieron largos tragos del estimulante.

Llevaron de la brida a los caballos hasta la calzada exterior del muelle. Allí se encaramaron nuevamente a sus pescantes.

Emprendieron el retorno. Les resultaba complicado habituarse nuevamente a la oscuridad. Roig paró a su carro y descendió de nuevo. Rius le imitó. Llevaron al caballo de la brida hasta pasado el paso a nivel. Con lentitud entraron en el Paseo de Isabel II. Los carros, sin carga, iban ahora notoriamente más ligeros. Para compensar, el estruendo de su paso acreció. Roig, desde su delantera, hizo un signo con la mano e inmediatamente, haciendo restallar su látigo con energía, lanzó al caballo al trote. Sucesivamente Rius, Llobet, Vinyals y su hijo le imitaron. Se levantó en la noche, al paso de los cinco carros, el estrépito de un volcán que empezara su erupción o el de una riada que arrastrara un bosque entero. Cuanto menos tardaran en llegar al arrabal, menos debían inquietarse. Rius no sentía temor por la velocidad con que la caravana devoraba la penumbra. Todo pasaba vertiginosa e inesperadamente por su lado, pero el caballo parecía oler en la oscuridad el camino cierto. Al llegar a la embocadura del Paseo de la Industria el caballo torció sin que Rius hubiera acertado a marcarle con la rienda. Y de pronto, cuando Rius descubría nuevamente, ahora a su derecha, la verja del Parque, notó que el carro de Roig iniciaba a toda marcha un sesgo rápido y luego casi se detenía. Al pronto, Roig se levantaba de su asiento y hacía restallar el látigo. Los cuatro carros siguientes habían amortiguado su marcha, apiñados. Una sombra, y luego otra, se distinguieron en la penumbra; dos hombres habían caído sobre el pavimento; los cinco aurigas se levantaron de sus asientos; una de las sombras se había incorporado con presteza cuando Roig, con decisión, lanzaba nuevamente su caballo al trote y Rius tuvo que desviar su carromato para no atropellar al que quedaba en el suelo. Fue una pugna sorda y veloz. El que se había incorporado se lanzó a correr en persecución de Roig, pero se detuvo pronto al advertir a los carros siguientes, y esperó al de Rius. Los cuatro carros pasaron veloces, uno tras otro, milagrosamente, sin rozar al bulto del hombre que yacía en el suelo y que gritaba, desgañitándose:

—¡Esquiroles, esquiroles!

Pero el ileso encaramase resueltamente sobre el tablado del carro conducido por Rius. Este mantuvo su izquierda en las riendas, y con sangre fría asió con la derecha el látigo; rápido, dio un trallazo a ciegas, de espaldas a la oscuridad. Sonó un ¡ay! agudo y Rius repitió su gesto, más fuerte aún. Al tercer latigazo el látigo restalló en el aire. Se oyó un golpe sordo contra el suelo y el *diminuendo* de un lamento hasta acallarse. Espoleado por el trallazo, el animal se había lanzado al galope. El ruido

sobre la grava era ensordecedor. El corazón de Rius palpitaba furiosamente. Los baches acrecían.

Por sí solo el caballo fue reposándose. Las ramas de los plátanos de la carretera rozaban ahora la frente de Rius. Se sentó; nuevamente, se echó hacia atrás; iba a caer. Había olvidado que ya no llevaba su respaldo de piezas.

Volvió su cabeza y advirtió, siguiéndole, lentamente otra vez, los tres bultos de sombra. Ahora empezaba a sentirse al término de su camino. La lamparita del carabinero titilaba lejana. Apareció una sombra y la sombra de un fusil. Lentamente pasaron al lado del garito.

—Buenas noches y buena suerte. —Era la voz del carabinero.

Había sido relevado el que les detuviera a su ida.

Al torcer a la izquierda, el acolchase de las ruedas en el polvo del camino, con el silencio casi súbito, suscitó nuevamente una bocanada de aire húmedo y salino. La mole blanca de la fábrica se destacaba limpiamente en la oscuridad. La «Sagrada Familia» oraba impávida con sus fauces abiertas. Se diseñaban el Pino, Santa María y la catedral. En el cielo brillaban ahora unas estrellas. Volviendo la vista a la izquierda Rius distinguía desde su altura la silueta de la ciudad. Campanarios y chimeneas. Era como un monstruo gris, dormido en la vertiente de dos colinas. Desde lejos, advertido por el ruido, Pedro, el portero, había abierto las puertas, y el graznido precursor de la herrumbre llenó júbilo a Vinyals, a Llobet y a Rius. Como un monstruo gris en su guarida. Mañana se despertará aterrador —pensaba. Desde la puerta Pedro les saludaba moviendo los brazos.

Los cinco traqueteos al paso del umbral y el silencio.

Al bajar no se miraron. El viejo Roig y Pedro desengancharon los caballos. Vinyals, Llobet, el joven Roig y Rius entraron, vacilantes, sin pronunciar palabra, en el almacén. Cuando, después de haber llevado a los caballos y a los carruajes a la cuadra el viejo Roig entró en el almacén acompañado por Pedro, que sostenía un candil, encontró a los cuatro hombres profundamente dormidos, tumbados de cualquier modo sobre cuatro fardos de retales.

Le despertó el frío, porque el cansancio le hubiera retenido sobre el improvisado colchón unas horas más. Dejó que Vinyals y el joven Roig siguieran durmiendo y les cubrió con las mantas sobrantes de Llobet, Roig y la suya propia, sobre las que ya tenían encima. Iban a dar las ocho y al salir al patio le despabiló el cierzo agudo de la mañana. Nadie había en el patio ni en los corredores, entre los pabellones. Distinguió las voces de los obreros que discutían esperando en la entrada a que fuera abierta la puerta. «¡Qué sorpresa cuando no me vean! ¡Creerán que se ha hundido el mundo?», pensó. Estúpidamente divertido por esta tontería se aproximó a la puerta, por ver dónde estaría Pedro. El zaguán de entrada en el patio estaba también solitario. Por encima de la verja y del muro llegaba una voz pastosa, que arrastraba las erres:

—Os digo que sí. Era él y cuatro más. Que os lo cuenten Brusca y Roldán. Brusca quedó con el brazo fuera de sitio. En la Mutual no le quieren reconocer. Tuvo que ir al «chiringuito» de Sans, que es nuestro.

Un coro de voces rumoreaba cosas ininteligibles.

—Ya lo sabe —dijo de pronto el individuo con la misma voz—. Esta mañana ha estado a verles. Le fueron a despertar en seguida.

—Pero no hará nada porque es un «nyicris». Mucha boquilla y pocos...

—Dicen que no.

Apareció Pedro llevando un cubo lleno de leños, y Rius le hizo ademán de callar. Intentó escuchar de nuevo la conversación exterior, pero los comentarios de los obreros eran muy diversos, embarullados. Como si los viera: unos de pie, con el paquetito debajo del brazo, otros sentados en los terraplenes, ciertos jóvenes rondando a las obreras; la explanada llena de una muchedumbre uniforme y basta: la masa.

Pedro se disponía a abrir la puerta. Habían dado las ocho. Rius entró en los departamentos. Entró en Aprestos y se quitó toda la ropa. Quedó desnudo. Se lavó los pies, metiéndolos en el tonel. Los secó y se puso el largo calzoncillo de lana. En esta facha le sorprendieron los obreros que entraban.

—¿Quién es ese «gánguil»? Eh, tú, *pallús*...

De pronto el que gritaba se llevó las manos a la frente, identificando al amo. Rius se volvió de espaldas y hundió su rostro en el agua del grifo, que caía por su pecho, devolviendo a sus pulmones el goce de respirar. Se lavaba con estrépito dando bufidos. Los obreros se hundieron en su trabajo sin chistar, aturdidos. Rius se llevaba grandes manotazos de agua a las axilas.

Con un enorme retal se secó y allí mismo hizo unas flexiones de tronco y rodillas, prescripción cuyo ejercicio no había abandonado desde sus lecciones en el gimnasio Trías, y que sumió a los trabajadores de la sección en una perplejidad fuera de límite.

Precipitadamente, como si estuviera solo en la sala, o exactamente igual a como lo hacía en su habitación, se calzó los calcetines —las ligas aparatosas sobre los calzoncillos, le ceñían la musculosa antepierna hasta pellizcarle la piel— y se puso el pantalón; luego la camisa. Abrochó su cuello y, a tientas, anudó su corbata.

—¿Alguno de ustedes tendría un peine?

Los obreros se miraron entre sí.

Nadie tenía un peine.

Uno de ellos salió disparado hacia otras secciones.

—Seguramente alguna de las chicas de «Tintes» tendrá...

—Bien, bien...

Le costó un enorme esfuerzo introducir sin calzador los pies en las botas y luego abrocharlas. El peine había sido colocado en el borde de la cubeta. Se irguió y sin necesidad de espejo se peinó.

Es inenarrable el movimiento de sorpresa que hubo en las dependencias al

apercibir que el amo hacía su inspección al revés. Ni los más viejos recordaban nada semejante.

Cogía desprevenidos a los trabajadores.

—Más atención, más atención. Fíjese.

Estupefacción y zozobra. Ahora entraba en Máquinas por la puerta de salida. Desde el fondo de las oficinas los empleados le veían aparecer, en lo hondo de la sala de telares, y sentían la misma perplejidad. Cosa rara: Se detuvo solamente en una máquina.

—¿Qué tal, Roig? ¿Cómo va el trabajo?

—Vamos tirando.

El obrero, con su aspecto de siempre, atendía de nuevo a la pieza. Rius le miraba fijamente; le hubiera abrazado.

—Bien, Roig —le dio un golpe en la espalda.

—Usted siga bien, señor Rius.

Subió por las escalerillas y entró en las oficinas.

Llobet, padre e hijo, estaban en su sitio. Pasó sin dirigirles la palabra. El viejo Llobet se disponía a entrarle la correspondencia. Al entrar en su despacho el jefe recorrió la cortinilla de la ventana. Un tílburí acababa de parar ante la puerta de la fábrica. De él descendía un enorme joven enfundado en un aparatoso abrigo de tela de «cordel»; llevaba una gorra campestre de la misma tela.

Entró en la fábrica.

En el momento en que Llobet padre entraba con la correspondencia, el joven Llobet anunciaba:

—El señor Basereny hijo desea verle.

Hubo un silencio. Iba Llobet a retirarse. Rius hizo signo de que se detuviera.

Súbitamente inquieto, pareció como si buscara algo.

—Búsqueme un espejo, aprisa —ordenó.

Una de las mecanógrafas de oficinas tenía un espejito. Ante él, Rius, que había pasado su mano por la coronilla de su cabeza, alisándose un mechón, se vio obligado a rehacer enteramente el nudo de su corbata.

—Que pase —dijo, al fin, respirando con más calma.

Entró el joven del tílburí. Se adelantó a Rius con una enorme mano abierta, en la que la diestra de Joaquín desapareció. El apretón fue de pronóstico.

—Conoce usted a mi padre, que me ha enviado con amigables saludos extraindustriales.

—Es un excelente competidor y amigo —dijo Rius.

—Vengo a felicitarle por su golpe de ayer, que no me ha sorprendido, señor Rius. Es usted, mi padre lo dice siempre, uno de los pocos fabricantes de verdad que nos quedan.

—Tampoco su golpe ha estado mal, amigo Basereny —replicó Rius con cierto aire protector, afectando frialdad pero con plena cortesía.

—Bah, pequeñas escaramuzas. Hay que aguzar mucho el ingenio.

—¿Y el accidente que tuvo?

—¿Se refiere a la paliza que dicen que me dieron?

—A algo de eso.

—Un pisotón sin importancia. Tres miserables puntos de sutura.

El recién llegado resoplaba.

—¡Qué calor hace aquí! —dijo—. ¿Me permite que me quite el abrigo? Soy hombre que no siente el frío.

Bajo el despampanante gabán apareció un terno completo del mismo género de tela.

—Se nos quedaron colgadas unas piezas de «cordel» del año seis —explicó el dinámico y corpulento joven—. No extrañe, pues, que vista así aún algunos años. Es una especie de desafío a la suerte —y lanzó olímpicamente su abrigo sobre el diván—. Pues bien, el objeto de la visita es más completo: me expresaré a la americana, según mi idiosincrasia comercial: usted cargó ayer trescientas piezas y yo llevo cargadas por el procedimiento del entierro cerca de mil. Ni usted ni yo podemos llegar a cargar las tres mil piezas que tenemos en *stock*. En este instante ni usted ni yo podemos cargar una pieza más. Los carreteros están de guardia en el paso a nivel y aunque lo que pasara fuera un entierro de verdad, habría palos. Por tanto: establezcamos un plan común para cargar mil quinientas piezas cada uno.

—No puede ser, amigo Basereny. Intendencia es uno de mis clientes más antiguos y no puedo darle a usted una opción de esta categoría.

—Usted, yo, López Arnau, todos los tejedores de Barcelona serán proveedores de Intendencia dentro de poco, tal vez de semanas —afirmó Basereny—. La guerra de África está a punto de estallar. Lo sé de muy buena tinta. Por tanto, hay que servir a Intendencia urgentemente. Si usted no quiere, lo haré yo solo. Ya sabe que no me asusto.

—¿Cómo?

—Ese es un secreto. Pero mis tres mil piezas pueden estar cargadas esta tarde, si lo deseo. He venido a verle porque no he querido dejar de premiar su gesta de ayer, no porque lo necesite.

Rius recelaba aún.

—¿Cómo?

—Si acepta, se lo digo.

Rius dio unas vueltas por la habitación. Se volvía y observaba a Basereny.

—¿Garantizado?

—Garantizado esto y las operaciones sucesivas: ¿Acepta?

—Sí —dijo Rius.

—Cargarán en los carros del Parque de Artillería los soldados mismos. No habrá huelga que valga.

—¿Quién le ha ofrecido esto?

—El capitán general.

Rius quedó convencido al ver un oficio de Capitanía que Basereny se apresuró a mostrarle.

—¿Conforme?

—Conforme. ¿Y qué pasará después?

—A usted y a mí nos perseguirán a sol y a sombra. Pero con pedidos en marcha, que nos echen un galgo. ¿Ya sabe usted lo que se dice por ahí? Dicen que usted ha matado a un obrero. Lo de ayer no se lo perdonarán. Y con usted tienen ya muchas cuentas.

—Jamás me han hecho nada.

—Empezaremos una era fructífera para las dos casas, no le quepa duda —cortó inesperadamente Basereny el joven—. Adiós, señor Rius. Le avisaré para las entregas. Adiós, adiós... —y salió apresurado, revolviéndose tumultuosamente para hundir sus largos brazos en las enormes mangas del abrigo de «cordel».

XII

AL DÍA SIGUIENTE APARECIÓ en la carretera pegado al tronco de uno de los plátanos un burdo cartelón en el que había pintado un cráneo y un nombre: Rius. Los soldados del Parque de Artillería, al pasar junto al árbol, camino de la fábrica, advirtieron el pegote y el sargento lo arrancó. Al llegar a la fábrica y presentarse el sargento a Rius le entregó el cartel. Rius lo rasgó con un movimiento impulsivo. No le daba la gana de estar pendiente de las bravuconerías. Prefería lanzarse plenamente a la pasión de presidir la carga de las piezas en los carros militares. Los soldados hacían su trabajo alegremente. En el interior sonaba el estrépito de los telares. Las piezas eran trasladadas del almacén a los carros sobre los hombros de los reclutas. Media docena de soldados paseaban con sus fusiles en el exterior y por el patio. Rius había ordenado a Pedro que preparara para los muchachos un buen piscolabis. Con el cosquilleo del vino el movimiento se acrecentó. Rius entró en la sala de Máquinas y no advirtió la mezcla de frialdad e ironía que rasgaba en aquellos momentos la mirada de muchos trabajadores. Unas canciones baturras sonaron fuera. El personal de oficinas se asomaba a la ventana, curioseando. A lo lejos, en el pontón y escondidos tras la maleza de la acequia, una docena de ojos espiaban el desusado ajetreo en «Tejidos Joaquín Rius». Entre los espías estaban dos de los carreteros de la fábrica. Un tercer observador llevaba, en el rostro, ocultándole la mejilla derecha hasta la nuca, una larga tira de tafetán y había, agazapada y furiosa en su mirada, una expresión de odio, de desquite y de ira. De pie sobre el pontón estaba un antiguo conocido de Rius: Regás. Un pañuelo de seda blanca se anudaba en su cuello. Antes de que los carromatos emprendieran la ruta de regreso, ya cargados, el inquietante grupo se había diluido silenciosamente en el arrabal.

La operación fue repetida a lo largo de dos días.

El mes de enero se mantenía rutilante, frío y tranquilo. Al llegar la noche una tenue neblina difuminaba los perfiles de las casas y ocultaba, ateridos y como de algodón, los destellos lejanos de las estrellas. Al anochecer de un lunes presentase en la fábrica un agente, el agente Mario, que Joaquín ya conocía desde las indagaciones de Pamias. Inquirió Joaquín si se había sabido algo nuevo de su ex cajero. Algo se había sabido, repuso Mario, pero el motivo de su visita actual era otro. La Jefatura sabía que Joaquín estaba seriamente amenazado; la situación era peligrosa, había indicios de que la indignación en los sindicalistas por el reto de Joaquín había llegado a su colmo y en suma el jefe había decidido que el fabricante no quedara sin protección. «Menos mal —pensó Joaquín—, La protección se hace esperar, pero cuando ya se ha desesperado, llega».

Joaquín agradeció el interés. Estaba ya habituado a las amenazas, y se consideraba revacunado contra ellas; no creía que estas pudieran pasar de tales. Los

atentados producíanse en grande. No había más que contadísimos precedentes aislados del atentado personal. De todos modos, se sentiría ahora más seguro. Mario le garantizó que su compañía no le sería ingrata ni pesada. En Madrid había acompañado años atrás al hijo de un duque perseguido por dos maridos y había trabado tan buena amistad con él que al presente no pasaba cosa importante en su vida que no la comunicara por escrito a su ex guardián. Actualmente el amigo era ya duque y padre de familia, pero aún pasaba por alguna zozobra: siempre cosas de faldas.

El fabricante no pudo reprimir su sonrisa, aunque en el fondo Joaquín hizo votos porque la necesidad de una escolta no le atara en el futuro con vínculos de esa especie.

—Aquellos sí que eran tiempos —rememoraba el agente. Y desgranó una serie de sus recuerdos que hicieron sonreír nuevamente al fabricante—. Recuerdo en otra ocasión. Era en Sevilla...

—Oiga usted, Mario—interrumpió Joaquín—. No será necesario que me escolte más que a las horas de entrada y salida, creo.

—Oh, por mí no se apure. No le molestaré lo más mínimo. Sé que los fabricantes tienen ustedes los minutos contados. Yo siempre he tenido una gran admiración por el carácter catalán. Muchas veces discutía con mi amigo el duque sobre eso. Pues como le decía, en Sevilla...

Absorbido por el trabajo, hasta la noche no sentía Rius el agobio del peligro que corría. El viejo Llobet quedaba siempre hasta muy tarde, aguardándole. Cuando advertía que el jefe se disponía a recoger el gabán salía apresurado, anticipándose espontáneamente, sin pronunciar palabra, a vigilar por sí mismo el camino que Rius recorrería luego con el agente.

—¿Qué hace usted siempre con ese ir y venir, Llobet? Parece una ardilla. A sus años debiera usted pensar un poco. Ya no son horas de estar por aquí, con este frío.

Y chasqueaba con el paladar, exteriorizado su desagrado. Llobet salía entonces a toda prisa, sofocado por la advertencia.

Los periódicos extremistas se habían lanzado a una furiosa campaña contra el capitán general y contra el Ejército por el concurso que aquel había prestado a Rius y Basereny en lo concerniente a las partidas de «caqui». Se hablaba en ellas de la guerra en África, y, entre líneas, con lenguaje violentísimo, se acusaba al Gobierno, al rey, a los generales de preparar una tremenda orgía de sangre popular. Las excitaciones a la rebeldía eran constantes. Rius, que solo leía los periódicos conservadores, mientras desayunaba, descubría en ellos su nombre, evocado tímidamente y huyendo comprometerse, por los articulistas. El agente Mario le esperaba puntualmente en la calle.

Por las noches el presagio era más duro. Tal vez es la oscuridad, vacilante y como tenuemente arrojada, en el alma, la que hace que los nervios crepiten de pronto como el tronco que se decide a prender, disparando mil chispas al vacío. Rius sentía a veces

esa desagradable sacudida. No sabía por qué, pero la silueta escurridiza de dos figuras al doblar una esquina le hacía ahora detenerse en seco. El agente hablaba de sus recuerdos e impresiones, aparentemente ajeno a su misión, y Rius pensaba que si no acertase tal vez a salvarle de un peligro, por lo menos en el ínterin conseguía a menudo hacérselo olvidar.

—Ese Pamias era un tipo de cuidado —monologaba Mario mientras Rius se apresuraba en la penumbra de la calle de Viada.

Joaquín descubría, al fondo, avanzando por los mismos senderos, la figura ligeramente obesa del contable Llobet, que de vez en cuando se volvía intranquilamente para cerciorarse de que Rius y el agente le seguían.

Había visto ahora a Llobet, en la lejanía, parar en seco y Rius lo hizo a su vez. Mario seguía hablando de Pamias, sin advertir nada.

—¿Sucede algo? —inquirió al fin, mirando adelante.

Dos sombras acababan de cruzar a lo lejos, cerca de Llobet; se detuvieron un instante, charlando, y luego prosiguieron indiferentes su camino.

Llobet había vuelto a andar. Confuso por su injustificada excitación Rius hizo como que se abrochaba una de las botas.

—Pues sí... —proseguía el locuaz agente—. Estuve por causa de su expediente —se refería, claro es, al de Pamias— en el *Moulin Rouge*, un music-hall nuevo del Paralelo. ¡Qué mujeres, señor, qué mujeres!

Llobet había entrado por fin en la Plaza de Aleu y esperaba ya más tranquilo el tranvía.

—Había una... ¿No ha visto usted a esta... Raquel, Raquel Meller?

—No, no la he visto —respondía distraídamente Rius.

—¡Qué mujer más excitante! —y el agente canturreaba ahora:

*El día que yo nací
oí decir a mi madre
tú eres el vivo retrato
de un amigo
de un amigo de tu padre...*

—¿No ha oído nunca ese cuplé?

Rius no se preocupaba ya ni de negar.

—¡Ah, lo canta con una gran expresión! ¡Con una ingenuidad! Esa chica llegará lejos. Es una gran artista —concluía.

—¿Y no dieron con Pamias?

—No, qué va... Se reunía en el *Moulin Rouge*. Es decir, se reúnen en todos lados. Parece que sean tipos diabólicos. Uno cree que ya los tiene en la trampa y ¡puf!...

Transcurrió febrero y las ventoleras precursoras de marzo azotaron la ciudad. Toda ella —una noche, inesperadamente, como crecen en un día los botones de los plátanos callejeros— fue un intenso repicar violento de persianas contra el quicial de los balcones.

Se había trabajado bien. La jornada había sido satisfactoria. Rius se disponía a marcharse —los obreros habían ido saliendo lentamente; luego los empleados de oficinas; y Pedro, luego, con sus cacharros y sus sacos, a dar el pienso a los caballos cuando se dio cuenta de que el agente Mario no había vuelto, desde que le despidiera al llegar, después de comer. Dudó un instante entre marcharse sin él o quedarse, pero decidió llamar a Jefatura.

En Jefatura no estaban muy bien enterados, y extrañaron esta comunicación. La pasaron al jefe de Servicio.

Sí, había olvidado advertírselo. Había tenido necesidad del agente Mario para un servicio especial, pero en el acto le mandaba un sustituto; no, no, le rogaba que no saliera; era solo cosa de esperar, máximo media hora. El agente llegaría en seguida, otro excelente agente.

Rius hubiera preferido salir en el acto, pero consideró más prudente aguardar. Aprovecharía para la revisión del asunto Bofill, entretenido desde hacía dos meses por falta de tiempo.

Buscó la carpeta y se enfrascó en la revisión.

Se abrió con lentitud la puerta de su despacho. Levantó la cabeza.

—No ha llegado el agente, ¿verdad?

Era Llobet, el contable.

—No; haga usted el favor, Llobet. Es tarde y no hay necesidad.

—Señor Rius, aprovecharía para...

—No, Llobet, le digo que no. Déjeme usted revisar esto. Márchese, haga el favor...

Se enfrascó nuevamente en la lectura, bajo la luz de miel de la lámpara de mesa, que parecía acariciar las páginas blanquísimas y suaves del «Diario».

Había escuchado cerrarse con indecisión la puerta del despacho. Llobet, tan competente, tan buena persona y tan fiel, era a veces molesto por su exceso de celo.

El asunto estaba mucho más embrollado de lo que creyera. Pero era necesario no ir a pleitear. Eso era culpa de los jóvenes. Si el viejo Bofill viviera...

Trasladaba todos los datos al bloc, para manipularlos luego desnudos. Había en su despacho en aquella hora un silencio absoluto, que parecía incluso destacar el tic-tac de su reloj de bolsillo. Aquellas paredes estaban impregnadas del bullicio incesante de las máquinas, año tras año. Ahora, un silencio absoluto... Daba gusto trabajar así.

Se trataba de ofrecer un descuento global de tres mil pesetas sobre la partida, para llegar a dar cuatro mil. Creía que aceptarían. Si no, que hicieran lo que quisieran.

Además, tal vez una cierta razón sí habrían tenido los Bofill al protestar el retraso. ¿Pero cómo se hubiera podido entonces cumplir con África?

Satisfecho de haber llegado a una conclusión, sacó el reloj de su chaleco y miró la hora. ¡Diablo con el agente y la jefatura! ¿Se creían que tenía que estar aguardando hasta mañana?

Había estado hora y media aguardando.

Trasladase al perchero y se enfundó el gabán y el sombrero. «No creo que haga frío», pensó. Sin embargo, había que precaverse y, sí, se puso al fin la bufanda.

Se sentía bien abrigado por dentro y por fuera. Descendió por las escalerillas, e iba encendiendo las luces al empezar los pasillos y apagándolas al salir.

La noche estaba oscura, negra. Además, venía deslumbrado aún por la luz de la lámpara de mesa. Era una noche fría, pero agradable. Cuando llegara a la salida ya habría un poco de luz.

Pisaba a tientas el conocido empedrado del patio. Se sentía el olor de heno de las cuadras, donde los caballos dormirían hundiendo sus poderosas panzas en la paja. El eco de sus pisadas se destacaba en el silencio y en la oscuridad.

Entonces un momento antes de correr el pestillo de la puerta de madera que comunicaba al patio con el exterior y en el instante en que palpaba la fría llave, pensó en lo propicia que sería aquella noche para los asesinos. No iba acompañado y, por los alrededores, no había nadie. Hoy sí le podrían matar como a un perro. Hizo un ademán de desagrado al recordar la promesa de Jefatura. En aquel instante surgió una sombra. Su corazón aceleró rápido su ritmo.

Pero era una voz conocida. Era Pedro.

—Perdone, señor Rius, no le había reconocido —y se quitó la gorra—. ¿Quiere usted que le acompañe hasta la parada?

—No, gracias, Pedro. Fuera ya hay luz.

Sin embargo, pensaba, ya en la calle, tal vez hubiera sido más prudente aceptar el ofrecimiento del portero.

La luz era tan lejana que apenas servía para marcarle los baches del camino, tachonando de leves sombras la superficie desigual del terreno. Si cambian al Ayuntamiento propondría a mitad de gastos el arreglo del pavimento.

Notó con pavor que alguien le seguía. Aceleró su paso.

—Señor Rius, señor Rius —susurraba la voz del contable Llobet, a su espalda.

Se paró en seco.

—¿Qué diablos hace usted aquí a estas horas, Llobet?

—Estaba esperándole.

—¿No le había dicho que no era necesario?

—Sí que lo es, señor Rius —imploraba el otro.

—Lo que usted ha conseguido es darme un susto como una casa. Eso es todo.

Estaba uno frente a otro. Llobet le miraba compungido, pero al mismo tiempo alarmado y tembloroso. ¡Ah, si el amo supiera, si el amo pudiera medir un instante

las proporciones de su imprudencia!

—Señor Rius, no ha sido con el ánimo de llevarle la contraria.

—No tiene usted perdón, Llobet.

—Me he marchado, don Joaquín; me he marchado y he llegado hasta la calle de Viada, y le aseguro que he vuelto porque tenía que volver.

—¿Qué quiere usted decir con esto? ¿Quiere usted hacerme entrar todavía más susto en el cuerpo?

La voz de Llobet era llorosa, suplicante. Su pelo blanco era la única mancha que se destacaba de la casi completa penumbra que los envolvía. En la lejanía sonó agudamente, ondulante con el vaivén de la brisa, el silbido de una locomotora.

—Don Joaquín, le suplico que me crea, le suplico que me escuche. Hay dos hombres que rondan por estas esquinas, hay dos tipos que rondaban por allá —y señalaba un punto en la oscuridad—, hace tres cuartos de hora. No conde usted en que por un día puede usted salir sin el agente, señor Rius. Estos hombres hace meses que le siguen, y aprovecharán cualquier momento de descuido. No se arriesgue usted, señor Rius, no se arriesgue.

—¿Y qué tengo que hacer, quedarme a dormir en la fábrica?

—Esto antes que salir esta noche.

Rius estaba pensativo.

—¿Dónde ha visto usted a estos tipos?

—Allí, allí a tres minutos de aquí.

—Creo que con los años ve usted visiones, Llobet.

De todos modos hizo marcha atrás, seguido por el contable, que había dado un suspiro de tranquilidad.

—Para tranquilizarle a usted llamaré a Jefatura de nuevo; esperaremos a ese agente.

Ahora Llobet parecía risueño, en la oscuridad.

—Y no es que crea que por ir acompañado de un agente me tiene que dejar de ocurrir lo que deba ocurrirme, si está en el designio de Dios.

Llamó con el picaporte a la puertecilla.

El sereno miró por la rejilla y preguntó quién era. Luego abrió la puerta.

—¿Ocurre algo, señor Rius?

Rius entró sin detenerse.

—No, Pedro. Me he olvidado de telefonar a alguien. Subió nuevamente a su despacho y pidió a la Central le comunicara con Jefatura.

Tardaron algún rato en ponerle de nuevo con el jefe de Servicio. Este se extrañó sobremanera que el agente no hubiera llegado. Hacía ya dos horas largas que había salido de Jefatura.

—Se habrá extraviado —supuso Rius, atentamente—. Si no se conoce el camino es fácil no dar con la fábrica.

—¿Es que ocurre algo? —preguntó el jefe de Servicio.

—No. Nada. Todo está en orden. Pero solo quería saber qué es lo que se había hecho del agente.

—Si quiere le mando a usted otro —ofreció la voz.

—No; muchas gracias. Ya le digo que si no se conoce el camino, por la noche es casi imposible dar con la fábrica. No se molesten ustedes.

Agradeció las atenciones y colgó el auricular.

Llobet había vuelto a angustiarse.

—¿Qué va usted a hacer, señor Rius?

—Para darle a usted gusto y para su tranquilidad, haré que salga el portero a dar una vuelta por los alrededores; que se llegue hasta la parada y así nos avisa si nota algo sospechoso.

Descendieron por las escalerillas. Atravesaron nuevamente los pasadizos.

—Llobet, es usted pesado, a veces, con sus recelos y temores. ¿Sabe usted la hora que es, con estas historias? Son las nueve menos cuarto. Yo no sé si su mujer está muy satisfecha cuando llega usted a estas horas.

Llobet estaba compungido.

Llegaron al patio y se presentó Pedro.

—Vaya usted con atención a la parada y vea si nota algo sospechoso. El señor Llobet está empeñado en que ha visto a dos tipos raros.

El sereno se descubrió, se envolvió con una gruesa bufanda y salió.

Tardó cerca de un cuarto de hora en regresar.

—No, señor Rius. Por más que he mirado y remirado no he visto nada especial. ¿Qué tipos eran?

—Dos hombres parados; no sé, dos tipos que no me hacían ninguna gracia.

—Debían ser los de la «bóbila» del cruce, que encienden el horno a las siete y media.

Don Joaquín miró a Llobet, sonriendo.

—Ande, Llobet, vamos, que es tarde. No sea usted miedoso.

Caminaban ahora apresuradamente. Llobet se daba más prisa de la que sus años le autorizaban. Pero el paso de don Joaquín era rápido.

Rius estaba malhumorado. El lío del agente le había descompuesto el horario. Intentó pensar en algo agradable.

—He revisado el asunto Bofill. He llegado a la conclusión de que no tendremos más remedio que hacer una concesión importante. Por otro lado hay una parte de culpa nuestra.

Para llegar a la parada tenían que remontar la pequeña cuesta llamada del «Gat Mort», limitada por unas tapias de ladrillo que cerraban un solar, utilizado a la vez como vertedero de basuras y campo de ferias de la barriada. Luego, siguiendo por el mismo torrente, se llegaba al principio de la calle Viada, donde, ya ganada, se levantaban, dos docenas de metros más allá las primeras edificaciones, modestas moradas de dos pisos, con su menguada acera y sus escalerillas. Allí se encontraba ya

en el arrabal vivo y, de trecho en trecho, ofrecía su luz exigua una bombilla, en las encrucijadas. Finalmente tenían que torcer por otra calleja del mismo estilo, que daba a la plaza de Alcu, con la parada del tranvía.

—¿Qué hace usted, Llobet? ¿Le ocurre algo? No me atiende usted.

—Sí, señor Rius.

Pero era evidente que no las tenía todas consigo. Parecía escudriñar en la oscuridad.

—Le está bien empleado por meterse en lo que no le importa.

—Su seguridad personal me importa, señor Rius.

—Ya lo sé, Llobet. Pero sabiendo que estoy amenazado, y no siendo usted un héroe, como yo mismo no lo soy, si pasa esos malos ratos es porque le da la gana. Yo le aseguro que será la última vez que me acompaña.

Habían ganado ya el camino del «Gat Mort» y avanzaban por él. Era aquí donde el nerviosismo de Llobet pareció alcanzar su cenit. Un instante apretó, sin darse cuenta, el brazo del amo.

Don Joaquín, apercibido de la intranquilidad mortal del contador, le cogió tranquilamente con su mano por el brazo.

—No tenga usted miedo, Llobet. Todo está tranquilo. Oscuro, pero tranquilo.

Dando algún que otro traspies alcanzaron el último tramo de la cuestecilla, y luego la terminación de la calle Viada, despoblada aún. Ahora, al pisar la tierra plana, Llobet pareció tranquilizarse. Pero al instante de avanzar por ella se detuvo de pronto, agarrando por el brazo, bruscamente, a su acompañante.

—¿Qué le sucede ahora?

—¿No ha oído?

Joaquín se asustó.

—Están allí, allí... —gritó.

Joaquín fue empujado por Llobet, con todas sus fuerzas. El viejo contable había entrado contra él de improviso. Se tambaleó, Sí, eran dos las sombras. Dispararon. Llobet estaba en medio de la calle. La bombilla lejana iluminaba levemente su escorzo. Al caer lo hizo como una piedra, sin un gemido. Rius advirtió los tres fognazos, y luego, otros dos; fue una cuchillada que le quemó la mejilla al rojo vivo y en su pierna sintió aplastarse una roca de plomo. El muro le sostenía.

Lanzó un gemido, lento y áspero, de bestia moribunda, que se perdió sin respuesta. No había nadie. Nadie. El cuerpo del contable yacía en el centro de la calleja, sobre un charco oscuro.

Quedó cegado, retorciéndose.

No podía aguantar el dolor; la sangre le manaba hasta por los ojos; se arrastró, atontado. Se arrastró con denuedo. No más que un segundo, nada, casi nada, y Llobet, el viejo, había caído sin chistar.

El contable suspiraba de bruces, con un estertor apresurado, bronco. Todavía tenía luz en los ojos, un destello.

—¡Oh, Llobet, Llobet!... —y le alcanzó, sin fuerzas.

No conseguía darle la vuelta. Y paso, jadeando, gimiendo como un loco, su brazo fatigado por debajo del cuello del malherido.

—Llobet!

Lloraba de dolor y de rabia, de desesperación. El contable dirigía aún oblicuamente su mirada, un postrer destello, hacia él, sin verle. Decía algo, balbucía algo, quería hablar.

Pero su estertor lo ocultaba.

—Sí, Llobet... Estoy aquí, Llobet —gritaba.

No podía hablar.

Hizo un último esfuerzo. Fue volviendo el pesado cuerpo del contable. La cabeza, venerable aún, quedó como deslavazada, y Rius la recogía, la sostenía, desesperado.

—Estoy aquí, Llobet, estoy aquí...

El moribundo abría de nuevo los labios.

—Mi hijo —decía con una voz apenas perceptible, como un aliento.

Rius, olvidado de su dolor, derrochaba palabras con un murmullo precipitado, sin control, cosas inconexas, en voz baja, cosas inútiles.

—Llobet, perdóneme, diga, diga; yo le atiendo sí, su hijo, siga, Llobet; yo le atiendo. ¡Llobet, Llobet! —gemía, escupiendo sangre, llorando.

—Confíe —y el viejo sacaba fuerzas de flaqueza, las últimas—, confíe... —decía — Arturo...

Y de pronto casi sonrió, por última vez; fue un resabio triste de sus sonrisas de empleado. Sonrisa ínfima, falta de luz. Su voz era ahora, por última vez, perceptible. Dijo:

—... es... un buen... —y no podía hablar— buen... contable.

Dios, ¿era posible que los padres de familia murieran, así, sin nadie, fulminados sobre la tierra de un arrabal, en silencio?... ¿Que los viejos tranquilos murieran así, Señor, desangrados en un instante? Sollozaba con un grito agudo y tembloroso, arrastrándose de nuevo para alcanzar la orilla, allí, aquel poco de muro donde apoyarse al menos, unos ladrillos que le abrigaran, que mitigaran el dolor. Porque este se había enfurecido de nuevo. Y allí, tal vez, le oiría alguien, uno solo en esta ciudad gigantesca. ¡Uno solo! El estertor de Llobet había cesado ya.

Sí, notó que llegaban, al fin. Las mujeres se agrupaban en torno; los hombres hablaban apresuradamente, se retiraban un instante. Allí estaba, brumosa ya, sosteniendo un farol, la figura de Pedro, el sereno. Se llevaba las manos a la frente, pasmado.

—Es el amo, es el amo...

Luego ya, voces inconexas.

—Un coche.

—No, no; del otro lado...

—Muerto.

Y dolor, dolor.

Fantasmas blancos, desvarío: Llobet, Llobet, Llobet...

XIII

LA PRIMERA BALA le había rozado la mandíbula, en el arco cigomático. La segunda había penetrado en la articulación de la rodilla. Volvió lentamente a la luz, al día siguiente. No era dueño de sus párpados, no los podía abrir. Vivía en la borrasca del delirio.

Pasó otro día, y otro; palpaba las sábanas, las arañaba, inconscientemente. Se daba cuenta del día y de la noche, de nada más. Luego atrapó la realidad de una ventana, de un cuadrilátero que sobrevino con lentitud, eso: una ventana. No oía nada. Arañaba, maquinalmente, eso: la sábana.

Habían atentado contra él. Habían disparado, pero no sabía cuándo, ni cómo. Estaba herido, estaba muy herido... ¿Y su hijo? ¿Estaba herido su hijo?

—Desiderio, Desiderio.

No podía mover los labios para hablar.

¿Quién era? Fantasmas blancos. Sí, alguien, una mujer... Le aproximaba un paño mojado a los labios...

—Carmen, Carmen...

Él no podía hablar.

—Cálmese, cálmese, ya pasará.

Era una voz lejana, una voz que parecía que naciera en su propia cabeza.

Y la noche.

Y el día, otra vez.

Era una ventana. Era una ventana con unos visillos blancos. Era una dulce ventana con un tronco de cielo azul, muy lejos... Ya no arañaba la sábana. La había palpado con la yema del dedo, y luego reposó sobre ella la palma entera.

Abrió los ojos. Pero no podía tampoco mirar.

Lanzó un suspiro hondo, de viejo.

Ahora llegaba otra figura femenina, de blanco, una enfermera.

—Estoy cansado... —Le costaba hablar, le dolía, al hablar, como si sus palabras fueran martillazos cráneo adentro.

—¿Dónde estoy? Diga...

No podía oír, tampoco.

—¿Y Desiderio?, diga...

La enfermera le contestaba con ademán:

—Mañana, mañana —le indicaba.

Durmió, durmió largamente, mañana y tarde.

—¿Y mi hijo?, diga.

—Oh, Desi... —y sentía un sollozo que no salía.

Luego la figura de Mercedes, su cuñada. ¿Por qué no los entendía, apenas?

Se llevó la mano al rostro. ¡Cómo estaba! Solo los ojos y la nariz y un trozo de boca... ¿Qué ha sucedido, qué es lo que tengo, cómo soy?

Luego le fue llegando de nuevo la noción de sí. Y reconoció entre ellas una figura que había conocido tiempo ha, una figura que tal vez había imaginado en su delirio. Era una mujer...

Sentado junto a su cama estaba un joven de luto: Arturo, sí...

Y lo recordó todo, de una vez.

—... es un buen... contable —era la voz del viejo Llobet agonizante.

Adelantó su mano sobre el frescor de la sábana. Sus labios hinchados pronunciaban solo un nombre: Llobet.

Arturo adelantó también la suya, hasta atrapar la del mutilado. Estaba serio y se marcaban dos arrugas en las comisuras de sus labios.

—Llobet, Llobet... —pero él mismo no se oía.

Y bajo el vendaje nadie se apercibió del dolor que entonces desgarraba por dentro al herido, que toda la boca, casi cubierta por las gasas, se distendía atrozmente en una mueca, que desgarraba los tejidos. No se apercibieron que sollozaba sin ruido, y la pupila se llenaba de lágrimas que no querían fluir.

En el sollozo era como si le fuera negado tragar los sorbos del aire; hasta que al fin gimió, gimió agudamente como un niño que suelta su dolor, y apretaba, sin fuerzas, temblando, la mano del joven:

—Perdón... —repetía.

Pero ella ayudaba al muchacho a levantarse y lo conducía al exterior; Arturo salía hundiendo su frente en el pañuelo sin poder contenerse.

—Gracias, Carmen, gracias...

La enfermera dejó en silencio el cuarto.

—Mercedes, gracias a ti, también, gracias.

—Tranquilízate. No pienses más.

Y la noche, y el día...

—¿Qué me han hecho, diga?

—Nada, nada.

—¿Me han amputado la pierna? Diga...

—No. Está usted bien, esté tranquilo. Está bien, duerma.

Creía que al levantarse no sería más que un viejo mutilado. No acertaba a pensar. Una idea no se enlazaba con la otra. Era un viejo y no tenía ganas de nada. Tenía ganas de dormir, de dormir...

Todo lo que había sembrado a lo largo de su vida lo recogía ahora en esta habitación de clínica sobre la que los días pasaron con la misma lentitud con que se cicatrizaba la carne desgarrada. Es el ritmo de la vida, del que nos creemos libres en el vértigo de la ciudad. Todo lo sembrado por él estaba allí: Desiderio, Mercedes,

Federico Costa, los seis hijos de Mercedes y de Federico, don Jorge Cavestany, Basereny, Carmen, Arturo y su prometida, Gertrudis, la señorita Llobet, su hermano Fabián, el bolsista Borrás, don Armando Niebla, Evelina Torra, Orlau, don Nicasio de Fortuny, don Juan Maragall, Josefina, los colonos de Santa María; todos, todos. ¡Y él creyó estar solo en esta vida!

Su fuerte complexión ayudó a la vida misma en su callado obrar. Los días transcurrieron y, al fin, pudo levantarse, dar unas vueltas —¡pero tan débiles, tan breves y tan sin poder manejarse!— por la habitación.

Había perdido enteramente la articulación de la rodilla derecha. La anquilosis era total. Ya siempre sería .un inválido.

Pidió un espejo, y una de las últimas curas advirtió en su mandíbula la horrenda cicatriz.

—Tendrá usted que dejarse crecer la barba, amigo Rius —díjole el doctor, sonriendo. Él quiso sonreír y casi no lo logró.

Y esa barba empezó a crecer lentamente, ocultando el desgarrón terrible. Como un aviso implacable de lo más profundo de la sangre, esa barba surgió cenicienta, gris. Rius la acariciaba amargamente ante el espejo y le parecía, al tocarla, que todos sus dolores habían surgido al fin a la superficie. Ya no podría mentir más.

A mitad de mayo se le autorizó a trasladarse a Santa María. Tullido de la pierna derecha, encorvado levemente sobre su bastón, que ya no abandonaría en vida, con su creciente barba encanecida, al descender las escaleras del jardín de la clínica parose un momento a contemplar la luz de la calle, a sorber la claridad augusta que doraba el follaje de los plátanos de la acera. Todo en ella seguía igual. Las parejas de novios, los ciclistas, las campanas de los tranvías, el grito de un traperero y el silbido del hierro de un afilador...

En los últimos años casi no había puesto los pies en la finca. Le abrumaría ahora en ella la inactividad. Pero allí se fue reponiendo, fortaleciendo. El doctor fue a visitarle en dos ocasiones y comprobó la eficacia de aquella cura y de los aires del Vallés. Al transcurrir de los días se fue interesando en pormenores de la finca. Daba grandes rodeos por ella, comprobando el estado de la tierra. Aprovechó para instalar unos motores de atracción del agua que convertirían en regadío tramos de secano. Se extrañó que la finca ya no fuera ahora para él consustancial al recuerdo de Mariona o al dolor de su viudez. Parecía como si la descubriera con ojos nuevos. Y, al pasear por el jardín, en la rotonda donde, años atrás, Ernesto Villar habíase enfrentado con él, apoyado en el brocal del pozo, intentaba a la fuerza hacer brotar rastros de aquella emoción, resabios de aquel dolor inútil. Ahora lo recordaba todo con una absoluta imparcialidad de ánimo. Y, casi a la fuerza, para hacerse notar a sí mismo que su corazón no estaba yermo, para cerciorarse de que no era una piedra, hacía que volvieran a brotar emociones que el tiempo estaba pudriendo. Cribadas en su interior por el paso de los años, no renacían más que aquellas sensaciones susceptibles de fortalecerse. Porque ahora advertía que siempre había sentido un pavor invencible al

dolor, y que su fortaleza radicaba en la celeridad con que, antes de que un recuerdo doloroso se le subiera a la garganta, era capaz de apartarle de sí.

En mayo, Desiderio había terminado el bachillerato.

Luego, a fines de junio, Joaquín regresó a Barcelona, repuesto ya. Habían pasado por su ánimo una esponja muy suave. Era como si en su interior hubieran sido trasplantados, balanceándose, los árboles más insignes de Santa María.

Sintió una singular tristeza al introducir la llave en la cerradura. Los obreros le habían visto llegar como una aparición. Roig se adelantó en el camino a darle la mano. Rius, sin poder dominarse, le abrazó.

Entró en su despacho. Todo estaba en perfecto orden. Sobre su mesa había una estatuilla de bronce con un pedestal de mármol; era un herrero batiendo el yunque. En el pedestal, una inscripción: «A don Joaquín Rius, sus obreros, en testimonio de aprecio». Y la fecha del atentado. Sonrió, amargo.

Los niños de las obreras chillaron luego en el patio, por el que Pedro, el portero, transitaba fumando. El chasquido de los telares hacía temblar los cristales y titilar la tinta azul en el tintero. De las paredes colgaban ahora los proyectos de ampliación, hechos enmarcar por Arturo Llobet, y el retrato de la reina madre dedicado: «A Joaquín Rius, modelo de laboriosidad». Joaquín Rius acarició suavemente con la mirada a estas estampas.

Durante su ausencia el trabajo de la fábrica había podido proseguir sin un tropiezo. Se había acostumbrado tanto a la idea de su «imprescindibilidad» que la evidencia de lo contrario le dejaba un mal sabor en la boca. Sentíase raramente comprometido ante sí mismo. Sentado de nuevo en un sillón flexible se tranquilizaba: «La fábrica puede marchar sin mí, es cierto. Lo que no puede hacer sin mí es prosperar». Gracias a él, si las cosas marchaban medianamente, dentro de veinte años podría...

¡Veinte años! Él tendría sesenta y cuatro y Desiderio treinta y seis. ¿Qué sería del mundo el año 1929? ¿Era posible preverlo?

Ahora entraba Arturo Llobet con la carpeta de la correspondencia. Al fabricante se le nublaron los ojos. El joven Llobet había adelantado sus manos con el mismo ademán de su padre. Los ojos inmutables y solícitos de Arturo estaban, movidos por una ley inextricable, fijos en el ademán de las manos de Rius, atentos a sus posibles indicaciones.

—La correspondencia, señor.

Se miraron un instante.

—Gracias. Llobet.

Rius cerró los ojos. Oyó al nuevo contable cerrar la puerta silenciosamente. Rius quedó unos instantes perplejo, aturdido. Fue al llevar la mano a su mentón, al palpar la barba creciente, cuando volvió en sí, en un instante. En aquel momento sonó el timbre del teléfono.

Cogió con indiferencia el auricular.

Era una voz femenina. Los recuerdos se habían disipado, la carpeta de la correspondencia yacería allí...

—Sí, sí, recuerdo, pero... —y sonreía ahora.

Sería una broma. ¿Una broma, a sus años?

—Sí...

No era una broma. Se sintió atado a la voz, a una voz pretérita, de otra época, pero intacta, prodigiosamente conservada a través de la riada turbia del tiempo.

Y se sintió envuelto por ella. No por ella misma; tal vez por la conciencia dormida que ella acababa de sacudir y que se erguía, lúcida. Respiraba ahora lentamente, echado hacia atrás en el sillón flexible.

—Lula...

Paladear ese estúpido nombre le resultaba tan agradable que se notaba la boca llena del sabor que hace años le procurara la mujer.

Sonrió, con dulzura. Sentía el balanceo de su propia respiración, algo premiosa. Y sonreía con dulzura, con nostalgia, al repetir, como un eco de la voz del otro lado:

—París, Viena, Varsovia...

Y luego:

—No le mentía, no, no es eso. ¿Me ha perdonado? Escuchaba y dijo:

—Donde quiera...

Respondía:

—Bien, muy bien...

Inquirió:

—¿En Eldorado? ¡Cuánto me alegro!

Para añadir:

—Pero no se marche aún. Cuénteme cosas...

Era inevitable:

—Sí, mañana. No tema; yo estaré allí...

Colgó el auricular.

Luego salió de su despacho y descendió dificultosamente por las escalerillas. En el rellano le aguardaban Orlau, Planells, Ramoneda y Arturo Llobet.

—Vamos.

Se apoyaba en su bastón. La inspección se hacía más lentamente.

—Prepare la diecisiete para unas muestras.

—Sí, señor.

Los obreros no le miraban. Estaban hundidos en su trabajo. En los rostros de todos, sin distinción, se marcaba una conmoción auténtica. Y las manos de ellos se adelantaban a los hilos en silencio, con movimiento rápido. No se oía más que el estampido seco de los telares, que era como un silencio más hondo que el silencio, allí dentro.

Joaquín llegó con anticipación al lugar de su cita con Lula, y se sentó ante una mesa, en un rincón escondido al que, sin embargo, Lula no podría dejar de llegar cuando entrara. La luz era tamizada, discreta, luz para conversar a media voz. Pidió un oporto.

Los últimos clientes de la hora del café se habían cruzado con él en la entrada. El local estaba vacío.

Se olvidaba ya del motivo de su estancia en el bar. Sin embargo, de una manera rara, como si se obligara a no pensar en la cita, paladeaba la bonanza de su vuelta a la vida. Ahora tomaría las cosas más suavemente, con menos fanatismo. Y todo ello lo pensaba para aturdirse de la inminencia de Lula, de aquella mujer sin importancia, de la que lo ignoraba todo, a la que apenas recordaba ya... Afirmábase con tesón a sí mismo que apenas recordaba ya a Lula y que era, sin el menor género de duda, una mujer sin importancia, y se lo afirmaba sumergido con el pensamiento errabundo que parecía dominarle, todo ello para ocultarse y lapidar la convicción que le había asaltado en el instante en que identificó su voz por el teléfono: que deseaba a aquella mujer, que la deseaba como años atrás. ¿Aquella? Deseaba una mujer; o, tal vez más exacto: la compañía de una mujer. ¿Carmen? Y rememoraba en ella el jardín de Vallvidrera:

—Ya está, Joaquín, ya está...

Inmediatamente hizo su aparición la muchacha. El estupor no le dejó mover. Ella le había visto, pero... no sonrió, no hizo nada. Volvióse de nuevo circularmente, de la manera más graciosa y vivaz del mundo, y ni siquiera volvió a mirar al rincón donde Joaquín estaba sentado. Después de lo cual eligió una mesa, un trecho más allá de la que ocupaba Joaquín, y se quitó lentamente los guantes. Pidió un té.

Ahora le miró. Rius no le quiso devolver la mirada. Quería darle tiempo a que le reconociera. Ella estaba sentada del lado de su cicatriz. Quería comprobar hasta qué punto era otro del que Lula conoció.

Y sintió una gran tristeza, una amargura dulce y consciente, sin malicia. De todos modos sentíase impelido a contemplarla, pues al verla entrar había sentido un pasmo igual que la primera vez. Era infinitamente hermosa, infinitamente más hermosa que nunca, más gallarda, ofensiva y seductora. Lo hizo, irreflexivamente, con descaro. La manera de peinarse, el calzado, el vestido, el sombrero, eso era de mujer; pero lo demás, ella, era de Lula, de la Lula de dieciocho años. Cuando se conocieron él tenía veinte más que ella; ahora —¿quién sabe?— cuarenta...

Ella se sintió observada; con talento femenino volvió la cabeza hacia él, pero no del todo. Una mirada detenida a medio camino ya le bastaba para cerciorarse de que no era él la persona que aguardaba.

Rius se levantó, con lentitud. No le cabía duda ya. Recogió su bastón. Y, sin embargo, sentíase infinitamente calmo, lleno de una especie de serena majestad

interior. Una imperceptible sonrisa plácida acusaba los rasgos de su rostro bajo la barba, y los párpados levemente entornados se perdían fijamente en la lejanía. Se apoyaba en el bastón y abandonaba el local con lentitud de inválido. Abandonaba a Lula, una ilusión efímera, un recuerdo: años muertos. Un rumor de hojarasca vieja parecía crujir a sus pies. Luego se dirigió al vestíbulo.

Eligió dos docenas de capullos amarillos.

Al pagar, su mano temblaba. Pero, luego, con pulso firme ya, escribió: «Afectuosamente, Joaquín Rius».

Hizo que se las entregaran cuando él hubiera llegado al otro lado del paseo. No antes.

A primeros de julio Roig, el joven, pidió permiso para ser recibido por Rius. Entraron en el despacho padre e hijo Roig.

El chico de Roig venía a despedirse. Al domingo siguiente embarcaba hacia África.

—Los «caquis» no se van solos —afirmó el padre—. ¡Qué mala suerte!

El chico de Roig pertenecía al batallón de cazadores de Mérida.

—Durante todo el tiempo que esté usted allí su padre cuidará de retirar su jornal, como si trabajara.

—Muchas gracias, señor Rius.

En la tarde del domingo siguiente, Joaquín, acompañado por Arturo y Gertrudis, la prometida de Llobet, fueron al muelle a despedir al hijo del obrero. El padre se mantenía erguido, pero la madre del recluta estaba deshecha en llanto.

—¡Pobres, pobres chicos!

La multitud entorpecía el paso. Centenares de personas presenciaban el doloroso trasiego de soldados, pequeños y atemorizados, cargados con sus mochilas, que subían en fila por las escalerillas. Otros, acodados en la baranda del buque, se enfrentaban al triste panorama del domingo, en la ciudad que iban a perder de vista y que añorarían años enteros. Desde esa baranda, Roig, el joven, levantaba sin ánimos el brazo, hacia su madre.

El griterío, el bullicio eran deprimentes. Pero donde hubiera una madre había como una laguna de silencio, de balbucientes pausas temblorosas. Los mozalbetes se perseguían, empujaban, jugando. La esposa de Roig se sostenía en el pecho del obrero de opulenta barba rojiza. Las sirenas del barco ululaban por segunda vez, lúgubrementemente.

En un surco que abrían los carabineros entre la muchedumbre se introducían en aquel instante un equipo de damas, empingorotadas y sonrientes. Rius, apoyado tristemente en su bastón, reconoció en el acto, en una de ellas, a Evelina Torra. Avanzaba, resuelta, vestida de color de rosa, ajustadísima y mate, elegante, contrastando con los tonos pardos, uniformes, de la multitud. Unos hombres, tras

ellas, llevaban en andas grandes canastas, que subieron consigo, resueltamente, en el buque. En algunas de las cestas se contenían paquetes de cigarrillos, y en otras, más pequeñas, medallitas y escapularios.

Advirtieron el movimiento de las damas en la cubierta repartiendo esos regalos a los reclutas, a los que había que ir a buscar en su puesto, a lo hondo de su tristeza, para que, indiferentes, los aceptaran. Al mucho rato las damas descendieron, y al alejarse sonreían satisfechas entre la muchedumbre, que las dejaba pasar, convulsa e indiferente.

Nuevamente aulló el barco y fueron soltadas las amarras. Hubo como un balanceo, una marejada, en la apiñada multitud. Después, nítida entre el disperso alarido de las voces y el rumor de la hélice, y tras un nuevo pitido de la sirena, sonó una corneta, lejana, en la cubierta. Millares de ojos estaban fijos en esa mole que se alejaba, inexorable, como un bloque de brumas.

Entonces el obrero Roig se llevó a su mujer, distanciándola en silencio, y Gertrudis y Arturo, acompañando a don Joaquín, que se sentía muy cansado, tomaron el camino de las Ramblas. Detrás de ellos se oyeron unos gritos, muchos gritos airados, pero caminaban lentamente. Luego, en esa luz gris, opaca, del atardecer, Rius reconoció, muy crecido ya desde la última ocasión que lo viera, al hijo de Campins, que avanzaba con grandes saltos en la Puerta de la Paz, apoyado en el trampolín de sus dos muletas.

Por la noche le era difícil conciliar el sueño. Sentía dolor, dolor de sus heridas y una suerte de incertidumbre arrojada en su ánimo. Desiderio dormía tranquilamente en su cuarto, descansando de la fatiga de sus bien ganadas vacaciones. Él permanecía muchos días recostado en la cama, sin desnudarse, hasta el amanecer. El canto de los primeros gallos le daba una suerte de valentía para afrontar el sueño. En esas horas de insomnio pensaba enteramente en el viejo contable, cuya vida le había sido entregada enteramente. Y en cómo cayó, de bruces y sin chistar.

«¡Oh, Señor! Ten un poco de piedad de esta ciudad y de sus habitantes. No la dejes morir y perecer, ni acobardarse —exclamaba—. Danos la paz»..

Pero no era este, tal vez, entonces, el designio de Dios. Aquellos gritos que escuchara de regreso del puerto, aquel «¡Abajo la guerra!», aprovechado por las fuerzas más hoscas, cundió en las esquinas de los arrabales, prendió con airón de revuelta. Ya se entonaba ahora a voz en grito en las Ramblas. Y luego sonaron unos disparos., al azar. Y así fue.

Rius contemplaba ahora, casi a mediodía, acariciándole la cenicienta barba, ya crecida, a los chiquillos de las obreras que jugaban en el patio. El ir y venir incesante de la chiquillería calmaba la fiebre de sus sienes. Más allá del muro aparecieron de pronto unos hombres y unas mujeres. Era la hora de salida. Los recién llegados, que aguardaban en el exterior, llevaban en la solapa o en el pecho un lacito blanco. Una

de las mujeres era la hermanastra de Campins; más allá estaba Regás, semioculto. Todos ellos —una docena— permanecían erguidos y sin hablarse, unos al lado de los otros. Salieron los obreros, y los doce personajes se adelantaron. Retenían a los que salían, que se paraban a escucharles. Pronto se formaron corros. No discutían, acataban la orden. Rius descendió y acompañado por Arturo se adelantó, adentrándose entre los grupos; a su paso, los obreros, que no habían advertido su proximidad, seguían hablando, animados.

—Sí, huelga general. Todos, todos.

—Nuestros hijos a morir, para salvar a los curas y a los ricos.

—Ya están avisados.

Causaba estupor ver alejarse lentamente al fabricante, cojo, con las cejas fruncidas en el mudo dolor, indiferente a las voces, calle de Viada adelante, por donde murió Llobet.

Sobre la mesa de su despacho, en su casa, encontró el siguiente anónimo:

«Ya se aproxima la hora de la Justicia y de la Luz y arderá la Antorcha y la Hoguera. La Humanidad será regenerada en la Claridad».

Por la tarde no fue al despacho. La huelga general había sido decretada.

Aquella misma tarde escuchó un lejano estruendo de fusilería. Pronto le fue entrando a la ciudad un mortal silencio. Al atardecer este era absoluto. Rasgó luego el silencio un veloz, creciente y decreciente, campanileo de ambulancias. Asomados tras los ventanales de su balcón, había, como el suyo, tras todos los balcones de las casas que estaban al alcance de su vista, docenas de mudos rostros atemorizados. Oscurecía lentamente en un silencio absoluto y esos rostros eran como espectros de la ciudad proscritos en sus tumbas. Y luego más disparos. El casco de unos caballos dio en los adoquines, siniestro, atroz. Se echó atrás. Desiderio estaba en casa de los Fernández. Era preciso que volviera en seguida, era preciso tenerle allí.

Recogió su bastón y salió a la calle. Estaba desierta. Ni un solo viandante en todo el Paseo de Gracia. Al llegar a la altura de la Gran Vía se volvió, para observar el mismo espectáculo en la ancha Avenida. Ni un alma. Se sentía diminuto en esta solitaria ciudad muerta. Y, levantando lentamente su rostro hasta dolerle la cicatriz, apoyado convulso en su bastón, siguió el curso de una enorme humareda negra que tiznaba el cielo hacia el lado de Sants. Entonces se apoyó en un árbol.

De vez en cuando pasaban, junto a los muros, viandantes apresurados, con el rostro demudado, sin mirar.

Sentado en un banco debía presentar un curioso aspecto en el centro de una ciudad sin nadie. Pronto se repuso. Había oído unos lejanos gritos, y caminó hasta llegar a casa de los Fernández, cercana a Aragón. Desde la entrada se oía ya el alegre aire de un piano que tocaba un danzón, y subió al piso.

Evelina demostraba a sus chicos —entre los cuales estaba también Desiderio— cómo se bailaba en sus tiempos la «americana». Los chicos estaban muertos de risa y Evelina danzaba, sin que su cuerpo pudiera responderle como debía, indiferente a la

llegada de Rius. El aspecto de este, sombrío, debió desbaratar enteramente la velada.

—Vengo a buscar a Desiderio. Han empezado a quemar edificios.

—¿Qué me dice usted, Rius? Seguramente no será nada. —Es grave, Evelina. Mire usted la calle.

Miró a través de las cortinillas, a la calle.

—Lo que queman son las iglesias —dijo—. Miren.

Otra enorme columna de humo se elevaba al cielo. —Son las dominicas.

—¡Oh, Dios mío! —clamó en aquel instante Evelina—. ¿Qué pasará?

Se miraron todos, sin pronunciar palabra. Rius y su hijo se despidieron en silencio.

Y llegaron a su casa, se encerraron en ella, quedaron inmersos en ese silencio atroz de la ciudad, contrastando con los estallidos de las piedras augustas al crepitar en ceniza.

Fue anocheciendo y amaneciendo bajo la sombra de esos dedos, de esas horrendas, altísimas columnas de humo erguidas como el fantasma de una garra sobre la ciudad. Y por la noche en la oscuridad absoluta, cuajaban, con cuajarón sangriento, los resplandores de las piras en un cielo sin luz.

Al día siguiente Desiderio quiso salir a ver a sus amigos, pero regresó en seguida, asustado.

Día tras día, las muchas apariciones espeluznadas, los rostros angustiados tras los centenares, millares de balcones de las casas de mi ciudad. Joaquín Rius paseaba, vacilando sobre su bastón, por el estrecho espacio de su piso de la calle de Caspe. Se sentía acorralado y sin apellido. «Pronto podré escupirte a la cara, cerdo». ¿Y la sangre inocente de Llobet —se decía—, esa sangre intachable y honrada? —Presionaba la empuñadura de su bastón y creía enloquecer, de rabia, de ira y de desprecio—. ¿Es que esa sangre no vale nada?

No existía la fuerza pública. El gobernador había huido. Los soldados estaban en África. Parecía un desierto. Unos tiros próximos le hicieron regresar.

Volvió a su casa. Al anoecer el cielo quedó tiznado, rojizo. El aire parecía traer pólvora, cieno y ceniza. No lograba dormir. Amaneció el cuarto día de esa pesadilla.

Sonó el timbre, por primera vez desde tantos días. Entraron Orlau y don Wenceslao Arola.

Le abrazaron.

Se irguió de pronto.

—¿Qué hay que hacer?

—Cuatro días así ya.

—Mañana a la una en el gimnasio de Trías. ¿Sabe dónde es?

—Sí, lo sé.

—He logrado citar a mucha gente. No seremos bastantes, pero seremos alguien

—dijo Arola.

—Hasta mañana, pues.

Se estrecharon sus manos con fervor.

—Hasta mañana.

Y amaneció esta quinta jornada.

Se defenderían con los puños. Se defenderían...

A pie, arrimado a las esquinas, a los portales, pasando a escondidas por una ciudad que había visto crecer, que había hecho crecer él mismo, se dirigió, con su pierna que no le seguía, hacia la calle de la Canuda. ¡Cuántos años y cuántas cosas le separaban de aquel local! Dio tres golpes en la puerta y se abrió esta despaciosamente. El desconocido que le abriera le hizo signo de entrar y pasó al salón que iluminaban las grandes claraboyas.

Se hubiera echado a llorar en brazos del primero. Todos estaban allí.

—Ha venido usted, Rius; muchas gracias —la voz de don Nicasio era entrecortada. Se notaba al notario muy envejecido, apesadumbrado, en el umbral del término. Luego estrechó su mano don Jorge Cavestany. El elegante y poderoso agente de Bolsa, don Plácido Arnau, había acudido también a la cita. Volvió Joaquín la vista a todos y advirtió que eran como una familia, como una gran familia que se reúne. Don Cosme Moixó acariciaba suavemente la nuez de su cuello, por costumbre. Federico Costa estaba también allí, colorado tras sus gafas, como cuando jovencito. Arturo Llobet se puso a su lado y Rius se apoyó en su brazo. López Arnau, su competidor, paseaba impaciente. Allí estaban Armando Puig Ribalta y el chico Tell, con aire absorto. El joyero Ribas no apeaba su suficiencia. El doctor Renom fue al encuentro de Joaquín, con voz nasal. Basereny, con su americana de cordel, le saludaba abiertamente, inclinándose, desde el otro extremo. El ex albañil Pou, el tartamudo Miret, Orlay, su agente de compras. Y entre ellos y otros, —unos conocidos a medias, otros desconocidos— el gimnasta Trías evolucionaba, probando, silencioso y crispado, la aptitud de unos mazos de madera que colgaban de sus estantes, con los que otrora sus alumnos hicieran exhibiciones en el mismo salón.

—Los que tengan armas que se coloquen a la derecha —gritaba la voz de don Tristán Fabrè, a quien Rius no había visto hasta el momento.

Los rostros demudados de todos contenían a la vez la ira y el dolor. Y se miraban en silencio.

Tres docenas de los reunidos quedaron a la derecha, mientras el resto iba al otro lado. Marín, de las Sedas, dio su mano a Rius, que había permanecido en la izquierda.

Luego Fabrè pronunció, leyéndolos en un papel, los nombres de los jefes de grupos. Estos eran elegidos entre la gente más joven. Rius oyó pronunciar el nombre de Arturo Llobet, luego el de Basereny, y una lista de nombres desconocidos.

Borrás, el agente de Cambio y Bolsa, se dirigió a Joaquín, al que saludó.

—Formamos parte del mismo grupo, con Basereny. Este dirigióse a ellos con tres desconocidos, que les fueron presentados.

—¿No tiene usted armas, Borrás?

—Una escopeta de caza.

—Bien. En casa tengo dos pistolas, además de la que yo llevo. Nuestro sector va de la Rambla de Cataluña a la calle de Casanova.

Rius se pasó la mano por la frente. Basereny puso su ancha mano en su hombro: Al joven Basereny se le saltaban las lágrimas.

—Ya sé que está usted muy cansado, Rius. Si quiere...

—Vamos allá —respondió Rius, sin vacilar.

Progresivamente los grupos, a intervalos de cinco minutos, iban saliendo del local.

—Tengo una carabina para usted, Rius, ¿la quiere? —inquirió don Javier de Castro; que acababa de llegar.

—¿Dónde la tiene?

—Aquí, en la entrada.

Rius se colgó al brazo una carabina. Con la derecha se apoyaba en su bastón y con la izquierda aguantaba la correa del arma.

Basereny llevaba una enorme pistola en la mano. Debía acompañar a buscar el arma a los tres de su grupo. Rius quedó de acuerdo en esperar a Borrás y que el punto de reunión de los cinco sería la Plaza de Letamendi.

Se movían impacientes.

No se sabe de dónde habían surgido pilas de bocadillos que los reunidos iban tomando antes de partir, llenándose con ellos los bolsillos.

Al cuarto de hora llegó Borrás, sosteniendo una escopeta de dos cañones. Jadeaba. Al descubrirse, se le alteró el tupé y no se acordó de alisarlo.

Apoyado en su bastón y junto a Borrás, Rius se lanzó a la calle. En Canaletas solo una pareja de la Guardia Civil, oculta tras un quiosco, los vio pasar sin pronunciar palabra. Ambas parejas se miraron con recelo. Borrás dijo, con voz clara:

—Gente de orden.

Caminaban junto a los muros, con suma precaución.

Con sus fachas era inútil que lo aclararan. Rius caminaba sosteniéndose en el bastón. Borrás, erguido con su sombrero hongo, aparentemente inmutable. Por la calle de Pelayo, que estaba desierta, llegaron a la Plaza de la Universidad. Y de pronto, sin que tuvieran tiempo de torcer la ruta, vieron avanzar por la Ronda de San Antonio, en dirección a la Universidad, un grupo de un centenar de hombres y mujeres que enarbolaban palos y banderas y vitoreaban a extraños ídolos. A la cabeza del grupo, dando el brazo a una mujer gruesa y a un hombre joven, iba el obrero Rodergas. La comitiva levantaba una gran polvareda a contraluz. Por fortuna, Borrás y Rius habían podido entrar en un portal semiabierto, en el último instante. Al embocar la plaza, un pelotón de soldados, al mando de un sargento, les acababa de salir al paso, con celeridad, desde el lado opuesto de la Gran Vía. Los manifestantes detuviéronse un momento. Hubo un silencio. Los soldados tenían el fusil en las

manos, pero no apuntaban.

—¡Abajo la guerra! —gritó Rodergas.

Un enorme vocerío le respondió. Luego los manifestantes se echaron a reír a carcajadas.

El sargento se aproximaba lentamente al grupo con la pistola en la mano.

Hubo otro instante de silencio.

La mujer que acompañaba a Rodergas gritó, mofándose: —Apunten. ¡Fuego!

El sargento retrocedió. Los manifestantes avanzaban, cantando, hacia él. Reían y vociferaban. Estaban ebrios.

Rápido, el sargento fue rodeado por los revoltosos. Lo acosaron, se perdió entre ellos. El motín enarboló de pronto en el extremo de un palo su guerrera. Rius y Borrás, desde su escondrijo, vieron perderse despacio a los revolucionarios Gran Vía adelante, esfumarse lentamente el eco de sus voces. Salieron del portal y, con paso lento, siguieron caminando. Junto a un poste, el sargento, medio desnudo, se levantaba dificultosamente. Después buscó a sus soldados con la mirada, y no halló a nadie. Se introdujo en un portal entornado.

La Plaza de Letamendi, a la que llegaron sin haber visto un alma, les ofrecía, por lo menos, unos bancos donde sentarse y allí comieron unos bocadillos, en espera de que llegaran Basereny y el resto. Pero fueron pasando las horas. La gente salía a los balcones, confiada ya. Oían hablar de uno a otro balcón.

—El Somatén ha salido a la calle.

—Dicen que han llegado tropas.

Unos vecinos les bajaron, en un instante, unos vasos de vino rancio.

Rius recordaba entonces las palabras que oyera a don Juan Maragall, en casa de don Nicasio: «Yo creo que es bien poca cosa un padre de familia para defender él solo la tranquilidad y el orden de un país, para plantar cara sin la ayuda de nadie a los ladrones y a los pistoleros».

Sonreía, agradecido, a la muchacha que le ofrecía el vaso de vino. «Debe tener la edad de Desiderio», pensaba, y sorbía tranquilamente, apoyándose en el bastón.

Transcurrieron unas horas.

—¿Qué les habrá sucedido?

—No sé, no me lo explico.

Declinó la tarde. Parecía que, con solo ver a esa pareja de pacíficos burgueses transitar por la acera, el vecindario se atreviera a todo. Cuando de pronto a eso de las cinco, Rius pasó su brazo ante el cuerpo de Borrás y le obligó a arrimarse al muro.

Dando brincos por el centro de la plaza llegaba triunfalmente, solo, el hijo de Campins. Se paró, sosteniéndose con las muletas, se aproximaba ya una gritería, un tumulto. El chico de Campins, con la pierna muerta colgando, el pelo ensortijado, sonreía con extraña fruición ante el modesto convento. La gente había cerrado bruscamente los balcones.

—¿Qué hacemos?

—Vienen. Entremos aquí.

Se sentían incapaces de enfrentarse a los revoltosos.

Desde un portal, jadeando, vieron irrumpir en la plaza a una multitud. En un instante habían forzado la puerta del convento. Le rociaron y echaron maderos encendidos.

Se miraron, temblorosos.

—¿Qué hacemos? Basereny no ha llegado.

Los revoltosos parecían no tener tiempo que perder. Del convento se elevó primero una leve humareda. Echaban nuevos cubos de líquido. Pronto surgió una llama, tímidamente, por una ventana, y luego una llamarada franca en el techo.

—¿Qué hacemos?

—No puedo hacer más que rezar —confesó, rendido, Borrás. Las carabinas quedaban a un lado, en la portería.

Y de pronto sonó un disparo de pistola. Se miraron y se asomaron al portal. Basereny enarbolaba su pistola al aire. Algunos de los revoltosos, al oír el tiro, habían huido. Otros acababan de descubrir a Basereny y corrían tras él. Basereny corría aprisa, huyendo y disparando, sin tocar a nadie. Frente a la iglesia, que ardía, quedaban cuatro revoltosos y el hijo de Campins, que atizaba la pira echándole astillas, nuevos cubos de gasolina.

—Hemos sido cobardes, Borrás. No podemos.

Atardecía. Parecía que el fuego cobrara un color más intenso, en la intensa llamarada del sol. El hijo de Campins iba de un lado a otro. Frente a la iglesia ardiendo rodeaba el talle de una mujer madura. Daba vueltas ágilmente. Pero los muros del convento no cedían. La mujer ofrecía ahora una bota repleta al hijo de Campins y, tras un largo trago, el muchacho, cogiendo en molinete una de sus muletas, la disparó contra la abertura de la puerta, al fuego, y soltó una carcajada. Luego volvió a beber y, mientras bebía, el techo del convento se resquebrajó y hundió estrepitosamente.

Poco después los últimos mirones que quedaban frente al convento se fueron dispersando.

Borrás y Rius no se movieron en largo rato de su escondrijo. Escuchaban, ateridos, el crepitar del convento, el ruido que producían las pavesas, fragmentos de pared que se desprendían, con fragor de tempestad. El humo les hacía toser. Les horrorizaba la idea de tener que salir con sus carabinas a la calle.

—¿Y Basereny? ¿Qué habrá sido de él?

—Nos hemos acobardado, Rius —lamentábase Borrás.

—Eran muchos. Basereny es joven, podía correr. ¿Qué quería que hiciéramos nosotros?

Al fin decidieron salir.

Abrieron con precaución el portal. La iglesia era un montón de brasas, enteramente derruida. La calle estaba desierta. Estaba oscureciendo. Arrimados al

muro, entraron en la calle de Aragón. Siguieron por ella hasta la Rambla de Cataluña. Hasta allá llegaba la humareda. En la semioscuridad dos sombras se adelantaban.

—¿Quién va?

Llevaba un fusil.

—Gente de orden —repitió Borrás, con la respiración entrecortada.

Se acercaron a ellos. Rius reconoció en el acto al metalúrgico Arquer y al ceremonioso hotelero Viala.

—¿Hay novedad?

—¿Han visto al señor Basereny?

—Sí. Le han apaleado, aquí delante, aquí mismo. Ha conseguido huir, pero lo ha pasado mal.

—¡Pobre muchacho! —lamentábase Rius—. Tiene un valor extraordinario...

—Creo que... sería hora de... —afirmaba el señor Viala, mirando a todos lados.

—Nosotros nos retiramos. Es inútil seguir en la calle. Nada se puede hacer.

—Vamos con ustedes —afirmó Arquer, quitándose un peso de encima.

Los cuatro descendieron por la Rambla de Cataluña. Tenían la impresión de ser ya una pequeña tropa y unas ganas tremendas de llegar a casa.

—Vamos al cuartel, a dejar las armas.

—No vayan tan aprisa, por favor —impetraba Rius, que no podía seguir.

Oscurecía rápidamente y caminaban en silencio.

—Lo cierto es que creo que mañana podremos empezar a respirar —afirmaba Arquer—. Creo que están llegando tropas.

—Dios lo quiera.

—Los revolucionarios están cansados. También la revolución cansa.

—Miren, miren.

En la esquina de la Ronda, levantados los adoquines, había una gran barricada.

Al llegar al teatro «Eldorado», Rius advirtió en el cartel unas grandes letras. Se ladeó para verlas, sin cesar de caminar: «Lula Yepes».

Llegaron al gimnasio. Dieron tres golpes en la puerta. Entraron en la sala.

Sentados en el suelo, sobre las escaleras y los pesos, arrimados a las paralelas, estaban bastantes de los que se habían reunido allí por la mañana, pero con el aspecto deprimido, los rostros macilentos, los brazos caídos. En el extremo del local el doctor Renom se estaba lavando las manos en una tinaja, rodeado de vendas y algodón. Había un nutrido grupo alrededor y, tendido sobre un caballo gimnástico a guisa de camilla, el joven Basereny, con el rostro completamente vendado y un brazo en cabestrillo, intentaba incorporarse.

—Entonces yo —decía—, cogí a uno de ellos y...

El doctor le devolvía a su postura, con voz nasal.

—Le conviene no excitarse, Basereny; ya lo contará mañana; tenga paciencia.

Rius dejó su carabina en un rincón y, apoyado en su bastón, se encaminó, fatigadísimo, a su casa.

Desiderio le esperaba en la puerta.

Rius se dirigió a su despacho. Acercose al balcón y apartó someramente las cortinillas.

El cielo era un borrón sanguíneo y turbio.

—Dios nos ampare.

Luego se sentó en su butacón, frente al sofá donde muchos años atrás lo hiciera con Mariona, al romper con ella. Se pasó la mano por la sien.

—Habrá que recuperar esos días.

Miró a su hijo. Era un muchacho alto y delicado que le observaba sonriente.

—Estoy contento de que hayas terminado el colegio y quisiera que este verano no te movieras de mi lado. Cuando acabe esto empezarás ya tu vida normal en la fábrica.

El chico dio unos pasos y se aproximó al balcón.

—Papá —dijo, despacio, sin mirarle—, he pensado...

Ahora volvía al centro de la habitación, hablando y adornando su monólogo con sesgos de su mano atrevida.

—Tengo una idea, algo que es para mí.

Su padre acababa de ocultar la frente en el cuenco vacío de la mano.

—Me temo que el trabajo en la fábrica me canse.

Rius pensaba, sin ver: dilo, dilo todo ya.

—Paco ha pedido una representación de automóviles, ¿sabes?, y me ha ofrecido que...

Esperaba que su padre dijera algo, que se levantara de su sopor. Se interrumpió.

Rius apartó al fin su mano de los ojos. Se levantaba, con dificultad.

—El primer día de trabajo irás a la fábrica como un obrero, ¿oyes? —dijo, con voz honda y severísima, irreconocible. Estaba llorando.

Se fue a su cuarto, apoyado en su bastón.

XIV

NO CONSIGUIÓ DORMIRSE en toda la noche, pero luego, ya amanecido, se durmió con un sueño profundo, total. No salió de su cuarto hasta la hora de almorzar. Lo hicieron padre e hijo sin mirarse, sin pronunciar palabra. Terminados los postres, don Joaquín se retiró a su despacho. Largo rato después salió de casa.

Aún flotaban en el cielo azul de julio rastros de humareda y airones de ceniza. Pero empezó a escucharse nuevamente, progresivamente, el estruendo de los cascos de la caballería sobre las losas de las calles, y los pechos oprimidos sintieron un leve alivio. Desde lejos llegaban ecos tardos de fusilería, alguna vez. Ya se veían en la calle los primeros transeúntes, no se sabe si habituales al desorden o al orden. Joaquín Rius había cobrado hoy un paso largo, de grandes zancadas, con su pierna inmóvil. Llegó al piso de los Fernández, llamó y preguntó a la doncella por la señorita Carmen.

En el fastuoso piso reinaba hoy un silencio absoluto. La doncella le hizo pasar a un salón íntimo, reducido. La luz entraba muy tenue, tamizada por las cristaleras altas y multicolores, modernas, que dominaban la pequeña estancia.

Rius se sentó en una butaquita, junto al sofá. Al poco, apartando silenciosamente la cortina, asomó el rostro de Carmen. Entró.

—Tenía... tenía necesidad de hablar con usted —dijo Joaquín después de saludarla—. ¿Y su madre?

—Evelina ha caído enferma. Las revoluciones y los tiros son demasiado fuertes para ella. Pero, ¿le ocurre algo?

—Vengo a pedirle, Carmen, vengo a suplicarle...Adelantó su mano y apretó fuerte la mano de él.

—Diga lo que tenga que decirme, Joaquín.

Enérgica y suave, había adelantado el busto hasta hacer que Joaquín se contagiara de su nervio.

—Recuerdo cómo me ha cuidado usted esos meses en la clínica y vengo a preguntarle si me ama usted todavía —dijo él, claramente—. Me dijo en una ocasión...

—Sí —dijo ella, conmovida de pronto—, le quiero aún. —... y ahora venía para saber si quería... No puedo... —no lograba terminar—, no puedo ofrecerle más que mi vejez. Hubiera querido conocerla hace años, muchos años.

Los grandes ojos rasgados de la mujer cobraron un resplandor oculto. De pronto se deslizó, sombría y dolorida, y su frente cayó lentamente sobre la pierna inmóvil del hombre. Allí quedó Carmen, ocultando la intensa palpitación de su ser.

—Perdí a mi mujer en condiciones trágicas, más trágicas de lo que nadie logre sospechar nunca. Si nos hubiéramos amado no hubiera sido peor. Todo lo que he

tocado se ha deshecho en mis manos. Mi mujer, y eso no me importa. Ahora noto, no que las cosas me dejan, sino que soy yo el que las dejo. Estoy desesperado.

Caída al suelo, jadeando sobre la rodilla yerta del hombre, habló:

—Cuando mi padre se volvió a casar yo tenía diecisiete años —balbucía, sin erguirse—; Evelina se propuso destrozarme como había ya destrozado a mi padre. Después, ella hubiera dado cualquier cosa porque yo hubiera seguido quedándome al margen, pero he logrado obsesionarla y mi padre es feliz.

Levantó la cabeza.

—Joaquín —dijo—. El mayor orgullo de mi vida es haberle querido y quererle y tener la esperanza de que así sea siempre.

Se acallaba lentamente la violencia y surgía un temblor lírico y armonioso de sus labios.

Se incorporó un tanto más y besó la mano de Joaquín.

—¿Quiere usted?

Ella movió negativamente la cabeza.

—Ya no puede ser.

El brazo de Joaquín temblaba sobre la empuñadura de su bastón, junto a él.

—¿No puede ser, Carmen? ¿Qué lo impide?

—Cuando le confesé que le había amado creí que eso ya no le podría afectar. Lo hice para que notara usted que no había estado tan solo en el mundo como imaginaba. Lo impide su apellido, lo impide su hijo, lo impide todo... —dijo, al fin.

—¿Eso? —inquirió él de pronto, sonriendo, aliviado, ilusionado—. ¿Eso es lo que lo impide? Yo no tengo ni hijo ni apellido, Carmen. Todo se ha acabado para mí. —Volvió el rictus de tristeza a su rostro envejecido—. Le pregunto, Carmen, si quiere usted casarse conmigo.

Lentamente ella se levantó.

Se arreglaba el mechón rebelde, de pie, con los ojos cerrados, la cabeza inclinada y movió de nuevo la cabeza, negativamente.

—No se engañe a sí misma, Carmen —afirmó él, con voz pausada, como una confidencia—. ¿Por qué creía usted que me quería?

También ella hablaba lentamente.

Y sonreía, fija en Joaquín.

—¿Por qué cree usted que no le quise? Sigue usted creyendo que no puedo querer a un hombre como usted. Se ha despreciado siempre, estoy segura de que siempre se ha creído inferior a los demás. Tampoco en eso me equivocaba al quererle. Yo estuve rodeada siempre de lo peor. No vi más que basura. Si yo me casara con usted su hijo le odiaría toda su vida. Él ha entrado aquí y ya no saldrá de esta casa. Conozco bien esta casa, Joaquín; apenas es mía, pero la conozco bien. Y entonces Desiderio creería siempre que es usted quien le ha echado. En esta vida, ya nada es de usted.

—¿Y cree que podré vivir, así, dígame?

—No podría vivir de otra manera. Su pasión no sería nunca yo. Yo no sería ni

siquiera su compañía. Usted se queja, pero ha sido siempre afortunado. Ha vivido en lo que quería vivir. ¿Por qué quiere hacer intervenir ahora una nueva mujer en su vida? —y quedó de espaldas, de pie, silenciosa.

Llevó su mano a la frente.

Se volvió de pronto.

—Bien, Joaquín. Cuando le hablé en Vallvidrera, aquello había pasado ya, todo, todo. Por eso me atreví a hacerlo, creyendo que ya no le importaría. Y fue entonces cuando empezó a importarle. No se convierta usted también en un hombre de barro, Joaquín, se lo suplico. Quédese como era.

Y sus manos, sus pálidas manos se desgarraban imperceptiblemente una a otra.

Joaquín se levantó.

Hubo un largo silencio.

—Tiene usted razón, Carmen.

Quedaron enfrentados. Respiraban pausadamente. La luz, a través de los ventanales, era entonces tenuísima. A la vez se adelantaron y Joaquín no osó estrechar el cuerpo de la mujer, que sentía palpitar frente al suyo, rozándole. Ella se apartó entonces.

En la calle había un silencio absoluto. La delirante luz de la tarde alta parecía torcer las perspectivas. Sentía la boca seca, extrañamente sedienta. Apenas si un lejano penacho de humo lograba devolverle a la realidad. Estaba alucinado, deslumbrado, vacía su mente de todo pensamiento, en una extraña inacción. Torció, a tientas casi, por no hundirse en la pila de unos adoquines saltados, junto a una barricada inútil.

Se encontró inconscientemente frente a su casa y no osaba entrar; le causaba una extraña perplejidad rozar con su hábito; no podía imaginar siquiera encontrar a su hijo, cruzarse con él. Permanecía en el portal, apoyado en su bastón, acariciándose la barba. El portero había acudido a su lado.

—Acababan de preguntar por usted, señor.

Rius se volvió y miró, ausente, al portero.

—¿Quién ha sido?

—Un joven, un policía.

Esa sola noción le devolvió lentamente a la realidad y al tiempo. ¿Un policía? La palabra volvía y resolvía lentamente, sin encontrar un asidero. Entonces acertó a entrar. Ganó lentamente los peldaños.

—Don. Joaquín.

Se volvió rápidamente.

Era Arturo Llobet.

—Pamias está en la fábrica, escondido. Mario le ha seguido, está allí. Me ha enviado un recado, con una ambulancia. ¿Vamos?

Como un autómatas aún, Rius siguió al contable. Caminaron hasta la calle de Lauria. Montaron en un carro, una ambulancia.

—La policía se ha adueñado de las ambulancias. Ha llegado la tropa. Hay órdenes de que todo el mundo trabaje mañana —informó Llobet.

—¿Y Pamias? —inquirió entonces Rius, devuelto al mundo.

—Estos días ha salido de su escondite. Ha vuelto allí. A través de la rendija de las ventanas del carricoche, semejante a las de los coches celulares, descubrían ahora a medias el siniestro panorama de las calles de la ciudad. Parecía una ciudad desventrada, abandonada. A medida que se acercaban al arrabal abundaban más los obstáculos. Barricadas, adoquines dispersos, y las fauces abiertas de las naves de las iglesias aullando a un cielo ya gris.

A través de la celosía solo era posible mirar a ras del suelo. En un instante vio Rius pasar, yacente, un perro ensangrentado, muerto a balazos, luego una primaria bandera abandonada en un charco. El traqueteo del coche, que avanzaba tocando la lúgubre campana, reintegraba a la mente de Rius una realidad extraviada.

Al llegar a la fábrica se sentía firme en su bastón.

Pedro, el portero, había abierto la puerta.

—¿Dónde está Mario?

—Ha entrado; no sé dónde está.

Entraron en las oficinas. Rius lo hacía dificultosamente por las escaleras. Entró en su despacho. Abrió el ventanal que daba a Máquinas. La sala de los telares dormía en la penumbra. Vio perderse, corriendo por el pasillo, a Arturo Llobet, que iba en busca de Mario.

El silencio era absoluto y desde allí Rius llamó con voz potente:

—Mario...

Un eco tardo le devolvía: Ma... rio... levemente.

Se oyó aullar un can, del lado siniestro de la fábrica. Rius recogió nuevamente su bastón y salió de su despacho. Abrió la puerta de contabilidad y la cerró de nuevo. Luego advirtió un leve susurro.

Rius se retiró, rápido. Salió del pequeño departamento y cerró la puerta. Dio vuelta al llavín, cerrando a Pamias en él. Temblaba. Luego se dirigió nuevamente a su despacho.

—¡Arturo! —gritaba—. ¡Mario..., Pedro!

El eco y un ruido de cristales rotos. Se volvió a la puerta y vio a Pamias saltar por la vidriera rota. Quiso correr para alcanzarle y no pudo. El cajero se deslizaba veloz por las escalerillas. Corría como la sombra de un gamo entre los telares. En aquel momento llegó Pedro.

—Mírelo, mírelo.

Se apresuraron. Descendió lentamente. Luego corrieron cuanto pudieron en la dirección en que se perdió el cajero. Los espectros de las máquinas eran testigos mudos de esa persecución. Pero habíanse esfumado los rastros de Pamias. Salieron al patio de Aprestos y miraron a todos lados. Estaba casi oscurecido. Un murciélago rozó su frente. Entraron en Aprestos. Se oía un gluglú de acequia cercana y silbó un

tren.

—Lo hemos perdido.

De pronto Pedro lanzó un grito.

—Allí...

Se veía solo la llama de un madero encendido corriendo por la cornisa del almacén.

—Va a quemar el almacén.

—¡Maldito!... —masculló Rius.

La llama crecía en la noche. Esa antorcha iluminaba el escorzo huidizo del cajero, a ráfagas, siniestro en la oscuridad, en la altura.

El cajero se había parado.

—Pamias, escúcheme, Pamias.

El cajero estaba, mudo, en la cornisa.

—Se matará, Pamias; vuelva en sí —suplicaba.

Pamias levantó el brazo. La antorcha se elevó en la oscuridad. En aquel momento se oyó un disparo. La llama se elevó; luego vaciló, a derecha e izquierda. Finalmente el bulto negro y la llama se inclinaron.

Pedro lanzó un grito.

Veloz, verticalmente, la llama cayó. Luego el bulto del cajero y un golpe sordo, horrendo.

—Ya está —sonó la voz de Mario. También se aproximaba, con él, Arturo Llobet. Rius se había acercado al cuerpo exánime del cajero, caído de bruces. La llama de la antorcha, a su lado, iluminó un instante su cráneo partido y después se apagó.

—Le he dado —y le observó. Se miraron. El policía sonreía—. Una vez, cuando estaba en Galicia, un cargador de muelle... —Cállese, Mario... —ordenó, en voz baja, Rius.

Se había arrodillado. Luego lo hizo Arturo y rezaron todos juntos.

Miraron hacia la ciudad. La silueta del Tibidabo se diseñaba como un bloque de sombras, y la de Montjuïc. Campanarios y chimeneas. Una docena de humaredas estaban inmóviles entre el mar de tejados y un cielo oscurecido. Era como un sopor, como el aliento expirante en el desvarío.

Recogió del suelo las gafas intactas de Pamias y las puso junto a él.

Deambuló, más que andar, hasta la salida. Las máquinas, en la ancha nave, le parecían monstruos. Sentía asco, pavor.

«No vale la pena tanta sangre», musitaba; la boca contraída, los ojos hundidos, sin ver. Caminaba como un borracho.

Se iría. Necesitaba borrar como fuera el recuerdo, la obsesión de tanta sangre. Se iría.

En el trayecto hacia su casa, en el interior de la ambulancia, sentía la perentoria necesidad de huir. De que aquello concluyera de algún modo.

Se encontró nuevamente, solo, ante la puerta de su casa. No lograba subir. Su

mundo le asustaba.

Impelido, caminó lentamente. «Debo parecer un viejo», pensó. Y así era.

Por la calle transitaban ahora lentamente los soldados. —Su documentación, por favor.

Sacó sus papeles. Los mostró y volvió a caminar. Cruzaba la Plaza de Cataluña, sombría y sin sentido. Se encontró frente a «Eldorado». Entró en la calle de Vergara.

Por la puertecilla de entrada al escenario se escurría una melodía conocida, en el piano. Era una *czarda* antigua. Dio en la puerta, y esta cedió. El cristal de la *czarda* vibraba en sus oídos. Nadie le impidió el paso; se encontró en el escenario. Una sola bombilla, potente, iluminaba el ensayo. La sala estaba oscura, y sin nadie. En un rincón del escenario había un piano vertical, que un joven con gafas, en mangas de camisa, estaba tocando. Volteando sobre la madera del suelo, aguerrida, los cabellos sueltos, la cabeza hacia atrás, Lula mostraba ágilmente el remolino vivo de sus piernas desnudas, la palpitación magnífica de su seno medio oculto, unos dientes blancos y voraces, perdidos en la ola, que venía y se iba, .de sus cabellos rubios.

Ella se detuvo de pronto, en seco. Le miró. Le vio sombrío en su bastón, la barba cenicienta...

Le miró fijamente y luego:

—Rius...

Se abalanzó a él. Le cogió por la solapa.

—Villano. Ha huido de mí y me envió unas flores. Venga aquí, viejo, venga conmigo.

Lo conducía hasta su camerino. Pero sin poder aguantarse más, tras unos bastidores, le dio un cachete y luego se abalanzó a su cuello y le besó en la boca, mordiendo su barba. Era para él como si una tremenda sacudida pusiera en vigor sus nervios.

—Lula —y no podía hablar.

—Venga conmigo, villano —y le cogía de la mano.

—¿Qué quiere de mí? —inquiría Rius, desconcertado.

—Quiero ser su amiga —respondió ella, con furor—. ¿No lo sabía?

Y reía, reía caudalosamente, soltaba esa risa que alucinaba a Rius, lanzando el raudal, pero no el rumor.

El camerino era una pieza minúscula enteramente llena de fotografías, dibujos, potingues. Y la ropa semisucia de los escenarios, la ropa de las mujeres de los escenarios que despide un hedor sensual a la locura de la carne, suelta y apilada informemente en un butacón desventrado.

—No hay donde sentarse. Siéntese aquí, no tenga cuidado. Y lo hizo sentar sobre sus enaguas, sobre sus medias, sobre su ropa interior, en el butacón.

Sacó dos copas sucias. Y apareció, de un rincón polvoriento, una botella de champán. Al descorcharla todo tembló. El tapón dio contra los muros de cartón, contra el techo y el espejo, contra la propia Lula y terminó en el regazo de Rius,

irónicamente.

—Por su salud, Rius; por su barba, por su pierna y por mí.

Echando la cabeza atrás, que mostraba el cuello desnudo, la línea de su seno, cruzado por una vena azulísima, ingirió lentamente, cerrando los ojos, la espuma y el líquido. Luego sorbió una bocanada de aire, satisfecha.

—Cuénteme. Estuvieron a punto de matarle y se lo merecía. Se portó como un bellaco conmigo; Me dejó plantada. Rius sonreía, ladeando la cabeza, sorbiendo el champán.

—Beba más aprisa, hombre de Dios, beba más aprisa. Él tragó de un sorbo.

—Conque París, Viena, Varsovia—decía ella, llenándose nuevamente la copa—. Sí, sí... Si llego a esperar...

Llenó de nuevo la copa de él.

—Ahora le digo, Lula, que podemos hacerlo.

—¿Hacer? ¿Hacer, qué?

—Ir a todos esos sitios.

Bebió nuevamente el champán. Le picaba el bigote.

—Si ya no se puede mover... —y reía ávidamente—. ¿Quiere usted que le lleve con carretilla de mano? No; compraré una cestita y le llevaré dentro.

Se contorsionaba, riendo, ante el espejo.

—No quiero ir con usted —dijo de pronto—. Estamos reñidos. Y hacía además de enojo, contemplándose hacerlo en el espejo.

—¿Verdad que estoy guapa, ahora? —y se volvió a Rius—. Si viera cómo bailo —decía—. He aprendido mucho. Pero no quiero ir con usted. Ande, váyase —y le empujaba. Pero Rius estaba sentado, sonriendo imperceptiblemente. Bebió otra vez.

—¿Por qué? Si estoy muy bien aquí —decía.

—Váyase, grosero. Me tengo que vestir.

Su faz abandonó la sonrisa. Se puso de pie, sin ayuda del bastón. Cogió a Lula por los hombros, agarrándola.

Ella le miraba ahora, sin saber si reír o ponerse seria.

—Vamos a cenar. Venga a casa —le dijo—. Ahora espérese fuera. Y le echaba.

—Anda, aprisa, aprisa —dándole pequeños empujones.

Pero, ya Rius en el pasadizo, la mujer abrió nuevamente la puertecita y, protegida por ella, asomando su cabeza, aproximose a él. Le dio un beso largo y lingual, absoluto, que dejó a Rius como atontado.

Acodado en la baranda del balcón de un pisito nuevo, amable y descuidado de la Plaza de Tetuán, que Lula alquiló al llegar a Barcelona, sentía refrescada su frente por la noción de la brisa rápida insospechada, que presagiaba el amanecer. Estaba saciado en la nebulosa grata de sus sensaciones inconcretas, adquiridas a medias, de sí mismo, de la mujer; todo en la ciudad era oscuro, difuso e inexistente. Aún se oyó

pasar, lejana, una ambulancia. Ese leve rumor le hizo suspirar, aligerado, dulcemente. Solo de su propio balcón trascendía luz. Años, años enteros buscando ese placer, ese cierto sosiego; no sentirse existir, ni sufrir ni pensar y permanecer horas enteras ante la propia ciudad en tinieblas sin noción del lugar, sin noción del tiempo. Se volvió; Lula dormía descuidadamente, cubierta a medias por una colcha de un pálido azul. Sentía él que el aire de sus pulmones se renovaba pausadamente, con absoluta plenitud. Contemplar el cuerpo olvidado de la mujer era para él de una placidez rebosante.

Lula le había conducido hasta allá, a rastras de su alucinante risa, y dormía, ahora, plenamente. Era toda su juventud dormida en sí misma. Todo en la estancia la contemplaba dormir, saciada también. La diminuta violeta de la lamparita, los retratos, los espejos, la polvera, su ropa abandonada en el sofá; y la noche. La noche que entraba a tientas por el abierto balcón.

Volviose de nuevo. Sentía que su cabeza vacilaba, pero se sentía tremendamente lúcido, inexplicablemente lúcido y satisfecho. No le atemorizaba esa plaza, presentida en las sombras, con sus palmeras, con sus arriates. Mañana, tal vez, cuando el sol tranquilo se restituya a esos suelos, empezarán a surgir en esta plaza los primeros niños, bajo la mirada aún atemorizada de las madres tras los ventanales y los balcones. Pero en el resto de la ciudad aún transitarán las caras hoscas, un ruido de cerrojos de fusil, el de los cascos de los caballos sobre el adoquinado. La ciudad desventrada irá curando, tal vez, lentamente, sus heridas, y él estará entonces lejos, muy lejos, poniendo en orden su indolencia.

Se sentía lavado de toda la sangre. No quería pensar. Se sentía bien. La huida adquiriría su forma. Sus labios eran fáciles, dúctiles, prietos, saciados.

Iba amaneciendo y se sabía inexplicablemente inexistente. Surgían de su sombra las palmeras de la plaza, surgían los perfiles de los tejados, el canto de los gallos. Surgían, también, difusas, las aciagas columnas de humo.

Sintió entonces un poco de frío. Entró en el aposento y apagó la lamparilla. Una luz incierta modificó entonces el tono de la carne que, de rosa, transfigurase en gris. Contempló un momento ese prodigio. Luego, la cubrió del todo con la colcha y la acarició. Ella se movió tardamente, en un sueño. Se levantaba el día raudamente: París, Viena, Varsovia...

Se miró en el espejo y arregló su corbata y el pelo; se acarició la barba y sonrió.

En la calle, hasta su casa, caminó con una suma tranquilidad. Pero la luz del día le devolvía, a ráfagas, con el miedo a esas calles, las realidades más concretas. Los billetes, el itinerario, las maletas. Y ya en la calle de Caspe, aceleró su paso y miró su reloj.

Caminaba ahora apresuradamente.

Tenía que pasar a recoger a Lula a las diez. El tren salía a mediodía.

Abrió el portal y tuvo que subir con precaución las escaleras. «¡Qué curiosa es la vida!», pensaba. «He malbaratado mi juventud y ahora me doy cuenta».

Entró en su casa y en el despacho. Abrió el cajón de su mesa y llenó su cartera de billetes. Se asomó al balcón y retiró la cortinilla. Aún el convento de las siervas de María humeaba levemente a la izquierda. Desahució el recuerdo atroz con un escalofrío; luego sobre su mesa encontró un anónimo antiguo, olvidado, de Pamias y se pasó la mano por los ojos y lo rasgó.

No quería pensar. Quería olvidarse.

¿Cuándo había ocurrido? ¿Anoche o cuándo? Entró y la vio, aguerrida, el pelo suelto hacia atrás, danzando la *czarda*. «¿Hasta cuándo seréis de pesado corazón, hijos de los hombres?».

Fue rápidamente a su cuarto. Luego se fue al desván y bajó una maleta. Abrió el armario.

Era meticuloso, ordenado, lo reconocía. Si Lula lo viera se moriría de risa. Fue apilando, por orden, su ropa. Llenaba los huecos con pequeñas cosas. Y sin embargo, ahora, su corazón palpitaba furiosamente. Era cierto que se iba a ir. Era cierto que pasaría meses enteros fuera. Hacía años, muchos años, que no había estado en París. Su aposento era oscuro y había tenido que encender la luz. Apagó la luz y se tendió, un instante, sobre la cama. Luego, dificultosamente, levantose y volvió a llenar apresuradamente la maleta.

Salió de su aposento. Fue al baño y estaba ocupado. Dio en la puerta y le respondió Desiderio.

—Ya voy.

Sintió inquietud, una tremenda inquietud y volvió a su cuarto. Al poco Desiderio llamaba en la puerta.

—Ya puedes ir —dijo.

Vacilante se dirigió por el pasillo al baño. Desiderio se había metido en su cuarto nuevamente. Rius pasó largo rato contemplando su rostro en el espejo, sin verse, en la más absoluta perplejidad. Luego adivinó de lleno la idea del viaje. Preparó el agua y se lavó. Y volvía a quedar pasmado ante el espejo, sin reconocerse siquiera.

Salió del baño y volvió a su cuarto. Lentamente, con grandes pausas, se vistió. Quedaba sentado en la cama con un calcetín en la mano.

Desiderio llamó a su puerta.

—Ya estoy, papá.

«¿Ya está? —pensó—. ¿Para qué está?».

En un reloj cercano dieron las siete.

Y se puso de pie bruscamente. «El primer día de trabajo irás a la fábrica como un obrero».

Quedó hundido, postrado, sin saber qué hacer. Pasaban los minutos y quedaba allí, sin reaccionar. Al pronto la realidad sobrevino evidente, clarísima. Acabó de vestirse. Se alisó el pelo y salió. Iba a hablar a su hijo, pero este, de pie ante él, le dijo:

—¿Vamos?

Y le miraba fijamente.

—Espera un momento —respondió él.

Y se encerró en su despacho. Empezaba a oírse el trasego de los primeros carros. Contemplaba aquella habitación como un estúpido. El sofá donde discutiera con Mariona. Acercose y vio el retrato, vestidos de moros. En su rostro cuajó un instante una ráfaga de desilusión.

Salió de su despacho. Miró a Desiderio. No acertaba a decirle nada. Desiderio se dirigió a la puerta del piso. Él le siguió.

El muchacho descendía ya por las escaleras. Rius quedó un momento indeciso en el pasillo. Pero de pronto cogió bruscamente su bastón y salió.

No había en la ciudad tranvías ni coches. Caminaban apresuradamente, uno al lado del otro. Entraron, Plaza de Cataluña abajo, por la Puerta del Ángel. Luego por la calle dels Archs hasta la Plaza Nueva. El eco de sus pisadas resonaba limpiamente en el aire. De la calle de la Paja surgió un leve, antiguo olor de hierbabuena, y Joaquín Rius seguía caminando, por la calle del Obispo, junto a la catedral, por la Plaza del Ángel, por la calle de la Platería. El paso de su hijo era rítmico, enérgico. Las persianas de los balcones estaban cerradas aún. Su propio paso no era como aquel de antes, el de muchos años atrás, por esos mismos caminos. Y al doblar una esquina reconoció una losa antigua, antiquísima en su recuerdo. Cuando con su padre se dirigía a la fábrica cruzaba la calle Ancha por aquella misma losa, justamente por aquella, y recuerda que, por una estúpida costumbre, inconsciente, se apartaba siempre a un lado para no pisarla. Ahora estuvo a punto de hacerlo, pero su pierna mutilada le obedeció a última hora. Y no la pisó. Una vieja, cansada, se dirigía a misa matinal, a la Merced; él apenas la vio; un llanto sordo le nublabla los ojos.

—Papá —díjole su hijo, mirándole—, haré lo que tú me mandes.

Rius no respondió. Apretó más el puño en su bastón.

Se escuchó, entonces, nítido, un clamor de campanas. Eran las campanas de las iglesias supervivientes. La vibración de la vieja «Tomasa era solemne, de «hosanna».

Enfocaron el Paseo de Isabel II y siguieron caminando. Llegaron al Paseo de la Industria. La mole blanca de la fábrica se distinguía a lo lejos, con sus dos chimeneas. Su hijo iba a su lado con paso firme, que se dejaba oír. En el cielo límpido se elevaban unos pájaros. Ahora, ni un solo rastro de humo en toda la ciudad.

Entraron en la Plaza de Aleu y luego en la calle Viada. Al pasar por ella Rius inclinó su cabeza.

Y vio a todos en la explanada. Con sus paquetes bajo el brazo, charlando, vagando por los terraplenes.

—Buenos días, señores Rius.

—Va bien acompañado hoy, señor Rius. Enhorabuena. Rius padre sonreía, dando una mano.

—¿Qué tal, Vinyals, cuándo ha llegado usted?

—Esta mañana. Buenas noticias de Andalucía, señor Rius. Solo siento no haber

estado aquí estos días para...

—Bien, ya está pasado, Vinyals.

—Se les saluda, señores Rius.

—Buenos días.

—Buenos días.

Lejos se oyó aullar una sirena.

Apoyándose con la izquierda en su bastón introdujo con la derecha la llave y abrió.

Sonó otra sirena, más cercana. Luego otra y otras.

Entró sin vacilar. La sirena de «Tejidos Joaquín Rius» empezó a aullar entonces vigorosamente.

FIN



IGNACIO AGUSTÍ PEYPOCH (Lliçà de Vall, 1913 - Barcelona, 1974) fue un novelista, periodista y poeta español en lenguas castellana y catalana. Realizó sus estudios secundarios en la Escuela de los jesuitas, y se licenció en Derecho por la Universidad de Barcelona. Su trabajo novelístico fue de carácter realista y centrado esencialmente en la burguesía catalana. Se inició en la literatura escribiendo exclusivamente en catalán, inicios en los que ya cultivó los más diversos géneros, como: la poesía en *El veler* (El velero, 1932), el teatro en *L'esfondrada* (*El hundimiento*, 1934), y la prosa en *Benaventurats els lladres* (*Bienaventurados los ladrones*, 1935).

Después de la guerra civil, inició una nueva etapa en la que solo empleó el castellano como idioma literario y con él cosechó su mayor reconocimiento como escritor. De esta época cabe destacar la novela de carácter poemático *Los surcos* (1942) y la publicación de un ciclo novelístico titulado *La ceniza fue árbol*, donde se describía a la burguesía barcelonesa desde el siglo XIX hasta la gran crisis de la sociedad catalana durante la época de la industrialización.

Este ciclo, considerado su obra literaria más importante, se compone de las novelas *Mariona Rebull* (1943), *El viudo Rius* (1944), *Desiderio* (1957), *19 de Julio* (1965) y *Guerra civil* (1972), además de *Joaquín Rius y su nieto*, novela que nunca se llegó a publicar.

Fue director de la revista *Destino* entre los años 1944 y 1958, y desde 1962, de la revista *El español*. Su labor se vio galardonada con la concesión de los premios

literarios Mariano de Cavia (1955) y Miguel de Cervantes (1965). Póstumamente aparecieron sus memorias, que había dejado preparadas bajo el título *Ganas de hablar* (1974).